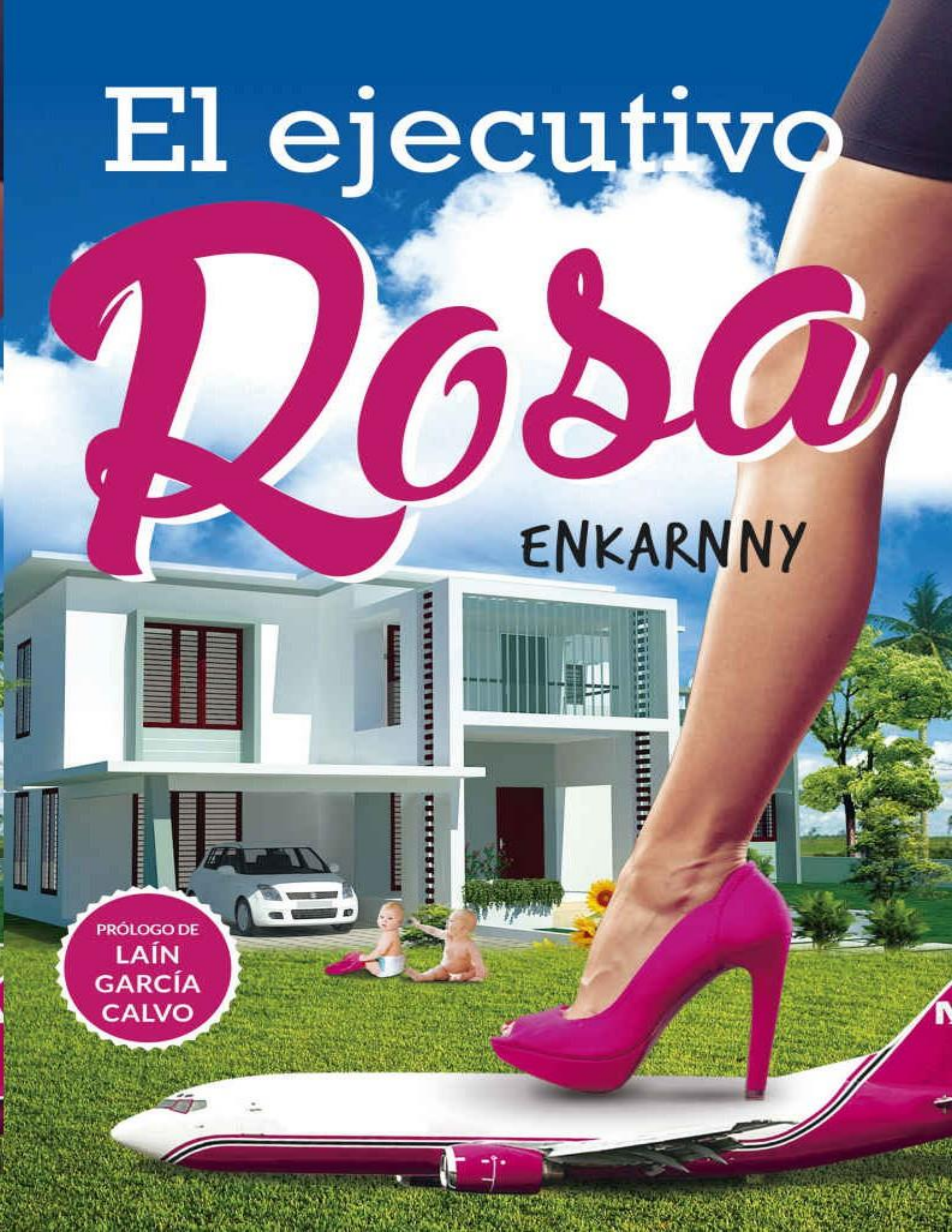

El ejecutivo
Rosa
ENKARNNY
PRÓLOGO DE
LAÍN
GARCÍA
CALVO

EL EJECUTIVO ROSA

Enkarnny

Sara es una mujer de treinta y siete años, madre de dos adolescentes y divorciada, que ha rehecho su vida con Lucas, el amor de su vida. A causa de la crisis económica que azota España, Sara ha perdido su casa, su coche y ahora también su negocio, pasando a depender totalmente de Lucas. Siempre ha sido una mujer independiente, ambiciosa y autosuficiente, acostumbrada a solventar sus propios problemas, pero esa difícil situación la ha llevado a una espiral de desesperanza, miedo y depresión de la que intenta salir sin éxito, una y otra vez.

Desde que unos años atrás llegara a sus manos aquel extraño libro, Sara ha convertido las visualizaciones en su vía de escape, de modo que cada vez que se encuentra mal, se dedica a visualizar su vida tal como a ella le gustaría que fuese. Pero hay algo que Sara no sabe y es que el Universo, cuando pones toda tu energía en aquello que realmente quieres, no sólo te escucha, sino que a veces, supera tus expectativas.

De este modo Sara se encuentra, de la noche a la mañana, con el gran sueño de su vida cumplido. Pero, ¿estará preparada para disfrutarlo? A partir de este momento, intentará vivirlo al máximo tratando de no perder la esencia de su propio yo, adentrándose en un mundo desconocido que cree dominar y que va a conseguir sin duda, que Sara se enfrente a sus miedos...

El ejecutivo rosa - Encarna Martínez Soria

Registro de la Propriedad Intelectual número V-1065-16, fecha 31.05.2016
Maquetación editorial: Georgia Delena
Diseño de cubierta: Sara García
www.maquetacionlibros.com

Primera edición: Julio 2016

Índice

Gracias a la vida,
que me ha dado tanto.
Me dio dos luceros
que cuando los abro
perfecto distingo
lo negro del blanco
Y en el alto cielo
su fondo estrellado
Y en las multitudes
el hombre que yo amo.

Gracias a la vida
que me ha dado tanto
Me ha dado el sonido
y el abecedario
Con él las palabras
que pienso y declaro
Madre amigo hermano
y luz alumbrando,
La ruta del alma
del que estoy amando.

...

Violeta Parra (1917- 1967)

AGRADECIMIENTOS

Agradezco en primer lugar a mis hijos, Guillermo y Marta, por quererme sin reservas, por hacerme la vida fácil, y por haberme dado todo su apoyo para cumplir éste y otros sueños. Espero no defraudaros. Sois lo más grande que tengo. Os amo.

A Raúl, el amor de mi vida. Gracias por aparecer en el momento oportuno, por quererme a pesar de las circunstancias, por apoyarme en cada una de mis locuras, por ser la voz de mi conciencia y creer en mi talento. Gracias por demostrarnos cada día lo que es ser un buen padre. Te adoro. A los tres, gracias por tantas horas que os he robado para poder escribir este libro.

A mis padres, por darme unos valores tan sólidos que me han hecho ser la mujer que soy hoy en día. Gracias por este amor incondicional y por estar siempre ahí, cada vez que me he caído. Gracias por confiar en mí y arriesgaros conmigo. Os quiero.

A mis sobrinas, por tanta felicidad que habéis traído a mi vida con cada sonrisa, con cada abrazo y con cada beso. A mi hermano y a mi cuñada por darme ese regalo tan grande.

Gracias a mis suegros y a mi cuñada por aceptar y respetar nuestro gran amor.

Gracias a mi gran familia, mis tíos y mis primos, por estar siempre conmigo y no dejarme nunca sola. Sois mi todo.

A Marita, gracias por enseñarnos tantas cosas que no estaban en los libros.

A mis amigas, por aceptarme como soy, por compartir mi locura y por estar siempre ahí.

Gracias al arquitecto Joaquín Torres, autor del libro *“Detrás de la puerta”*, por hacerme vibrar con cada una de tus casas y darme los mejores momentos que he podido soñar. Parte de este libro me lo has inspirado tú y tu libro. Ojalá un día pueda conocerte en persona.

Gracias a Fita Fernández, autora del libro *“Afloran en la piel”*, por animarme a acabar el mío propio, y por transmitirme todo tu entusiasmo.

A Laín García Calvo, porque aunque otros libros también me han ayudado, no fue hasta que leí tu Best Seller *“La voz de tu alma”*, que decidí emprender acción y coger las riendas de mi vida. Gracias porque cada una de tus palabras me han hecho despertar. Gracias por tu gran generosidad.

Gracias a ti lector, por darle la oportunidad a mi primera novela. Espero que disfrutes leyéndola tanto como yo he disfrutado escribiéndola. Ojalá te ayude como a mí me ha ayudado. Para que la disfrutes aún más, te recomiendo que escuches las canciones que se nombran en cada momento y que accedas vía

internet, a aquellos detalles y lugares que se especifican en algunas partes de la historia.

Gracias, gracias, gracias. Os amo.

PRÓLOGO

Todo el mundo desea algo. Tú y yo no somos excepciones. Mientras lees estas páginas hay millones de personas en el mundo deseando algo que, lamentablemente, nunca lograrán.

Para la mayoría de las personas, la vida ha adquirido un matiz grisáceo, sin aspavientos, muy alejada de lo que soñaron cuando eran niños. Una vida muy alejada de lo que pensaron que debía ser… Poco a poco el sueño se fue apagando y con él, las esperanzas de que en algún momento las cosas pudieran cambiar.

La rutina es mortal, dicen, y es cierto. Muchas personas desean algo porque creen que al obtenerlo, serán más felices y se sentirán más satisfechos con sus vidas. Pero esa lección ya la aprendimos en nuestra infancia. En navidades, esperábamos el día de Reyes o Papá Noel con la esperanza de recibir esos regalos que tanto anhelábamos, creyendo que iban a ser la solución a todos nuestros problemas. Pasábamos meses soñando con ello, pero cuando por fin lográbamos lo que queríamos y abríamos aquellos regalos, nos dábamos cuenta que media hora después seguíamos siendo igual de felices o infelices que antes de abrirlos. Pero, si las cosas materiales no dan la felicidad, ¿entonces qué la da? La respuesta se haya escondida en la historia que te acabo de contar. Aquél niño que anhelaba los juguetes no fue feliz cuando los obtuvo, pero sí cuando soñaba con ellos y se dirigía hacia ellos. Y ésta es la clave de la felicidad: EL PROGRESO.

Es cuando progresamos hacia nuestros sueños cuando nos sentimos verdaderamente dichosos. La felicidad no es un destino, es el camino hacia tus sueños y por lo tanto, es imprescindible atreverse a soñar primero.

Los adultos son infelices porque han perdido la capacidad de soñar, sumergidos en sus rutinas creadas por una vida que no les satisface. Una vida creada por las expectativas ajenas, demasiado tiempo escuchando las voces equivocadas llevan a vidas equivocadas. Piensa en ello, ¿cómo se parece tu vida a lo que esperaban tus padres, profesores y amigos de ti?

Para la mayoría de las personas, su vida es una extensión de lo que las personas de alrededor esperaban de ellos. Dejamos de escucharnos a nosotros mismos y tratamos de satisfacer las necesidades de nuestro entorno. Lo hacemos para no ser rechazados, para sentirnos amados, ser reconocidos o incluso para que los demás no sufran y no sentirnos culpables, aunque con esas acciones los que suframos seamos nosotros.

Hemos sido lo que los demás han querido que seamos, y es cierto que hemos obtenido la seguridad del grupo, reconocimiento y amor, pero ¿a qué precio? Tanto tiempo siendo y haciendo lo que los demás esperaban de nosotros, que nos hemos olvidado de lo más importante: ¿QUIEN SOY YO Y QUÉ ES LO QUE MÁS DESEO EN LA VIDA? Y no sabes responder, porque por satisfacer a los demás has perdido tu propia identidad.

Pero ¿qué ocurriría si fuéramos capaces de volver a soñar como cuando éramos niños? ¿Y si volviéramos a coger las riendas de nuestras vidas y aprendiéramos a escuchar la voz adecuada, la voz de nuestra alma, que nos guíe hacia la consecución de nuestros sueños?

Tara Holland, soñó con ser Miss Estados Unidos desde que era muy pequeña. En 1994, tuvo la oportunidad. Compitió por ser Miss Florida, y consiguió el segundo puesto. No se rindió, decidió intentarlo de nuevo y el año siguiente, volvió a conseguir un meritorio segundo puesto. Pero Tara no estaba satisfecha. Ella quería ser Miss Estados Unidos. Estuvo tentada a abandonar su sueño. Su entorno le repetía una y otra vez que un segundo puesto en Florida era un gran éxito, que ya era suficiente. Sin embargo, ella no desistió, mantuvo su meta en la mente todo el tiempo.

Decidió que necesitaba un cambio de aires. Se mudó a Kansas, en 1997, se presentó a Miss Kansas. Ese año ganó el certamen de Miss Kansas. Meses después, se presentó al certamen de Miss Estados Unidos y ganó la corona de Miss USA. Tara logró ver que su sueño se cumplía porque ella antes lo vio en su mente con los ojos de la Fe.

Durante una entrevista después del certamen, alguien le preguntó cuál era el secreto de su éxito. Tara entonces confesó que después de haber perdido en dos ocasiones la competición en el ámbito estatal, pensó en darse por vencida, pero en lugar de eso salió y alquiló todos los videos que pudo sobre certámenes de belleza locales, estatales, nacionales y mundiales. Alquiló cientos de videos y de revistas y las miró una y otra vez.

Conforme Tara veía la coronación de cada Miss, ella se imaginaba a sí misma siendo coronada. Se imaginaba recibiendo la corona. Se imaginaba caminando victoriosa por la pasarela. Una y otra vez, se visualizó ganando. Tara dijo que haberse visualizado como ganadora era el secreto de su éxito.

Otro reportero le preguntó si se había sentido nerviosa durante el certamen y al recibir la corona, con esa música del Himno de Estados Unidos de fondo y todos los focos y cámaras enfocándola. Ella respondió que no, lo había vivido tantas veces en su mente, que fue una vez más. Ella ya había caminado miles de veces por esa pasarela.

Tara no había pasado nunca por aquella pasarela realmente, y tampoco había ganado nunca antes ni siquiera un certamen local. Pero se reprogramó con palabras de Fe y Victoria. Caminó con alas de esperanza y dejó atrás un ambiente negativo que le decía que no se podía. Tuvo que borrar de su mente la versión de ella misma como segundo lugar. Creó un ambiente de Fe y Éxito. Y lo logró.

¿Y si resulta que los sueños sí se hacen realidad? ¿Y si no importan todos los NO que tuviste en tu pasado? ¿Y si realmente hay un gran SÍ en tu futuro?

Amado lector, felicidades por haber adquirido este libro. Estoy deseando que te sumerjas en sus páginas y que, guiado por Enkarnny, te atrevas a soñar en grande, actuar en grande y lograr una vida que tu alma desee.

No importan las injusticias y las decepciones del pasado, es mucho más importante al lugar a donde vas que el lugar de donde vienes. Confía y ten Fe. Escucha la voz de tu alma y reclama lo que es tuyo por derecho.

Es tu momento. Es ahora o nunca.

Tu cambio empieza hoy.

Lain Garcia Calvo

Autor del Best Seller *LA VOZ DE TU ALMA*

www.lavozdetualma.com

"¿Por qué contentarnos con vivir arrastras
cuando sentimos el anhelo de volar?"

Helen Adams Keller

VISUALIZANDO

Hacía cuatro años más o menos, una amiga que no estaba pasando por un buen momento, me recomendó un libro llamado *El secreto*. He de reconocer que al principio el libro me pareció un tostón, se me atragantó y no podía seguir leyéndolo, pero debido a su insistencia y al cambio que había notado en ella, decidí hacer un esfuerzo por acabarlo. Fue la mejor decisión que pude haber tomado. *El Secreto* me enganchó de tal manera que acabé convirtiendo todo lo que allí aprendí en mi forma de vida. Interioricé tanto su mensaje, que llegó a convertirse en mi guía, en mi nueva forma de ver y entender la vida. Gracias a este libro fui capaz de hacer cosas que en mi vida jamás pensaba que podría hacer, como montar un negocio en plena crisis. A este libro siguieron otros, como *"Las gafas de la felicidad", "El poder del ahora", "Donde tus sueños te lleven"* y el que más me impactó de todos ellos... *"La voz de tu alma"*, el Best Seller de Laín García Calvo, que realmente me ayudó a descubrir qué era lo que me hacía vibrar en esta vida y me animó a "emprender acción" para conseguirlo, pero esto es algo que iréis viendo...

Estuve durante tres años dirigiendo aquel negocio. Al principio me entusiasmaba, pero poco a poco me fue desilusionando. Tenía altibajos a nivel emocional, cualquier cosa me afectaba, tuve que dejar de dar clases porque estaba bastante inestable y pasé a hacer trabajo únicamente de despacho, lo cual me hundió más aún. Luego, empecé a sentir pánico cuando tenía que reunirme con algunas de las familias de mis alumnos y me planteé cerrarlo en varias ocasiones, pero había contraído una deuda y tenía que pagarla. Lo normal hubiera sido estar de baja, porque realmente mi relación con aquellas familias se había convertido en un auténtico infierno ya que, algunas de ellas, cada vez que entraban por la puerta me montaban un numerito. Cada vez que alguna de esas cinco o seis familias tenían que venir a pagar o me pedían cita para hablar conmigo me ponía enferma, literalmente. Mi cuerpo somatizaba aquel miedo y recuerdo muchas noches de ansiedad por aquella situación. Para mí era tan desagradable, que me encerraba en casa y no quería salir porque no quería encontrarme con esas personas por la calle ya que me la podían liar en cualquier momento y en cualquier lugar y para mí era bochornoso porque, además de no tener educación, no entendían nada, les dijeras lo que les dijeras nunca lo entendían. Es lo que tiene la gente ignorante y que no quiere ni aprender ni evolucionar, que con ellos no se puede. Suerte que eran muy pocas las familias así. La mayoría, gracias a Dios, era gente muy normal, educada y respetuosa con la que trabajé muy a gusto y los alumnos todos eran maravillosos. En eso tuve mucha suerte, pero aquellas cinco o seis familias valían por ochenta y consiguieron acabar con la ilusión con la que yo monté aquella academia y consiguieron también, que la cerrara con el firme propósito de no volver a montar nada en aquel barrio, mi barrio, por el que había apostado con tanta fuerza, pero en el que las personas no sabían apreciar nada, sino criticar, sacar defectos a todo y no apoyar a la gente que luchaba para que en el barrio tuviéramos cosas buenas y viviéramos mejor.

Era un barrio muy variopinto en el que podía encontrar todo tipo de personas, las que tenían una gran cultura, educación y respeto por los demás, que las había, afortunadamente. Otras personas con cero cultura y saber estar y sin ningunas ganas de tenerlos. Otros que no habían tenido posibilidades de estudiar pero que, muy dignamente, se ganaban la vida sin meterse con nadie e intentaban, con mucho esfuerzo, darles a sus hijos la posibilidad de una vida mejor de la que ellos habían tenido, a través de unos estudios y una buena preparación en idiomas. Éstos eran los que yo más admiraba. También estaban los que se pasarían la vida viviendo de una paga de la asistenta social y de alimentos de la Cruz Roja, unos porque no conocían otra cosa, y otros porque no querían conocerla. Podíamos encontrar a los que tenían mucho dinero y no lo aparentaban. También estaban los que aparentaban mucho y luego no tenían nada (de esos había bastantes). Además, había quienes se pasaban la vida quejándose de que no podían pagar el apoyo que sus hijos necesitaban, incluso lo dejaban a deber, pero luego presumían en las redes sociales de ropa cara, buenos coches y buenas vacaciones. A muchos de ellos yo no los llegaré a entender nunca, supongo que mis prioridades son diferentes...

Con todo aquello yo me sentía atrapada en una sociedad a la que no me acababa de adaptar y que sentía que tampoco me aceptaba. Aquello, junto con la depresión que la situación con aquellas cinco o seis familias me provocó, me hizo abandonar aquel proyecto que con tanta ilusión había emprendido tres años atrás y que tanta falta, a mi entender, le hacía a mi barrio: la academia.

Yo sabía que el dinero no tenía que regir mi vida, sabía que tenía que buscar aquello que realmente me hiciera feliz porque el dinero va y viene y por un lado o por otro se acaba recuperando. Lo importante era estar bien, tanto física como psicológicamente y a partir de ahí todo se iría solucionando. Pero no podía expresar mi sentir libremente, porque el dinero para montar aquel negocio me lo había dejado mi familia y oírme decir eso, para ellos era de ser una persona irresponsable que no quería pagar. Nada más lejos de la realidad. Lo que yo quería era tener mucho dinero para devolverles eso y darles todo lo que ellos quisieran. Lo cierto era que no acababa de llenarme, me sentía incompleta, y lo estaba pasando bastante mal, aunque cuando la gente me preguntaba yo decía siempre que muy bien, que todo iba muy bien.

Me quedé debiendo una gran suma de dinero pero me daba igual porque sabía que yo era fuerte y tarde o temprano saldría de aquello porque sólo tenía que hacer una vez más, lo que había hecho tantas veces, luchar. Después de perder mi casa, mi coche y quedarme arruinada y debiendo dinero por todas partes unos años atrás, logré salir de aquella situación, eso sí, con mucho esfuerzo. Así que ahora, ésto estaba chupado para mí. Lo importante era estar bien psicológicamente, que era lo que más me estaba costando. Si estaba fuerte, encontraría trabajo de lo que fuera, porque nunca se me habían caído los anillos y ahora no se me podían caer, porque tenía que salir adelante una vez más y lo iba a conseguir, no me cabía la menor duda.

Aunque un poco apretados siempre, no diré que vivíamos mal por respeto a tantísima gente que vivía peor. Mi pareja tenía un sueldo que, para la que estaba cayendo, estaba bastante bien. El padre de mis hijos, después de muchos años, ya había vuelto a trabajar y nos pasaba de nuevo la pensión de los niños completa, aunque aún me seguía debiendo más de diez mil euros entre pensiones, libros, extraescolares, dentistas,

vacunas, etc. que yo nunca denuncié por miedo a que se le fuera la cabeza y lo pagara con ellos.

Gracias al buen sueldo de Lucas, que vivía con nosotros hacía ya siete años, podíamos pasar el mes, pagarlo todo y de vez en cuando, darnos algún capricho como pedir una pizza o comida china. Esos eran nuestros máximos caprichos. A pesar de pasar momentos un poco apurados, fue un privilegio poder quedarme en casa, a pesar de no cobrar de ningún sitio para intentar curarme de aquella depresión. Valía la pena aunque por un tiempo tuviéramos que renunciar a tener coche o a ir de vacaciones. Entonces descubrí algunos hobbies que me llenaban, como por ejemplo, escribir. Necesitaba llenar la vida de color y de historias positivas, llenas de energía. ¡Ya estaba bien de tanta crisis y de tanta tragedia! Estaba dispuesta a pintar mi vida de colores. Quería plasmar de alguna manera aquellas visiones, aquellas visiones incomprensibles que me hacían sentir inmensamente dichosa... Sólo cuando vislumbraba aquello me sentía completamente feliz, y lo quería compartir con los demás.

Llevábamos tiempo, bueno, más bien casi desde el principio, (y ya llevábamos ocho años de relación), dándole vueltas a la posibilidad de tener un hijo juntos. A veces parecía que ya estábamos convencidos de ello, pero siempre lo acababamos posponiendo. Sería el primer hijo para él, pero el tercero para mí, ya que yo ya tenía dos de mi relación anterior. Por eso, me lo tenía que pensar muy bien antes de dar el paso, aunque había algo que aún me frenaba más que mis propias razones, y era el hecho de ver que Lucas tampoco ponía mucho entusiasmo. Yo no tenía ninguna necesidad de tener un hijo porque ya había vivido la maternidad, además de una manera muy bonita. Tuve a mis hijos muy joven y tuve la suerte de poderlos disfrutar mucho, aunque la verdad era que siempre había querido tener una familia numerosa. Siempre he dicho que quería tener, como mínimo tres hijos. A veces pensaba tener incluso cuatro o cinco, porque me gustan mucho los niños. Pero para eso tenía que encontrar un padre que quisiera, como yo, tener tantos hijos, que le entusiasmara la idea, porque es algo para siempre, pero además, necesitaba poder mantenerlos y eso implicaba tener dinero, porque en esta vida muchas de nuestras decisiones dependen de don dinero. Además, para mí, siempre había sido muy importante poder criarme yo a mis hijos y para eso una vez más, necesitas dinero. Yo creo que los hijos son para los padres y si no puedes criarlos, tanto a nivel económico como a nivel de pasar con ellos el tiempo necesario, yo, en mi caso, no los tendría. Igual pensaba así porque ya tenía dos, ninguno de los dos planeado, y me lo había tenido que montar para trabajar poquitas horas, estudiar y criarlos. Seguramente, si en aquel momento no hubiera tenido ninguno, pensaría diferente.

La verdad es que fui muy valiente. Con veintiún años, la carrera recién empezada y todo el tiempo del mundo para ser madre, decidí, a pesar de todas las dudas, seguir adelante con aquel embarazo imprevisto. Una vez más tuve mucha suerte, porque mi familia me ayudó muchísimo. Los dos primeros años de la vida de mi hijo Javier, me quedé en casa de mis padres con mi bebé y el que era mi marido. Nos lo montábamos como podíamos porque por aquel entonces mis padres eran muy jóvenes y también trabajaban, pero la verdad es que entre mis padres, mis tías, mis primas e incluso las vecinas, que eran como de la familia, me ayudaron mucho para que no tuviera que dejar

la carrera. Eran muy pocas horas y días los que me ausentaba de casa y así, dejaba a mi hijo con otras personas el menor tiempo posible porque me arreglé los horarios de la universidad lo mejor que pude y la mayoría del tiempo estudiaba en casa, sobre todo por las noches y los fines de semana, cuando los demás no trabajaban y podían ayudarme más con el pequeño, aunque algunas horas presenciales eran obligatorias y no podía faltar. Era un show verme por la universidad con el bombo, todo el mundo me miraba, nunca entendí por qué. Tenía 21 años recién cumplidos. Es cierto que tengo que estar muy agradecida una vez más por todo el apoyo que tuve en aquel momento, aunque no precisamente de mis compañeros...

O O O

Mis hijos se llevaron dos años y nueve meses, pero cuando nació mi hija Leire, yo ya no vivía en casa de mis padres. Hacía más o menos un año que nos habíamos mudado a un pueblo a una media hora en coche de Valencia, y de donde era el padre de los niños. Por fin conseguimos entrar a vivir en nuestra casa, la casa que llevábamos construyendo casi cuatro años.

Aquella casa era el sueño de mi vida, yo misma la diseñé, yo misma peleé para que no nos la tiraran al suelo a medio construir porque había un papel que no estaba bien hecho. Yo misma me recorrí, con 22 años y sin haber salido nunca de mi casa, todos los polígonos industriales de Valencia, buscando una empresa que nos pudiera solucionar el problema, porque el Ayuntamiento amenazaba con tirarla al suelo si no presentábamos el informe que nos pedían. Aquello nos pillaba con la casa a medias, con la hipoteca a medias, ya que era de autopromoción y nos iban dando el dinero a medida que el arquitecto iba certificando distintos porcentajes de la construcción. Así que, debíamos al banco ya, unos cuantos millones de pesetas (aún no había euros) por la parte de la casa que ya estaba construida. Fue una auténtica pesadilla, pero por fin, conseguimos que las cosas se arreglaran y no nos la tiraran, pudiendo entrar a vivir. Aquella casa fue mi gran sueño, pero también fue una de mis grandes desilusiones y, con el tiempo una herida muy grande que no conseguía sanar.

Soñé mucho tiempo con desarrollar mi vida familiar en aquella casa. Era una casa de unos ciento cuarenta metros cuadrados de vivienda más dos terrazas. Nada del otro mundo, pero para mí, la más bonita. Tenía un amplio comedor salón, una cocina bastante grande, cuatro habitaciones, dos baños, un pequeño trastero y las dos terrazas. Podía haber sido perfecta, pero tenía un gran defecto: que mi exmarido nunca la terminó.

Decidimos construirla nosotros, poco a poco, para no contratar a una empresa, ya que pensamos que así sería más económico porque como él, su padre y su hermano eran albañiles, la podían construir. Aquel fue el primer error, confiar en que su familia nos iba a ayudar. No fue así, su padre sólo vino a ayudarle cuando hubo que hacer los cimientos y poner la estructura de hierro y luego creo que no volvió más que un par de días y para eso, casi tuvimos que rogarle. Su hermano prácticamente ni apareció. Supongo que el primer desilusionado sería él. No lo sé. El caso es que él se quedó solo para levantar aquella casa, que ya tenía su mérito. Sólo vino un amigo suyo de toda la

vida, Miguel. Vino un par de veces a echarle un cable cuando estaba poniendo el suelo de la primera planta, pero nada más. Yo le ayudé en lo que pude y saqué unos cuantos capazos de escombros, pero de obra sabía poco, además, tenía que cuidar a nuestro hijo Javier y estudiar, así que le propuse nuevamente llamar a una empresa para que acabara lo que quedaba a lo que él se seguía oponiendo.

Al final, entramos a vivir allí con la casa a medio terminar. Estaba a punto de nacer Leire y forcé un poco el tema diciéndole que aquella Semana Santa el niño y yo nos íbamos a vivir a nuestra casa, estuviera como estuviera, aunque fuera con colchones en el suelo. Estaba embarazada de casi seis meses y hacía tiempo que tenía la sensación de que aquello no avanzaba. Los fines de semana él iba a trabajar allí pero siempre que me acercaba yo por allí, casualmente, nunca lo pillaba. Empecé a enfadarme y acabé estando allí como un sargento para que no se fuera por ahí de cañitas, que era lo que muchos días acababa haciendo.

Parece que al amenazarle, se puso un poco más las pilas y en Semana Santa pudimos entrar a vivir, pero con la casa sin terminar. La primera planta, donde estaban las habitaciones, estaba más o menos decente, pero la planta baja era un desastre, sin puertas en los muebles de la cocina, sin acabar la escalera, ni la fachada, el baño inutilizable porque tampoco estaba acabado y muchísimos detalles pendientes por toda la casa. Aquello no se parecía en nada a la casa que yo había proyectado y aquella fue mi primera desilusión. No es que fuera una supercasa, pero era mi casa y yo quería tenerla acabada y poder enseñarla a todo el mundo, pero me daba vergüenza, mucha vergüenza. Creo que fue ahí, cuando el padre de mis hijos se me empezó a caer del pedestal, además de por todos los episodios tan desagradables que me hizo vivir por su vicio con el alcohol. Empecé a ser consciente de aquello muy poco a poco, porque es muy difícil ver algo cuando no lo quieres ver y lo justificas y lo tapas siempre delante de los demás... por vergüenza.

Tuve que vivir muchos episodios desagradables con él por ese motivo. El primero fue estando embarazada de Javier, nuestro hijo mayor. Estaba embarazada de siete meses y estábamos toda la familia de mi madre en el chalet de mi abuelo, en Villa Alguacil. Estábamos todos, los tíos, los primos, los sobrinos y el abuelo. En aquella pequeña "casita", como nosotros la llamábamos, nos juntábamos siempre que podíamos un número bastante grande de miembros de la familia. Compartíamos habitaciones, un sólo baño y colchones por el suelo. Era algo cutre pero muy divertido y guardo muy buenos recuerdos de aquellos veranos. Pues bien, aquella noche estaban en fiestas en Villa Marchosa y nos apetecía bajar a darnos una vuelta. Mi prima Cata, siete años mayor que yo, se apuntó a la aventura, dejando allí a su marido y a sus hijos a los que no les apetecía venir. Allá que nos fuimos los tres. Santiago conducía el Renault Clío azul que nos habíamos comprado un par de meses antes. Por aquel entonces yo aún no tenía mi permiso de conducir. Una vez llegamos al pueblo, nos reunimos con una pareja de amigos, pero enseguida nos separamos como era costumbre, los hombres por un lado y las mujeres por otro, algo que nunca entenderé de esta sociedad. Nosotras nos quedamos en un banco en la plaza, comiendo pipas. Ellos se fueron al bar. A mí los bares siempre me han gustado poco. Estuvimos un par de horas en el pueblo y como yo ya estaba muy cansada, nos fuimos a buscarlos para volver a la "casita". Hasta ahí todo muy bien, todo parecía normal, nos despedimos y nos fuimos, pero de pronto, a los dos

minutos de coger el coche empezamos a notar que Santiago hacía cosas muy raras y pasamos cinco minutos de auténtico pánico, de los siete que nos separaban de nuestro destino. Mi prima y yo estábamos asustadas y no nos atrevíamos a abrir la boca. Yo no sabía lo que le pasaba, sólo sabía que habíamos estado a punto de caernos a los campos de naranjos y le había tocado frenar en varias ocasiones. Y así, un camino corto en una noche agradable se convirtió en un auténtico infierno. Cuando llegamos, todos dormían. Mi prima y yo estábamos más blancas que la luna y él, como si nada. Ninguna abrimos la boca salvo para decir buenas noches, y todos nos fuimos a dormir.

Una vez en la cama, no quise darle más vueltas al asunto e intenté dormir en la cama de mis abuelos que nos habían dejado para que yo, con aquella gran barriga estuviera más cómoda, pero fue imposible. Santiago no paraba de dar vueltas y hacer cosas raras hasta que al final se levantó al baño y pude oír desde la cama que estaba vomitando. Parecía que no le había sentado bien la cena. Me levanté a ver qué le pasaba y lo vi pálido, con la cara desencajada y las pupilas dilatadas. Nunca lo había visto así. Tal era el jaleo que montó, porque se iba tropezando con todo, que mis padres, mis tíos y mis primos se levantaros a ver qué pasaba. ¡Qué vergüenza me dio que lo vieran así! No sabía lo que le pasaba pero no me gustaba que hubiera despertado a todos.

Después de un rato vomitando hasta la manzanilla que le había preparado mi madre, mis primos decidieron que no le vendría mal un poco de agua fría y lo tiraron a la piscina. Uno de ellos fue el marido de mi prima Cata que parecía enfadado. Supuse que sería porque ella le habría contado el tortuoso camino que habíamos padecido hasta llegar a casa.

Aquí empezó a ser evidente una situación que yo durante muchos años no quise ver, padecí, justifiqué e incluso tapé diciendo mentiras para ocultar mi vergüenza. Como es obvio, tuve que vivir muchos episodios como éste y de verdad no me daba cuenta de cuál era el problema. Desde fuera, puede parecer tan evidente, pero cuando es a ti a quien le pasa, no quieres ver la realidad. Engaños continuos, falta de dinero, mentiras rocambolescas de las que yo me hacía eco pensando que todo le pasaba al pobre, hasta lo más cómico, situaciones bochornosas delante de otras personas y delante de los niños. Hasta su propia madre llegó a quitarle las llaves de su casa porque le faltaba dinero de la cartera y yo, que siempre me creía lo que él me contaba, llegué a pensar que vaya madre, que no quería su hijo y que todo lo pagaba con él porque no lo quería tanto como a sus hermanos. Lo que él siempre me había contado.

Es cierto que yo tengo bastante carácter y no soy precisamente de las que se calla, por ese motivo teníamos una bronca tras otra, porque yo le pedía explicaciones y le decía que no me parecían normales las cosas que hacía y las que me decía que le pasaban, pero al final, me acababa embaucando, haciéndome creer que todo lo que me decía era verdad y que a aquel "pobre" hombre le pasaban las cosas más raras del mundo.

Pero además, él era muy majo con todo el mundo, simpático y divertido y tenía ganado el favor de mi familia y de nuestros amigos. Me di cuenta con el tiempo de que yo, inconscientemente, buscaba los momentos en los que había gente delante para echarle las cosas en cara. Luego entendí que lo que estaba haciendo era pedir ayuda a gritos y refugiarme en los demás porque cuando ellos estaban, yo podía expresarme sin que me gritara y sin que me dijera aquellas palabras tan bien estudiadas que poco a poco iban haciendo mella en mi subconsciente. Aquellos momentos en familia o con amigos

se convirtieron en la única forma de poder decirle las cosas, porque una vez que llegábamos a casa, si abría la boca era para discutir y para que él acabara dándole la vuelta a la tortilla, haciéndome sentir que yo tenía siempre la culpa de todo y haciéndome llorar de rabia e impotencia. Pero claro, como él delante de los demás se mostraba encantador (eso es lo que era, un encantador de serpientes), para la familia y los amigos era yo la mala porque siempre le atacaba delante de ellos y el pobre no me hacía nada. ¡Qué rabia! Nadie lo veía, nadie lo entendía, nadie sabía lo que ocurría en mi casa, cuando se cerraba la puerta... Y la culpa una vez más era mía porque lo había tapado tantas veces que ahora aunque buscara en los demás el respaldo para que fueran ellos los que le dijeran que aquel no era el camino, era imposible. El pobre, era un encanto y yo, mala malísima.

Era domingo, veintiséis de julio del año dos mil. Estaba apunto de nacer mi hija Leire. De hecho, nació dos días después. Mis padres estaban en casa y mi amiga Esther también. Habían pasado el fin de semana con nosotros ayudándonos a dar los últimos retoques a la habitación de Leire. Todo había transcurrido con normalidad, pero una vez acabamos de comer, Santiago nos dijo que volvía enseguida, que lo había llamado un compañero de trabajo, que iba a darle unas herramientas y volvía. Los demás, nos terminaos el café, estuvimos hablando un buen rato, descansamos otro rato en el salón, acabamos la habitación de Leire, merendamos, otra vez de sobremesa y así pasamos la tarde. Santiago sin volver y todo el mundo preguntando por él. Una vez más me dejaba en evidencia delante de los demás, otra vez a pasar vergüenza, otra vez aquel sentimiento de humillación...

Santiago tenía que llevar a mi amiga Ester y a mis padres de vuelta a Valencia, pero viendo que tardaba tanto, mis padres llamaron a unos amigos que tenían que pasar por allí de vuelta de su chalet, y como tenían sitio en el coche se fueron con ellos. Antes de que se fueran apareció él, sobre las ocho de la tarde. Desde que acabamos de comer que se había ido ya había tenido tiempo de fabricar las herramientas. Otra vez aquella forma rara de poner las manos, de gesticular, otra vez las pupilas dilatadas, otra vez se le trababa la lengua y no podía entender lo que decía, otra vez aquel olor... ¡qué asco me daba! Y pensar que estaba a punto de atarme aún más a aquel hombre... Me quería morir.

Me metí en la ducha y bajo el chorro de agua caliente rompí a llorar. En aquel momento entendí que aquello tenía que acabar, que no quería seguir viviendo aquel infierno. Pensaba que yo no me merecía eso. Yo había renunciado voluntariamente a vivir muchas cosas en mi vida porque creía firmemente en la magia de la familia, pensaba que era un motivo más que suficiente para renunciar a tantas cosas que hubiera querido hacer. Creí que juntos podíamos luchar contra todo y tener una familia estupenda, una bonita casa y cuando yo acabara la carrera que tanto esfuerzo me estaba costando, los dos tendríamos un trabajo y podríamos vivir bien, dándoles a nuestros hijos lo mejor. Pero en vez de eso, me encontraba con aquel infierno. Me encontraba que la casa de mis sueños era una auténtica mierda, que el hombre que yo creía conocer y de quién creía estar enamorada era un auténtico psicópata capaz de inventarse mentiras propias de una película de Spielberg y que todo el mundo se las creyera. Yo la primera. Además, venía cada vez más a menudo a casa con ese olor asqueroso mezcla del alcohol que ya corría por su sangre y tabaco, y a día de hoy aún dudo si también de otras sustancias que yo desconocía. Lo único bueno que tenía era mi hijo Javier que era un sol y el nacimiento inminente de mi hija Leire, que aunque me hacía mucha ilusión, me daba mucha pena.

Me sentía culpable de traer hijos al mundo con aquel hombre, ofrecerles aquella casa sin acabar, aquella vida... Mis hijos y la esperanza de un futuro mejor era lo único que me hacía seguir luchando. Quería pensar que algún día todo iba a cambiar y seríamos la familia perfecta que siempre imaginé, aunque en lo más hondo de mi ser ya sabía que con aquel hombre, aquella familia que yo había idealizado jamás sería posible. Quise dejar aquella relación en aquel mismo momento, porque por un instante lo tuve todo claro: el pasado, el presente y el futuro. Pero un golpe de realidad me recordó que mi hija estaba a punto de nacer, aquel era su papá y ella tenía derecho a que su padre estuviera a su lado cuando viniera al mundo. No quería que el día de mañana, mi hija me lo pudiera recriminar.

A los dos días nació Leire y llegó para llenarme de alegría y esperanza. Ya no tenía un hijo maravilloso, sino dos. Era la madre más afortunada del mundo y además, había tenido el parto perfecto, nada que ver con el primero. Aquello me dio mucha fuerza para seguir luchando de nuevo. A pesar de eso, me seguía dando mucho asco que Santiago cogiera a la niña en brazos con aquel olor, mezcla de tabaco y alcohol. Le obligaba siempre a lavarse las manos antes de cogerla, pero con lo que llevaba por dentro, yo no podía hacer nada. ¿O sí? Tal vez sí podía hacer algo antes de tirar completamente la toalla y mis hijos bien merecían que lo intentara, así que decidí llevarlo al mismo médico que cuando él era pequeño había tratado a su padre por el mismo problema, el alcoholismo. Era un señor mayor que tenía su consulta en el centro de Valencia. Pedí cita y lo llevé engañado diciendo que iba a un médico para mí para perder peso tras el parto. Aquella tarde los niños se quedaron con mis padres en el chalet de sus amigos y todos fueron mis cómplices. La cara de odio que me puso cuando se dio cuenta de que no habíamos ido al médico para adelgazar sino para tratar su "problema", un problema que él no reconocía, me dio mucho miedo. A pesar de todo lo que había vivido con él, nunca le había tenido miedo. Aquella fue la primera vez, aunque no sería la única.

Cuando le contamos al doctor, que aún se acordaba de su padre, lo que pasaba, él le preguntó cómo era un día suyo normal con respecto al alcohol y aunque le costó ser sincero, D. Joaquín consiguió sacarle todo lo que bebía en un día. Él no era consciente y creo que hasta aquel momento yo tampoco lo era, de lo presente y lo normalizado que estaba el alcohol en nuestra sociedad, así como de la cantidad de alcohol que había acumulado aquel cuerpo, día tras día, año tras año, hasta aquel momento. Además, yo le conté al médico cómo se ponía él, cuales eran sus reacciones, le conté que era como estar con dos personas diferentes, la que había bebido y la que no. También le dije que había notado algo muy raro y era que algunos días con una sola cerveza, que yo viera, se ponía fatal y otras veces tomaba cantidades más grandes y aunque se ponía mal, no era tan exagerado. Pensé si podía tener algo que ver con su hígado y el doctor nos dijo que no, que lo que pasaba era que aquel cuerpo llevaba muchos años alcoholizado, y que no dependía sólo de lo último que se hubiera bebido, sino de lo que ya tuviera en el cuerpo.

El doctor, aparentemente, le hizo comprender el problema que tenía y le recordó lo mal que lo había pasado su madre y le preguntó si era eso lo que quería para mí. Él respondió que no. D. Joaquín le dejó muy claro, que no debía probar ni una sola gota de alcohol. Nada, ni siquiera cerveza sin alcohol, porque como él nos explicó, esa clase de bebidas, aunque tienen muy poco, aún llevan algo de alcohol y ese poco le movería todo

lo que él tenía dentro. También nos dijo que lo podía hacer de dos maneras, con pastillas o sin pastillas. Las pastillas que recetaban para estos casos eran bastante peligrosas. Yo lo sabía porque cuando tenía doce años, mi tío, que también tuvo el mismo problema, bebió después de habérselas tomado y a mi madre y a mí nos tocó presenciarlo. Aquello no se me olvidará jamás. Se puso rojo como un tomate, no paraba de moverse, parecía que iba a explotar y no paraba de gritar que estaba muy mal, que se iba a morir. Yo, pensé que de aquella no salía.

Me pareció buena idea lo de las pastillas, así me aseguraba que no bebería, pero él nos pidió un voto de confianza y nos dijo que podía hacerlo sin pastillas, que lo haría por sus hijos. Quise darle el voto de confianza para no empezar aquello con mal pie obligándole a hacer algo que no quisiera hacer, porque sabía que si no era por su propia voluntad, no lo iba a conseguir. Lo que no había aprendido aún era que las personas con ese problema, no tienen voluntad.

Salí de allí contenta porque parecía que se había dado cuenta y se nos abría una puerta a la esperanza, pero qué va, al cabo de un par de meses, volvió a las andadas. No lo hacía tan a menudo como antes, era como si quisiera controlarse, pero poco a poco, fue perdiendo de nuevo el control y todo se fue a la mierda. ¡Qué pena!. Teníamos los hijos más maravillosos del mundo, estaban sanos, eran buenos y guapos, teníamos una casa, que de haber estado acabada, habría sido estupenda ¿qué más se podía pedir? Que aquel infierno acabara.

O O O

Fui imaginándome cómo sería tener un hijo con Lucas, y la verdad es que, por un lado, no me apetecía nada ya que en ese momento yo estaba muy cómoda: mis hijos eran mayores, no me daban demasiados problemas, dormía a pierna suelta, entraba y salía sin dar demasiadas explicaciones porque mi pareja no me las pedía, pero por otro lado, mis hijos también lo pedían porque les gustaban mucho los niños y él, supuestamente quería saber lo que era ser padre desde el principio. Así que poco a poco empecé a ilusionarme con la idea, fui visualizando cómo sería el momento del cambio de pañal, del biberón, del baño... y la cara de mi amor cuando tuviera a su bebé en brazos por primera vez... pensarlo me hacía feliz pero era una sensación inestable, iba y venía y a eso contribuía el hecho de que el futuro papá estaba "cagadito". En plena crisis, acabábamos de cerrar un negocio el cual nos habíamos quedado debiendo, con un solo jornal, con tres hijos y un país con un futuro incierto... y entonces me contagiaba su miedo y yo también me echaba atrás. En otro momento de mi vida aquello no habría sido un impedimento para mí, pero entonces sí, tal vez escarmentada por las desilusiones de mi vida anterior. En otro momento yo hubiera luchado y hubiera pensado que donde se crían dos se crían tres y hubiera echado para delante con la fuerza de un Miura, pero en aquel momento no sólo no lo pensaba sino que me daba un miedo espantoso.

Si imaginaba mi vida unos años después, me imaginaba con más hijos, varios más, no sólo uno más, pero sin embargo sentía que no era el momento. Había vivido la maternidad de una forma muy bonita, pero quería vivirla de forma distinta, desde la madurez y la serenidad que deben dar los años, y que yo, a mis recién cumplidos treinta y

siete no acababa de sentir. Quería vivir aquello con ilusión, buscarlo, emocionarme al ver un positivo en la prueba de embarazo y sentirlo como un sueño cumplido, un sueño común, nuestro sueño. Pero a veces sentía que por mucho que quisiera a Lucas y él a mí, no podría vivir la maternidad con él de la forma que a mí me apetecía, porque éramos muy distintos. Yo tenía ganas de tener una casa más grande para poder tener una habitación para el bebé, ya que sus hermanos eran adolescentes y acostumbrados a tener una habitación para ellos solos toda la vida y no me parecía oportuno a esas edades, imponerles un bebé en su habitación, que los despojara de toda su intimidad y de la forma de vida que habían tenido siempre. Al fin y al cabo, los que decidíamos tener un bebé éramos nosotros. Me hacía ilusión que tuviera su habitación propia, decorarla, pintarla de un color bonito y que no le faltara ni un detalle. Me hacía ilusión el carro, la ropa, la bañera y todas las chorraditas típicas que tanto me emocionaban. Pero en cambio a él, no le hacía ilusión nada y todo lo que supusiera gastos le sobraba. Él prefería, pudiéramos o no, que todo aquello se lo prestara alguien y que el bebé tuviera la ropa justita para no gastar. En ese sentido éramos la noche y el día. Está claro que si te pilla en un mal momento y lo tienes que pedir, pues no pasa nada, no es eso lo más importante, pero lo cierto era que a mí me apetecía disfrutar de cada detalle. Yo soy más caprichosa.

Otra cosa que me daba miedo era mi hipotiroidismo. Hacía unos seis años que me lo habían diagnosticado y desde el principio me hizo engordar muchísimo, ni más ni menos que veinte kilos y eso me tenía bastante tiempo con la autoestima por los suelos. Hacía poco que había conseguido perder algo de peso, aunque no todo el que yo hubiera querido. Después de muchos años con sobrepeso, por fin había podido estabilizar mis tiroides y me daba miedo que se volvieran a descompensar con el embarazo y volver a tener la autoestima fatal. Con tantos peros, siempre acabábamos posponiendo el embarazo... Yo seguía refugiada en mis visualizaciones...

“Cuando quieres realmente una cosa,
todo el Universo conspira para ayudarte a conseguirlo.”

Paulo Coelho.

EL SUEÑO DE MI VIDA

Ya habían pasado unos días desde que habíamos recibido la feliz noticia y aún no se lo habíamos contado a nadie, pero es que nos había invadido el miedo.

Por mi parte, se lo había contado a mi madre aunque no le dije a Lucas que ella lo sabía, porque no quería que él se lo contara a nadie. Sabía que aquella actitud era bastante egoísta por mi parte, pero es que no lo podía evitar, no me fiaba ni de mi padre, sí, literalmente, ni de mi padre, porque seguro que con el entusiasmo del momento, se le iba a escapar. Supongo que Lucas se lo contaría a alguien y me lo ocultó también pero no quería saberlo porque tenía como una especie de obsesión que me impedía gritar a los cuatro vientos que mi sueño se había cumplido. Era como si de pronto fuera a despertarme, como si de pronto fuera a venir alguien a decirme que aquello no era real, o que había sido un error y no me correspondía vivir todo aquello, como si estuviera haciendo algo malo.

Es curioso, cómo las personas podemos vernos manipuladas por nuestras creencias, por las cosas que siempre hemos escuchado, por todas esas veces que alguien nos ha recordado lo difícil que es ver nuestros sueños hechos realidad. Nos lo grabamos a fuego en la cabeza de forma que si nos pasa algo tan grande como lo que a nosotros nos estaba pasando, no nos lo creemos, es más, llegamos incluso a sentir que no nos lo merecemos. Todo ésto lo tenía que tratar con los psicólogos, para poder deshacerme de esos pensamientos que intuía no me iban a dejar disfrutar de todo lo maravilloso que me esperaba, por eso, tanto Lucas como yo, nos pusimos rápidamente en manos de Raquel. Ella era la psicóloga que yo había frecuentado los últimos años y que me había ayudado bastante. La iba a necesitar por razones diferentes. Bueno, las razones externas eran diferentes, las internas, seguían siendo las mismas, porque aunque ahora tenía cosas nuevas en las que pensar e iba a tener la cabeza ocupada sin demasiado tiempo para comérmela con tonterías, mis miedos y mi ansiedad no iban a desaparecer por arte de magia, aunque tal vez ahora se mostraran de forma diferente. Yo creía que dejaría de tener alguna de las inseguridades que me habían acompañado durante mucho tiempo, porque sabía que ahora tenía poder, pero mis miedos cambiarían y en vez de tener miedo a volver a verme en la situación de no poder pagar mi casa y tenerla que malvender antes de que me la quitara el banco, como me había pasado años atrás, a no poder pagar el colegio de mis hijos, a tener que decir que no a un trabajo por no poder comprar un coche para desplazarme hasta ese lugar donde no había transporte público, a no poder comer a final de mes o a que nos viniera un pago inesperado y no poder hacerle frente, tendría otros miedos. Creía que ya no volvería a tener aquellos viejos ataques de pánico provocados, entre otras cosas, por las situaciones que viví años atrás, cuando tras mi divorcio, me quedé totalmente arruinada y con dos hijos que sacar adelante, situación que más tarde, cuando con mucho esfuerzo empezaba a solventar, la crisis se encargó de recordarme. Ahora esos miedos que desde hacía años me perseguían tendrían otra cara y tendría que saber reconocerlos y vencerlos.

La primera decisión que tomamos fue comprar un coche ya que en aquel momento llevábamos más de tres años sin coche y acusábamos mucho la falta de libertad que ello nos producía y ya sí que no teníamos ningún motivo para no hacerlo. Podíamos haber comprado dos, uno para cada uno, o un cochazo de alta gama, lo que nos hubiera dado la gana, pero no era cuestión de levantar sospechas en el barrio y si algo teníamos claro era que para evitar que mucha gente se enterara tendríamos que decir alguna que otra mentira, aunque no nos gustara, y con el coche ya tuvimos que empezar mintiendo porque además del Ssang Yong Rodius, compramos un Ford Fiesta de segunda mano, con el que nos movíamos por el barrio.

Los niños no sabían todavía lo que nos había pasado. Lo cierto es que no sé cómo pudimos disimular. Bueno sí, por el afán de protegerlos y porque la noche en la que me enteré todos estaban durmiendo. Al principio no le dije nada ni a Lucas. La verdad es que tuve la sangre tan fría que hasta yo misma me sorprendí. No los desperté, no dije nada, sólo lloré de alegría y me moví por toda la casa intentando no hacer ruido. Eso sí, el corazón me iba a mil. Luego me quedé parada y me puse a especular sobre lo que íbamos a hacer con tanto dinero, en qué lo íbamos a invertir, a quién íbamos a ayudar... Como tantas noches había hecho cuando el insomnio me invadía, llené hojas y hojas de mi libreta, con los mismos números, con los mismos sueños... sólo que esta vez era verdad, y no me lo acababa de creer. No sabía si despertar a Lucas o dejarlo dormir. Quería gritar pero no me salían las palabras.

A pesar de la tranquilidad de saber que ya no tendría que preocuparme nunca más por el dinero ni por el futuro de mis hijos, me puse tan nerviosa, que tuve que tomarme un Diazepan. Pues ni así conseguí dormir en toda la noche, hasta que finalmente Lucas, se dio cuenta de que no estaba en la cama y vino a buscarme al comedor como tantas otras noches en las que me había quedado dormida en el sofá viendo la tele.

—Pensaba que estabas dormida. ¿Qué estás haciendo a estas horas? ¿Es que no te cansas siempre con lo mismo?

—Bueno, esta vez es diferente...

—Siempre es diferente, ¿qué se te habrá ocurrido ahora? Tienes que parar esa cabeza cariño, no puedes vivir así. Ven a la cama conmigo y mañana sigues con eso, no te corre prisa.

—¿que no me corre prisa? ¡Y a ti también te corre prisa! Ven, siéntate aquí.

—¡Ay, tú siempre igual! Vamos a dormir que en tres horas me levanto para ir a trabajar.

—A trabajar dice, tú ya no trabajas en tu vida. - Me dio un ataque de risa y no podía parar, sólo podía repetir la palabra trabajar y me volvía a entrar la risa. Menos mal que los niños no se despertaron.

—Va, loquilla, que no son horas de tonterías, ¿vienes o qué? Yo me voy a dormir.

—No, no te vayas. Tienes que ver esto.

—No, ahora no, mañana me lo enseñas.

—Cariño, en serio, no te vayas, nos han tocado los euromillones. No es una broma.

—¿nos han vuelto a tocar? ¿esta semana también? Va cariño, que tengo sueño, déjate de jueguecitos, ¡son las tres de la mañana!

—Lucas, en serio, esta vez es en serio, compruébalo tú por si me he equivocado pero en la web de loterías, pone que ha tocado en el kiosco de la Juani, en la C/ Fontilles, pone hasta la dirección y tengo los mismos números. Lo digo en serio, míralo, por favor. Ya me sé los números de memoria: 2, 4, 8, 37 y 48. Las estrellas son el 2 y el 5.

Efectivamente, tras convencerlo, lo comprobamos juntos, nos había tocado, era verdad y encima una cantidad indecente. Era muchísimo dinero, no nos lo acabaríamos ni en 7 vidas. Pero teníamos que asegurarnos bien al día siguiente sin decir nada a nadie. Era difícil no gritar pero es que, era tanto dinero que nos daba hasta vergüenza. ¡¡¡Ciento noventa millones de euros!!! Los dos nos abrazamos, reímos, lloramos y no sabíamos qué hacer, no sabíamos cómo reaccionar. Empezamos a soñar juntos y a especular con lo que haríamos.

—Te lo dije, ¿lo ves? Siempre supe que esto iba a pasar, os lo dije a todos y no me creíais, que nos iba a tocar una lotería muy gorda y todos me tomabais por loca. ¿ves como eso de las visualizaciones funciona? ¿lo ves? ¿Y ahora qué? ¿quién tiene pájaros en la cabeza? ¡Toma, toma y toma, soy bruja! - riendo con risa nerviosa - Os lo dije a toda la familia, que nos iba a tocar. Y no será la última vez.

—No me lo puedo creer. Bufffff. No sé qué decir - Los dos rompimos a llorar de alegría y a la única conclusión a la que llegamos aquella noche sin dormir, fue que no se lo íbamos a decir a nadie, al menos de momento, y al día siguiente nos aseguraríamos bien. Había que guardar ese papel como oro en paño.

—Vamos a hacerle una foto por si se nos pierde, vamos a hacernos una foto los dos con él.

De pronto empecé a temblar, me puse muy nerviosa imaginando que todo el mundo se enteraba. Por un lado quería salir a la calle corriendo y gritar pero por otro me daba miedo la reacción de la gente. Imaginé a todas las personas necesitadas que había en el barrio sin trabajo y nosotros con toda esa pasta. Me dio miedo que nos avasallaran pidiéndonos ayuda o, lo que me puso más nerviosa aún, que secuestraran a alguno de los niños para pedirnos dinero. Cuando la gente está necesitada es capaz de cualquier cosa, y a veces, cuando no, también.

Todos aquellos pensamientos pasaban por mi cabeza a la velocidad de la luz y se mezclaban con otros que eran contrarios. Era una mezcla de euforia y miedo. Por momentos era consciente de que podía hacer en la vida lo que me diera la gana y no tendría que volver a preocuparme por el dinero. Me veía en la casa de mis sueños, disfrutando de mi familia, como siempre había querido. Pensaba que nunca más tendría que preocuparme por nada. Me equivocaba. Sólo que mis preocupaciones ahora irían por otros caminos.

Le dije a Lucas que no quería que se lo contáramos a nadie, ni siquiera a nuestros padres y hermanos. Él no lo entendía pero a mí me invadió la desconfianza y tenía miedo de que se notara y nos tuviéramos que ir corriendo del barrio. Por otro lado, me apetecía que se enteraran todos y que rabiara más de uno y más de una que no me habían tratado muy bien, sobre todo cuando iba al colegio y en mi adolescencia, pero sabía que me convenía callar.

Cada vez era más consciente de que podíamos correr peligro tanto nosotros como nuestros padres y hermanos, y de que seguramente la prensa y los bancos andarían buscando la noticia y el dinero para sus respectivos negocios. Pensaba muchas cosas y

demasiado rápido. Lucas no se lo podía creer pero es que yo había soñado tantas veces con aquella situación que incluso había pensado en todos los escenarios posibles y ahora me sabía aquello de memoria. Ahora pienso en aquella reacción mía y la verdad es que parecía que era un guión ensayado. Tuve mucha sangre fría, pero es que de alguna manera lo había vivido tantas veces que reaccioné tal y como había ensayado en mi mente una y otra vez.

—Cariño, ¿qué es lo primero que vamos a hacer?

—Ir al banco, sacar billetes de quinientos euros y hacernos fotos con ellos. -reímos hasta llorar.

—No, en serio, además de nuestro baño de billetes, tenemos que hacer tantas cosas que no sé qué es lo primero que deberíamos hacer.

—Qué más da lo que debamos hacer. A partir de ahora vamos a hacer lo que nos de la gana. ¡Somos los putos amos!, ¿no tenemos champán? Ya sabía yo que se te escapaba algún detalle, cariño.

—Haberme creído y lo habrías preparado tú mismo. No te preocupes que a partir de ahora ya nunca nos faltarán un par de botellas de Moët & Chandon bien fresquitas, como los ricos, porque eso es lo que somos ahora, asquerosamente ricos. Pero como no tenemos champán, vamos a brindar con un vasito de leche. - Y empecé otra vez a reírme.

—¿ En serio? No serás capaz.

—¿Que no seré qué? No subestimes a una mujer multimillonaria, ahora lo puedo todo. Soy una mujer muy poderosa y puedo poner de moda el brindis con un vaso de leche si me da la gana. - Y seguimos diciendo cosas absurdas, riéndonos y abrazándonos como si estuviéramos borrachos, aunque realmente no habíamos bebido nada, sólo estábamos embriagados de felicidad. Los niños seguían durmiendo.

—Aquí tiene D. Lucas, su vaso de leche con Nesquik, es uno de los más exquisitos manjares que tenemos en esta casa. Disfrútelo.

—Gracias Dña. Sara, será el primero de los muchos que vamos a disfrutar.

—¿Tú crees? ¿crees que seremos capaces de disfrutar esto?

—¡Por supuesto! Tenemos todo lo que nos faltaba. Teníamos una familia preciosa, sólo nos faltaba el dinero y ahora tenemos para dar y regalar. ¿ No era lo que querías?

—Por supuesto. Tú sabes que cada día de mi vida desde hace mucho tiempo he soñado con este momento. Pronto me voy de compras ¡¡¡Sí!!!

—A ver si ahora nos vamos a pulir esto en cuatro días y acabamos arruinados. Aún no lo hemos cobrado y ya te lo quieres gastar.

—Pero ¿qué dices hombre? ¿Cómo nos vamos a pulir ciento noventa millones de euros? Ni en siete vidas. ¡Que noooo! Tenemos ciento noventa millones y me voy de compras ¡Yuju!

—Pues tú dirás lo que quieras pero hay casos de gente que ha ganado mucho dinero y han acabado arruinados e incluso suicidándose. Yo no quiero que nos pase eso.

—Pero cariño, nosotros no vamos a hacer eso porque tampoco sabemos llevar una vida como para gastarnos esa cantidad. Por muchas locuras que se te ocurran, nosotros no sabemos en qué gastarnos tanto dinero. Viviremos muy bien y ayudaremos

a todos los que podamos. Ya verás. Tenemos que disfrutarlo. La vida nos lo ha dado para eso y lo primero que vamos a hacer es comprar un coche.

Y así seguimos hasta que amaneció. Yo pensaba que Lucas no iba a ir a trabajar ese día pero él dijo que no iba a dejar su trabajo y yo lo iba a respetar. Lo que nunca he sabido es cómo pudo aguantar la presión y pasar aquel día en el trabajo como si nada.

Ese día fue especialmente extraño para mí porque veía a la gente hablando del tema y no podía decir nada; estaba incómoda porque tenía miedo de que se me notara. Todo el mundo en el barrio hablaba de lo mismo, ya que Juani, bien orgullosa de haber dado el premio más grande de los euromillones de toda Europa, había puesto un cartelón en la puerta del kiosco. Aunque en cualquier sitio hubiera despertado mucho revuelo, en un barrio humilde como el nuestro mucho más. Nadie hablaba de otra cosa. Todo el mundo era sospechoso de ser millonario y enseguida empezaron los rumores. Afortunadamente, esta vez no iban con nosotros, aunque era muy peligroso aparecer con cualquier pista que pudiera hacer que se nos viera más de la cuenta, ya que muchos vecinos estaban jugando a los detectives.

“La vida no se trata de tener buenas respuestas,
se trata de tener preguntas interesantes.”

Paulo Coelho.

¿CÓMO LO HACEMOS?

Durante ese tiempo, nos costó adaptar nuestros ritmos, ya que teníamos que hacer muchos trámites con los gestores financieros y los abogados. La parte más dura me la llevé yo, ya que Lucas trabajaba por las mañanas por cuenta ajena y sólo pudo faltar al trabajo un día. Yo en ese momento no trabajaba, así que me tocó hacer a mí la mayoría de los trámites. Había muchísimas cosas en las que pensar y muchas decisiones que tomar. Teníamos mucho dinero en nuestras manos y no podíamos hacerlo a la ligera y además, yo, en mi línea, no me fiaba ni de los asesores. Decidimos ponernos en contacto con Loterías y Apuestas del Estado, de forma anónima, y decirles que éramos las personas a las que les habían tocado los ciento noventa millones de euros y a las que todo el mundo estaba buscando, pero que estábamos tan aterrados que no nos atrevíamos a salir de casa y no sabíamos cómo proceder porque, por encima de todo, queríamos preservar nuestra intimidad. Ellos nos dijeron que sólo se limitaban a pagar y que, para cobrar, nos teníamos que dirigir a una entidad bancaria colaboradora y allí harían todos los trámites y que justo al cobro del premio, se nos descontaría un veinte por ciento de la cantidad que habíamos ganado, de modo que en el cheque nominativo que nos darían o en la cuenta en la que nos lo ingresaran sólo percibiríamos el ochenta por ciento de lo que que nos había tocado. Es decir, lo primero que nos decían era que no nos habían tocado ciento noventa millones de euros sino, ciento cincuenta y dos. Realmente seguía siendo mucho dinero pero era una faena que así de entrada, nos quitaran treinta y ocho millones. Y ¿para qué nos vamos a engañar? Ciento noventa suena mejor que ciento cincuenta y dos, ¿no?

Siempre hemos tenido claro que si algún día nos tocaba algo así, queríamos ayudar a nuestra familia y amigos y esa también fue una de las primeras cosas en las que pensamos. Para hacer bien las cosas en el reparto familiar, habíamos pensado hacer un escrito en el que declaráramos que nuestros familiares y amigos tenían participación en aquel premio, pero para eso ellos tendrían que estar de acuerdo. No iba a ser fácil porque además teníamos que decidir qué cantidades y a qué personas se lo íbamos a dar y eso era algo que queríamos pensar con calma, además de que implicaba que ellos se enteraran y no queríamos.

Antes de hacer nada nos pusimos en contacto con varios "Family Office" de Valencia, Madrid y Barcelona para que nos asesoraran con todo aquel dinero. Estuvimos entrevistándonos con varias de estas empresas, dedicadas a la gestión de grandes fortunas, escuchando lo que nos ofrecían, sus distintas filosofías y buscando información sobre ellas para contrastar y elegir bien.

Después de varias entrevistas y búsqueda de información, llegamos a la conclusión de que en principio trabajaríamos con varias de ellas. Seis o siete al principio y con el tiempo ya veríamos si nos interesaba montar la nuestra propia. Pensábamos que

de esta manera diversificaríamos más el riesgo, ya que, en aquel momento, conseguir una buena rentabilidad sin asumir algo de riesgo era bastante difícil.

Una vez que comenzamos a trabajar con ellos y antes de poner en funcionamiento nuestro dinero, les planteamos lo que nosotros habíamos pensado. Les dimos un papel donde habíamos escrito cómo queríamos hacer el reparto. En aquel papel ponía lo siguiente (con explicaciones incluidas):

1º) El matrimonio formado por mi hermano Teo y Sonia, su mujer: 6.650.000,00€, un 3,5% del total del premio antes de descontar impuestos, que se les quedaría en 5.320.000,00€ después de impuestos.

2º) La hermana de Lucas, Ana, que como estaba soltera se lo quedaba para ella solita: lo mismo, otro 3,5%. 6.650.000,00€ antes de impuestos.

3º) El matrimonio formado por los padres de Lucas: 3.800.000,00€, un 2% del total del premio antes de descontar impuestos, que se quedaba en 3.040.000,00€, después de impuestos.

4º) El matrimonio formado por mis padres: lo mismo que los de Lucas. Otro 2%. 3.800.000,00€ antes de impuestos.

5º) A repartir entre nuestros primos hermanos, 26 primos entre los dos. Más o menos un 4,45% del premio antes de impuestos. 325.000€ a cada primo, que tras pagar sus impuestos, se les quedarían en 260.000€ limpios.

6º) A repartir entre nuestros tíos, los hermanos de nuestros padres, que entre los dos, en aquel momento sumábamos 12, un 1,58% más o menos del total del premio. 250.000,00€ a cada uno antes de impuestos, que se quedarían en 200.000,00€ una vez descontados los impuestos.

7º) Nuestros amigos. Un 3% del total del premio entre un total de 38 amigos entre los dos. En total cada uno de ellos recibiría 150,000€, que tras los impuestos se les quedarían en 120.000 €.

8º) Después de todo este reparto estudiado minuciosamente, bastante justo, a nuestro juicio, y cumpliendo nuestro sueño de ayudar a todo el mundo que teníamos alrededor, como siempre les habíamos dicho, nos quedaría la cantidad de ciento cincuenta y un millones novecientos cincuenta mil euros (151.950.000€), de los cuales, una vez descontado por Hacienda el 20% correspondiente, se nos ingresarían ciento veintiún millones seiscientos veinte mil euros (121,560,000€) en nuestra cuenta del banco, de los cuales, decidíamos quedarnos con ciento veinte millones redondos. Con el millón y pico restante, haríamos lo siguiente:

– reservaríamos 200.000 euros para papeleos.

– Nos gastaríamos 260.000 euros en comprar un chalet en Villa Marchosa para que nuestros hijos, cuando estuvieran allí, tuvieran casa propia.

– Y el otro millón cien mil euros (1.100.000€), lo repartiríamos de la siguiente manera:

  – Donación de 80,000€ a Médicos sin fronteras.
  – Donación de 80.000€ a la AECC.
  – Donación de 80.000€ a la Cruz Roja.
  – Donación de 40.000€ a Cáritas Diocesana de Valencia.
  – Donación de 80.000€ a la fundación Josep Carreras.

– Donación de 80.000€ a FUNDELA (Fundación española para el fomento de la investigación de la Esclerosis Lateral Amiotrófica, enfermedad que, hacía años, se había a llevado a mi amiga Susi).
– Donación de 25.000€ a la plataforma social Santa Ana de Valencia, de la que mi cuñada Sonia era miembro activo.
– Donación de 80.000€ para FEDER (Federación española de enfermedades raras).
– Colaboración, con 80.000€ en un proyecto que buscaba la cura del Alzheimer en España.
– Donación de 80.000€ para las becas en investigación de CIBERSAM (Centro de Investigación Biomédica en Red de Salud Mental), ya que la depresión y la ansiedad siempre habían sido mi talón de Aquiles.
– Donación de 30.000€ para los proyectos que tienen las religiosas de Sagrado Corazón de Jesús en Chile.
– Donación de 25.000€, en alimentos no perecederos al banco de alimentos de Valencia.
– Donación de 25.000€ a la Casa de la Caridad de Valencia.
– 255.000€ para evitar el desahucio de varias familias con niños.

Yo les dije a los asesores que me daba miedo que nuestra gente se enteraran y que había pensado en la posibilidad de firmar, con cada uno de los "afortunados" un contrato de confidencialidad, para que no pudieran contar nada, porque si queríamos hacerlo así, era irremediable que se enteraran. Realmente eran bastantes personas y nos daba pánico porque pese al contrato de confidencialidad, no estábamos muy convencidos de que todos fueran a mantener el secreto.

Se sentaron con nosotros y nos hicieron comprender que, aunque aquel reparto estaba muy bien pensado, no era la mejor idea. Nos contaron cómo lo habían hecho otras personas y la mayoría de ellas vivía una vida anónima pero humilde y prácticamente nadie de su entorno sabía que eran los afortunados. A mí me parecía muy bien que lo hicieran así, pero yo no me había pasado la vida soñando con aquello para ahora quedarme prácticamente igual. Yo quería disfrutar de la casa de mis sueños, una en la playa y otra en el pueblo de Lucas, de comprar ropa, de viajar... Soy una persona ambiciosa y siempre he tenido la necesidad de crear, escribir, pintar, cantar... y además, me hacía una gran ilusión crear empresas de éxito. Empresas con las que pudiéramos ver crecer nuestro patrimonio y así, ayudar a más personas. Yo tenía muchas cosas que hacer con ese dinero como para que vinieran a decirme que lo mejor era no hacer nada. Lo de llevar una vida anónima era perfecto, sólo había que ver la forma de llevarlo a cabo, pero lo de no cumplir mis sueños con todo aquel dinero no me cuadraba.

—No os estoy diciendo que no cumpláis vuestros sueños. Justo eso es lo que nosotros pretendemos, ayudaros a cumplir vuestros sueños, pero queremos que lo hagáis de forma ordenada y sin perder poder adquisitivo.

—¿Qué quiere decir eso?

—Pues que os estáis planteando repartir treinta millones. Si os lo quedáis todo vosotros, después de pagarle a Hacienda os van a quedar ciento cincuenta y dos millones. Cuanto más dinero tengáis más rentabilidad podéis sacar y de esa rentabilidad

podéis ir haciendo cosas: ayudar a los demás, hacer vuestra casa, etc. pero con treinta millones más en vuestras cuentas.

—Pero entonces tengo que esperar un montón para tener la casa de mis sueños.

—A ver, la casa de tus sueños no se construye de la noche a la mañana y el resto de proyectos que tenéis tampoco. Todo lleva su tiempo y mientras, ese dinero puede, si se invierte bien, dar buenos frutos y podéis hacer la casa con esos frutos sin tocar los ciento cincuenta y dos millones.

—Claro, pero no sólo queremos hacer eso, queremos hacer más cosas y no nos va a dar para tanto.

—A ver, si no os he entendido mal, queréis hacer dos o tres casa en total, ¿no?

—Sí, y montar empresas y más cosas.

—Bueno, vamos por partes ¿pensáis hacer las tres casas a la vez? ¿Realmente os habéis planteado el trastorno que puede suponer hacerse tres casas a la vez? A lo mejor os hacéis una y no queréis repetir. Mirad que la experiencia de hacerse una casa puede ser muy dura. Además, no creo que queráis una casa cualquiera y la construcción llevará un tiempo.

—Bueno, en eso no había pensado pero supongo que sí, claro.

—Pues eso es lo que os pretendemos decir, que hagáis las cosas poco a poco. No sólo por el tema económico sino también por el psicológico. Todo esto hay que digerirlo, si no, os podéis ver totalmente arruinados en cuatro o cinco años aunque ahora os cueste creerlo. Lo interesante es, con este dinero, crear más dinero con el que poder ir haciendo todo lo que tenéis pensado y sin tener que tocar el groso del premio.

—Sí, pero entonces, no podemos ayudar a los demás y eso era una parte muy importante de mi sueño.

—Eso no es exactamente así. Es sólo cuestión de esperar un poco. Cada año, podéis planificar qué cosas vais a hacer. Por ejemplo, podéis hacer una donación a vuestros padres y hermanos cada año, podéis destinar una parte a la construcción de la casa de vuestros sueños, otra a amigos y ONG a través de alguna de las empresas que crearemos para manejar el capital y así que no se enteren de que habéis sido vosotros. Ya estudiaremos la manera.

—Sí, pero ¿cómo les vamos a explicar que de repente vivimos así? Cuando vengan a nuestra casa y vean la diferencia, ¿qué les vamos a decir? No lo vamos a poder disimular.

—En eso tenéis razón. Hay que contarles algo, pero no tiene porqué ser exactamente la verdad. Podéis decir que os ha tocado algo, pero no tanto, o que os ha ido muy bien algún negocio, no sé, algo que sea creíble, por eso también es mejor esperar. Además, si lo dijerais ahora sería inevitable pensar que sois los ganadores del premio gordo.

—En eso tienes razón. Igual es mejor así.

—¿Y qué rentabilidad crees que podemos obtener?

—Bueno, depende de muchos factores, sobre todo del riesgo que queráis correr. Ahora mismo las rentabilidades en renta fija son muy bajas y normalmente los productos que más rentabilidad ofrecen son los que más riesgo conllevan, pero también es verdad que contáis con mucho capital. No es lo mismo invertir diez mil euros que ciento cincuenta millones.

—Pues yo eso del riesgo no lo llevo muy bien. Yo quiero una alta rentabilidad sin riesgo.

—Claro, eso lo queremos todos. Os conseguiremos la mejor rentabilidad posible pero antes tendremos que hacer un estudio más profundo sobre qué tipo de inversores sois, porque si no me equivoco es la primera vez que vais a trabajar con productos financieros.

—Sí, no tenemos ni idea de inversiones.

—Tranquilos que aprenderéis pronto, lo primero que vamos a hacer es prepararos unos cursos donde vais a aprender entre otras cosas, la importancia de diversificar.

—Sí, lo de diversificar es algo que tenemos muy claro, como también que, de momento, no vamos a poner todo nuestro dinero en manos de los mismos asesores sino que lo vamos a repartir entre seis o siete y con el tiempo ya veremos. Así todavía diversificamos más el riesgo, ¿no?

—Bueno, en principio no es mala idea si así estáis más tranquilos, pero pensad que de ese modo la cartera que manejamos cada asesor es menor y entonces las posibilidades de conseguir mayores rentabilidades también lo son.

—Bueno, aún así cada una sería de mínimo veinte millones y eso es bastante.

—Te aseguro que las hay mucho más grandes, te sorprenderías.

—Bueno, con el tiempo ya veremos.

—¿Y qué os parece que nos dejemos los dos millones de pico en el banco e invirtamos los otros ciento cincuenta?

—Por mí perfecto pero tenéis que tener claro si los necesitáis o no porque aunque dos millones de euros ahora no os parezca nada comparado con los otros ciento cincuenta, sigue siendo mucho dinero y pueden dar para mucho si se aprovechan bien y perder esa cantidad a lo tonto en caprichos puede pesaros mucho en el tiempo. Además, ponedlo en varias cuentas las cuales, mientras no lo utilicéis os den algo de rentabilidad, aunque ahora los bancos dan muy poco así que no os esperéis grandes cosas. Es mi consejo.

—Yo había pensado, de ahí, repartir cuatrocientos mil euros entre nuestros padres y hermanos para empezar a hacerles partícipes porque a ellos sí se lo vamos a contar, comprar uno o dos coches normalitos para movernos los dos, ya que llevamos más de tres años sin coche, comprar un ático para vivir hasta que podamos hacer nuestra casa, amueblarlo, renovar un poco los armarios sin pasarnos, hacer algún viaje e ir arreglándonos las bocas los cuatro. Además, yo quiero ir haciéndome unas cosillas de estética ahora que puedo.

—Creo que se os notará un poco...

—Bueno, el ático no tiene por qué saber nadie que lo hemos comprado, podemos decir que es de alquiler, de momento. Las cosas de estética no son muy exageradas, son masajes, tratamientos para la piel y acabar de hacerme la depilación láser. No creo que se note demasiado, lo hace mucha gente, sólo que yo hasta ahora no he podido. Lo de arreglarnos la boca va despacio también, pero podemos ir empezando.

—Sí, todo eso está bien, pero, cambiaros a un ático, comprar dos coches a la vez, arreglaros la boca los cuatro... si lo hacéis todo a la vez se notará bastante.

—Está bien, lo haremos poco a poco. De todos modos, el ático hay que buscarlo, encontrarlo y acondicionarlo así que aún viviremos aquí un tiempo y en cuanto a los coches, podemos comprar uno y con el tiempo ya compraremos otro.

—Eso lo veo más coherente. De todos modos, id pensando una buena coartada por si acaso porque os veo muy lanzados.

—Algo pensaremos.

Nos cambiaron totalmente la visión de cómo nos habíamos planteado las cosas. A mí aquello me costó un poco porque soy de ideas fijas y además, siempre había soñado con poder ayudar a mi gente pero al final, acabé entendiendo que era la mejor opción. Si lo hacíamos como habíamos pensado nosotros, íbamos a perder parte del dinero que habíamos ganado y además, se tendrían que enterar sí o sí, que era justo lo que no queríamos. Estaba claro que gastar íbamos a gastar porque estábamos deseando hacer un montón de cosas pero lo teníamos que hacer bien y no volvernos locos y acabar arruinados como les había pasado a otras personas. Puesto que tanto lo que nos aconsejaron los diferentes asesores como los psicólogos era lo mismo, decidimos ir despacio disfrutando de cada cambio.

Durante el proceso de abrir las diferentes cuentas y crear las empresas mediante las cuales trabajaríamos aquel dinero, conocimos lo que era la banca privada, un privilegio reservado para muy pocos, conocimos a varios notarios y nos cansamos de firmar papeles. Me sentí importante y poderosa a la par que ridícula y perdida entre aquellas personas que hablaban en un idioma extraño que tendría que ir aprendiendo más rápido de lo que pensaba. Y a todo ésto, aprendiendo a mentir como bellacos para que nadie de nuestro entorno sospechara lo que estaba pasando...

"Me gustan las personas que tienen
que luchar por obtener algo,
los que teniéndolo todo en contra
salen adelante.
Ésta es la gente que me fascina.
La gente fuerte."

Isabel Allende.

¿TE ATREVES?

-Señora, creo que hemos encontrado a la pareja perfecta - dijo Boris.

—¿Sí? ¿Los conozco?

—Es un matrimonio de ecuatorianos que vive en el barrio desde hace algo menos de un año.

—Uy, demasiado tiempo. Ya tendrán una buena red de contactos y eso no me gusta nada.

—Les hemos estado investigando y parece que se relacionan muy poco. Hemos averiguado sus identidades y tienen hijos en Ecuador, pero aquí están solos.

—Entonces no me sirven. Si tienen hijos, en cuanto tengan dinero querrán irse allí con ellos y yo lo que necesito es tenerlos bien controlados.

—Pues de todos los que hemos investigado son los que tienen un mejor perfil. Parecen buenas personas y creemos que necesitan bastante el dinero porque se esfuerzan mucho por salir adelante. No podrán negarse.

—¿Seguro que con todos los inmigrantes que hay en el barrio no hay ningunos que encajen mejor en el perfil?

—De momento no, señora. Hemos investigado a más de cien familias.

—Bueno, pues nada, nos conformaremos con ellos. No sé si es mejor que vuelvan a Ecuador o tenerlos controlados aquí. ¿tú qué crees?

—Si se van a Ecuador las posibilidades de que abran la boca y se entere alguien de aquí son pocas, pero si se quedan podemos tenerlos mucho más controlados.

—Entonces, ofrecerles traer a sus hijos a vivir a España, treinta mil euros y una casa para vivir en algún pueblo de aquí cerca. Compraremos una de algún banco en una localidad cercana. Además, decidles que no podrán volver a su país al menos en diez años, excepto de vacaciones. Si aceptan eso, ya les diremos el resto de condiciones. Ya sabéis que no me gusta dejar ningún cabo suelto.

—Perfecto Señora, vamos a tratar de concertar una reunión con ellos para ver qué nos dicen.

—No seáis muy directos a ver si los vais a espantar.

—No se preocupe, todo saldrá bien.

—Eso espero. Recordad que Lucas no sabe nada de todo ésto. No metáis la pata.

Decidí pagar a un matrimonio de inmigrantes para que se hicieran pasar por nosotros delante de Juani la del kiosco y así que ella corriera la voz de que ya habían aparecido los agraciados con el premio para que dejaran de especular y nadie sospechara de nosotros. No quise que se enterara Lucas porque sabía que no estaría de acuerdo con la idea, aunque finalmente se acabó enterando cuando le llegó la noticia por el barrio y como era de esperar, se enfadó conmigo. Lo único que tenían que hacer, era ir y decirle a Juani que eran ellos, que estaban muy contentos, que se volvían a Ecuador, que le querían hacer un regalo y entregarle un sobre con cinco mil euros. No sabíamos si ella guardaría el secreto de sus identidades, o no, ellos tampoco se lo pidieron, pero en caso

de no hacerlo nos daba igual, porque quedaría claro que ya habían aparecido y la gente dejaría de buscar, que al fin y al cabo era lo que nos interesaba.

A Boris le costó un poco que se fiaran de él, pero en cuanto les habló de solucionarles la vida, entonces la cosa cambió y poco a poco se convencieron. Sólo tenían miedo de algo y es que ellos pensaban que si se enteraba todo el mundo de que supuestamente eran ellos los ganadores, pudieran correr algún peligro, a lo que Boris les contestó que no tenía por qué ser así ya que en el mismo momento en que le dijeran a Juani que eran ellos, tendrían su casa preparada fuera del barrio y un coche esperándoles para llevarles allí, así como también nuevos números de móvil para que pudieran empezar desde cero. Si empezaban a hacer amistad con alguien, sólo tenían que decir que vivían de alquiler y no nombrar nunca que habían vivido en el barrio.

¿Que por qué elegí a una familia de inmigrantes? Pues lo estuve pensando mucho y en realidad me daba igual, yo creo que todos somos iguales, hoy ellos son inmigrantes aquí y el año que viene, como ya está pasando, volvemos a ser nosotros los que tenemos que irnos a otro país. Lo que pensé fue que, si habían sido capaces de dejar su país y a sus hijos, debían tener necesidad de verdad así que encima estaríamos ayudando a alguien. Además, siempre he creído que la valentía se paga y creo que hay que ser muy valiente para dejar a unos hijos e irte a la otra punta del mundo buscando una vida mejor. Yo admiraba mucho a estas personas porque no creo que yo fuera capaz de hacerlo, tal vez porque nunca me había hecho falta.

Por otro lado, el hecho de que llevaran poco tiempo aquí me hizo pensar que tendrían poco arraigo y les sería más fácil dejar de relacionarse con los conocidos que ya tuvieran y empezar de cero, en otra localidad, con una casa pagada, con móviles nuevos, dinero en el banco y, sobre todo, poder traer a sus hijos y darles unos estudios en España.

No sé, simplemente confiaba más en personas que tenían un círculo social más reducido y era más complicado que se descubriera todo. Además, como en parte me sentía un poco culpable por la posibilidad de ponerlos en peligro, acallaba mi conciencia dándoles la posibilidad de lo que yo creía sería una vida mejor. Todo salió bien y en poco tiempo ya estaban viviendo en la nueva casa que adquirimos para ellos. Era una piso antiguo reformado de tres habitaciones y un baño en un pueblo tranquilo cercano a Valencia al que podían acceder en metro o autobús y así tendrían facilidad para encontrar trabajo. Lo negociamos con uno de los bancos con los que habíamos empezado a trabajar y nos salió muy económico. Parecían encantados.

—¿Ya te has enterado de a quién le han tocado los euromillones?

—Sí, a unos ecuatorianos que vivían en la calle Mayor.

—¿A unos ecuatorianos? - dije yo- ¿Pero aquí había ecuatorianos?

—Creo que eran los únicos y no llevaban mucho tiempo.

—¡Joder, pues sí que han tenido suerte! ¿Los conoces?

—Sólo de verlos un par de veces, pero me lo ha dicho la Juani, que han ido y le han hecho un regalo.

—¿Y qué le han regalado?

—Cinco mil euros, tampoco se han escaldado.

—Bueno, otros no le habrían dado nada.

“Será necesario que soporte dos o tres orugas,
si quiero conocer mariposas;
creo que son muy hermosas”

El principito.

UN ENCUENTRO ESPECIAL

Salimos de casa con el Ford Fiesta de segunda mano, llevando unas buenas maletas llenas de ropa y complementos. Todo recién comprado. Habíamos quedado en la puerta de mis padres con mi hermano, que llevaba en su coche a mi cuñada y mi sobrina. Como Javier y Leire aquel fin de semana no estaban, mis padres se vinieron en nuestro coche. Le dijimos a mi hermano que nos siguiera porque teníamos que hacer una pequeña parada y fuimos al barrio de al lado, Monteolivete, donde nadie nos conocía, a dar el cambiazo. Dejamos el coche viejo en el garaje de aquella finca enorme y cambiamos los equipajes al nuevo. Mis padres no lo habían visto. Mi madre, como sabía lo que pasaba, se quedó tan tranquila y nos dijo que le gustaba mucho y que era muy cómodo. Mi padre, que no sabía nada, nos dio la murga todo el camino; que si era muy caro, que cómo se nos ocurría meternos en más pagos, que estábamos locos, que no estaba de acuerdo... en fin, más de lo de siempre. Cuando salimos del garaje mi hermano ni nos vio, claro, no se esperaba que saliéramos con otro coche. Bajé y me acerqué a su coche:

—Ale, ya nos podemos ir. Os seguimos que vosotros ya habéis ido antes.

—Uy, no os he visto salir. ¿Y el coche?

—Justo detrás de ti. - miró por el retrovisor y vio a Lucas al volante del Rodius.

—¿Y ese coche?

—Luego os lo explicamos, para eso os llevamos a este viaje. Vamos, que estoy impaciente por llegar. - Y me fui sin más explicaciones.

Mi hermano se quedó con cara de tonto, y eso que es difícil vacilarle, y mi cuñada, partiéndose de risa (supuse que se lo había imaginado todo) me hizo un gesto con la mano, levantando el pulgar. Emprendimos la marcha. Fue un viaje de hora y media más o menos. El coche era de siete plazas aunque en esta ocasión la última fila de asientos estaba recogida y en su lugar los equipajes. Lucas y yo íbamos delante y mis padres detrás.

Llegamos al hotel y el recibimiento fue increíble. Varias personas vestidas de uniforme salieron a recibirnos y nos dieron la bienvenida. Uno de ellos, que debía ser el encargado, nos pidió que le siguiéramos y fuimos tras él como un pequeño rebaño perdido.

—¿Y el equipaje? - dije yo, mostrando mi inexperiencia ante aquel tipo de situaciones.

—No se preocupe señora, cuando llegue a la suite lo tendrá allí, ¿ necesita algo?

—No, no, gracias. - Ojiplática miré a mi familia que no articulaban palabra, a excepción de mi hermano, que como ya había estado allí un fin de semana con mi cuñada, se sentía como una estrella de Hollywood observando a los personajes de Bienvenido Mr. Marshall, que éramos los demás.

Aquel hombre tan amable, nos hizo pasar al hall de uno de los edificios de los que se componía el hotel, y que habían reservado exclusivamente para nosotros. Nos

recibieron con unas copas de champán y zumos tropicales. Me sentí dichosa, mimada, importante. Una vez estuvimos cada uno en su habitación, entregamos nuestra documentación, de forma privada y personal. Efectivamente, nuestro equipaje estaba allí, tal y como nos habían indicado. Yo no sabía que aquello era el llamado "check in privado". Siempre que ojeaba páginas de viajes lo veía pero nunca imaginé que fuera así. Nos hicieron sentir especiales.

−Disculpen señores, enseguida vendrá el director y les enseñará las instalaciones. Ha querido ser él en persona quien lo haga.

−Vaya, es todo un honor. Muchas gracias.

Justo cuando estábamos instalándonos llegaron mis suegros y mi cuñada. De este modo nos encontramos allí todos, y salimos a su encuentro en el pequeño hall del edificio. No paraban de mirarlo todo muy sorprendidos ya que aún no les habíamos contado la buena nueva, aunque a esas alturas no era difícil adivinar lo que realmente estaba pasando. Mi cuñada tenía una sonrisa de oreja a oreja. Mi suegra lo miraba todo con lupa. No había forma humana de sacar ningún defecto a aquel lugar, pero ella, seguro que conseguía encontrarlo, aunque fuera para decir que le parecía demasiado y que para qué hacía falta tanto.

Llegó el director del hotel, nos dio un fuerte apretón de manos, a todos, uno por uno y nos regaló una sonrisa afectuosa que correspondimos. Salimos de aquel edificio y comenzamos a caminar por aquel paraíso en la tierra. Aquellos árboles tropicales traídos desde tierras de Asia posicionados dando forma a aquellos caminos serpenteantes, el sol que penetraba entre las ramas acariciando nuestros rostros, toda aquella mezcla de aromas y colores me hacían sentir mariposas en el estómago, como cuando te enamoras. ¡Qué sensación tan maravillosa! Me sentía libre, mimada, arropada por mi familia y por toda aquella gente trabajando por nosotros, para nosotros... era una sensación extrañamente reconfortante. Era novedad, era fantasía hecha realidad, era... mi nueva vida. ¡qué fácil sería acostumbrarme a aquello!

Alberto, como él nos indicó que le debíamos llamar, nos mostró en primer lugar aquel inmenso jardín lleno de espectaculares piscinas. Había todo tipo de plantas exóticas perfectamente adaptadas al terreno en convivencia con las autóctonas. Era realmente hermoso. Siete enormes piscinas bañaban aquel jardín paradisíaco que nos envolvía con sus aromas y sus colores, varias de ellas climatizadas. Cada piscina tenía un nombre y una temática debidamente explicada en unos carteles que más tarde pudimos leer con calma. Apetecía bañarse en todas y después descansar tomando algo fresquito. Aquellas hamacas que se hallaban en cada uno de los palafitos perfectamente posicionados alrededor de las piscinas formando microuniversos de paz y tranquilidad provocaban en mí un inmenso sosiego. También nos enseñó los restaurantes, la zona de spa, y las salas de masajes donde más tarde nos deleitaríamos. Era fácil perderse en aquel paraíso, aunque seguro que resultaría todo un placer.

Volvimos al edificio. Nuestra habitación era una suite de más de 80 metros con cama de dos por dos, un precioso baño completo, un salón y una enorme terraza con jacuzzi y vistas al mar. Simplemente espectacular. Era como estar en una película. Había momentos en los que nos sorprendíamos observando todo con tal asombro que nos llegábamos a ruborizar. Lo cierto es que nunca habíamos sido ricos pero tampoco nos habíamos considerado pobres, pero viendo aquello ya no lo teníamos tan claro.

Todavía recuerdo aquel olor, mezcla de las rosas con las que aquella habitación nos recibía y la esencia de jazmín con que habían perfumado las sábanas, como si conocieran mis gustos a la perfección. Además, el tacto de aquellos cojines, las sábanas de algodón egipcio, tan confortables... Todo era perfecto. Me pregunté si en el baño todo sería igual y, efectivamente, al entrar, encontré la calidez que esperaba. La luz regulable creaba un clima ideal para el baño, para el relax. La bañera rodeada de velas aromáticas y pétalos de rosas y, preparada, de fondo, aquella música. Sólo teníamos que darle a un botón para que aquella música relajante de violines y arpas sonara transportándonos a la más maravillosa de las ensoñaciones...

Cuando ya todos nos hubimos acomodado y habíamos hecho un tour por las siete habitaciones, que eran diferentes, nos dispusimos a disfrutar de un almuerzo que nos habían preparado en la terraza de nuestra habitación. Esta terraza era el lugar en el que cabíamos todos y suficientemente apartado y discreto para que nadie pudiera enterarse de lo que teníamos que hablar. Nos sirvieron un aperitivo muy completo a base de canapés dulces y salados, vinos, zumos, refrescos y champán para brindar. Una botella bien fría de Dom Perignon que luego supe que valía más de trescientos euros. Nunca lo había probado, no estaba mal, aunque cuando probé el rosado me gustó más. Finalmente nos arrancamos a dar el discurso y comunicar a nuestra familia cuál era nuestra nueva situación, aunque a esas alturas ya todos se lo habían imaginado. Como a Lucas le costaba tanto hablar en público fui yo quien empezó, aunque increíblemente fue él quién soltó el bombazo.

—Bueno, como ya todos os habéis imaginado os hemos reunido aquí para comunicaros algo muy importante y no, no nos casamos, de momento, ni estamos embarazados. Quiero que nos escuchéis muy bien porque lo que os tenemos que decir es de suma importancia para todos los que estamos aquí ya que supone un cambio muy importante en nuestras vidas, en las de todos. Sé que va a ser difícil pero por favor, no nos interrumpáis porque si no, no podremos decirlo. Es complicado. Empieza tú, por favor. – dirigiéndome a Lucas. Las caras empezaban a ser de preocupación. Tal vez pensaron que estábamos enfermos o algo así, aunque Lucas, enseguida los tranquilizó. Parecía que tenía ganas de soltarlo.

—Pues sí, como ya os podéis imaginar, nos ha tocado la lotería, concretamente el bote más grande que existe en los euromillones. Exactamente, tal y como Sara siempre había soñado. Parece ser que a veces los sueños sí se hacen realidad.

—¿En serio?

—¡Qué va, es mentira!

—No, no es mentira. Por eso estamos aquí. ¡Somos ricos!

—Pero, ¿cuánto os ha tocado? ¿mucho? - preguntó la madre de Lucas.

—Sí, mucho más de lo que podáis imaginar y mucho más de lo que podamos gastar todos los que estamos aquí juntos.

—¿ y los niños no lo saben?

—No, y de momento no queremos que se enteren. Por eso hemos aprovechado este fin de semana que ellos no están para daros la noticia.

—¿Y por qué no? En algún momento se tendrán que enterar. - dijo mi madre.

—Pues porque no queremos que sientan que lo tienen todo hecho y dejen de luchar en la vida, ya que no es lo mismo nacer en una familia rica que convertirse en rico de pronto, porque puede ser un poco complicado, y más a su edad.

—Yo pienso igual – dijo Sonia, mi cuñada.

—Tenemos que hablar el tema con los psicólogos y ver cómo lo planteamos porque se van a dar cuenta pero queremos tener claro hasta qué punto queremos que sepan. Además, si se les va la lengua se pueden poner en peligro ellos y ponernos a todos.

—Eso, como vosotros lo veáis.

—Justo os hemos traído aquí para explicaros todo bien. Escuchad bien, porque contrariamente a lo que siempre habéis pensado, ésto no es fácil. Vamos a ver, hace varias semanas que lo sabemos y lo hemos mantenido en secreto hasta ahora porque queríamos calmarnos, creérnoslo y pensar bien lo que íbamos a hacer y, lo más importante, cómo lo queríamos hacer. Tampoco habíamos cobrado aún. Han tardado un poco. A partir de ahora tenemos que tomar muchas decisiones pero la principal es que, de momento, no queremos que se entere nadie más que los que estamos aquí.

—Sí, claro, ahora que somos ricos no se va a enterar nadie. - dijo Ana, la hermana de Lucas.

—No, no podéis decir nada a nadie y, de hecho, nadie va a asalir de este hotel sin firmar un contrato de confidencialidad.

—¿Un qué?

—Un contrato de confidencialidad, para comprometeros a no revelar a nadie que nosotros somos los ganadores.

—No sé por qué tenemos que firmar eso, nosotros no vamos a decir nada.

—Pues por vuestra propia seguridad y la de todos. A ninguno nos conviene que se sepa por ahí ya que podríamos correr peligro, sobre todo los niños. Que la gente está muy mal.

—¿Y si no lo queremos firmar? - dijo mi hermano poniéndome a prueba.

—Pues sintiéndolo mucho no tendréis parte en el premio.

—Uhhhhhh, sí que está la cosa chunga, ¿no? ¿No estás un poco paranoica?

—Sí, está un poco obsesionada, pero a parte de eso, nos lo han aconsejado todos los expertos en el tema con los que llevamos hablando desde que nos enteramos. Es lo mejor para todos. Es normal que os sorprenda porque os pilla todo de sopetón, pero al final veréis que es lo mejor. Al fin y al cabo lo único que hay que hacer es no decírselo a nadie ni darlo a entender.

—¿Eh, papá? ¿Lo tienes claro? No se te puede ir el pico con nadie, por la seguridad de todos.- dije, dirigiéndome a mi padre que, junto con los niños, era el que más miedo me daba.

Mi hermano Teo y mi cuñada Sonia aún estaban en shock. Mi madre no soltaba prenda ya que lo sabía de antes, mi padre no sabíamos si se estaba haciendo el tonto o es que no sabía reaccionar de otra manera, pero tampoco decía nada. Mi suegra preguntaba todo el rato que si era de broma y mi suegro, a quien le brillaban los ojos de felicidad empezó a servir el champán. Me levanté de la silla y propuse un brindis y al final de éste, nos abrazamos todos.

—Y ahora, ¿qué vais a hacer con tanto dinero?

—Bueno, como ya os hemos dicho, tenemos que tomar muchas decisiones. Sentaros que os tenemos que acabar de contar. Vamos con el coche viejo porque no queremos levantar sospechas en el barrio. Hemos comprado este otro coche que nos entregaron hace una semana. Los niños no lo han visto porque si hace dos días estábamos diciendo que no nos podíamos comprar un coche y de pronto aparecemos con un coche nuevo, vamos a levantar muchas sospechas.

—Ah, pues para no querer que se os note no habéis empezado mal.

—A ver, es un coche normal. En el barrio hay varios de estos y los dueños no tienen millones de euros. Es una gama media y como llevamos el otro no creo que nadie sospeche. Dentro de un tiempo ya lo sacaremos por todas partes, al fin y al cabo nos ha costado treinta mil euros no es como para sospechar. ¡Ni que fuera un Ferrari!

—Entonces, ¿a nadie? Eso va a a ser complicado porque se va a notar. - dijo el padre de Lucas.

—Mejor no hacerlo porque la cantidad de dinero es muy grande y dada la situación económica, a cualquiera se le puede ir la cabeza y hacernos algo. Aunque lo que más miedo me da a mí es que secuestren a alguno de los tres niños, no quisiera tampoco que lo hicieran con ningún adulto.

—Vale, no decimos nada y ¿cómo vas a evitar que se nos note? - preguntó Teo.

—Pues eso es lo que vamos a tener que hablar. Tendremos que hacer las cosas poco a poco. Nos reuniremos más veces, pero lo básico lo vamos a dejar arreglado este fin de semana y lo primero va a ser deciros la decisión que hemos tomado con respecto a vosotros. Os queremos dar dinero, aunque lo vamos a hacer poco a poco.

—¿Poco a poco?

—Sí, ahora, de entrada, os daremos cien mil euros a cada familia y a partir del año que viene os iremos dando más.

—¿En serio sólo nos vais a dar cien mil euros?

—Sí, porque nosotros sólo nos vamos a quedar con dos millones y de ahí os daremos ese dinero.

—¿Y qué vais a hacer con lo demás? Dármelo a mí, ¿no?.

—No queremos volvernos locos y quedarnos sin dinero en cuatro días. Tanto nuestros psicólogos como nuestros asesores nos han aconsejado que lo hagamos así. Los psicólogos para que nos vayamos acostumbrando poco a poco a la nueva vida y no sea un cambio tan radical que nos haga perder el norte y los asesores para que no perdamos poder adquisitivo.

—¿Con tanto dinero vais a perder poder adquisitivo?

—Sí, nos vamos a quedar con dos millones y los otros ciento cincuenta los vamos a invertir. Cada seis meses o cada año haremos balance de la rentabilidad que hemos podido obtener y con ella nos planificaremos para el año siguiente. De ahí os daremos una asignación en forma de donación e iremos cumpliendo nuestros sueños poco a poco. Cada año algo y así de paso, nos da tiempo a asimilarlo. Creo que es la mejor idea.

—Pues a mí me parece muy bien porque si lo hacéis todo de golpe os quedaréis sin un euro y además no os dará tiempo de disfrutar nada. - dijo mi madre.

—Yo también lo veo bien, así nos vamos acostumbrando todos.

—¿En serio? ¿Sólo cien mil? - dijo mi hermano.

—Si prefieres no te damos nada....

—¡Qué tonta estás!

—Sí, tonta, pero tú lo has tenido que soltar.

—Parece mentira que no lo conozcas. - dijeron al unísono mi madre y mi cuñada - Y realmente lo conocía, pero aquella situación también era nueva para mí y aún no había conseguido relajarme del todo.

—Bueno, el que no lo quiera que lo diga y nos lo repartimos los demás – dijo la hermana de Lucas.

—¿Y con la familia y los amigos qué vais a hacer? ¿Cómo vais a hacer para que no se enteren?

—Lucas no quiere contárselo a nadie de su parte pero yo por la mía sí se lo voy a contar a cuatro de mis primas (tengo diecinueve primos y me llevo muy bien con todos), pero tendrán que firmar el contrato de confidencialidad también, aunque no se lo contaremos hasta el año que viene, cuando vayamos a hacerles las primeras donaciones.

—¿A ellos también?

—Sí, cada año nos organizaremos para ir ayudando con pequeñas donaciones a familiares, amigos y ONG, pero no antes de conseguir sacar rentabilidad a nuestro dinero.

—¿A todos?

—Sí, claro.

—¿ Y cómo haréis para que no se enteren todos?

—Todavía no lo tenemos claro. Supongo que cuando empiece a notarse tendremos que contar algo, pero aún no sabemos qué. Cada cosa a su tiempo.

Cada uno fue a su habitación, nos pusimos los bañadores y nos dispusimos a darnos un baño en familia en una de las grandes piscinas del jardín. Estábamos como atontados, supongo que un poco incrédulos y pensando cada uno en lo que iba a hacer con el dinero. Quedamos diez minutos después en el hall de la casa preparados para el baño. Para la ocasión, yo me había comprado varios bikinis con chanclas, vestido playero a juego, sombreros, gafas de sol y toallas. También había hecho lo mismo con Lucas, fui y le compré la ropa de baño nueva, chanclas y gafas de sol... Él nunca había tenido unas gafas de sol porque al tener tanta graduación, nos resultaban muy caras y entre pitos y flautas nunca habíamos podido comprárselas. Ahora podría tener varios modelos. Todo lo que nos llevamos en las maletas era nuevo y fue una gozada comprarlo y estrenarlo, aunque tampoco era mucho, puesto que era para un fin de semana. Tuvimos mucha suerte de que, a principios de junio ya hiciera aquel calor..

A las chicas de la familia les gustó mucho lo que llevaba. Ahora ellas también podrían ir y comprarse lo que quisieran. Me hacía ilusión "transformar" un poco a mi suegra, aunque no sabía si se iba a dejar. No sabía muy bien en qué consistiría aquella transformación, ya que tenía casi sesenta y cinco años. Con mi madre resultaría más fácil. Tal vez tratamientos de belleza para la piel (aunque mi suegra la piel de la cara la tenía bastante bien, como su padre, no tenían casi arrugas). El pelo, las manos, las uñas y algo intentaríamos hacer con su vestuario que era lo que más necesitaba un cambio y en lo que yo creía que se iba a resistir más. No era cuestión de convertirla en una Sofía Loren, algo que, por otro lado, tampoco sería posible, pero sí, darle un aspecto más cuidado, más elegante y que a la vez le diera más seguridad en sí misma y le ayudara a sentirse

mejor con su cuerpo. Masajes y tratamientos de belleza, algo que estoy segura, jamás se hubiera permitido.

Por otro lado, lo que Lucas y yo siempre hemos querido era que se pusiera en manos de médicos privados para ver si acertaban cuál era su dolencia y le pusieran remedio ya que padecía, al menos desde que yo la conocía, ciertos síntomas del aparato digestivo que le impedían hacer una vida normal en muchos aspectos y en la seguridad social, por muy pesada que se pusiera, no le encontraban nada, entre otras cosas, porque tampoco le hacían mucho caso. Por eso, si algo teníamos claro respecto a ella, era que la íbamos a llevar a los mejores médicos.

Con mi madre me hacía especial ilusión, ya que sentía que era como devolverle, al menos una parte de tanto que ella me había dado. Me la imaginaba comprándose lo que quisiera, sin mirar el precio: ropa, zapatos, bolsos, carteras... e incluso acostumbrándose a llevar gafas de sol, que nunca llevaba porque decía que parecía la "Niña la Puebla". Ella, al contrario que mi suegra, tenía más arrugas en la cara a pesar de tener la misma edad las dos, no sé si por herencia de su madre que también tenía, porque tenían la piel más seca, porque mi madre había tomado el sol bastante más que Rosa, o se había llevado más disgustos. Ahora iba a tener a su alcance los mejores tratamientos del mundo, porque yo se los iba a proporcionar. Iba a darse masajes semanales, a cuidar su pelo, su piel y su alimentación porque pensaba ponerle un buen endocrino y una cocinera para que ella sólo se preocupara de disfrutar de la vida, de su familia y sus amigas. Es diabética, de las que toman pastillas y, aunque no se cuidaba en exceso, sí lo tenía en cuenta y procuraba no comer dulce. Ahora tendría comidas riquísimas bien elaboradas para estar sana, y, además, nos hacía especial ilusión, que los cuatro, mis padres y mis suegros tuvieran un buen fisioterapeuta que, además de hacerles masajes y aliviarles dolores, les hicieran hacer algo de ejercicio diario adecuado a su edad y a la condición física de cada uno. De lo que se trataba era de que los cuatro tuvieran la mejor vejez que pudieran.

O O O

Nos fuimos a la piscina más grande que había. Aquellas aguas turquesa nos estaban llamando a gritos. Nos dimos un baño estupendo durante algo más de una hora. Un baño tranquilo y relajado en el que se fueron produciendo otras pequeñas conversaciones a propósito del tema.

Mi sobrina, de dos años, disfrutaba del agua, de entrar y salir, de nadar, de bucear, de hacer volteretas en el agua y no se cansaba. Era la auténtica protagonista. En aquel momento me acordé más aún de mis hijos y deseé que estuvieran allí, pero para ellos, de momento, era mejor así, ya tendrían tiempo de disfrutar de todo aquello porque no sería la última vez que fuéramos. Nosotros nadamos, disfrutamos de la tibieza del agua, del sol y de la tranquilidad.

Tras aquel estupendo baño, fuimos a comer a uno de los restaurantes de lujo asiático que tenía el hotel. Lucas, Ana, Sonia, Teo, mi sobrina y yo disfrutamos muchísimo. Lo de nuestros padres, era más complicado. Estaba claro que ellos no disfrutaban de las mismas cosas que nosotros. Al final les convencimos de que lo probaran y parecía que les gustaba, aunque no querían reconocerlo por no darnos la

razón. A cambio, les prometimos que por la noche cenaríamos en otro de los restaurantes que era de comida mediterránea a la carta y así, seguro que acertaríamos todos. Tras la comida y una sobremesa de media hora, nos fuimos cada uno a su habitación para que el que quisiera hiciera la siesta. La verdad es que la hice tan a gusto, nada más y nada menos, que hasta las seis de la tarde. Me levanté como nueva. Los demás se levantaron antes pero me dejaron dormir porque sabían lo importante que era para mí el momento siesta y cómo lo disfrutaba siempre que podía y además, con todo el ajetreo del día, me había costado coger el sueño.

A las seis y media Lucas y yo teníamos programado un masaje tailandés. Unas señoritas de rasgos asiáticos nos recogieron en la puerta de nuestra habitación. Cuando llegaron, nos saludaron con las manos unidas, como si se dispusieran a rezar, hicieron una pequeña reverencia con la cabeza y nos dijeron una palabras que no entendimos y a las que nosotros contestamos inclinando la cabeza. A continuación, una de las señoritas nos dijo que la siguiéramos, que nos acompañaría a una de las salas de masajes. Las seguimos hasta una estancia no muy grande, de madera y cristal. Tras los cristales podíamos ver un jardín de bambú que transmitía muchísima calma. En la sala había dos colchones sobre una tarima de madera perfectamente preparados para recibirnos. Ellas le llamaron tatami. A un lado había una bañera de piedra negra llena de agua y flores. Sólo con el hecho de estar allí dentro ya nos sentimos relajados. La sala desprendía un aroma de azahar que nos envolvía y nos hacía sentir como lo dioses del Olimpo.

Nos habíamos preparado para el masaje con una ducha rápida, aunque lo que a mí me hubiera gustado hubiera sido meterme en aquella bañera con Lucas, pero todo a la vez no podía ser y después de aquella fantástica siesta, no me dio tiempo a mucho más.

Habíamos pedido que nos hicieran un buen masaje que nos dejara como nuevos, pero no sabíamos que tenían aquella variedad y que podían durar ¡dos horas!, lo que siempre habíamos soñado. Habíamos decidido empezar nosotros, aunque habíamos contratado masajes para todos para el día siguiente.

El primer masaje que nos hicieron se llamaba "NUAD THAI" y nos dijeron que era el masaje tradicional tailandés. Consistía en una serie de presiones y estiramientos, siguiendo las líneas energéticas del cuerpo y ayudaba a restablecer la energía vital y a reequilibrar los aspectos físico, mental y emocional. A base de estiramientos pasivos permitía recuperar la flexibilidad y alcanzar una relajación muy profunda. Y, lo que más nos llamó la atención fue que el famoso masaje tailandés se realizaba con ropa, contrariamente a lo que siempre habíamos pensado. Fuimos conscientes de que no teníamos ni idea de masajes, aunque a partir de aquel momento nos íbamos a hacer expertos. ¡Y pensar que aquello no tenía nada que ver con el tipo de masaje tailandés del que habíamos oído hablar!

Para comenzar, nos facilitaron unos quimonos blancos con los que debíamos permanecer durante todo el masaje. El ritual comenzó con nosotros sentados con las piernas cruzadas como los indios y la espalda lo más recta que pudimos. Ellas se pusieron frente a nosotros, de rodillas, de nuevo con las manos juntas frente al pecho. Era como si estuvieran pidiendo permiso a nuestro cuerpo para poder tocarlo y después, una de ellas cogió dos platillos pequeños y los hizo sonar varias veces.

Tras esto, se colocaron detrás de nosotros que permanecíamos sentados, y se pusieron manos a la obra. En primer lugar, dejamos caer las manos sobre las piernas y las chicas comenzaron a trabajar nuestro cuello. Sus dedos eran finos pero fuertes. Comenzaron a ejercer presión en la zona de los hombros y el cuello, aliviando la tensión acumulada tras los últimos acontecimientos. Después continuaron presionando sobre la parte alta de nuestras espaldas dejando caer el peso en sus antebrazos a la vez que los movían sobre nuestra camiseta. Tras unos diez minutos trabajando esta zona, nos pusieron los brazos detrás de la cabeza y nos movieron hacia un lado y hacia otro con mucho cuidado para estirar nuestros músculos dorsales y trabajar nuestra cintura. Lo repitieron varias veces y después nos indicaron que debíamos tumbarnos boca abajo.

Una vez que me tumbé boca abajo, me sentí más aliviada porque yo de lo que de verdad tenía ganas era de eso, de dejarme caer y soltar todo lo que llevaba acumulado. El masaje me siguió sorprendiendo cuando comprobé que la chica ejercía presión en cada punto de mi cuerpo pero lo hacía tanto con sus manos como con sus pies, sus brazos o sus codos y aquello era algo que no me esperaba. Con aquello y con algunos estiramientos perfectamente planeados transcurrió una hora de masaje. He de decir que se me hizo corto, como siempre me pasa con los masajes, y me prometieron que al día siguiente sería de dos horas. Al terminar volvieron a realizar aquel gesto, como si pidieran permiso a nuestros cuerpos nuevamente y volvieron a hacer sonar aquellos platillos dorados. Fue mágico. A continuación nos dejaron solos diez minutos para que fuéramos volviendo a la realidad. Nos costó, no queríamos movernos de allí.

—¿Qué tal? ¿Te ha gustado?

—¡Claro!. ¿cómo no me va a gustar? Ahora aquí mismo me volvía a dormir. Y a ti, ¿te ha gustado?

—Sí, mucho, la verdad, aunque no era exactamente como me lo había imaginado, pero ha estado muy bien.

—A mí me ha venido genial que me hicieran esa presión en los músculos, sentía que era justo lo que necesitaba. Ahora estoy nueva. ¿y ahora qué?

—¿Ahora? No sé, nos han dejado solos. Igual es por si queremos nuestro "final feliz".

—¡Qué tonto! Aunque ahora que lo dices, antes de irnos tendremos que buscar algún momento para un final feliz, ¿no?

—Cuando digas, tú mandas.

—Por mí, este sería un buen sitio, pero nos han dejado para que nos cambiemos y de un momento a otro vuelven a por nosotros, así que ya buscaremos el momento que seguro que lo tendremos.

—¿Tú crees? Mira que ahora sí que estamos bien rodeados. Será complicado, tendremos que buscarnos una buena excusa, Dña. Sara.

—La buscaremos, D. Lucas. No debe ser tan complicado - dije con una sonrisa cómplice.

Fuimos a la habitación, nos cambiamos de ropa y acudimos al reencuentro con los demás con intención de darnos otro baño antes de ir a cenar. Esa noche teníamos cena en el restaurante de comida mediterránea, tal y como habíamos prometido a nuestros padres y después había espectáculo y baile. Nos estaban esperando para que les contáramos cómo había ido el masaje aunque enseguida que nos vieron las caras lo

tuvieron claro. Nuestro gesto nos delataba. Había sido genial. Tras el baño nos fuimos cada uno a su habitación. Teníamos una hora y media para arreglarnos. Parecía tiempo suficiente para eso y para más cosas. Tal vez fuera el momento para ese final feliz que estábamos esperando. Nos dimos una ducha en pareja en aquel plato de ducha enorme. Tenía un rociador que hacía caer el agua desde el techo como una lluvia suave. Podíamos subir la intensidad pero no lo hicimos porque la sensación era muy agradable. Allí estábamos los dos, bajo aquel manto de agua tibia, disfrutando... De pronto Lucas se acercó más a mí cogiéndome por la cintura y me dijo al oído:

—¿Cómo estás? Con todo el jaleo no hemos tenido tiempo para estar solos, nada más que el ratito del masaje, pero casi no hemos podido hablar. - el agua seguía cayendo.

—Bien, estoy bien. Aunque hay momentos, como cuando se lo estábamos contando a los demás que todo me resulta muy extraño. A veces no puedo disfrutarlo porque no me lo puedo acabar de creer. Tengo miedo de hacerme ilusiones y que de pronto nos digan que ha sido un error y que nada de esto es nuestro. ¡Madre mía! ¿te imaginas que ahora vamos a pagar cualquier cosa y no podemos porque hay algún error? A veces me despierto soñando cosas así o que secuestran a alguno de los niños y, lo peor de todo es que lo comprendo, porque hay gente que está muy desesperada. Prométeme que vamos a ayudar a toda la gente que podamos.

—Tampoco te vuelvas loca, que eres capaz de repartir los ciento y pico millones en una semana y dejarnos pelados otra vez.

—No cariño, lo que quiero es que juguemos bien las cartas con este dinero para que podamos llevar una buena vida como siempre hemos querido y a la vez, ayudar al mayor número de personas posible.

—Claro, pero eso lo vamos a hacer, vamos a ayudar a nuestras familias y amigos. Ahora todos tendrán un buen trabajo y la posibilidad de una buena vida.

—Ya cariño, pero no me refiero a ellos, sino a que tenemos que hacer cosas importantes con el dinero, no sólo vivir bien. Si no, creo que nada de esto tendría sentido para mí. Es que es tanto dinero...

—Uy, pues lo que tú querías, exactamente lo que tú siempre has pedido. El universo te ha escuchado, te lo ha concedido ¿y ahora te quejas?

—No, no me quejo. Es que siento que ahora tenemos una responsabilidad muy grande, una oportunidad de hacer las cosas bien hechas, de volver a empezar nuestras vidas.

—Vale, tienes razón, pero dame un abrazo.

—Claro, todos los que quieras.

Nos dimos un abrazo interminable. El agua seguía acariciándonos. Entonces, de pronto, nos separamos, nos miramos y nuestros labios se fundieron en un apasionado beso. Recorrimos nuestros cuerpos con caricias mojadas. Entonces él empujó mi cuerpo despacio apoyando mi espalda en aquella pared fría, levantó mi pierna con suavidad y después de flexionar sus rodillas entró en aquel lugar de mi cuerpo que tan bien conocía, haciéndome olvidar mi ansiedad, como sólo él sabe hacer.

O O O

La cena transcurrió entre risas y buenos sabores mediterráneos. Esta vez todos disfrutamos mucho y nuestros padres se pusieron las botas comiendo marisco. Sobre todo mi padre que era un aficionado a comer gambas. Lo que no nos esperábamos era la buena noticia que nos traería la sobremesa. Esta vez fueron mi hermano y mi cuñada los que nos dejaron con la boca más abierta aún. Mi hermano nos dijo que tenía algo que decirnos:

—Atención, atención, Hanna – mi sobrina- tiene algo que contaros.

—Mamá tene bebés.- dijo como si lo hubiera ensayado – nos reímos todos a la vez-

Hay que reconocer que mi sobrina es la más graciosa del mundo y no, no es amor de tía. Es una rubia de de ojos azules y caracoles en el pelo con cara de pilla y más lista que el hambre. La quiero mucho. La verdad es que es muy especial para mí y si alguna vez le pasara algo me moriría. Sería capaz de dar mi vida por ella igual que lo haría por cualquiera de mis hijos. Tenía dos añitos y nos estaba contando que iba a tener "bebés" y nos hacía tanta gracia!

—¿La mamá va a tener un bebé, cariño?, ¿vas a tener un hermanito?

—Sííí. ¡¡¡Bien!!! - dijo aplaudiendo esperando que todos hiciéramos una fiesta-

—Entonces, ¿voy a ser tía otra vez? ¿de verdad? - y volví a ponerme a llorar de emoción como las dos veces anteriores que me habían comunicado la misma noticia. Sólo esperaba que esta vez saliera todo bien ya que la última vez no pudo ser y aunque, ellos no hablaron mucho del tema, fue bastante duro para los dos, sobre todo para Sonia.

—¿Y para cuándo?- dijo mi madre

—Para principios de diciembre.

—Anda, entonces, ¿ya estás de tres meses?

—Sí, es que no hemos querido decir nada hasta que pasara la semana doce y viéramos que todo estaba bien. Aunque puede pasar algo en cualquier momento, ahora al menos ya ha pasado el trimestre más crítico. De todas formas ya se me va notando y nos parecía que habíais empezado a sospechar.

Lo cierto era que le habíamos notado barriguita. Ella estaba muy delgada y enseguida se le notaban los embarazos, pero como ellos no habían dicho nada, teniendo en cuenta la última experiencia, aunque lo sospechábamos, tampoco quisimos preguntar. Mi madre y yo estábamos pendientes. Ya me había comentado que la notaba con mucho sueño, así que lo estábamos esperando.

La verdad es que me alegraba infinitamente. Cuando nació mi sobrina Hanna me hizo inmensamente feliz. Yo nunca había sospechado que se quería tanto a una sobrina. Además, se parecía bastante a mí cuando era pequeña. No era igual que yo, pero sí se parecía más que mis propios hijos. Todo el mundo que me conocía desde pequeña me lo decía y yo no cabía en mí de gozo. Los niños hacen muchos cambios y van a temporadas y en aquel momento se parecía más a su mamá. Yo la hubiera querido igual se pareciera a mí o no porque además llegó justo en el momento oportuno. Mis hijos ya eran mayores y se iba echando en falta un bebé en la familia y encima fue una niña tan cariñosa y simpática que nos llenó el corazón de alegría.

O O O

Con la llegada de Hanna pasó algo especial. Recuperé a mi hermano. O empecé a tenerlo, no sé muy bien, porque lo que yo recordaba de los últimos años de nuestra relación no es que fuera muy especial. No podía decir que nos lleváramos mal, pero tampoco podíamos decir que tuviéramos una relación muy estrecha. No sé de quién podía haber sido la culpa, supongo que cuando pasan cosas así la culpa es de los dos, pero lo cierto es que yo tenía desde hacía mucho tiempo la sensación de que mi hermano me guardaba cierto rencor y no sabía muy bien por qué. Sabía que él sentía cierto resquemor con mis padres ya que, en algunas ocasiones, así lo había manifestado. Él se quejaba de que me habían pagado a mí, en su momento, el carné de conducir, que por cierto no me saqué en aquella ocasión, sino unos años más tarde pagado con mi dinero, pero es verdad que cuando me lo intenté sacar la primera vez, ellos me lo pagaron. El problema vino cuando él se lo quiso sacar y mis padres no se lo pudieron pagar porque se habían quedado sin capital después de hacer una reforma en el piso en el que vivíamos, la única posesión que en aquel momento tenían. A él eso le marcó mucho porque se sintió herido y rechazado. Yo lo comprendo, si hubiera sido al revés tal vez yo hubiera pensado lo mismo, pero también me daban pena mis padres porque eran conscientes de que no estaban siendo justos y no podían hacer otra cosa. Llegué incluso a ver llorar a mi madre de lo mal que le sabía, pero eso nunca lo dije. De todos modos, él estaba tan ofuscado que no se lo hubiera creído.

Además de este episodio, unos años después mis padres volvieron a hacer algo parecido, esta vez por error. Hacía poco que habían despedido a mi padre de la empresa en la que llevaba más de veinte años, a dos años de jubilarse. Le vino de perlas ya que él se quería jubilar porque llevaba tiempo con problemas en los hombros, dos operaciones y cada dos por tres estaba de baja médica. Le dieron más de ochenta mil euros de indemnización, que junto con unos veinte mil más que había heredado mi madre tras la muerte de mi abuelo, les hizo verse, de pronto, con cien mil euros en el banco. Era como si les hubiera tocado la lotería. Era una situación que jamás hubieran imaginado porque, aunque nunca nos había faltado nada, siempre habíamos ido algo justos. Incluso mi madre contaba algún episodio de cuando éramos pequeños en el que esperaba ansiosa que mi padre cobrara para poder ir a comprar.

Pues bien, de aquel dinero que cobró, mis padres nos dieron seis mil euros a cada uno de nosotros. Sólo somos dos hermanos. Yo prácticamente ni los vi porque los destiné a pagar deudas que me había dejado mi ex y ellos decidieron reformarse el piso y lo invirtieron en eso. Aquí vino el problema. Con los seis mil euros no tenían suficiente para pagar la reforma y necesitaban sacar un préstamo para cubrir el resto. Así que pensaron que, en lugar de pedírselo al banco y pagar un montón de intereses, se lo pedirían a mis padres y se lo irían devolviendo todos los meses.

Lo primero que habían hecho al mes de tener aquel dinero, fue ir a los bancos a ver si le podían sacar algo de rentabilidad. William, era un amigo que yo tenía en común con mi ex, bueno, a decir verdad, era amigo suyo de la infancia pero había acabado siendo amigo mío y seguíamos teniendo buena relación incluso después del divorcio. No quiso tomar partido por ninguno de los dos y creo que hizo bien. Era director de una sucursal de uno de los bancos más importantes del país y fue con él con quien hicimos la hipoteca de la casa que teníamos mi ex y yo y que tuvimos que malvender porque el

"gran padrazo responsable" dejó de pagar. Lo cierto es que la casa se puso a la venta desde el minuto uno en el que nos separamos y la decisión la tomé yo, porque no me parecía bien que ningún hombre tuviera que pagar, de por vida, la casa donde yo viviera a partir de aquel momento, aunque creía que deberíamos pagarla a medias hasta que pudiéramos venderla ya que era el hogar de los niños y eso era responsabilidad de los dos.

Como William seguía siendo director de aquel banco, yo misma acompañé a mis padres a hablar con él para ver qué nos podía ofrecer para invertir aquel dinero. Ellos también tenían otra cuenta en otro banco y repartieron el dinero en varios pequeños plazos fijos, además de una cuenta remunerada con dieciocho mil euros de la cual podían sacar el dinero cuando quisieran. Lo que que pusieron en los plazos fijos no podían tocarlo hasta que éstos vencieran. Se dejaron en la cuenta corriente el dinero justo para ir tirando, unos tres mil o cuatro mil euros y se quedaron tan contentos, porque con eso y con lo que cobraban los dos, no necesitaban más. Aquí vino el otro problema: justo cuando nuestros padres acababan de poner el dinero a plazo fijo llegó Teo a pedirles que le prestaran el dinero para la obra que habían decidido realizar en su piso. Ellos le dijeron que no podían, y le contaron que acababan de poner el dinero a plazo fijo y no lo podían tocar. No habían pasado ni dos días desde que lo habían hecho y no les había dado tiempo contárselo. La verdad es que le podían haber prestado lo que se habían dejado en la cuenta remunerada ya que a ese dinero sí que podían acceder, pero mi madre no se dio cuenta. Aquello fue un error, pero también hay que tener en cuenta que ellos nunca habían tenido dinero y no estaban acostumbrados a esas cosas.

A las dos semanas, más o menos, mi madre se dio cuenta de que les podían haber dejado el dinero de la cuenta remunerada pero ya era tarde, ya se lo habían prestado los padres de Sonia. A mis padres les supo fatal volver a fallarle, y fui testigo de ello. Mi madre volvió a llorar. Realmente se sintió mal porque además era la segunda vez que le negaban a su hijo ayuda para algo importante para él, la primera vez porque no tuvieron más remedio y la segunda porque no se dieron cuenta. Yo, si me hubieran comentado algo, les habría dicho que sí que podían pero a mí no me comentaron nada hasta que ya había pasado todo, con un disgusto tremendo.

Yo creo que mi hermano guardaba a mis padres cierto rencor por estas cosas, pero no sabía por qué me lo guardaba a mí también. El caso era que yo notaba que en cuanto podía me dejaba mal delante de la gente, algo de lo que más gente se había dado cuenta.

No sabía si es que aquella situación que yo arrastraba durante años de ansiedad, ataques de pánico y episodios de depresión mi hermano no la llegaba a entender o es que se le juntaba con el resquemor que tenía por el tema del dinero, pero yo notaba que conmigo llevaba mucho pique sin saber por qué.

Yo no entendía aquellos ataques continuos hacia mí. Me preguntaba si era él o si era ella que lo ponía en mi contra. En realidad no sabía de donde venía todo aquello, parecía que le alimentaba quedar por encima de mí.

En varias ocasiones me dieron ganas de mandarlo a la mierda, incluso una de mis amigas, que fue testigo de algún episodio, me lo aconsejó, que lo pusiera en su sitio, pero, al contrario de otros hermanos que discuten y a los pocos días hacen las paces, yo sabía que con él, las cosas no eran así. Si nos dejábamos de hablar, no iba a ser cosa de

dos meses, sería, probablemente, para siempre porque él era una persona rencorosa y le costaba olvidar. Yo sentía que no me valoraba y le daba igual que fuera su hermana o no, pero yo soy una persona que valoro mucho a mi familia y sólo tengo un hermano. Además, era madre y pensaba que lo peor que le podía pasar a una madre en la vida, además de perder a un hijo o ver a alguno de ellos enfermo, era que tus dos únicos hijos no se hablaran. Y, pensando en mi madre y en la posibilidad de perderle para siempre, nunca lo ponía en su sitio. Además, siempre he pensado y sigo pensando que el tiempo pone a cada uno en su lugar y le da la razón a quien la tiene y yo, podía ser totalmente distinta a él, ver la vida de otra manera, tener otra forma de vivir y mil diferencias más, pero jamás haría nada que pudiera hacerle daño, al menos de manera consciente.

En fin, a pesar de todo esto, yo quería mucho a mi hermano y si es verdad que nunca se lo había dicho, estaba encantada con el giro que había dado nuestra relación, poco a poco, desde que había nacido Hanna. Quería creer que al ser papá, había comprendido muchas cosas que en aquellos momentos no podía ver o entender, y por otro lado, me parecía que había perdonado, o cuanto menos olvidado sus rollos con mis padres porque ahora, eran él y Sonia quienes los necesitaban y ellos, igual que en su momento hicieran conmigo y con mis hijos, les ayudaban mucho.

—Pues sí – dijo Teo- para diciembre vendrán los bebés.

—¿Los bebés?

—Sí, vienen gemelos.

—Te lo dije, cuñada.

—Sí, teníamos unas cuantas papeletas y nos ha tocado.

—Con razón Hanna decía "bebés"- dijo mi madre-

—Sí, es que lleva ensayando todo el rato en la habitación con el caldoso de su padre.

—Pero ya habéis ido al médico y todo entonces, ¿no? - dijo Lucas.

—Sí, ya nos han hecho dos ecografías y por eso sabemos seguro que son dos.

—Madre mía, doble alegría.- dijo Rosa-

—Bueno ellos decían que si podían querían tres, pues ya los tienen. - dijo mi madre.

—¡Como si tienen un equipo entero de fútbol, ahora no tendrán problemas para criarlos! ¡¡¡Ole, ole y ole!!! Vienen con toda la panadería bajo el brazo!- dije orgullosa.

Al hilo de la conversación, mi suegro empezó a meterse con nosotros y a decirnos que él también quería bebés en su casa, que a ver si nos animábamos. La verdad es que era justo lo que nos gustaría, que los primos se criaran juntos, ya que los mayores no habían podido hacerlo. Lo que pasaba era que tampoco queríamos volvernos locos porque teníamos muchas cosas que hacer antes y aunque se llevaran un año o dos de diferencia tampoco iba a pasar nada. Y así, de paso, nos daba tiempo disfrutar también de los sobrinos.

Nos quedamos un rato en la terraza del hotel con la música de fondo tomándonos unas copas y Teo, como siempre, haciéndonos reír con sus chistes, porque eso sí, a pesar de lo puñetero que era conmigo, siempre me hacía reír cuando se ponía a imitar a la Duquesa de Alba. Como todos estábamos alegres, nos costaba poco reírnos, y lo pasamos muy bien. Cuando nos cansamos, decidimos dar un paseo para estirar las piernas antes de ir a dormir. Se estaba genial paseando a la luz de la luna por aquellos

jardines y entre aquellos aromas, pero al día siguiente nos esperaban masajes para todos, una buena mariscada en Benidorm y un paseo en barco. Teníamos que descansar para disfrutar al día siguiente todo lo que pudiéramos, así que decidimos irnos a la cama. Al llegar a la habitación, nos acostamos porque estábamos agotados con tanta emoción que había tenido el día, pero antes de dormir, tuvimos una última conversación:

—Bueno, ya lo tenemos todo.

—Sí, sólo nos faltaba otro sobrino y ahora vamos a tener dos, aunque a mí me falta algo más.

—¿Tú también quieres tener gemelos?

—Bueno gemelos o no, me da igual, ya seremos padres a partir del año que viene, tenemos que hacer muchas cosas primero.

—¿Otras cosas? ¿Qué cosas?

—No te hagas el tonto, sabes bien de lo que hablo.- le dije mostrando mi mano, sin anillos.

Desde la habitación del hotel podíamos contemplar el mar. A mí me encantaba. Siempre había querido dar paseos en barco al sol y disfrutar pasando en familia esos días en los que apenas sopla el aire y el mar está en calma. Ese era uno de mis mayores placeres, eso sí, teníamos claro que nunca nos compraríamos un barco, preferíamos alquilarlo, porque un barco valía mucho dinero y su mantenimiento era caro y total, sólo íbamos a hacer uso de él quince o veinte días al año y pensábamos que no valía la pena. Los inmuebles en cambio, nos parecían inversiones más sólidas, que, en caso de necesidad, se podían vender, hipotecar, alquilar o incluso donar más fácilmente. Aunque también teníamos que estar pendientes de ellas, pensábamos que eran bienes más prácticos.

Aquel día el hotel nos había alquilado un yate para dar un paseo por las cálidas aguas del Mediterráneo. Era un yate de lujo con patrón y un almuerzo fantástico para doce personas. Corría una brisa suave, ideal para aliviar el calor y perfecta para que el mar no estuviera movido. Pudimos disfrutar de aquel paseo que duró tres horas.

¡Me sentía tan distinta! Volvía a sentirme intrépida y poderosa, como años atrás, antes de empezar a tener ansiedad. Lucas no se lo creía, me miraba y no me reconocía porque él ya me había conocido en mis años ansiosos, en esos malos tiempos en los que tenía miedo a todo, así que apenas había podido conocer a la Sara que disfrutaba de la vida, que se sentía segura. Eso era lo que sentía, seguridad, como si nada malo me pudiera pasar.

Después de aquel reconfortante paseo en barco fuimos a comer a un restaurante que también nos había reservado el hotel. Era un restaurante maravilloso con salida directa a la playa y tumbonas reservadas para sus clientes. Tanto la comida como el trato fueron exquisitos y gracias a su servicio de tumbonas pude hacer una pequeña siesta a orillas del mar mientras los demás disfrutaban de un baño. Mis siestas y yo. Tras aquel rato tan agradable, volvimos al hotel porque nuevamente nos esperaban masajes. Esta vez para todos y, tal y como nos habían prometido el de Lucas y el mío fueron de dos horas. ¡Dios mío, qué manera de gozar! Después del masaje me quedé nueva. Esta vez fue un masaje de todo el cuerpo, ejerciendo una presión suave en algunos puntos clave que consiguió relajarme profundamente. Yo creo que salimos de allí aparentando diez

años menos, con la cara relajada, las mejillas sonrosadas, un bonito brillo en los ojos y la mejor de las sonrisas.

Acabamos el fin de semana familiar entre risas, comidas en terrazas tropicales, firma de papeles y el buen sabor de boca que nos dejaba saber que empezábamos una nueva vida. Seguramente volveríamos por allí. Retomar la rutina no sería tan placentero pero teníamos muchas cosas pendientes. Empezaba nuestra nueva vida y había llegado el momento de tomar decisiones que podían hacer que aquel premio fuera una bendición o fuera un auténtico infierno. Habíamos pensado primero en los demás, como siempre, y ya nos tocaba decidir qué íbamos a hacer con nuestras vidas, si queríamos seguir viviendo en el mismo sitio o queríamos cambiar, cómo queríamos que fuera nuestra casa, en qué íbamos a invertir nuestro dinero, si queríamos seguir trabajando, cuándo y en qué, qué empresas queríamos montar y, algo muy importante: si queríamos tener más hijos, algo que llevábamos posponiendo mucho tiempo y para lo cual, ya no teníamos excusas.

“Cuando empiezas a entender y a dominar
realmente tus pensamientos y sentimientos,
puedes empezar a ver cómo creas tu propia realidad.
Ahí reside tu libertad,
ahí es donde se encuentra tu poder.”

Marci Shimoff.

¿QUÉ FUE DE SARA?

Todo iba cambiando a nuestro alrededor, todo a nuestro antojo, parecía magia, sólo teníamos que decir que queríamos algo para que ocurriera y aunque aquello nos gustaba, en ocasiones, seguía pareciendo un sueño.

Por si no era bastante complicado decidir cómo queríamos vivir a partir de aquel momento y ponernos de acuerdo en cosas que jamás nos hubiéramos planteado de no tener todo aquel dinero, yo estaba empeñada en "montar" una vida para mostrar a los demás. No quería que nadie supiera qué tipo de vida teníamos realmente. Me había obsesionado con la gente, temía que si alguien a nuestro alrededor sabía aquello, las cosas empezaran a cambiar. Tenía miedo y a ratos vivía en una completa paranoia.

A Lucas le parecía una locura pero poco a poco le fui convenciendo para contar la mentira: inventé que había encontrado un trabajo como directora de recursos humanos de un holding empresarial con sede en Valencia. De este modo, pude justificar el progresivo aumento en nuestra calidad de vida. Justifiqué la ropa y los complementos que me iba comprando porque tenía que ir arreglada al trabajo, justificaba mis salidas diarias diciendo que me iba a trabajar, y realmente lo hacía, aunque no en la forma en que todos creían, sino construyendo una nueva vida para mi familia y para mí.

Alquilé un pequeño piso en plena Gran Vía Marqués del Turia. Entraba y salía del mismo hecha un pincel, así si me encontraba a alguien podía decir que trabajaba allí y no descubrirían la verdad. Y realmente trabajaba allí cuando tenía que gestionar algo. Me monté allí el primer despacho de mi nueva etapa. Todo aquello me resultó como un juego. Lo que no me resultó tan fácil fue decidir qué quería yo en mi vida. Era como si siempre hubiera tenido todo tan claro y de pronto me deshinchara, como si todo estuviera hecho y no hubiera nada más por lo que luchar. Era otra vez esa sensación tan familiar que de vez en cuando anidaba en mí, como un perro negro que dejaba todo su peso sobre mí manteniéndome inmóvil, sin dejarme ver los colores de la vida. Otra vez estaba ahí, y ahora no podía decir que me faltara nada, no podía echarle la culpa a nada ni a nadie. Tenía un libro en blanco ante mí para escribir mi propia historia, y en vez de estar entusiasmada, volvía a sentir aquella apatía que me tenía durante días tumbada en el sofá tapada con aquella manta, sólo que ahora podía hacer todo lo que siempre había soñado y no quería dejar pasar la ocasión de cumplir mis sueños, aunque fuera a trancas y barrancas, así que me había propuesto luchar contra aquella amargura. Había algo que también mantenía viva mi llama interior: la imagen que proyectaba de mí a los demás. Aquella idea tan superficial de causar buena imagen y de no mostrar ante los demás ni un sólo signo de debilidad me mantenía en guardia. Aquella coqueta irremediable que hacía años se había perdido en mil frustraciones y miedos internos, intentaba de vez en cuando sacar la cabeza sin demasiado éxito, aunque a mí me hubiera encantado que se apoderara completamente de aquella situación.

Jamás pensé que ésta sería una de las razones que me levantara de aquel sofá cada vez que mi perro negro volviera, fiel, a mi lado. Tenía otras razones, evidentemente ésta no era la única. La principal eran mis hijos pero ellos ya tenían la vida solucionada

aunque no lo supieran. Por ese lado había bajado la guardia, ya no tenía que "sacarlos adelante", estaban más que sacados y sabía que en pocos años alzarían su propio vuelo. Aquello me ahogaba y me hacía refugiarme más en mi tristeza. Sabía que era inevitable, pero durante muchos años la lucha para que no les faltara nada y cubrir sus necesidades básicas, había sido lo que me había empujado a levantarme de aquel sofá. Pero ahora, aquella misión ya estaba cumplida y sentía que podía desaparecer de repente sin que ellos me fueran a necesitar tanto, así que esa excusa ya no me servía para tirar de mí cada mañana. Tenía que buscar otra.

O O O

Pensé que había llegado la hora de cuidarme más y uno de los días en los que mi perro negro estaba de vacaciones, me decidí. Había leído un libro de Cristina Tárrega que me había encantado: *" Diez años más joven"*. En él la autora, tras hacer una investigación profunda sobre diversos productos y tratamientos de belleza, explicaba los que, según su experiencia, eran los mejores. A mí me encantó leer aquel libro y me imaginé haciéndome cada uno de aquellos tratamientos mientras en realidad, lo único que hacía era ponerme de vez en cuando un poco de crema hidratante en la cara. Llevaba más de un año sin hacerme una higiene facial salvo alguna que vez que utilizaba algún exfoliante superficial, pero realmente, tenía la piel hecha un asco y además todos los problemas que venía arrastrando hacía años se reflejaban en mi rostro. Ya ni siquiera me depilaba las cejas.

Gracias a aquel libro, descubrí que existía en Valencia un centro con la tecnología más puntera y con los mejores tratamientos para cuidar mi cuerpo: el centro médico estético Mariche Correcher. Me alegró mucho saberlo porque siempre había tenido la sensación de que para ciertas cosas lo mejor estaba en Madrid o Barcelona y saber que en Valencia podíamos tener también lo mejor, me reconfortaba.

Aprovechando que llevaba unos días sin recibir la visita de mi perro negro, llamé para pedir cita y ponerme cuanto antes manos a la obra. Me dieron la cita enseguida. Aquella primera visita me animó mucho. Mariche, la directora del centro me atendió muy amablemente en su despacho, donde le planteé mis inquietudes con respecto a mi cuerpo y ella me aconsejó desde su gran experiencia y profesionalidad.

—Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—Vengo a ponerme en tus manos. Quiero que me aconsejes y que empecemos a trabajar cuanto antes.

—¿Qué quieres que tratemos? ¿Facial? ¿Corporal? No sé, ¿qué idea llevas?

—Pues todo. Yo había pensado que me hicieras un diagnóstico general. Quiero quitarme veinte kilos y diez años.

—¡Sí que vienes fuerte!

—Llevo muchos años sin cuidarme y ahora que tengo tiempo y dinero he decidido hacer la mejor inversión de mi vida: YO.

—Me parece perfecto, pero te tengo que reñir porque no hay que descuidarse nunca. Hasta cuando creemos que no es posible, podemos cuidarnos un poquito con cosas muy básicas.

−Lo sé, tienes toda la razón y sé que no tengo excusa pero aquí estoy dispuesta a recuperar mi yo perdido. Al menos lo que se pueda, pero vamos, que dicen que la que tuvo retuvo, ¿no?

−Eso dicen.

−Pues yo tenía muy buen tipo hasta que engordé tanto y aunque no soy Charlize Theron, cuando iba arreglada solía llamar bastante la atención.

−Pues nada. Tenemos una buena base y eso ya es mucho. Vamos a ver, empezaremos por el rostro y luego con las distintas partes del cuerpo. Te voy a hacer una valoración del estado actual de tu piel para planificar los tratamientos que más te convienen y si veo que necesitas algún tratamiento médico subimos al cuarto piso y pedimos la opinión de la doctora. Entre las dos lo planificamos si tú nos dejas y manos a la obra.

−Perfecto. Adelante.

A nivel facial, empezamos con una higiene profunda con drenaje linfático y dermopeeling con doble acción: exfoliante y regeneradora. Se trataba de preparar mi piel para el resto de tratamientos que poco a poco me irían haciendo. A nivel corporal, una higiene de espalda, y un drenaje linfático en piernas, glúteos, abdomen y brazos. Además, me realizaron manicura y pedicura con esmaltado permanente y baño de parafina que dejó mis manos y mis pies perfectos, hidratados y suaves. Antes de salir de allí me aplicaron un maquillaje de día suave.

Pasé toda la mañana y me hicieron sentir como una diosa con las mejores atenciones. Pero la gran diferencia la noté al salir, era otra mujer. Una mujer más fuerte y segura. Andaba diferente y brillaba, tenía luz en mi piel y en mi mirada. Aquella primera mañana en el centro médico estético me ayudó a encontrar un poco más a Sara, a esa Sara coqueta que andaba perdida dentro de mí desde hacía años y que no conseguía ver la luz. Realmente necesitaba un chute de endorfinas como aquel, pero tenía que seguir, no podía quedarme ahí. Tenía que seguir trabajando para reconciliarme con mi cuerpo, al que había tenido olvidado y maltratado durante años y al que ahora tenía la oportunidad de compensar dándole todos los cuidados del mundo.

A los tres días volví. Me repitieron el drenaje linfático en el rostro añadiendo el tratamiento "Flash 30 stop cansancio" que contribuyó a eliminar todo rastro de cansancio en mi piel dándole una gran luminosidad. A nivel corporal continuamos con drenaje linfático pero esta vez acompañado de la primera de las sesiones con la aparatología de "HD3D Alma", que me ayudó sobre todo, a eliminar celulitis, a reducir volumen, a tersar y reafirmar la piel.

En las siguientes cinco sesiones de rostro me aplicaron un tratamiento de rejuvenecimiento facial con IPL, una sesión cada tres semanas. Entre medias, higienes faciales, drenaje linfático y una combinación de "Endermolift LPG facial" que me ayudó a reducir el doble mentón y la grasa acumulada en el rostro, y una sesión de "Thermage CPT" para estimular el colágeno natural de mi piel, dándole un aspecto terso y suave. Ésta última fue definitiva, la que más resultado dio. Era un tratamiento caro pero valía la pena, además, se aplicaba una vez al año.

A nivel de brazos, había acumulado bastante grasa y sufría flaccidez y descolgamiento. Desde que estaba haciendo ejercicio ya se iba notando la mejoría, pero muy poco, así que allí me ayudaron con sesiones quincenales de radiofrecuencia

combinadas con corrientes de electroestimulación y nuevamente el "Tratamiento Endermolift LPG".

A nivel corporal empezamos dos veces por semana con sesiones de "Cyclone", que combina Ultrasonidos HIFU, Cavitación y Radiofrecuencia Monopolar y Bipolar. De esta manera, tal y como yo quería, probé casi todos los aparatos más punteros en tratamientos médico estéticos para conseguir un cuerpo diez sin necesidad de cirugía.

Además de todo esto, me ayudaron con lo más difícil: las estrías. Las tenía en el abdomen, muslos, caderas y pecho y gracias al láser Fraxel conseguí perderlas de vista, al menos en parte, ya que es el problema estético que más suele resistirse. En menos de ocho meses había recuperado mi cuerpo, había perdido dieciocho kilos y pasé de una talla 46 a una 38.

Además de todo esto, me sometí a un tratamiento de ortodoncia invisible y tras éste, me hicieron unas estupendas coronas de circonio para mis muelas y carillas para mis dientes, con lo que conseguí una sonrisa espectacular. En el pelo me hice una taninoplastia que ayudó a regenerar y fortalecer mi cabello, eliminó el encrespamiento que siempre me había perseguido y, lo más importante para mí, me dejó el pelo suelto, brillante y fácil de peinar de forma que siempre estaba perfecta. A partir de aquí, fui alternando las taninoplastias cada tres meses con tratamientos de bótox capilar una vez al mes.

Con todo aquello me quité diez años de encima. Me sentía joven, con muchísima vitalidad, más segura de mí misma. Estaba radiante y podía ver cómo los demás me lo notaban. Hacer ejercicio de forma regular también me hizo volver a confiar en mí, darme cuenta de que podía, de que nunca es tarde y de que, el deporte engancha y llega un punto en que no puedes pasar sin él. Fue un cambio radical que se me notó incluso en el carácter: mi ansiedad prácticamente desapareció y habría sido perfecto si no fuera por los bajones que me daban de vez en cuando, pero bueno, iba aprendiendo a vivir con aquel perro negro. Lo aceptaba sin más y cuando venía le dejaba que pasara sin pensar demasiado y ya está; procuraba tener siempre cerca un sofá y una manta confortable para pasar el trago, hasta que se volvía a ir.

Lo que más me entusiasmaba de todo aquello era que podía comprar la ropa que quisiera, no sólo porque tuviera dinero sino porque siempre encontraba talla y todo me quedaba como un guante. Aquello era algo que llevaba años soñando. La ropa que compré al principio de recibir el premio era de la talla 46 y aunque la disfruté, no tenía nada que ver con aquella sensación de poder ponerme lo que quisiera. Pero lo mejor de todo era tener mi propio estilo y no el que me impusieran las tiendas de tallas grandes. Además, al pesar dieciocho kilos menos y haber fortalecido mis músculos pude volver a llevar tacones, algo que, igual que mis estrías, pensé que sería misión imposible.

O O O

En cuanto me fue posible, busqué una persona que se encargara de la casa porque yo tenía claro que no quería volver a tocar nada a no ser que fuera para organizar cómo y dónde quería las cosas. Lo que sí quería era ver todo en orden y limpio, la ropa lavada, planchada y siempre a punto, ya que en el último año no había sido así por culpa

de mi maldita depresión. Era un círculo vicioso: cuanto más mal me encontraba menos hacía y cuanto menos hacía más mal me encontraba. Esto me pasaba bastante a menudo desde hacía años. Cada vez que tenía un episodio depresivo mi casa era un auténtico desastre: todo por el medio y sillas llenas de ropa un día tras otro. De pronto me entraba la inspiración y lo dejaba todo como los chorros del oro, como a mí me gustaba. Sacaba y ordenaba armarios, colocaba todo en su sitio al milímetro y limpiaba hasta los rincones que nadie ve. A veces buscaba ayuda y pagaba a alguien para que me ayudara con lo que se me había amontonado, normalmente a alguna amiga con la que tenía confianza y conocía mi problema, de este modo ellas me ayudaban a mí porque no tenía que pasar la vergüenza de que nadie viera aquel desorden, y por otro, yo les ayudaba a ganarse unos euros que siempre había alguna a la que le hacían falta. La verdad era que nunca había ido sobrada como para estar pagando a nadie para que me ayudara en casa, pero yo prefería invertir el dinero en eso antes que en irme de viaje o salir a cenar porque tener la casa limpia y ordenada me daba una estabilidad que conseguía equilibrar mis ciclotimias. Cuando tenía la casa arreglada me sentía segura y tenía ganas de salir, de relacionarme con gente y de recibir visitas, pero cuando no tenía la casa bien, me podía pasar meses sin querer ver a nadie ni quedar con nadie por miedo a que se presentara la ocasión de tener que subir a casa. Durante los últimos años Lucas se portó como un bendito, porque además entendía que todo aquello era por mi depresión y tuvo toda la paciencia del mundo. Nunca se lo podré agradecer lo suficiente.

Contactamos con una agencia de personal doméstico y nos entrevistamos con ellos. Nos explicaron cómo funcionaba todo aquello. Les dejé bastante claro que quería que fuera alguien muy eficiente. El piso tenía escasamente noventa metros cuadrados pero quería que estuviera unos días limpiando a fondo y poniendo la casa al día porque estaba fatal. Además teníamos bastante ropa. También puntualicé que, en unos meses nos íbamos a mudar a una vivienda más grande y con terrazas, por lo tanto, habría más trabajo. La persona en cuestión trabajaría en casa por las mañanas y un par de tardes tendría que ir a limpiar el piso del centro que utilizaría como despacho, y, sobre todo, me gustaría que la persona elegida se quedara con nosotros todo el tiempo posible, no quería a alguien diferente cada mes porque me costaba acostumbrarme a la forma de limpiar de los demás. Reconozco que soy muy exigente cuando alguien trabaja para mí y no quería que cuando ya estuviera acostumbrada a mis gustos, esa persona se fuera y tuviera que enseñar a otra cómo quería las cosas.

Éramos conscientes de que a nuestro alrededor había gente que necesitaba aquel trabajo pero preferimos a alguien que no tuviera ningún tipo de relación con nosotros, es más, no queríamos que se supiera por ahí que teníamos a una persona trabajando en casa, una vez más para no levantar sospechas, aunque era inevitable que los vecinos la vieran entrar y salir así que, cuanto antes nos mudáramos, mejor.

Tras varias entrevistas y de probar a varias candidatas, comenzó a trabajar en casa Evelyn, una mujer filipina muy dulce, discreta y eficiente. Tenía cuarenta y siete años, había perdido todo en la catástrofe ocurrida en Filipinas en 2013, cuando un tifón arrasó gran parte del país dejando millones de damnificados, entre ellos, bastantes de sus familiares. Desde hacía algo más de un año residía en España con su esposo, ambos supervivientes de la tragedia. No habían podido tener hijos, así que no dejaban mucho atrás y decidieron emprender la aventura española de manos de esta empresa que les

ofrecía trabajo aquí. Me gustó mucho cómo hacía las tareas y su discreción, pero tengo que reconocer que su historia también me conmovió. Su marido trabajaba como jardinero en varios chalets de una urbanización cercana a Valencia pero su objetivo era trabajar como matrimonio interno hasta que pudieran jubilarse y entonces, con el dinero que hubieran podido guardar, tal vez volver a su país para vivir su jubilación. Vivían en un piso compartido con otros dos matrimonios también filipinos que trabajaban en la misma empresa.

En aquel momento me hubiera encantado vivir en la casa de mis sueños y poderles dar esa posibilidad que ellos buscaban pero, por el momento con un piso de noventa metros no era necesario, aunque empezamos a contratar a su esposo por horas como chófer, cuando yo tenía que coger carretera y aún no me atrevía (ya que llevaba más de dos años sin conducir y antes de esto había tenido varios episodios desagradables con el coche por los dichosos ataques de pánico). Mi intención era que cobraran algo más de lo que marcaba la ley que debían cobrar porque cuando vi lo que les pagaba la empresa comprendí que su trabajo no estaba valorado en absoluto. Nosotros entregábamos los honorarios mensualmente a la empresa y ésta se encargaba de hacer llegar el sueldo a los trabajadores (Evelyn cobraba escasos cuatro euros y medio por hora con pagas incluidas, aunque nosotros desembolsábamos bastante más). A mí aquello no me parecía bien porque pensaba que aquella persona iba a tener mi casa en sus manos y debía estar bien remunerada así como trabajar en un buen ambiente de trabajo donde se sintiera a gusto porque de ella iban a depender muchas cosas en casa y por supuesto quería estar tranquila viendo que estaba cómoda, así que acordé con ella que si estábamos contentos con su trabajo, cuando pasaran los seis meses que habíamos contratado con la empresa, le haríamos el contrato nosotros, y le subiríamos el sueldo.

Los primeros días salí de casa más tarde para darle bien las instrucciones de lo que tenía que hacer aunque al principio le dije que lo hiciera a su manera y yo ya iría viendo si tenía que especificar algo o no. Como Lucas no quería que le diéramos llaves de casa, ella venía antes de que yo me fuera y cuando se iba cerraba la puerta. Durante varios días alternos volví a media mañana, sin avisar, para ver cómo iba todo y jamás la pillé en un renuncio. Siempre estaba con la música, no demasiado alta, haciendo su trabajo. Yo siempre le dejaba lo necesario para que pudiera almorzar y nos hiciera la comida.

Evelyn se hizo enseguida con la casa y tuve que decirle muy pocas cosas, para mi sorpresa. Además, cocinaba bastante bien y con el tiempo incluso nos preparó deliciosos platos de su país. Estábamos encantados con ella, aunque hay que decir que ni Lucas ni los niños la veían mucho porque sus horarios no coincidían. Mi madre de vez en cuando se pasaba por allí por si necesitaba algo.

Mientras, yo salía de casa cada mañana para llevar a acabo mi verdadero nuevo trabajo: controlar cómo nuestro dinero trabajaba para nosotros a la vez que hacía un curso tras otro de finanzas e inversiones, encargarme de ver todos los áticos a la venta en Valencia hasta que dí con la oportunidad perfecta, supervisé la reforma y decoración del mismo e hice las compras necesarias para poder empezar allí una nueva vida. Los martes y viernes invertía la mañana, si no surgía ningún contratiempo, en mí, en ir a la peluquería y al centro de estética, y por las tardes hacía ejercicio cuatro días a la semana con un entrenador personal. Ésta era la parte fácil, no tanto la de las inversiones, que me

costó bastante hasta que llegué a entender la cantidad de productos financieros existentes, los pros y los contras de algunos de ellos y los cambios de tendencia que estaban surgiendo en los mercados. La verdad era que aquello me estaba gustando bastante y cada vez quería saber más, hasta incluso me atreví a decidir directamente sobre algunas inversiones, dejándome aconsejar, eso sí, pero sobre todo, dejándome llevar por un sexto sentido que acababa de descubrir y que de momento no me fallaba. De hecho, gracias a una de mis corazonadas en la que los asesores no confiaban demasiado, ganamos un buen dinero en el ibex 35 aquel año 2013. Aquellos primeros dos años recogimos muy buenos frutos, aunque después vinieron las vacas flacas en los mercados y pasamos a rentabilidades nefastas, incluso en negativo. Nosotros, gracias a la gran diversidad de inversiones, pudimos compensar unas con otras y en general no llegamos a perder dinero, pero pasamos de empezar consiguiendo unas plusvalías del quince y el veinte por ciento de nuestro patrimonio en 2013 y 2014, a vernos muy apurados para llegar a un cinco en 2016. Y ese cinco ya lo hubieran querido muchos, porque para entonces era casi imposible, pero al tener tanta diversidad de inversiones, algunas como el oro pudieron compensar a otras. Pero desde luego los productos financieros fueron un auténtico desastre para todos los inversores...

Como he dicho, buscamos un ático para cambiarnos de vivienda. Empecé a buscar, y cuando creía que alguno podía tener posibilidades se lo enseñaba a Lucas ya que él, por su horario, lo tenía más complicado. Queríamos que fuera cerca del barrio aunque manteniendo cierta distancia porque, aunque queríamos un cambio, no queríamos que éste fuera demasiado brusco. Mi familia, de momento, seguiría viviendo allí, no querían moverse y queríamos seguir estando cerca de ellos. Tardamos como dos o tres meses en encontrar la vivienda adecuada, en uno de los barrios de al lado, muy cerquita, y además a medio camino entre los padres de Lucas y los míos. La negociación fue un poco complicada ya que lo acababan de poner a la venta y en principio no tenían prisa, pero finalmente conseguimos un buen precio: seiscientos mil euros más los gastos de compra venta y los de la inmobiliaria, que desde luego había hecho un buen trabajo: consiguieron que lo rebajaran ciento ochenta mil euros. El edificio se encontraba muy cerca del parque del río Turia y, aunque no tenía vistas directas a él o a la Ciudad de las Ciencias, como hubiéramos querido, estaba a dos manzanas y sólo había que andar tres minutos para llegar a uno de los centros comerciales más importantes de la ciudad. Ahora sólo nos quedaba convertir aquel inmueble en nuestro verdadero hogar.

La reforma fue sencilla porque no tuvimos que tocar la distribución, sólo actualizamos la cocina, los baños, las puertas, el amplio vestidor para optimizar mejor el espacio, los armarios empotrados y el suelo, que aunque no estaba mal, yo lo quería de mármol. Las paredes ya estaban lisas, sólo faltaba pintarlas y tenía aire acondicionado por conductos, así que eso nos lo ahorramos. A los cinco meses más o menos de haber cobrado el premio estábamos empezando a reformar el ático, y los niños sin enterarse. Esperaba que cuando lo vieran les gustara, aunque pensaran que era de alquiler.

Era una vivienda de doscientos cincuenta metros cuadrados con cinco habitaciones dobles, tres baños, una cocina de veinticuatro metros cuadrados y un salón comedor de otros cincuenta. Además disponía de una gran terraza de cien metros cuadrados en forma de U con orientación este-sur-oeste, así que durante todo el día daba el sol en algún lugar de aquella magnífica vivienda y eso lo convertía en un lugar muy

luminoso y alegre. Disponía de dos plazas de garaje y un trastero de veinte metros cuadrados. Originalmente eran dos pisos pero los antiguos dueños los habían juntado obteniendo aquel magnífico inmueble del cual nos enamoró, además de la luz, la distribución. Era perfecto.

A los once meses de recibir el premio, nuestro ático ya estaba listo para entrar. Hicimos un paripé para ir a verlo con los niños como si lo fuéramos a alquilar. Uno de nuestros asesores se prestó a ayudarnos e hizo las veces de agente inmobiliario. A los niños les encantó y nosotros no necesitamos hacer mucho esfuerzo en fingir que a nosotros también porque realmente nos encantaba. Hablamos del precio con el supuesto agente inmobiliario delante de los niños para que fuera más creíble y fijamos un precio muy asequible para ese tipo de inmuebles de ochocientos euros mensuales. Realmente era barato para los precios que había por ahí pero así los niños, que ya eran mayores y estaban en todo, se lo creerían más. Dijimos delante de ellos que nos iba a suponer un esfuerzo pero que como ahora trabajaba yo, lo íbamos a intentar. Él nos dijo que en quince días nos lo entregarían amueblado. Estábamos hechos unos actores y parecía que los niños no sospechaban nada.

Como ya he dicho, al año de cobrar el premio ya estábamos viviendo en el ático, estrenando absolutamente todo, hasta el contenido de nuestros armarios. Ya os podéis imaginar lo que disfruté comprando absolutamente todo nuevo para cada uno de nosotros y ordenando, con la ayuda de Evelyn, cada rincón de mi nuevo hogar. Lucas y los niños no me ayudaron demasiado pero tampoco pusieron ningún pero en cómo lo hice. Ellos sabían que yo disfrutaba muchísimo con todo aquello y me dejaron a mi aire, sólo intervinieron en la elección de las cosas personales de cada uno. Pasé semanas enteras de compras, compré absolutamente de todo pero aún mirando bastante los precios ya que teníamos un presupuesto que, aunque generoso, no queríamos sobrepasar (y otros gastos que me surgieron de forma inesperada). Ya había conseguido mi talla 38 y todo me quedaba genial, así que pude vestirme como siempre había querido y todo me sentaba como un guante. La gente que hacía tiempo que no me veía ni me reconocía. Estaba guapísima. Aquello suponía algo muy importante para mí: empezar de cero, pero de cero de verdad sin nada absolutamente que pudiera recordar un pasado doloroso, excepto las fotos familiares que siempre hacían referencia a momentos felices. Me deshice absolutamente de todo, incluso de mis bolsos, mis cremas y mis perfumes y lo compré todo nuevo. Fue una verdadera gozada y por fin, fui capaz de sentir que la vida empezaba de nuevo.

Una vez adaptados a nuestra nueva vivienda, con todo nuevo, incluso un coche para cada uno, ya no tenía que organizar casa ni obras ni hacer compras, salvo las imprescindibles, ya que todas las compras necesarias para aquella nueva vida ya estaban hechas. Entonces, ¿cuál sería ahora mi misión? Decidí tomarme más en serio mi papel de ejecutiva, ya que Lucas seguía empeñado en seguir trabajando para su empresa de siempre, al menos por el momento, y lo primero que hice fue cambiar de despacho. Cambié de piso y de zona. Esta vez elegí una zona más cercana a nuestro nuevo hogar para poder ir andando a trabajar y allí alquilé un piso con cinco habitaciones amplias y un gran salón. El salón se convertiría en sala de reuniones. Una de las habitaciones, que tenía unos quince metros cuadrados y el baño incorporado, sería mi despacho, en el que intuía que iban a suceder cosas fabulosas, el amplio recibidor lo habilité como sala de

espera, otra de las habitaciones se convirtió en el despacho donde trabajaría mi secretaria personal, y por último, en las demás habitaciones organicé varios puestos de trabajo en los que se acomodarían unos meses más tarde, los trabajadores de nuestra propia Family Office.

Sé que he sido muy protagonista en todo ésto y Lucas algo menos pero así lo decidió él, algo que me pareció demasiado cómodo por su parte ya que, durante bastante tiempo, se limitó a continuar trabajando en lo que le gustaba, sin ningún tipo de responsabilidad extra y a disfrutar a tope de su tiempo libre sin soportar el peso de sacar adelante toda aquella fortuna y desarrollar todos nuestros proyectos de forma exitosa tratando de no perder nunca poder adquisitivo. Por un lado me parecía muy cómoda su postura pero por otro lado me daba la oportunidad de hacer y deshacer a mi antojo, con los pros y los contras que ello conllevaba.

Unos meses después de instalarnos en la nueva vivienda y el nuevo despacho, cuando ya nos encontrábamos bastante cómodos, llegó la hora de hablar algo que hacía meses que habíamos pospuesto, como tantas otras veces: ¿queremos volver a ser padres? Fue Lucas quien sacó el tema una noche que salimos a cenar los dos:

—Creo que tenemos que hablar.

—Dime. - Aquello no sonaba nada bien y me asusté. No quería pensarlo pero realmente sonaba a "ahora que lo tenemos todo, voy a dejarte por una de veinticinco", o al menos así me lo imaginé yo. Me temblaba todo y casi prefería no oír lo que me tenía que decir.

—Creo que ya ha llegado la hora de tomar una decisión que llevamos tiempo posponiendo. Los motivos eran económicos y ahora esa excusa ya no nos sirve. Ahora tenemos que ser sinceros con nosotros mismos. ¿Queremos tener un hijo?

—Cariño, qué susto. Pensaba que ibas a dejarme.

—¿Cómo voy a dejarte con lo que te quiero? Y menos ahora que tenemos que disfrutar juntos de este sueño.

—Madre mía, ¡qué susto! - rompí a llorar. No sé si de lo nerviosa que me puse pensando que me dejaba y todo aquel sueño se me venía abajo o de lo bonito que era lo que me estaba diciendo, que me quería mucho y que por fin, parecía que él tomaba las riendas de avanzar en nuestra relación.

—No llores guapa. Sólo te estoy pidiendo que tengamos un hijo, nada más.

—¿Nada más? - los dos rompimos a reír - Claro que quiero tener un hijo contigo. Entonces, ¿ésto quiere decir que ya lo tienes claro?

—Sí, creo que ya ha llegado el momento. Ya no hay excusas. Tenemos el nido preparado.

—Bien, sólo tengo un pero.

—¿Un pero? Eso no suena muy esperanzador.

—Sólo te pido unos meses más.

—Uy, ahora la que no lo tiene claro eres tú.

—No, no es eso. Es que tendré que dejarme las pastillas de la depresión y eso tengo que hacerlo muy poco a poco para no tener un efecto rebote. Con esas pastillas no debo quedarme embarazada. La doctora ya me lo advirtió.

—Perfecto. Cuatro o cinco meses está bien. Además, así también podemos aprovechar para hacer algún viaje.

—Hay algo más.

—¿Más? Qué miedo me estás dando.

—Sí, ¿no crees que en todo este cuento falta algo?

—No sé qué puede faltar. Lo tenemos todo.

—No, yo no lo tengo todo. Tengo muchos sueños por cumplir.

—Pues ya los cumplirás. Recuerda, poco a poco.

—No te hagas el tonto. Sabes que para mí es importante.

—Cariño, ya hemos hablado muchas veces de este tema y sabes lo que pienso. Que ahora tengamos dinero no cambia mi forma de pensar. Ya te dije que cuando quieras. Pon una fecha y vamos al juzgado.

—Sabes que yo así no me quiero casar. Para mí es algo importante, no un simple trámite burocrático, pero no lo entiendes. Nunca te he pedido un bodorrio, entre otras cosas porque no podíamos. Te dije que una boda en el campo estaba bien, aunque fuera con una barbacoa, pero teniendo cerca a las personas con las que me apetece celebrar y compartir un día tan importante para mí. Me apetece tener cerca a mis amigas y a mis primos y poder compartir mi felicidad con ellos.

—Sabes que a mí me cuesta mucho todo eso. Con mi problema lo voy a pasar muy mal. No quiero tener público. Si ya me tienes aquí, no me voy a ir, no sé por qué necesitas más.

—No lo entiendes y nunca lo entenderás. Necesito celebrar ésto, lo nuestro, gritarlo a los cuatro vientos, compartir con nuestros seres queridos, sentirme especial, más especial de lo que ya me siento cada día a tu lado, que todo sea bonito y perfecto. Quiero que los niños nos vean casarnos. Sabes que les hace ilusión. Quiero que Javier me lleve del brazo, que Leire sea mi dama de honor y que tú me estés esperando con una sonrisa y los ojos brillantes, que me encuentres guapísima y que sientas la magia conmigo. Que sabiendo lo importante que es para mí ese día, me lo digas todo con la mirada, que haya momentos entre nosotros en que desaparezca el mundo y a la vez otros en los que nos sintamos arropados por los nuestros. Ahora podemos celebrar una boda bonita y original, nos podemos permitir lo que queramos y no te vas a arruinar, te lo aseguro y como podemos pagarla, no necesitamos que nos hagan regalos ni nada. Podría ser perfecta. Un sueño.

—Cariño, ya sabes lo que pienso y lo que me cuesta. Todo eso que quieres puedes tenerlo todos los días.

—Sí, y lo tengo, pero quiero un día especial. Da igual. Déjalo. ¿Pedimos la cuenta?

—Pero si no hemos acabado.

—No me encuentro bien.

—Joder cariño. ¿En serio te vas a poner así?

—Pues sí, me desilusiona mucho este tema.

—Bueno, como quieras, no voy a discutir contigo.

—Vale, pues si no vas a discutir conmigo pide la cuenta y vamos.

—¿No me dejas ni tomar un café?

—Toma lo que te de la gana, al final vas a acabar haciéndolo igual.

No hablamos en todo el camino de vuelta. Él lo intentó varias veces y yo le dije a todo que sí con la cabeza, pero sin abrir la boca. Tengo ese defecto, cuando me siento incomprendida me encierro en mí misma y no abro el pico. Suerte que el restaurante

estaba cerca de casa y en cinco minutos paseando ya habíamos llegado. Me desmaquillé y me acosté. Él se quedó viendo una película en el salón y cuando vino a la cama, aunque aún estaba despierta, me hice la dormida. No quería hablar con él, sentía que nunca me entendería y empecé, como cada vez que salía el tema, a pensar que con él nunca podría tener la vida que quería, ni con dinero ni sin dinero porque íbamos por caminos diferentes y aquello antes o después acabaría mal. Una vez más, empecé a comerme la cabeza con el tema y así, sumida en aquella espiral de negatividad, pasé todo el día siguiente... pero una vez más, volvió a pasarme lo de siempre: en cuanto venía, me miraba a los ojos y me abrazaba, yo caía rendida a sus pies y me olvidaba completamente de que él, el hombre que más había querido, jamás compartiría mis sueños.

“Si lo puedes soñar, lo puedes lograr.”

“Aprendí que lo difícil no es llegar a la cima,
sino jamás dejar de subir.”

Walt Disney.

EL EJECUTIVO ROSA

Una vez tuve claro cómo quería que fuera mi nuevo despacho, me puse manos a la obra. Fuimos y elegimos el mobiliario que faltaba sin ningún tipo de problema pero al cabo de unos días, me llamaron de una de las tiendas para decirme que por motivos ajenos a ellos, parte del mobiliario se retrasaría unos quince días más de lo acordado. Me resultó un tanto extraño pero no quise darle más importancia y me conformé porque en realidad me daba igual quince días antes que después. Efectivamente, llegó el día y los muebles no llegaron.

Al cabo de unos cinco días más o menos, Lucas me dijo que me pusiera guapa que nos íbamos. Me dio media hora y me arreglé lo mejor que pude, sin pasarme, porque no sabía a dónde íbamos. En cuanto salí de la habitación me tapó los ojos con un pañuelo, que adiviné que era suyo por el olor (él hasta hacía muy poco nunca había utilizado pañuelos para el cuello ni bufandas y me encantaba cómo le quedaban). Me condujo de la mano por el ascensor hasta el garaje, me ayudó a subir al coche, luego subió él y arrancó. Le encantaba taparme los ojos de vez en cuando y sorprenderme.

Pude intuir el pequeño trayecto que hizo el coche, pero no quise decirle nada porque siempre le estropeaba las sorpresas. Me condujo de nuevo a un ascensor y al salir, percibí un olor que me resultó muy familiar: era el ambientador que utilizaba en el despacho.

Efectivamente, en cuanto me quitó el pañuelo de los ojos, oí un gran "¡SORPRESA!" y vi a nuestros padres y hermanos, a tres de los asesores que nos estaban ayudando y a mi secretaria. Estaban dispuestos en forma semicircular en la sala de reuniones y en medio de todos, había una gran caja de regalo con un lazo enorme. Por si no fuera bastante con aquella sorpresa, abrí la caja. No podía imaginarme lo que había dentro: era un sillón para mi despacho. No era un sillón cualquiera, ni tampoco el que yo había encargado unos días atrás, sino un sillón ejecutivo rosa chicle, el que yo siempre había querido tener. Cuando lo vi empecé a llorar. Sólo algunos entendieron por qué lo hacía. También tenía una nota en la que decía: "Te deseamos toda la suerte del mundo en esta nueva etapa. Tu éxito ya ha llegado, tal y como tú un día dijiste. Aquí lo tienes porque sabemos que, desde tu mundo de color de rosa, conseguirás todo lo que te propongas porque tú vales mucho y te lo mereces. Aquí estaremos nosotros para apoyarte. Te queremos."

Como os podéis imaginar rompí a llorar y todos creían que era por la sorpresa que me habían dado, que también, pero era sobre todo por lo que simbolizaba aquel sillón para mí.

Cinco años atrás, cuando estaba montando la academia, me empeñé en que quería que el sillón de mi despacho fuera rosa pero por diversas circunstancias no pudo ser. En primer lugar porque tardaban más de la cuenta en servirlo y yo tenía que inaugurar antes de que me lo pudieran traer y por otro lado, como tenía que ser por encargo ya que era de piel y en un color poco habitual, se disparaba el precio y no me lo

pude permitir. Me dio mucha rabia, pero no iba a dejar de hacer mi vida por un sillón, así que decidí optar por otro modelo aunque me quedó aquella pena.

—Entonces estás buscando un sillón ejecutivo, ¿no es así?

—Exacto, quería ver modelos, precios y opciones de tapizado.

—Bien, vamos y te enseño lo que tenemos en tienda, si no, tendrá que ser por catálogo.

El dependiente era un señor de unos cincuenta y pico años, muy amable, que me enseñó todo lo que tenían en tienda pero como no me entraba nada por el ojo, me enseñó también los que tenía por catálogo. Yo era algo escéptica porque los del catálogo no los podía probar, y encargarlo sin probarlo me parecía un tanto arriesgado, pero aún así los vi.

¡Qué maravilla cuando vi lo que había en la segunda página! ¡Era precioso! Era un sillón ejecutivo de color rosa chicle. El color perfecto, las formas perfectas, el acabado perfecto y el precio también, pero para otro bolsillo. Era de piel y valía un dineral que una vez más no me podía permitir así que, me tuve que conformar con otro mucho más económico. Al salir de la tienda le dije a Lucas:

—Creo que este proyecto no va a salir bien.

—¿Y ahora por qué dices eso?

—Porque lo he presentido. No va a ir bien o al menos no como yo quiero.

—¿No lo estarás diciendo por el sillón?

—Sí - dije con los ojos vidriosos.

—Venga Sara, no puedes ponerte así por un sillón, las cosas no salen siempre como uno espera.

—Tú no lo entiendes. Ese sillón, su color, la calidad del tapizado y su diseño, me trasmiten algo que no puedo explicar. A ti te parecerá una tontería pero a mí tener un sillón así me hace sentir segura y eso se trasmite a los demás.

—No me puedo creer que lo estés diciendo en serio. Pero si sólo lo has visto en un catálogo. ¡Eres una caprichosa!

—Pues sí, ahora sé que el día que tenga ese sillón en mi despacho, sólo ese día conseguiré el éxito que anhelo.

—¿Pero tú te estás oyendo? Pareces una niña caprichosa con una pataleta porque no consigue lo que quiere.

—No es eso, si fuera eso lo encargaría y ya está. Yo soy consciente de que no me lo puedo permitir y no lo hago.

—Sí, pero mira cómo te has puesto.

—¿Cómo me he puesto? Sólo he dicho que he tenido la corazonada de que no tendré éxito hasta que no tenga ese ejecutivo rosa.

—¿Y no será más fácil tener éxito primero para poder comprarlo después?

—Sí, tienes razón, pero un presentimiento es un presentimiento y suelen fallarme poco. Por eso me ha dado el bajón. Bueno, vamos a dejar el tema. Ya está pedido el otro, pues ya está, pero acuérdate de que el éxito me llegará de verdad el día que tenga un sillón ejecutivo rosa en mi despacho. Entonces, todo me saldrá bien.

Esa fue la conversación que tuvimos hace años Lucas y yo. Pasé un tiempo acordándome de "mi ejecutivo rosa", como yo le llamaba hasta que me centré en sacar la academia adelante y se me olvidó, pero, cuando tuve que cerrar por la maldita depresión,

me acordé de él y le dije a Lucas que las cosas no habían salido bien porque no tenía "mi ejecutivo rosa". Él sonrió pensando que era una broma pero yo lo decía en serio. Puede que alguien piense que soy una materialista, pero la verdad es que igual que las personas nos hacen sentir cosas y nos trasmiten vibraciones buenas o malas, yo creo que hay cosas con las que pasa lo mismo. Tal vez es que yo soy demasiado sensible pero la verdad es que me ocurre lo mismo con los olores, los colores o con el sol, que me hacen sentir cosas especiales y son capaces de cambiar mi estado de ánimo. Tal vez sea por personas como yo que existe la cromoterapia, la aromaterapia o la helioterapia.

Tuvimos que explicar la historia del sillón porque nadie entendía nada. Lucas se había acordado y eso era muy importante para mí, porque además me demostraba que aunque pensara que era una tontería, era "mi tontería" y él lo respetaba. El detalle fue perfecto y me hizo muy feliz.

Pasamos a comernos los canapés del catering que Lucas había encargado con la ayuda de su hermana para aquella inauguración sorpresa del despacho. Pasamos una tarde estupenda hablando y compartiendo con las personas que se alegraban de nuestra felicidad. La tarde se alargó más de lo esperado y acabamos todos cenando en un restaurante cercano a cuyos trabajadores dimos un gran susto cuando vieron entrar a casi veinte personas a cenar un martes cualquiera.

O O O

Un tiempo antes de que nos tocara el premio yo había escrito con mucho esfuerzo mi primera novela. La titulé *"Todas las letras de mi abecedario"* y en ella contaba las aventuras de una mujer de mi edad a la que la vida no le dejaba alcanzar las cosas con las que ella soñaba porque la crisis económica en la que estaba sumido su país había hecho estragos en su economía familiar, haciéndole perder todo: su casa, su trabajo, su coche y sus ilusiones. Pero seguía teniendo el tesoro más preciado: su familia. Narraba cómo ella iba solventando cada uno de sus problemas en la vida cotidiana en sus diferentes facetas: la de madre, la de mujer, la profesional, la de hija, la de amiga, etc. Era un libro escrito con mucha sencillez en el que se relataban cosas con las que cualquier lector podría sentirse identificado. Creo que por eso tuvo bastante éxito. Bastante éxito para tratarse de una escritora novel nada conocida y haber sido publicado en una pequeña editorial local que estaba empezando. Aún así, con la publicidad que ellos hicieron y con la que yo misma hice por las redes sociales, aquella primera novela había vendido bastantes ejemplares y yo estaba muy contenta con el resultado.

Yo tenía ilusión por seguir escribiendo porque me había encantado la experiencia, así que tenía claro que lo iba a seguir haciendo y a publicar más novelas. Tenía pendiente escribir sobre la vida de una mujer maltratada porque era un tema que me tocaba muy de cerca y creía que era importante ya que tal vez pudiera ayudar a alguien que estuviera pasando por ese trago, aunque tal vez me decantara primero por escribir a cerca de una mujer cualquiera a la que de pronto todos sus sueños se le convierten en realidad. Podía ser una novela más alegre y positiva que devolviera la esperanza a mucha gente, la esperanza que a muchas personas como yo, la maldita crisis nos había quitado. Tal vez hablar de depresión sin tabúes también pudiera ayudarme a mí a sacar lo que tenía

guardado y a mucha gente a comprender qué es esta enfermedad, que te puede tocar a ti, cualquier día, aunque no te lo creas.

En aquel momento no sabía muy bien por cual de aquellas ideas me iba a decantar, lo que tenía claro era que quería seguir escribiendo porque creía que tenía mucho que contar y también mucho que aprender. Y en aquel momento, no solo tenía mi portátil donde guardaba mis secretos más personales, sino que también tenía "mi ejecutivo rosa" donde poder pasar horas y horas volcando lo mejor y lo peor de mí en aquellas hojas en blanco. Aquel despacho iba a ser testigo del verdadero éxito que me esperaba, en muchos sentidos.

Aquí empezó a fraguarse un nuevo experimento: se me ocurrió la idea de convertir aquella primera novela en un auténtico *Best Seller*. ¿cómo? Pues fue fácil: a golpe de talonario. Compramos un montón de ejemplares sin que la editorial supiera que éramos nosotros los que los comprábamos. Además, yo me hice a mí misma varios pedidos de bastantes ejemplares a través de la página web y mis amigas y mis primas hicieron lo mismo con el dinero que yo les daba para ello. Luego, nos reuníamos en el terreno que tenía una de mis primas en Godelleta, hacíamos una hoguera y los quemábamos, cual aquelarre de brujas. Después, nos hacíamos una barbacoa y pasábamos un día de chicas estupendo.

Además de esto, invertí una cantidad de dinero en hacer publicidad del libro en televisión y en un montón de medios. Al final me salió algo cara la broma, pero con tal de que se dijera que estaba vendiendo muchos ejemplares y eso me sirviera de tapadera, me conformaba.

Íbamos acabando los últimos ejemplares de la tercera edición, cuando ocurrió algo mágico: los libros empezaron a venderse como churros, todo el mundo hablaba de mi novela y esta vez no era porque nosotros compráramos los ejemplares a espaldas de la editorial, sino porque al ver que se vendía tanto (supuestamente) la gente empezó a comprarlo por curiosidad preguntándose qué tendría el libro y lo mejor fue que les gustó y lo recomendaban. Se convirtió en el libro de moda, lo cual nos llevó a acabar publicándolo en América Latina, donde también fue un éxito rotundo. En fin, una idea loca que acabó de la mejor de las maneras: me sirvió de tapadera y al final, sin esperarlo, se hizo realidad, me había convertido en una escritora de éxito. Mi novela se vendía en diferentes países y los temas que en ella se trataban generaban incluso debates televisivos en los que más de una vez me vi empujada a colaborar. Todo esto venía a corroborar aquello que decían de que todas las cosas vienen juntas... ¿O fue el ejecutivo rosa?

A mí también me sirvió para aprender varias cosas: por un lado, lo manipulables que somos las personas, cómo podemos reaccionar a cualquier fenómeno ya sea literario, televisivo, musical, etc. influidos por la publicidad y por las opiniones ajenas a través de los medios de comunicación y la fuerza de las redes sociales. Por otro lado me pregunté cuántas buenas obras nos habríamos perdido sólo porque alguien en su momento no supo valorarlas, tenía otras ambiciones o porque el autor de turno no tuvo los medios para sacarlas adelante, que es lo que hubiera pasado con mi novela de no haber hecho lo que hicimos. ¿Cuántas buenas historias jamás verán la luz mientras que otros libros mediocres están triunfando sólo por haberlos escrito una persona determinada?

“El mejor tipo de amor es
aquel que despierta el alma,
nos hace aspirar a más,
nos enciende el corazón
y nos trae paz...
Eso es lo que tú me has dado
y lo que yo espero darte siempre.”
El diario de Noa. (2004)

TAMPOCO ERA TAN IMPORTANTE

Ese pequeño gran detalle me hizo pensar bastante. Estaba muy agradecida. Acordarse de nuestra conversación de años atrás y haber hecho realidad algo con respecto a lo cual yo había tirado la toalla por culpa de la desilusión que llevaba años anidando en mí, me hizo volver a sentir cosas que tenía olvidadas, me hizo volver a sentir esperanza, me hizo recordar que si una vez las cosas me salieron bien y tuve estos hijos maravillosos que sólo yo podía tener, y otra vez tuve la gran suerte de conocer a Lucas entre los millones de personas que había en la red aquel domingo de agosto hacía ya diez años, es que realmente mi vida era especial. Mi suerte era especial, tal vez la vida sólo me había estado preparando estos años para que ahora fuera capaz de valorar todo lo que me esperaba y así volver a tener fuerza, valor e ilusión por las pequeñas cosas de la vida.

Era domingo, cinco de agosto, unos años atrás. Yo estaba en casa de Jéssica y me quedé a comer con ella y con su chico David. Como hacían carreras en la tele todo el día y él quería verlas, nosotras estuvimos de charreta y piscina todo el día. Llegó un momento en que ya nos aburríamos de tanto sol y le propuse:

—¿Vamos a internet a reírnos de algún capullo? - Hacía cinco meses que me había separado de mi ex y tenía ganas de juerga.

—Vamos. - Entramos al despacho y ella se metió en una página que se llamaba Badoo. Yo entonces no la conocía, pero me gustó. Una vez allí me dijo:

—Venga, que voy a buscarte un novio a la carta.

—Eso, eso, a la carta. Lo quiero moreno, con ojos azules, alto, que le guste el fútbol y que sea piscis.

—¡Pues no pides tú! Venga, vamos a poner los filtros.

—Ah, muy importante, que sea de Valencia y que no fume.

—Hecho.

Jéssica puso los filtros que yo le dije y empezaron a hablarme un montón de chicos. Claro, tenía su foto porque era su perfil, aunque con un nombre falso. Conforme se iban abriendo los diferentes chats iba hablando con cada uno de ellos. La mayoría eran bastante groseros y les tenía que cortar por lo sano, pero hubo algunos que me cayeron mejor y estuve un rato hablando de chorradas y riéndome bastante, aunque cuando les decía que tenía dos hijos, la mayoría me hablaban como si fuera un bicho raro o les cortara el rollo totalmente. Pero Lucas no, él siguió hablando conmigo, me trató como a una persona normal. Hablamos bastante y nos dimos cuenta de que teníamos un amigo en común, Manuel. Bueno, realmente era amigo de mi hermano pero nos conocíamos de toda la vida. ¡Qué casualidad! Con toda la gente que hay en Badoo y justo me voy a encontrar con un amigo de Manuel. Habían estudiado juntos en la Universidad y habían compartido piso por un tiempo. Como dijimos, eso se merecía un café y conocernos en persona, así que nos dimos los teléfonos y quedamos en vernos la semana siguiente, cuando yo estuviera en Valencia en casa de mis padres. También le dije que la

de la foto no era yo, que era mi amiga y ese era su perfil, que yo no tenía. Le dio igual, me dijo que le había caído muy bien y le envié una foto al móvil, no sin que antes me escribiera él y comprobar que, efectivamente, era su teléfono.

Le dije que llegaría el martes a casa de mis padres y pensé que no me llamaría pero me equivoqué y el mismo martes me llamó. Quedamos al día siguiente para tomar algo. Yo estaba un poco asustada ya que eso de quedar sola con alguien que había conocido por internet no me gustaba nada pero, como era amigo de Manuel me decidí. Además, mi hermano y mis padres lo sabían. Se lo dije para que, si me pasaba algo, lo localizaran y así todos estábamos más tranquilos.

Me recogió en la puerta del polideportivo. Al llegar, lo primero que hice fue comprobar que era el mismo de la foto, y lo era, aunque con el pelo más corto pero los mismos ojos azules que me enamoraron desde el minuto uno. Además, cuando le dije que me mirara, que quería comprobar si era el de la foto, me sonrió. ¡Lo que me faltaba! ¡Aquel chico tenía la sonrisa más bonita del universo!

Nos fuimos a tomar algo, en agosto, a las cinco de la tarde. Toda una locura porque el calor era insoportable, pero allá que fuimos. Ahora lo pienso y hoy por hoy no quedaría tan pronto con nadie pero aquel día lo hice. Aunque conducía bastante bien, recuerdo que se saltó sin querer un par de semáforos y me dijo que estaba nervioso. Pasamos toda la tarde juntos, sin prisas, tomando un café, otro, luego un helado, paseando por la playa, y hablando de mil cosas... Se nos pasó el tiempo volando. Estábamos tan a gusto los dos que se hizo la hora de irnos y parecía que había pasado media hora. Me llevó a casa, pero antes volvimos a quedar para vernos al día siguiente.

Cuando volví todos me estaban esperando para cenar y para ver cómo me había ido. Mi madre ya estaba nerviosa y me esperaba para interrogarme:

—¿Qué, cómo te ha ido con el amigo de Manuel? Muy largo ese café, ¿no?

—La verdad es que muy bien, aunque no sé, demasiado bueno para mí.

—¿Demasiado bueno para ti? ¿Pero tú no decías que pasabas de los hombres y sólo querías conocer gente para salir de fiesta? - Me puse como un tomate, realmente esa era mi intención y no sabía por qué estaba diciendo aquello.

—Sí, es la verdad, no sé por qué he dicho eso. Bueno, es que realmente parece muy buen chaval y últimamente no estoy acostumbrada a los buenos chavales. (Y muy guapo, pero eso no se lo quería decir).

—Aaaayyyyy.

Al día siguiente fuimos a merendar al Centro Comercial El Saler y después bajamos a dar un paseo por el jardín de la Ciudad de las Ciencias. Nos sentamos en un banco y seguimos hablando. Corría algo de brisa y yo empecé a tener frío. Él me ofreció que me acurrucara bajo su brazo y así lo hice. Lo que no me esperaba era lo que pasó después. Él me había dicho que era un chico extremadamente tímido y lo había podido comprobar. Era yo la que más hablaba, como siempre, así que no podía imaginar lo que pasó después. Estaba muy a gusto bajo su brazo y levanté un momento la cabeza para mirarlo. En ese momento, él me miró y me dio un cálido beso que yo correspondí. Me encantó. Ni me lo había planteado, en serio, sólo me dejaba llevar, sin pensar, por las mariposas que estaba sintiendo en el estómago. Cuando dejamos de besarnos, no podía mirarlo a los ojos, me daba vergüenza y agaché la cabeza. A él le hizo mucha gracia.

—¿Ahora te escondes?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me da mucha vergüenza.

—¡Qué graciosa eres! - exclamó riéndose.

—A mí no me hace gracia. No voy a sacar la cabeza de aquí.

—Entonces, ¿te vas a quedar ahí?

—Sí. - Me ardía la cara. Parecía una niña pequeña a la que le habían robado su primer beso.

—Bueno, pues aquí nos quedaremos. - Me entró la risa y poco a poco fui levantando la cabeza, él me miró y acabamos riéndonos los dos.

—¿Es que no te ha gustado?

—Sí, me ha encantado. Es que nadie me había besado. Bueno, nadie diferente al padre de mis hijos en más de once años. Desde que me separé no he estado con nadie. Además, como me habías dicho que eras tan tímido, me has pillado desprevenida.

—¿En serio? ¿No te lo esperabas?

—Hombre, he visto cómo nos mirábamos en la cola de Mc Donalds e intuía que podía gustarte, pero que me dieras un beso ya hoy, no me lo esperaba, pero ha estado bien. Cuando quieras repites.

Y repitió, ya lo creo que si repitió. Yo tenía veintinueve años y él treinta y uno, pero parecíamos dos adolescentes de quince. Era la primera vez que alguien me besaba después de mi ex y me resultaba bastante extraño pero también me hacía sentir como en una nube, en nuestra nube. Nos estuvimos viendo cada día de esa semana. Tenía pensado volver a mi casa pero cambié de planes para poder estar con él. Estaba sintiendo algo sólo comparable con el primer amor, aunque mejor, mucho mejor. Él también lo sentía, y yo lo sabía. Era auténtica magia.

Hice algo que, si lo pienso bien, podía haber sido muy peligroso, al menos para mí que no estaba acostumbrada a meter a ningún hombre en mi casa y menos en mi cama. A la semana de conocernos se vino a mi casa y se quedó a dormir. Igual esto para algunas chicas es lo habitual, pero para mí no lo era. Mis hijos no estaban. Fuimos a cenar con un par de amigas a un chino, luego a tomar algo y a casa. Durante esa semana habíamos quedado todas las tardes, habíamos hablado de mil cosas, habíamos dado largos paseos por la playa, nos habíamos besado, nos habíamos regalado mil caricias y pudimos sentir aquel fuego quemándonos por dentro. Aquello era pura química, pura pasión, con las hormonas bullendo, como dos adolescentes.

Cuando llegó a mi casa yo le estaba esperando. Le recibí con un fuerte abrazo y los ojos brillando de ilusión. Llevaba puesto un sencillo vestido negro y unas sandalias. Me dispuse a enseñarle la casa: el salón, el baño, la cocina, la habitación donde jugaban los niños... y empezamos a subir la escalera para enseñarle la planta de arriba. Él me siguió pero no me dejó subir. A mitad, me cogió de la mano, me acercó a él con fuerza y me abrazó por detrás. Empezó a besar mi cuello lentamente, sus manos recorrieron mi cuerpo y acabaron debajo de aquel vestido negro buscando mi sexo, haciéndome temblar como nadie lo había hecho... y entonces, toda la pasión contenida durante aquellos días de playa se desató en aquella escalera. Sus manos recorrieron mi cuerpo, mi boca buscó su boca, y dejando un reguero de ropa por el camino llegamos a la habitación donde hicimos el amor en la cama. Sí, el amor, porque fue lo que empezamos a sentir, porque

fue suave pero intenso, muy intenso, mirándonos a los ojos, cogiéndonos fuerte las manos, como nunca lo había hecho antes con nadie. Le oí gemir de placer y me sentí deseada como nunca antes me había sentido, me hablaba al oído y me hacía sentir la mujer más sexy del mundo. Esperó mi orgasmo para después vivir intensamente el suyo. Le encantaba el sexo e hizo que a mí me encantara también.

Después de una ducha nos fuimos a cenar y a tomar algo y en un momento en que estuvimos solos en el bar me dijo algo que realmente me asustó: - Tengo que contarte algo. ¡Dios mío, tenía novia o iba a casarse o algo y yo ya me había enamorado de él! Ya sabía yo que aquello no podía ser verdad. Era demasiado bonito...

—¿Qué me vas a decir? ¿Que tienes novia?

—No, no tengo novia, de momento...

—¿Entonces?

—Quiero contarte algo antes de que nos conozcamos más... Tengo un lado oscuro.

—¿Un lado oscuro? Me estás asustando.

—Tranquila, no voy a hacerte daño.

—Más te vale.

En aquel momento me di cuenta de lo inconsciente que había sido metiendo en mi casa a un hombre que podía ser perfectamente un asesino en serie o cualquier otro tipo de psicópata. Tal y como estaba la sociedad nada era de extrañar. Pero de pronto me acordé de Manuel, si eran amigos y habían vivido juntos no podía ser mala persona, pero, ¿y si era algo que Manuel desconocía? Nunca sabemos todo de las personas que nos rodean. Envié un mensaje a Mariví que se había quedado dentro del local y le dije textualmente: " Tía, he metido un loco en mi casa." Ella salió disimuladamente a nuestro encuentro, hablamos cinco minutos y al ver que todo iba bien volvió a entrar. Entonces él me lo contó:

—¿No quieres saber cuál es mi lado oscuro?

—Pues realmente no sé si quiero, me has puesto bastante nerviosa.

—Ya te he dicho que no te voy a hacer nada, pero prefiero decírtelo ahora antes de que nos conozcamos más.

—Bueno, pues dilo de una vez si no quieres que salga corriendo.

—Tengo fobia social.

—¿Que tienes qué?

—Fobia social.

—¿Y qué es eso exactamente?

—Pues que tengo un grado extremo de timidez que me impide, en ocasiones, hacer cosas que los demás pueden hacer sin ningún problema. Y eso me ha ocasionado problemas con otras parejas. Incluso me han dejado por ser excesivamente tímido. Sólo quiero avisarte.

—¿Y para eso me asustas? Joder, ¿eso es un lado oscuro? ¿decirme que eres tímido? Ya te dije que me gustaban los tímidos. Tenéis un halo de misterio que siempre me ha fascinado.

—Bueno, no es tan fácil.

—Ah, que no has acabado.

—Sí, sí he acabado. Era eso lo que te quería decir pero no es tan fácil como decir que soy tímido, es peor.

—Yo es que lo de la timidez no lo veo como algo malo. Ojalá yo pudiera tener la boca cerrada en algunas ocasiones. Admiro a los tímidos, en serio, yo quisiera tener esa capacidad de estar callada que para mí a veces es imposible.

—Pero no es sólo estar callado. Déjame que te cuente.

—Dime.

—Para mí resulta todo un trauma tener que hablar en público o con gente que no conozco. Me siento observado, me va el corazón a mil y siento que no tengo nada que decir ni nada que aportar a las conversaciones, y si lo hago, pienso que meteré la pata o no les parecerá interesante o divertido lo que tenga que decir.

—Pues yo esta noche no te he visto nada mal.

—Pero si no he abierto la boca.

—Bueno, los acababas de conocer y es normal. Además cuando se dirigían a ti has respondido muy bien.

—Pues no tienes ni idea de lo mal que lo he pasado.

—Bueno, tú no te preocupes que como yo hablo por los codos, creerán que soy yo que no te dejo hablar.

—Bueno, si te lo tomas así mejor. Luego no digas que no te he avisado.

—Bien, vale, vamos a por una copa.

La verdad es que me dio un buen susto. Tal vez fui yo la que se montó la película, pero claro, acababa de conocerlo hacía sólo siete días, lo había metido en mi casa y me estaba diciendo que tenía un lado oscuro. Pues creo que era como para montarse unas cuantas películas. Afortunadamente todo fue bien. Fuimos viviendo nuestra historia cada día con mucha ilusión. Los dos nos enamoramos hasta el punto de acabar llorando en más de una ocasión cuando nos teníamos que separar. La verdad es que nuestra historia es muy bonita y nos hemos compenetrado a la perfección desde el primer día. En todos los sentidos.

Desde la distancia que daban aquellos diez años a su lado y tras aquel detalle que tuvo, valoré una vez más nuestra relación, valoré una vez más a la persona que tenía a mi lado y que había luchado todos aquellos años por mí y por mis hijos preocupándose por ellos como si fueran suyos. Cuando llevábamos un año de relación se mudó a nuestra casa y desde entonces ya habíamos vivido en cuatro lugares diferentes contando el ático estupendo donde vivíamos en aquel momento. Durante esos años habíamos luchado con uñas y dientes porque, aunque también habíamos tenido momentos buenos, cuando nos tocó el premio llevábamos seis años sin levantar cabeza. Cuando no era una cosa era otra. Yo arrastraba un gran sentimiento de culpa porque durante los últimos años Lucas había sido quien nos había mantenido, literalmente, a los niños y a mí. Durante aquellos años hubo momentos en los que lo único que entraba en casa era su sueldo y a veces no teníamos dinero ni para una barra de pan porque aunque él no tenía mal sueldo, teníamos demasiados gastos ya que yo aún seguía pagando deudas que me había dejado mi ex, quien encima, me pasaba la pensión de los niños cuando quería. También invirtió el dinero que tenía ahorrado para que pudiéramos montar el negocio de la academia y por eso me sentí fatal cuando tuvimos que cerrarla.

Lucas me lo había dado todo y nunca me había parado a pensarlo, a valorarlo, únicamente me había dedicado a intentar salir del agujero en el que hacía años me hallaba metida, a quejarme por lo que no tenía y a ver el lado negativo de las cosas y de las personas, a pesar de que yo no soy una persona negativa pero hasta para las personas más fuertes y positivas hay momentos en la vida en los que se nos hace imposible ver las cosas del derecho. Había llegado el momento de dárselo todo yo a él. Económicamente daba igual que le devolviera el dinero o no porque hacía tiempo que ya lo considerábamos de los dos y, además, con todo lo que teníamos ahora ya no le hacía falta pero había otra forma de hacerlo: darle el hijo que me pedía.

Sí, aunque me desilusionaba bastante que no se quisiera casar conmigo, finalmente comprendí que lo que realmente significaba un matrimonio y una familia él ya me lo estaba dando hacía mucho tiempo, ya lo teníamos. Aunque yo quisiera casarme, realmente no quería que nuestra relación cambiara tras la boda, quería que siguiera desarrollándose como hasta entonces pero me hacía mucha ilusión vivir ese día con él y con nuestros seres queridos pero aquí sí que salió a relucir su "lado oscuro" porque era justo por eso por lo que no se quería casar: no quería ser el centro de atención ni que todo el mundo estuviera pendiente de él porque lo pasaba fatal.

A pesar de la ilusión que me hacía, acabé dejando el tema de la boda y me decidí a dar el paso de tener ese hijo. Realmente yo siempre había querido tener muchos hijos y ahora podía, al menos económicamente, pero tenía mucho miedo porque ya tenía treinta y ocho años y él cuarenta y ya no sería lo mismo que cuando tuve a mis otros hijos con veintiún años. Ahora estaría más cansada y me costaría todo más. Estaba acostumbrada a dormir a pierna suelta desde hacía tiempo y a la libertad que dan unos hijos adolescentes, pero por otro lado me hacía muchísima ilusión ver la casa llena de niños.

Tuve un diálogo interno bastante intenso durante unas semanas y muchos cambios de humor hasta que tomé la decisión. Me preguntaba si podríamos ser padres a nuestra edad o tendríamos problemas, me preguntaba qué probabilidades tendríamos de tener un hijo enfermo o con alguna malformación e incluso llegué a preguntarme si era justo traer un hijo a este mundo loco sólo por darnos la satisfacción a nosotros de ser padres.

Yo ya sabía cómo era la maternidad y también sabía que aunque pasara todo el tiempo que pudiera con el bebé, tendría momentos de agobio en los que necesitaría tiempo para mí misma o la necesidad de estar haciendo en la vida algo más que ser madre y me daba miedo que justo entonces que podía hacer lo que quisiera, un hijo me atara demasiado. Creo que pensé todo lo pensable y finalmente me puse a buscar información por internet, como siempre. Me metí en foros de maternidad y aquello me hizo confundirme más aún, pero todo se me pasó cuando mi hija Leire empezó enseñarme fotos de bebés preciosos y a decirme que me lo fuera imaginando, que nos hacía falta uno así por casa que nos diera más alegría y que además, ahora que vivíamos en aquel ático tan grande teníamos una habitación libre.

Un día aparecieron los tres: Leire, Javier y Lucas. Vinieron a por mí al despacho y me dijeron que nos íbamos de compras. ¿De compras? Ja! Me llevaron a ver cunitas y habitaciones de bebé, además, los tres se implicaron como nunca, algo que me extrañó porque de esas cosas pasaban bastante (de las compras de ese estilo, digo), pero se habían propuesto embarazarme entre los tres. La verdad es que fue muy entrañable y me

hicieron pasar una tarde estupenda en familia y darme cuenta de que cualquier otro hijo también podría darme momentos inolvidables tal y como lo estaban haciendo ellos y que, al fin y al cabo esa familia estupenda que habíamos formado era lo mejor que podía tener en la vida. Y ya no quise pensar más, aquella tarde fue decisiva. Cuando acabamos nos fuimos a cenar algo por ahí y en la mesa se lo dije a los tres:

—Vale, me habéis convencido. Intentaremos que venga un bebé.

—Intentaremos no, vendrá.

—Bueno, vendrá si tiene que venir. No lo sabemos.

—Jolín mamá, con nosotros te quedaste a la primera, seguro que ahora también.

—Sí, claro, con veinte años. Si tengo problemas de fertilidad a esa edad, sería una faena.

—Ya verás como vais a poder.

—Bueno, iremos al médico para prepararnos.

—¿Prepararos? ¿Os tenemos que dar clases?

—Lo que quiere decir tu madre es cómo preparar el cuerpo con dieta, vitaminas, ejercicio o si tiene que tomarse algún suplemento de hierro o algo así.

—Vosotros siempre pensando mal.

“Los obstáculos no tienen que detenerte.
Si te encuentras con un muro,
no te des la vuelta o te rindas.
Averigua cómo escalarlo,
atravesarlo o rodearlo.”

Michael Jordan.

LLAMANDO A LA CIGÜEÑA

Esa misma semana fuimos al ginecólogo para comunicarle nuestra decisión y para que nos orientara sobre cómo prepararnos durante los meses previos. Al doctor le pareció estupendo pero nos avisó de que con nuestra edad tal vez no fuera fácil. Yo le dije que tenía bastante miedo por la edad y quería que me hiciera un buen chequeo antes de quedarme embarazada. Me daba miedo todo, incluso la posibilidad de padecer cualquier enfermedad durante el embarazo. A él le sorprendió mi actitud porque normalmente los futuros papás llegan allí con ilusión y con algo de miedo, pero no tanto como yo tenía.

Me pidió que me realizara una analítica muy completa donde miró absolutamente todo, incluyendo SIDA, hepatitis, toxoplasmosis y no sé cuántas cosas más. Además, me hizo una citología y una ecografía en la que pudo ver que justo acababa de ovular, lo cual le confirmaba, que había actividad ovárica, que ya era un primer paso, aunque también me vio un quiste de cuatro centímetros en un ovario al que no le dio mayor importancia, incluso me dijo que lo más probable era que se me fuera con el embarazo. También me pidió una ecografía de los riñones y la vejiga ya que había sufrido de cólicos renales (o eso creíamos, que eran cólicos renales).

Además de todo ésto, le hablé de que quería perder cinco kilos antes de quedarme embarazada, lo cual le pareció estupendo aunque me dijo que no era necesario, que con cincuenta y ocho kilos estaba estupenda, eso sí, que no perdiera más de cinco y que lo hiciera de la mano de un buen profesional. Otra cosa muy importante que debía decirle era que me estaba tomando pastillas para la depresión desde hacía casi un año, que estaba bastante mejor pero que suponía que durante el embarazo no convenía que me las tomara. Él me dijo que debía dejármelas antes del embarazo pero que me indicara mi psiquiatra cómo me las tenía que quitar. Además, me advirtió de que una vez conseguido el embarazo era muy probable que me tuviera que controlar todos los meses el endocrino porque seguramente los niveles de la TSH variarían y me tendrían que aumentar la dosis de Eutirox ya que era muy importante tener el hipotiroidismo controlado en el embarazo porque podía afectar directamente al desarrollo del feto. ¡Madre mía, cuántas cosas! A Lucas sólo le pidió una analítica completa y un espermiograma.

Nos hicimos las analíticas y las diferentes pruebas. Yo tuve que hacerme dos, una al tercer día de mi ciclo menstrual y otra fuera del mismo, así que los resultados tardaron un poco más. Al cabo de un mes volvimos para ver cómo había salido todo. Mis niveles hormonales correctos. El resto de la analítica también salió bien, salvo que tenía el ácido fólico y el hierro algo bajos. Ni SIDA, ni ninguna otra enfermedad de las que me habían mirado. Lo que sí me salió fue que tenía bastantes anticuerpos de Hepatitis B, pero que estaba totalmente curada, lo cual yo ya sabía porque hacía unos años que la había pasado. ¿Adivináis quién me la pegó? La doctora me recomendó tomar hierro y ácido fólico y esperar unos meses hasta que los niveles subieran. Mientras, podía acabar de perder el peso que quería, haciendo algo más de ejercicio y practicando alguna técnica de

relajación, que un tiempo después me vendría muy bien ya que de paso me dejaba los antidepresivos.

En cuanto a la analítica de Lucas, nada, fuerte como un roble, como siempre, aunque el espermiograma indicó que el recuento espermático también era ligeramente bajo. Esto en principio no tenía por qué plantear ningún problema, pero si iba a más, sí podría suponerlo, por lo tanto nos dijo que durante el tiempo en el que yo me preparaba, convenía que Lucas también tomara un suplemento para que le ayudara a aumentar la calidad y cantidad espermática.

Cuando me repitió la ecografía vio que el quiste seguía creciendo y había pasado a medir seis centímetros, así que me hizo un TAC y una doppler y allí encontró la causa de todos mis males. Desde que podía recordar, mis períodos habían sido muy dolorosos, cada vez más, y desde hacía unos años también las ovulaciones. Además, de vez en cuando sufría supuestos cólicos nefríticos de los que nunca encontraban ningún resto en las ecografías y los médicos concluían que estaría expulsando "arenilla", después de pruebas en urgencias y unos cuantos goteros para calmar los dolores. Por todo ello había visitado a varios ginecólogos en los últimos años, porque no me parecía normal que yo tuviera que vivir con aquellos dolores que mermaban mi calidad de vida. Pero todos me decían lo mismo: eso es normal, las reglas duelen y a veces las ovulaciones también y a mí me había tocado y tenía que vivir con ello. Como todos me decían lo mismo, pues creí que era normal y ya está. Me acostumbré a vivir con dolor. Pero no, no era normal tener que pasar dos o tres días en el sofá con antiinflamatorios y bolsas de agua caliente con cada período dos veces al mes como mínimo, porque me pasaba lo mismo cuando ovulaba. A última hora también me dolían la espalda y las piernas, pero yo lo achacaba todo a mis nervios, a que el dolor me ponía tensa. En aquella doppler descubrieron aquel mal que yo tenía: endometriosis.

La endometriosis es una enfermedad poco conocida y poco estudiada que muchos ginecólogos no se toman la molestia de descartar. Les resulta más fácil decir que los dolores son normales en las mujeres. Es una enfermedad que aún no se sabe por qué se produce. El endometrio, que es la capa interna del útero, se desprende con cada menstruación y es expulsado, generándose uno nuevo en el siguiente período. Cuando una mujer tiene esta enfermedad, este endometrio no es expulsado, o al menos no del todo y se van quedando restos dentro del cuerpo que se van depositando donde pueden formando adherencias, normalmente en los ovarios, las trompas y el útero pero en ocasiones también en otros órganos como el intestino o la vejiga, por ejemplo. Además de todos los dolores, esta enfermedad produce infertilidad.

Pues bien, mi doctor me dijo que justo era eso lo que yo tenía y que en la última ecografía se confirmaba que tenía uno en cada ovario: uno más grande y otro más pequeño, es decir, que aquello iba a más, así que en tres semanas tenía que operarme, por un lado para evitar que se hicieran más grandes, por otro para tratar de quitarme el dolor y por último para intentar preservar mi fertilidad, que posiblemente habría disminuido si no desaparecido. Aunque no fuera así, tampoco era recomendable que me quedara embarazada con el tamaño del quiste grande.

Pasé tres semanas de mucha angustia pensando en que me iban a operar. (Nunca antes me habían operado de nada), pensando en la anestesia, en si no me volvía a despertar, pensando en si no podría darle un hijo a Lucas, justo ahora que se había

decidido, pensando en las posibilidades de que después de la operación aquello me volviera a salir, incluso pensando en pedirle al doctor que me vaciara entera si tenía que volver a operarme. El miedo se apoderó de mí y las ganas de ser madre pasaron totalmente a un segundo plano. Además, no sé si por los nervios o porque el doctor al revisarme me movió algo por allá abajo, pasé unos días horribles de dolores, sin poder casi ni andar, así que a pesar del miedo sólo quería que llegara ya el día de la operación, que me dejaran bien limpia por dentro y que se me fueran de una vez por todas todos aquellos horribles dolores.

Y la operación llegó. Fue por laparoscopia. Gracias a Dios daba la casualidad de que mi médico y su equipo eran de los pocos expertos en endometriosis que había en Valencia. La operación duró unas tres horas y todo salió fenomenal. Me limpiaron bien los dos ovarios y pudieron conservarlos, también me limpiaron bien las trompas y el útero ya que tenían pequeñas adherencias sin importancia pero que era mejor quitar y de paso, me extirparon el apéndice, ahorrándome una cirugía posterior. Tal como mi médico sospechaba, el mal estaba bastante focalizado y no se había extendido demasiado así que pudieron dejar aquello bien limpio, lo cual era fundamental para evitar que volviera a aparecer, algo que era habitual en un veinticinco por ciento de los casos.

Tras dos días en el hospital, acabé de recuperarme en casa. Tenía que reponerme, subir el ácido fólico y el hierro de mi cuerpo y esperar que no volviera a aparecer ningún foco de endometriosis.

Volvimos a hablar con el doctor de todos nuestros miedos y nos dijo que, efectivamente, cuanto mayor es la pareja más riesgo hay de malformaciones, de abortos espontáneos o incluso de que directamente no se produzca la fecundación. Eso en una pareja normal, así que después de la endometriosis aún podría ser más complicado. No podíamos saberlo hasta que empezáramos a buscar el bebé, pero teníamos que esperar unos meses.

Aunque por un lado nos quedamos más tranquilos sabiendo que todo el mal que tenía ya no estaba, por otro no. Pensar que debíamos esperar seis meses más y por tanto seríamos más mayores, contribuyó a avivar nuestros miedos, así que nos habló de la conveniencia de hacernos un "estudio genético preconcepcional" en el que podríamos ver si teníamos algún tipo de alteración genética que pudiéramos trasmitir a nuestro bebé o que pudiera impedir el embarazo. También nos explicó que muchos abortos espontáneos se producen porque existen este tipo de mutaciones genéticas que en muchas ocasiones dan lugar a que el embrión no llegue a desarrollar o no llegue a implantarse en el útero. Nos dijo que eran cosas muy normales porque la naturaleza es sabia y en la mayoría de ocasiones hace su propia selección. Otras veces los embriones salen adelante dando lugar a bebés con dificultades con las que tendrán que vivir de por vida como es el caso, entre otros, del Síndrome de Down.

También nos dijo que la mayoría de las personas presentamos alguna de estas mutaciones genéticas pero éstas son recesivas y nunca lo llegamos a saber ya que no manifestamos ningún tipo de síntoma. El problema podría darse si los dos presentamos el gen alterado para una misma enfermedad porque el feto sería portador de ésta o incluso la llegaría a manifestar con un porcentaje de probabilidades bastante elevado. Además de estos casos había otras muchas posibilidades porque como nos dijo, cuanto más mayores somos más defectos presentan nuestros genes y como consecuencia la

probabilidad de embarazo va disminuyendo, y la de abortos y malformaciones va aumentando.

Nos hizo un pequeño test rápido sobre algunas de las enfermedades que se estudian en estos análisis. Sólo algunas de las más comunes, pero además nos preguntó si en nuestras familias había alguna otra enfermedad que nos preocupara. Después de hablar un buen rato, llegamos a la conclusión de que en la familia de Lucas había habido varios casos de cáncer, retinosis pigmentaria y glaucoma, enfermedades que se estudiaban en estos análisis porque también eran hereditarias. No parecía un gran número pero cuando nos pusimos a hablar de mi familia la cosa cambió: talasemia, diabetes, problemas de tiroides, hipercolesterolemia... Además, se repetía de padres a hijos una hipoacusia que llegamos a sospechar que podría ser hereditaria, algunos casos de cataratas y antecedentes de alcoholismo y depresión. Es lo que tiene tener una familia tan grande como la mía, que los patrones se repiten con más frecuencia y puedes observar más cosas.

El doctor nos explicó que se estudiaba la presencia de aquellas enfermedades de las que se pudiera tener sospecha por tendencia familiar y algunas por ser las más comunes, pero no todas, con lo cual, tampoco tendríamos la certeza al cien por cien de que nuestro bebé no tuviera algún otro tipo de mutación genética y eso me preocupaba, porque claro, ¿y si teníamos una enfermedad rara recesiva y ni lo sospechábamos? En ese caso no nos servía de nada. Pero también nos dijo que además, había otra forma de saber si nuestro hijo estaba heredando algún tipo de anomalía cromosómica y era a través de un DGP (diagnóstico genético preimplantacional). ¡Madre mía, cuántas palabrejas tendríamos que aprender y cómo había cambiado todo desde que fui madre por última vez hacía ya catorce años! Y ¿qué era aquello? Nunca lo habíamos oído.

Cuando nos explicaron en qué consistía el DGP nos pareció una idea estupenda, pero sólo podía hacerse si el embarazo se llevaba a cabo mediante una fecundación in vitro, con todo lo que aquello pudiera conllevar. Para empezar, yo tenía que someterme a una estimulación ovárica controlada para que en un ciclo mis ovarios produjeran más óvulos de los que producirían normalmente, que suele ser uno sólo. Todo ello a base de hormonas y sus correspondientes efectos secundarios, luego, una vez se hubiera llevado a cabo la ovulación, también tendría que someterme a una punción ovárica para extraer los óvulo y que estos fueran fecundados, con el esperma de Lucas, en el laboratorio. Por último, al tercer día de producirse la fecundación, se extraería una célula de cada uno de los embriones que hubieran sido fecundados para analizarla y comprobar que ese embrión no era portador de ninguna anomalía. Una vez comprobados todos los embriones, se procedía a implantar en el útero aquellos que fueran de buena calidad (máximo dos o tres), desechando los que no lo fueran. De este modo se aseguraba que los hijos nacieran sin ningún tipo de enfermedad genética, aunque eso no quería decir que a lo largo de su vida no fueran a contraer alguna otra distinta en la que jugaran un papel decisivo otros factores como la alimentación o la exposición a determinados ambientes.

Nos pareció estupenda la idea de poder eliminar esa posibilidad de un embrión enfermo y de paso reducir el número de abortos. Pero por otro lado nos surgían muchas dudas a cerca del tratamiento. ¿Quiénes éramos nosotros para decidir sobre la vida de un ser humano? Si todos eran hijos nuestros, ¿por qué "elegir" a los mejores? ¿Y si cuando

nos tocó nacer a nosotros no fuimos los "mejores" y nos hubieran hecho lo mismo? ¿Qué iban a hacer con los embriones que "sobraran"? Además, y si pudiéramos conseguir el embarazo sin problemas a pesar de nuestra edad como otras parejas, ¿qué necesidad tenía yo de someterme a aquel tratamiento hormonal con sus efectos secundarios, que entre otras cosas podía provocar que volviera la endometriosis? Y en caso de hacerlo ¿qué consecuencias físicas o psicológicas podría tener a largo plazo? Aquello era jugar a ser dioses. Creíamos que era perfecto para las parejas que no pudieran concebir de forma natural pero nosotros ni siquiera lo habíamos intentado y ya estábamos pensando en aquello ¿no era triste?

"La felicidad no depende
de lo que uno tiene,
sino del buen uso
que hace de lo que tiene."

Thomas Hardy.

DISEÑANDO UN SUEÑO

Todo aquello nos agobiaba bastante, así que, como teníamos unos meses por delante, decidimos centrarnos en aumentar mis niveles de hierro y ácido fólico y mejorar la calidad del esperma de Lucas, mientras llevábamos una vida lo más relajada y placentera posible, que todo ayuda. Así que decidimos centrarnos en cumplir otro sueño: hacer un viaje de lujo con nuestra familia y amigos.

A Lucas le encantaba viajar. A mí menos, aunque también, sólo que yo no había tenido muchas oportunidades. Él, como había estado sin pareja estable y sin hijos durante más tiempo, había tenido oportunidad de viajar a Nueva York, Egipto, Punta Cana, Holanda, Hungría, etc.

Como ya estaba llegando el buen tiempo y desde que nos había tocado el premio hacía algo más de un año, aún no habíamos hecho un viaje como Dios manda, aquel verano Lucas se cogió una excedencia y nos lo pasamos viajando.

Como no podía ser de otra manera y dado que los resultados de nuestras inversiones económicas durante aquellos primeros meses habían resultado en mejores plusvalías de las que esperábamos, se me ocurrió que podríamos organizar un gran viaje por Italia. ¿Por qué Italia? Porque siempre había querido admirar toda la belleza que hay concentrada en ese país. Se me ocurrió que podríamos dividir el viaje en varias etapas y cada una de ellas compartirla con familia o amigos y la última etapa reservarla para nosotros solos, en plan romántico. Así que me puse manos a la obra y se lo puse en bandeja a Lucas, no podría negarse, eso sí, nos pasaríamos todo el verano fuera de casa y eso no sabíamos si lo llevaríamos bien.

Hacía unos meses que había contactado con una agencia de viajes privados de lujo que había en Madrid y tras varios contactos telefónicos, no tuvieron inconveniente en viajar hasta Valencia para que tuviéramos un encuentro personal en el que pudiéramos concretar lo que queríamos. Aquella empresa organizaba absolutamente todo, los mejores hoteles, los vuelos privados, el transporte en el lugar de destino, restaurantes, excursiones privadas, entradas, guías, etc. El único inconveniente parecía ser el tiempo, ya que eran muchas cosas y teníamos el tiempo justo para organizarlo todo. Además, seríamos mucha gente en cada una de las etapas y eso lo complicaba aún más, aunque parecía que a esta gente nada se les resistía ya que estaban acostumbrados a trabajar con auténticos caprichosos y lo que estábamos pidiendo, para ellos era pan comido.

Pero se nos planteaba un gran dilema: ¿a quién íbamos a invitar al viaje? Por mi parte sólo había cuatro primas y cuatro amigas que sabían nuestro secreto a medias pero yo quería compartir el viaje con más gente. Por parte de Lucas no lo sabía nadie, no había querido compartirlo nada más que con sus padres y su hermana, pero también quería disfrutar de aquello con más gente, ¿qué podíamos hacer? Si invitábamos a todos tal y como queríamos, iban a hacernos mil preguntas, y al final todo se iba a acabar sabiendo, cosa que no queríamos, pero aquella decisión de no contarlo en realidad nos

estaba cortando las alas para hacer lo que realmente nos apetecía y en ese caso, ¿para qué servía el dinero si no podíamos hacer lo que nos hacía felices? Nos sentíamos esclavos de aquella situación y sentíamos que la felicidad no era completa. Entonces ¿qué era más importante, guardar nuestro secreto o poder compartir cada instante que nos regalaba la vida con las personas que queríamos? Realmente era una situación complicada.

Nos lo pensamos mucho y al final llegamos a la conclusión de que queríamos vivir aquello y no iba a ser justo el dinero lo que nos lo impidiera. Si realmente eran personas a las que queríamos en nuestra vida, ¿por qué no compartir aquel sueño con ellos? ¿Qué nos lo impedía? Nada, salvo nosotros mismos...

Después de darle tantas vueltas a todo, decidimos hacer aquel viaje. Todavía no sabíamos cómo se lo íbamos a plantear a los demás pero creíamos que realmente valía la pena porque sería una experiencia única que tal vez no volviéramos a repetir en la vida.

Empezamos a organizarlo con Luxetravel, S.L, la empresa que nos ayudaría con todo. En primer lugar, organizamos el recorrido que queríamos hacer dividido en diferentes etapas, después concretamos quiénes iban a ser las personas que nos acompañaran en cada una de ellas y luego, elegimos los hoteles, las actividades y visitas que íbamos a hacer en cada uno de los lugares y hasta los lugares donde íbamos a comer o cenar, día por día, los más de setenta días que duraría el viaje. Después de varias reuniones y mucho trabajo por parte de Luxetravel, S.L. ya teníamos todo organizado, únicamente nos faltaba comunicárselo a los invitados y que pudieran venir todos.

Estuvimos dándole muchas vueltas a si contarles o no contarles nuestra situación a nuestras familias y amigos. En principio no queríamos hacerlo pero con aquel viaje no íbamos a tener más remedio porque se iba a notar mucho. Primero pensamos en llevarlos engañados y una vez allí contárselo, pero luego decidimos que era mejor hacerlo antes de salir porque si no, alguno no vendría pensando que no podría permitírselo. Así que, una vez decidido y con muchísimas dudas, convocamos varias reuniones, por grupos, para invitarles a comer en casa, que vieran el ático y de paso, aprovechar para dar la noticia. Eran cinco grupos, así que tuvimos que organizarlo en dos fines de semana. Pero antes, tendríamos que decírselo a los niños y quisimos hacerlo llevándolos a nuestro rincón favorito: el hotel Asia Gardens, igual que hicimos con nuestros padres y hermanos, pero diez meses más tarde y más de un año después de que nos tocara el premio.

Nos fuimos de fin de semana los cuatro. No les dijimos dónde íbamos hasta que ellos mismos lo vieron. Cuando llegamos y se dieron cuenta de que ya nos conocían porque habíamos estado allí cuatro o cinco veces, empezaron a darse cuenta de que algo les habíamos ocultado y como era de esperar, empezaron las preguntas:

—¿Vosotros ya habéis estado aquí antes?

—Sí, alguna vez.

—¿Y no nos lo habéis contado? ¿Con quién?

—Con los tíos y los yayos.

—Pues qué callado os lo teníais.

—Bueno, dejad de hacer preguntas que ahora os lo contamos todo.

Cuando llegamos a las habitaciones, hicimos lo mismo que anteriormente: almorzar en la terraza para poder hablar tranquilos.

—Vale, ha llegado el momento.

—Venga, que estamos intrigados.

—Nos ha tocado la lotería – dijo Lucas de sopetón.

—¿En serio? Es broma, ¿verdad?

—No, no es broma. Es verdad. Hace un año ya pero no sabíamos si estabais preparados para saberlo. De hecho, no sabemos si lo estáis.

—¿Cómo no lo vamos a estar? Claro que lo estamos ¿Qué lotería? ¿Cuánto nos ha tocado?

—Pues nos han tocado veintiún millones de euros - no quisimos decirles la verdad.

—¿Veintiún millones?

—Bueno, después de impuestos, se nos han quedado en casi diecisiete.

—Pero eso es una pasta. ¡Somos ricos!

—Pues sí, somos ricos.

—¿Y lo decís así? Pero ¿qué os pasa? ¿Es que no os alegráis?

—Claro que nos alegramos pero como ya hace un tiempo no tenemos la misma adrenalina que vosotros.

—Pero es que es una pasta.

—¿Por qué no nos lo habéis dicho?

—No sabíamos si estabais preparados y no encontrábamos el momento.

—¿Y por qué nos lo decís ahora?

—Porque se va a enterar gente y preferimos que lo sepáis por nosotros antes que por nadie.

—¿Quién se va a enterar? ¿Y por qué? ¿Qué pasa?

—Nos vamos de viaje a Italia.

—¿A Italia? Y eso qué tiene que ver.

—Pues que es un viaje de casi dos meses y medio con toda la familia y los amigos.

—¿Por qué? ¿Todos a la vez?

—No, por etapas. Unos días con unos, otros días con otros y así.

—¿Y eso a santo de qué?

—A santo de que a vuestra madre se le ha antojado hacer un viaje por todo lo alto e invitar a todos para compartirlo con ellos.

—Entonces se van a enterar todos de que somos ricos...

—Exacto. Por eso os lo hemos contado ahora.

—Y si no, no nos lo habríais contado, ¿no?

—Pues no lo sabemos porque no encontrábamos el momento, pero eso es lo de menos porque ahora ya lo sabéis y vamos a disfrutar del hotel.

Al principio se quedaron muy parados, como si no se lo acabaran de creer pero poco a poco fueron haciendo más preguntas y comprobando que era verdad. Nos fuimos al spa y allí, empezando a disfrutar se lo fueron creyendo más. Pasamos todo el fin de semana hablando y ellos iban atando cabos: toda la mentira que habíamos montado para que nadie se enterara al principio se caía por completo y supieron que no trabajaba como jefa en ninguna empresa que no fueran las que nosotros habíamos montado con el dinero ganado. Se mostraron entre eufóricos e incrédulos y tardaron semanas en asimilarlo, como era de esperar, pero les quedó muy claro que no podían contar nada, y mucho menos a su padre, porque si lo hacían, habría consecuencias.

El fin de semana siguiente empezamos con las reuniones, lo que más le costaba a Lucas. En primer lugar, la familia de mi suegro, que eran menos. Quedamos un viernes a las ocho de la tarde, en la puerta principal del Hotel Primus, que estaba muy cerca de casa y les dijimos que les invitábamos a cenar porque teníamos algo muy importante que contarles. Hicimos lo mismo con la familia de mi padre, que vinieron al día siguiente y el domingo con la de mi madre. A todos les indicamos que tendrían que traer original y copia del DNI y que no esperábamos más de media hora para empezar. Aquí empezaron a hacer preguntas, a lo que nos limitamos a contestar que vinieran tranquilos, que era para algo bueno y se arrepentirían toda su vida si no lo hacían. Nos arriesgamos a que no vinieran, pero les venció la curiosidad y no faltó nadie, ni los de Barcelona. Creo que todos pensaron que nos habíamos casado en secreto o algo así y en parte vinieron por eso. Habíamos reservado uno de los salones de actos del hotel para la ocasión. Les hicimos pasar y tomar asiento. Todos estaban expectantes, así que fuimos al grano:

"Hola a todos. Os hemos reunido aquí para cambiar vuestras vidas. Lo primero que tenéis que hacer es firmar este contrato de confidencialidad que tenéis delante de vosotros y que a continuación nuestro abogado os leerá. Según podéis ver en él, firmando os comprometéis a no revelar nunca nada de lo que aquí se hable o se diga, así como a no dar ningún dato de nuestra vida privada a nadie. Cuando decimos nuestra nos referimos a nosotros dos, a los dos hijos que hoy tenemos y a los hijos futuros que pudiéramos tener. Cuando hablamos de vida privada nos referimos, sobre todo, a nuestra vida económica y a cualquier detalle que pueda facilitar a alguien alguna pista sobre el tipo de vida que llevamos o dónde vivimos. Lo que os vamos a contar es algo muy bueno. Nos beneficia a todos, pero si se entera más gente de la que está aquí, puede dejar de ser tan bueno. Una vez que hayáis firmado el contrato y tengáis la información no habrá marcha atrás. Si alguien prefiere renunciar al contrato y a la información, que lo diga ahora. Creemos que vale la pena firmarlo y que no os arrepentiréis. Confiad en nosotros, no es nada malo ni ilegal ni nada de eso y firmando, sólo os comprometéis a preservar nuestra intimidad. Nada más."

Jorge pasó a leernos en voz alta el contrato que ya dejaba ver, en parte, de qué iba el tema. En él se especificaba claramente que no podrían revelar a nadie la información que tras la firma del mismo se les iba a comunicar, en aquel mismo lugar. Tampoco podrían comentar con nadie, en caso de que aquella información cambiara sus vidas, de dónde procedía aquel cambio ni a qué personas implicaba. Sólo podrían hablar del tema con las personas que estaban allí. Con nadie más. Jorge explicó a todos, que en caso de desvelarse la información allí obtenida o cualquier otro tipo de información relacionada con nosotros o con nuestros hijos, la persona o personas que hubieran incumplido dicho contrato, deberían pagar trescientos mil euros en concepto de daños y perjuicios a la pareja formada por nosotros (nuestros nombres). El contenido del contrato se les daba también de forma escrita y tendrían que mostrar acuerdo con el mismo mediante su firma.

Le hicieron a Jorge mil preguntas que él, muy amablemente respondió. Y, tras firmar todos con algunas resistencias, pasamos a comunicar la buena nueva. Esta fue la conversación que se originó el día que se lo comunicamos a la familia de mi madre, que vivían casi todos en el barrio:

—Bien, como ya todos os habéis imaginado, nos ha tocado la lotería.

—Ves, ya lo sabía yo.

—¿ Y para eso nos hacéis firmar un contrato y todo?

—¿Y qué lotería os ha tocado?

—Los euromillones.

—Es una broma, ¿no?

—No, de broma no tiene nada.

—Entonces, ¿sois los afortunados del premio de los euromillones del barrio?

—Eso quisiéramos nosotros pero no. Nuestro premio es más reciente y de menos cantidad. Ese ya salió a quién le había tocado.

—Sí, a unos extranjeros que ya no viven en el barrio.

—Sí, eso oí, ¿los conocíais?

—Sí, yo sí, vivían en la calle Mayor.

—¿Y qué han hecho?

—Creo que han vuelto a su país. Desde luego, por ahí no se les ve.

—¡Qué suerte tienen algunos!

—Y entonces, ¿cuánto os ha tocado?

—Nos han tocado veintiún millones de euros.

—¿Entonces ha vuelto a salir en el barrio? Nadie ha dicho nada.

—No, ha sido por la web.

—¿Pero tú no lo echas siempre en el kiosko de la Juani?

—Sí, pero desde que vivimos aquí ya no lo echo allí, a no ser que me pille de visita .

—¡Anda!.

—Sí, tanto jugarlo allí y va luego y nos toca por Internet, pero mejor, porque así no se entera nadie.

—¡Hostia, cómo me has dejado! ¿va en serio?

—Que sí.

—Pues estáis muy tranquilos vosotros, ¿no?

—Sí, ahora ya sí, pero hemos tenido que estar unos días a base de pastillas.

—¿ Y quién más lo sabe?

—Nuestros padres y hermanos también lo saben. Ahora vendrán.

—¡Pues sí que disimulan bien!

—Yo no me lo creo.

—¿Por qué?

—Es una broma, seguro.

—Hay que ver esta Sara qué bicha es, cómo nos la quiere pegar.

—Que no, en serio, que es verdad.

—¿En serio? ¿y por qué estamos sólo nosotros?

—Porque ayer quedamos con la familia de mi padre, y anteayer con la de Lucas. Todos juntos era demasiado follón y además, ahora vamos a enseñaros nuestra casa y os invitamos a comer allí. Si no lo hacíamos así, no cabíamos.

—Ya decía yo.

—Bueno, como ya os ha leído Jorge, no podéis decir nada a nadie. Sólo podéis hablar entre los que lo sabéis pero procurando que nadie fuera de vosotros sospeche nada.

—Y ahora vamos con las otras noticias.

—Estás embarazada.

—¡Anda que habéis tardado! ¡Qué manía con embarazarme! No, no estoy embarazada. Os queremos ayudar económicamente, como siempre os he dicho.

—¿Sí? ¡Qué bien! ¿En serio?

—Sí, lo que pasa es que no va a ser ahora, aunque si necesitáis algo urgente decirlo. A partir del año que viene os haremos alguna donación de algún importe no muy alto y lo haremos así de vez en cuando, al menos esa es la idea pero dependerá de muchas cosas. Ahora tenemos otro regalo para vosotros. Me hace mucha ilusión lo que os vamos a decir.

—¿Qué nos vais a decir? Estamos intrigados.

—Pues que os regalamos un viaje con todos los gastos pagados a Italia este verano.

—¿Un viaje? ¿Todos juntos?

—Sí, de eso se trata. No sabemos si tendremos otra oportunidad de vivir algo así en la vida, así que espero que hagáis un esfuerzo por venir.

—¿Un esfuerzo? ¡Si es un viaje!

—Esperamos que podáis venir todos. Un avión privado os recogerá en Manises el quince de julio a las ocho de la mañana y os llevará a Turín donde nosotros estaremos esperando. Pasaremos diecisiete noches. Si alguien quiere estar menos tiempo, pues puede coger un avión y volver a casa cuando quiera.

—¿Diecisiete noches en Turín?

—Cinco noches en Turín, luego Génova, Parma, y Bolonia. Ese es el recorrido.

—Es un buen viaje, sí.

—Estaremos en hoteles de lujo e iremos desde aquí con todo organizado: excursiones, visitas guiadas, restaurantes...

—¡Qué bueno! ¡Viaje de lujo a Italia con todo pagado!

—¡Oe, oe, oe, oe, oe, oe! - empezó cantando mi primo y acabamos todos a coro.

Tras brindar con champán y cinco minutos de murmullo incesante, nos fuimos a casa a disfrutar de una comida en la terraza. A todos les encantó el ático y lo que más las terrazas, la cocina y el vestidor.

Las conversaciones con el resto de grupos fueron parecidas, una mezcla de incredulidad, sorpresa, alegría, euforia y muchas bromas. Les dijimos los días que tenían el viaje y los lugares a los que íbamos a ir. A todos les entusiasmaba la idea de tener unas vacaciones pagadas. Algunos de ellos ya habían estado en Italia pero no querían perderse un viaje así: de lujo, gratis y todos juntos.

El momento que más me costó fue el de el encuentro con los amigos de Lucas, ya que a algunos de ellos llevaba sin verlos cerca de tres años por unos problemas que habíamos tenido. Lucas había vuelto a retomar el contacto pero yo no lo hice hasta aquel día. A pesar de lo mal que lo había pasado con ellos, en aquello quise tratarlos igual que a los míos para no amargar a Lucas y que él pudiera disfrutar de sus amigos igual que yo iba a hacerlo con los míos. La reunión fue un poco más tensa y me limité a sonreír y hablar lo justo pero en general estuvo bien.

“El arte es mucho más que un
complemento decorativo
en nuestras vidas.
Nosotros creamos nuestro entorno
y a la vez éste nos moldea a nosotros.
Si, como decían los clásicos,
hay un estrecho vínculo entre
lo bello, lo justo y lo verdadero,
rodearse de armonía y belleza
no hace sino desarrollar nuestro
carácter hacia la convivencia,
la riqueza de pensamiento,
la serenidad y el bien.”

Miguel Ángel Padilla.

VERANO A LA ITALIANA

Antes de empezar aquel viaje hice varias terapias para intentar quitarme el miedo a volar, pero finalmente decidí tomarme un Diacepan y llevarme un par de cajas en el bolso por si necesitaba tomarme otro en cualquier otro momento del viaje. En este caso las cosas fueron diferentes, principalmente porque ya no era mi primera vez, ya había visto que no pasaba nada y también porque al ser un vuelo privado las cosas cambiaron mucho: el piloto habló con nosotros y nos explicó un montón de cosas, me dejó entrar a ver la cabina y eso me tranquilizó mucho más. Además éramos sólo diecisiete personas en el avión, y éste un auténtico lujo: los asientos anchos, reclinables y de cuero, y encima, volaba con mi familia, lo cual me daba más seguridad. (Eso sí, dejamos hecho un testamento por si nos pasaba algo y nos moríamos todos los que estábamos allí, de forma que el padre de mis hijos no pudiera coger ni un euro, porque no se lo merecía. Cómo se lo repartieran los demás nos daba igual, pero él no queríamos que heredara nada)

Me tomé mi pastilla, pero no me hizo falta ninguna más. En cuanto dejamos de ver Valencia por la ventana, me tumbé y conseguí hacer una buena siesta de algo más de una hora, hasta que íbamos a aterrizar y me avisaron para que pusiera el asiento en posición vertical. Luego me contaron que el avión se había movido algo al atravesar una pequeña zona de turbulencias. ¡Menos mal que me dormí! No me dijeron nada porque era corto y además yo no me había quitado el cinturón ni para dormir.

Reconozco que fui muy mala madre en aquel momento porque mis hijos estaban asustados, sobre todo Leire, y yo dejé aquella situación en manos de Lucas y de mi madre porque si los escuchaba me iba a poner más nerviosa y entre los tres podíamos armarla gorda en el avión, además, yo subí con una idea fija: dormirme enseguida y despertarme allí, no quería saber nada del vuelo. Era la única forma de estar tranquila: sumergirme en pensamientos positivos, ponerme un antifaz y unos auriculares con música clásica, que mi imaginación me trasportara hasta algún lugar mágico y no escuchar a nadie.

Al llegar a Venecia, los guías que nos acompañarían durante el viaje, nos estaban esperando, para acompañarnos al hotel. Eran una pareja de nuestra edad, él italiano y ella española, no tenían hijos y eran guías turísticos en Italia desde hacía más de diez años.

El hotel estaba en una pequeña isla privada en la bahía de Venecia, la isla de San Clemente, así que en el Gran Canal tuvimos que coger tres taxis acuáticos. Por fin llegamos a nuestro primer destino: el *Hotel The St. Regis Venice San Clemente Palace 5** (si queréis visitarlo, podéis reservar una habitación en la página web, aunque han cambiado el nombre y ahora se llama San Clemente Palace Kempinski Hotel Venice).

Ya en nuestras habitaciones, nos hicieron el check in privado que agradecimos , sobre todo para evitar que el resto de huéspedes nos vieran las caras de asombro que teníamos ante aquel hotel de película. Como cuando llegamos por primera vez al Asia

Gardens, hacía poco más de un año, se nos notaba mucho que no estábamos acostumbrados a este tipo de hoteles.

Una vez adjudicadas las habitaciones, nos condujeron al jardín donde nos habían preparado un aperitivo de bienvenida que agradecimos infinitamente porque llegamos hambrientos. Tras esto, nos cambiamos y disfrutamos de la piscina, así como de las maravillosas vistas del jardín y de la bahía, mientras Evelyn, deshacía nuestras maletas. Era completamente un sueño. No puedo explicaros cómo me sentí. No sólo había llegado hasta allí en avión y luego en barco sino que, además, estaba en un paraje de ensueño donde reinaba una absoluta calma y se podía respirar bien hondo hasta llenar los pulmones de la más absoluta felicidad. Todos los que estábamos allí estábamos felices, nuestras sonrisas no se borraban en ningún momento y mis hijos, estaban entusiasmados.

PRIMERA ETAPA: CON NUESTROS PADRES Y HERMANOS.

•25 AL 28 DE JUNIO: VENECIA.

El primer día, por la tarde visitamos la Basílica de Sta. María de la Salud, el museo Peggy Guggenheim, la Galería de la Academia, el puente del mismo nombre, el puente del Rialto y disfrutamos de un relajante paseo en góndola con serenata. Tras esto, ya de noche, disfrutamos de un tour gastronómico por el centro de la ciudad y volvimos al hotel.

El segundo día, desayunamos en la terraza del hotel a orillas de la bahía y empezamos el tour: Basílica S. Giorgio Maggiore, Plaza de San Marcos, donde visitamos: la Basílica de San Marcos, el Museo de San Marcos, el Campanile, el Palacio Ducal, el Puente de los Suspiros y los museos Córrer y Arqueológico. A media mañana paramos para almorzar en la plaza Campo Santa Margherita donde disfrutamos de una buena pizza. Acabado el recorrido, volvimos al hotel donde comimos e hicimos la siesta. A las siete de la tarde visitamos el teatro La Fenice, donde pudimos disfrutar de nuestro primer espectáculo de ópera y de la belleza de aquel edificio. Nos estrenamos ni más ni menos que con "*La Traviata*" y después nos sirvieron una cena de catering. Creo que aquí empezó mi pasión por la ópera, aunque Lucas en eso no me acompaña demasiado.

El tercer día, excursión a la isla de Torcello, donde pudimos visitar la Basílica de Santa Maria Assunta, Burano, una isla con casas de muchos colores y donde comimos por primera vez espaguetis a la vologne (con almejas). Por último visitamos Murano, donde pudimos ver cómo fabricaban varias figuras de cristal y llevarnos un bonito recuerdo. La tarde la pasamos descansando y disfrutando del maravilloso hotel, del spa y de los tratamientos que nos ofrecía. Era como para no salir de allí en cuatro días. Por la noche, disfrutamos de un paseo en galeón para nosotros solitos y cena romántica en el mismo.

El cuarto y último día visitamos el Palazzo Grassi, la Basílica Madonna dell´Orto, Puente de los Descalzos y Puente de la Constitución. Volvimos a la Plaza de San Marcos, al *Café Florián* y disfrutamos de Venecia libremente hasta la hora de comer, que teníamos reserva en la *Ostería León Bianco*. Por la tarde, visitamos tranquilamente los museos Ca Rezzonico y Ca d´Oro, merendamos unos helados artesanales y dimos otro paseo en

góndola, hasta que llegó la hora de acudir a nuestro último evento en Venecia, en el Palazzo Barbarigo Minotto. Nos ofrecieron la representación de *"El barbero de Sevilla"* mientras nos enseñaban el palacio con una exquisita cena. Aquí fue donde me enamoré de *"Fígaro"*, en el sentido más humorístico que existe.

Ésta fue nuestra despedida de Venecia, nuestra última noche en aquel hotel de ensueño que abandonamos a la mañana siguiente, tras el maravilloso desayuno en el jardín. Nos dio bastante pena partir, pero nos llevamos el descubrimiento de la ópera, la visita a lugares de ensueño y un par de anécdotas graciosas, como cuando un señor se cayó de la góndola de al lado porque iba algo ebrio y mi suegro que lo vio, se levantó de golpe para avisar y casi acaba también en el agua del Gran Canal, donde por cierto, no me gustaría caer jamás. O cuando se nos ocurrió sentarnos en el suelo de la Plaza de San Marcos con mi sobrina para que tomara un tentempié y salimos con una buena multa.

•29 Y 30 DE JUNIO Y 1 DE JULIO: PADUA, ABANO TERME Y VERONA.

El día veintinueve de junio, aún en Venecia, nos levantamos muy pronto y tras el estupendo desayuno en el jardín y la despedida del hotel prometiendo volver, partimos hacia Padua en un minicrucero privado a través de la Ribera del río Brenta recorriendo las villas de Venecia, Fusina, Malcontenta, Oriago, Mira, donde bajamos a comer, Dolo, Stra y Padua. Durante el trayecto paramos para visitar algunas famosas residencias estivales de los nobles venecianos del siglo XVIII. Al llegar a Padua nos esperaba el microbús para llevarnos a Abano Terme, al *Grand Hotel Triestte & Victoria Vital Thermal Spa 5*,* donde por la noche, cenamos en el jardín y dimos un tranquilo paseo .

El segundo día, tras desayunar en el bello jardín del hotel, nos dispusimos a visitar el centro de Padua: Abbadía di Santa Giustina, Basílica de San Antonio de Padua, Universidad de Padua (Palazzo del Bo), Duomo, Piazza dei Signori y Palazzo Capitano, Palazzo della Regione, Piazza della Fruta y Piazza delle Erbe. Tras comer en el *Ristorante Nautilus fish & wine*, volvimos al hotel y pasamos allí la tarde descansando y disfrutando del spa. Por la noche cenamos en el hotel y dimos un paseo por Abano Terme.

El tercer día, nos despedimos del hotel de Abano Terme y pasamos la mañana en Padua visitando varios museos, el Prato della Valle y el jardín botánico. Tras esto, el microbús nos llevó a comer al *Ristorante Maffei*, en Verona. Después visitamos diversos lugares de la ciudad y por la noche, tras cenar en el hotel *The Gentleman of Verona*, donde nos alojamos, fuimos al teatro "Arena de Verona", donde pudimos disfrutar de la ópera "Rigoletto". Era la tercera ópera en pocos días y para la ocasión nos pusimos muy elegantes. Me encantó aquella noche, me sentí importante y dentro de una sociedad que hasta aquel momento desconocía. Además, aquel teatro es espectacular. No tengo otra palabra para describirlo.

SEGUNDA ETAPA: CON LA FAMILIA DE MI PADRE.

•2 AL 5 DE JULIO: SIRMIONE, LAGO DI GARDA.

El primer día, tras levantarnos, fuimos a recibir a la familia de mi padre al aeropuerto. Tras esto, pasamos el día viendo con ellos lo que nos faltó el día anterior en Verona: la Plaza Bra, de nuevo el Arena, esta vez de día, el Palacio Barbieri y por la calle Manzzini llegamos a la Plaza de las Hierbas donde pudimos visitar el Palacio de la

Razón, la torre de los Lambertini, el Arco de la Costa, las casas Mazzanti, el Palacio Maffei, el Domus Mercatorum, y el monumento a Dante. Después visitamos la Casa de Julieta. Comimos en *Le cantine de l´Arena* y por la tarde, acabamos de visitar lo que nos faltaba: El Duomo de Verona, la Iglesia de Santa Anastasia, el puente de Piedra, el Teatro Romano, Jardín Giusti y el Castelvecchio. Finalmente pusimos rumbo a Sirmione, en el Lago di Garda, donde nos esperaban para cenar..

El segundo día, pasamos la mañana en familia disfrutando, descansando y comiendo en *Hotel Villa Cortine Palace 5*.* Por la tarde, nos fuimos al parque de atracciones "Gardaland", que cerraron en exclusiva para nosotros de 19:00 a 00:00h. Nos lo pasamos en grande, sobre todo los niños. Además, para cenar nos sirvieron de nuevo, un catering en el mismo parque.

El tercer día por la mañana fuimos a conocer el pueblo, Sirmione, donde comimos en la *Trattoria Clementina di Targa Francesco*. La tarde la pasamos en el hotel, disfrutando de las piscinas, masajes y otros tratamientos que ofrecía. Por la noche los cincuenta y cuatro disfrutamos de una inolvidable cena en la terraza con impresionantes vistas al lago y de una estupenda tertulia.

El cuarto y último día, por la mañana, tras desayunar en la terraza, un barco privado nos recogió para pasar el día de crucero por el Lago di Garda. Durante el recorrido pudimos visitar el Castillo Rocca Scaligera, en Sirmione, gruta de Catullo, Garda, Bardolino, Punta San Vigilio, Saló, Riva del Garda, Limone sul Garda y Toscolano Maderno. Pasamos el día en el barco, almorzamos, comimos, merendamos y vimos la puesta de sol. Volvimos al hotel a cenar y a pasar la cuarta y última noche.

•6 y 7 DE JULIO: BÉRGAMO.

Primer día: Tras desayunar en aquel maravilloso jardín aún en el lago di Garda, partimos en nuestro autobús hacia Bérgamo, donde pasamos dos noches alojados en el *Hotel Excelsior San Marcos 4**. En esta ocasión la visita fue libre y descubrimos una maravillosa ciudad medieval, bueno, más bien dos: la alta y la baja Bérgamo. Sus calles estrechas, torres, campanarios, murallas y plazas nos permitieron descubrir el encanto del urbanismo romano. Es una ciudad tranquila que pudimos visitar sin demasiadas aglomeraciones. Un funicular comunica las dos partes de la ciudad y este fue mi gran reto allí: logré subir varias veces. Lo pasé bastante mal con mi vértigo y mi ansiedad pero he de decir que valió la pena porque pude disfrutar de unas vistas maravillosas. El primer día comimos en *La Delizia Ristorante & Wine Bar* y la última noche cenamos en *Ristorante Il Pianone*, en la Città Alta y pudimos disfrutar desde su terraza de unas de las mejores vistas de la ciudad. El resto en el hotel.

•8 AL 10 DE JULIO: BLEVIO, LAGO DI COMO.

Nos instalamos en el *Casta Diva Resort & Spa 5**. Creo que es el lugar más bonito que he visto en mi vida. El lago di Como, todos los pueblos que se bañan en él y los frondosos bosques que cubren las montañas que lo delimitan... todo, absolutamente todo allí es precioso. Además de todo eso, el hotel: uno de los mejores de todo el viaje, por las instalaciones, por las vistas, por la gastronomía y por la amabilidad del personal. Estuvimos allí tres días, dos de los cuales los pasamos disfrutando del hotel, de las piscinas, de los jardines, las terrazas, el spa y los magníficos tratamientos faciales y corporales. Lucas y algunos de mis primos hicieron una excursión en Kayak. Otro de los días lo pasamos de crucero privado por el lago, con una parada en Bellagio, un bello

pueblo con un elegante toque años veinte, donde se firmaron escenas de películas como "Star Wars" o "Casino Royal". Estoy segura de que alguna vez volveremos.

•11 AL 14 DE JULIO: MILÁN.

El primer día visitamos el Palazzo Reale, el Duomo, Gallería Vittorio Emanuele II, Palazzo Marino y el Teatro alla Scala. Nos alojamos en el *Hotel Príncipe di Savoia 5*.* Por la tarde, Pinacoteca di Brera, Cementerio Monumental, Parco Sempiore, Castello Sforzesco y Sta. María del Carmine. Cenamos en *La Locanda del Gatto Rosso*.

El segundo día tuvimos varias opciones y cada uno eligió lo que más le apetecía. Por la mañana nos prepararon una excursión en globo aerostático y los que no quisimos ir, nos pasamos la mañana en el spa. Comimos en el hotel. Tras una buena siesta, volvimos a elegir: unos hicieron el recorrido futbolístico en el Estadio de San Siro y Casa Milán mientras que otros nos fuimos de excursión al centro comercial outlet Serravalle, donde pudimos comprar diversidad de prendas de las mejores marcas al mejor precio en las más de doscientas tiendas que encontramos. Cenamos en *La Veranda*, el restaurante del Hotel Four Seasons, tras lo cual algunos de nosotros optamos por ir al teatro alla Scala, donde pudimos disfrutar de una magnífica interpretación de *"El lago de los cisnes"*.

El tercer día también tuvimos doble plan: hubo quien optó por una excursión de todo el día en el tren Berlina Express para visitar los Alpes suizos y otros preferimos pasar el día de compras por Milán y disfrutar del spa. Por la noche cenamos tranquilamente en el hotel y dimos un paseo por la ciudad.

El último día, visitamos la Iglesia S. Mauricio al Monasterio Maggiore, La última cena de Leonardo da Vinci, Iglesia Sta. María della Grazie, el barrio de Brena y la biblioteca Ambrosia con su pinacoteca, donde además, pudimos ver la exposición del Códex Atlánticus de Leonardo da Vinci. Tras la visita, comimos en el *Restaurante Giacomo*, hicimos una siesta en el hotel, pasamos la tarde libremente, cenamos en el hotel y lo preparamos todo para salir al día siguiente temprano hacia Turín.

TERCERA ETAPA: CON LA FAMILIA DE MI PADRE Y DE MI MADRE, TODOS JUNTOS.

•15 AL19 DE JULIO: TURÍN.

Ésta fue la gran sorpresa del viaje. Yo en principio no iba a incluir esta ciudad en el itinerario por absoluta ignorancia y mucho menos dedicarle cinco días pero me lo recomendaron encarecidamente y una vez allí entendí por qué. Es una ciudad preciosa, enorme y con muchísimos lugares interesantes que visitar. De hecho, esta etapa fue de las más intensas y nos dejamos cosas por ver para poder tener algún día libre y disfrutar mejor de la familia. Además, esta etapa era especialmente importante para mí porque tenía reunida allí a mi familia al completo, tanto por parte de mi padre como por parte de mi madre. Pocas veces podría vivir algo tan especial como aquello.

El día quince, recogimos a la familia de mi madre en el aeropuerto de Turín a las diez de la mañana. Como a partir de ese momento éramos ochenta y seis personas, contratamos otro autobús con dos chóferes y dos guías más, amigos de los que ya venían con nosotros. Tengo que decir que organizar esta etapa no fue nada fácil por la cantidad

de personas que éramos. Llevábamos todo preparado desde Valencia para los dos meses y medio de viaje: las reservas en los restaurantes, (que fue muy difícil encontrar porque no cabíamos en cualquier sitio), las entradas para todas las visitas culturales, las reservas de los hoteles, etc, más de dos mil folios en una pequeña maleta exclusiva para esto. Jamás olvidaré aquellos días y creo que mi madre tampoco. Además, tuvimos mucha suerte porque la temperatura era ideal y nos permitió salir a las cuatro de la tarde o a la una del medio día; no pasamos de los veintiocho grados. No puedo decir lo mismo de Milán y Bérgamo donde pasamos momentos de auténtico calor.

El primer día, llegamos al *Grand Hotel Sistea 4**, a las diez y media, nos acomodamos y tras miles de saludos y abrazos, pasamos por el spa y comimos en el hotel. Por la tarde, empezamos nuestro recorrido a las cuatro: Museo Egipcio, Palazzo Carignano, Museo del Renacimiento y el Palazzo Madama en la Piazza Castello, donde cenamos en el *Restaurante Arcadia*. Allí nos hicieron una reserva especial para los ochenta y seis a las diez de la noche, a pesar de que en su horario habitual cerraban antes.

El segundo día, empezamos nuestro recorrido a las ocho y media de la mañana: Biblioteca y Armería Real, Chiesa di S. Lorenzo, Palazzo Reale, Duomo de Turín, Capella della Sacra Sindone y comida en *Bar Restaurante Baratti & Milano*, de nuevo en la Piazza Castello. Por la tarde, retomamos el recorrido a las cuatro de la tarde: Galería Sabaduia, Teatro romano y Museo de antigüedades, Piazza César Augusto, Puerta Palatina, Piazza della República, Galería Umberto I, Museo de Arte Oriental, Monumento al Conte Verde, Basílica del Corpus Domini y cena en el hotel.

El tercer día, nuevamente empezamos muy temprano: Museo Natural de Ciencias Naturales, Museo Nacional del cine, Museo Nacional de la radio y la televisión, Fondacione Accorsi–Ometto, Piazza Vittorio Veneto y Chiesa della Gran Madre di Dio. Comimos a orillas del río Po, en el *Restaurante Cavotten Esperia*, tras lo cual también disfrutamos del Jardín Grinzburs y a las cinco de la tarde, paseando por el Puente de Umberto I, nos dirigimos al Jardín Botánico y al Museo del mismo nombre, al Parque Valentino y al Castillo Valentino y visitamos la ciudad Medieval (Borgo Medievale), donde cenamos en el *Caffè del Borgo Medievale*, también a orillas del río Po.

El cuarto día volvimos a madrugar para visitar el Museo del automóvil, tras lo cual nos fuimos a conocer el Parque y el Castillo de la Mandria donde disfrutamos de un suculento almuerzo, después visitamos el estadio de la Juventus y nos fuimos al hotel a comer y a hacer la siesta. A las seis de la tarde teníamos organizada una visita a la Basílica de Superga, a una media hora del centro de Turín y desde donde se podían disfrutar unas vistas maravillosas. Aquí lo pasé bastante mal por mi vértigo y porque subir en autobús por aquella colina me produjo bastante ansiedad. Tanto así, que preferí bajar en el teleférico. Volvimos justo para cenar en la Piazza Vittorio Veneto, en el restaurante *Soho-23*, donde a base de pizza pasamos una velada estupenda que se prolongó entre risas hasta las dos de la madrugada.

El último día por la mañana cada uno hizo lo que le apeteció hasta la hora de comer, que quedamos de nuevo en Piazza Vittorio Veneto donde comimos en *Les Égouts*. Después seguimos con el día libre hasta las siete de la tarde, momento en que nos esperaban los autobuses para llevarnos a visitar La Venaria Reale y a disfrutar de una cena de auténtico lujo en el Restaurante *Dolce Stil Novo-Alfredo Rosso* por el cumpleaños de mi madre. Ella no se esperaba aquello pero todos fueron nuestros cómplices. De este

modo, mi madre pudo celebrar su sesenta y cinco cumpleaños por todo lo alto y con toda la familia, sin que faltara nadie. Fue muy emotivo y sé que nunca lo olvidará.

CUARTA ETAPA: SÓLO CON LA FAMILIA DE MI MADRE.

•20 AL 25 DE JULIO: GÉNOVA.

Una vez la familia de mi padre se había ido y nos quedamos sólo con la de mi madre, nos dirigimos a Génova, pero hicimos dos paradas por el camino: almorzamos en Alejandría y comimos en Valenza, donde entre otras cosas, pudimos admirar los escaparates de sus famosas joyerías y de paso, comprar un par de cosillas. A media tarde llegamos a Génova, nos alojamos en el *Grand Hotel Savoia 5** y disfrutamos del spa hasta la hora de cenar.

El segundo día, empezamos nuestro recorrido a las ocho y media de la mañana: Plaza del Príncipe y Villa del Príncipe. Como teníamos todo nuestro recorrido reservado de forma privada, conseguimos que nos sirvieran un almuerzo en una de las terrazas del Palacio Real, tras lo cual hicimos la visita oportuna. Por cierto: precioso, de ensueño, como casi todo lo que vimos. Luego continuamos con la visita a la Santísima Annunziata del Vastato. Volvimos al hotel a comer y a descansar. A las seis de la tarde volvimos a la carga: Chiesa di San Filipo Neri, Basílica di San Siro, Galleria Nazionale di Palazzo Spinello y Chiesa di San Luca. Cenamos en *Tralalêro Trattoria Genovese*, situada junto al hotel.

El tercer día por la mañana, paseo por Vía Garibaldi con visita a los museos Bianco, Rosso y Tursi, visita a la Explanada Castelleto, donde admiramos las magníficas vistas desde el mirador del mismo nombre. Comida en el hotel, siesta y spa. Por la tarde, visita al Palazzo Lomellino, Basílica de Santa María delle Vigne y Palazzo San Giorgio. Por la noche, tras cenar en el hotel, acudimos al Teatro Carlo Felice a ver el ballet *"El Cascanueces"*.

El cuarto día empezamos visitando el Albertis Castle, donde nos sirvieron un almuerzo al acabar la visita. Tras esto, visitamos la Piazza Ferrari, el monumento a Garibaldi, el Palazzo Ducale, la casa de Cristóbal Colón, la Puerta Soprana y el Duomo. Nos fuimos a comer al *Ristorante Da Toto-al Porto Antico*, donde tras una larga sobremesa, continuamos con nuestro tour vespertino: el Museo del Mar, El Galeón Neptuno, la Biosfera, la Ciudad de los niños, donde los más pequeños disfrutaron de lo lindo, y por último, el Museo Nacional de la Antártida. Cenamos en la terraza del *Ristorante Banano Tsunami*, en el mismo puerto.

El quinto día, hicimos una excursión en barco a lo largo de la Riviera Italiana, para poder ver los cinco pueblos de la costa (Cinque Terre). Disfrutamos mucho el recorrido. Fue nuevamente una excursión privada donde pudimos almorzar y comer. Vimos delfines y también disfrutamos de algunas de las bellas calas donde pudimos nadar libremente. Salimos a las nueve y media de la mañana y volvimos a las cuatro de la tarde. Entonces fuimos al hotel a descansar hasta las ocho, hora en la que teníamos una visita concertada en el Acuario de Génova y donde ya de noche, pudimos disfrutar de una suculenta cena bajo el agua, rodeados de tiburones.

El sexto día, nuestro autobús nos llevó a pasar la mañana en la playa de Nervi, donde nos olvidamos un rato de iglesias y museos para disfrutar y relajarnos con la familia. Fuimos temprano para aprovechar la mañana y regresamos a comer al hotel. Tuvimos la tarde libre hasta las nueve y pudimos disfrutar del spa durante la última tarde de nuestra estancia. Me hicieron un masaje que me vino genial porque ya estaba acusando tantos días de viaje y caminatas. Para despedirnos de Génova cenamos en *Villa Lo Zentino*. Allí pudimos disfrutar de la alta cocina genovesa, así como de una tranquila noche paseando por sus bellos jardines a la luz de la luna.

•26 AL 28 DE JULIO: PARMA.

El primer día, partimos camino a Parma en nuestro autobús, parando a almorzar en un pueblo llamado Castel San Giovanni. Llegamos a Parma a la una del medio día porque fuimos sin prisa y no madrugamos. Una vez allí, nos alojamos en el *Park Hotel Pacchiosi 5**, donde comimos y pasamos un buen rato hablando. Algunos hicimos la siesta. A las seis de la tarde empezamos a descubrir la ciudad: Visita al Parque Ducal y al Palacio Ducal, aunque éste sólo por fuera porque a los chicos de Luxetravel se les olvidó concertar la visita. ¡Todo no podía ser perfecto! A través del Ponte Verdi llegamos al Palazzo della Pilotta, que albergaba la Galería Nacional de Parma, el Teatro Farnese, el Museo Arqueológico, la Camera di San Paolo, la Antica Spezieria di San Giovanni Evangelista, la Biblioteca Palatina y el Museo Bodoni. Allí pasamos prácticamente toda la tarde. Cenamos en *La Vecchie Manieri Birreria Parmigiana*, donde servían distintas variedades de cerveza, y Lucas y mis primos las probaron todas...

El segundo día pudimos disfrutar de una excursión guiada para conocer el proceso de elaboración del queso Parmigiano Reggiano, el jamón de Parma, el Culatello, el vinagre balsámico tradicional de Módena y los diferentes vinos de la región, por supuesto con la cata pertinente. Fue muy interesante. A la vuelta, visitamos el Museo Lombardi-Marie Louise & Napoleón, donde pudimos contemplar retratos, vestidos, joyas y otros objetos personales de la mujer de Napoleón.

El tercer y último día, empezamos el recorrido a la misma hora: Museo de Historia Natural, chiesa della Steccata, Battisterio, Piazza del Duomo, Duomo y Monasterio de San Giovanni Evangelista. Comimos allí cerca, en *Pizzeria La Duchessa*, frente al monumento a Garibaldi. A las cuatro y media volvimos a la carga: Palazzo del Governatore, colección de marionetas "Ferrari", Casa del Sonido y Museo del Perfume. Luego dimos un paseo por Piazza della Pace, antes de ir a cenar a la *Antica Osteria della Ghiaia*.

•29 AL 31 DE JULIO: BOLONIA.

El primer día, de camino a Bolonia pasamos la mañana libremente en Módena y comimos en el *Ristorante Da Noi.* A media tarde, llegamos a Bolonia perseguidos por una gran tormenta que nos dio tregua justo hasta llegar al hotel. Después se pasó toda la noche tronando y relampagueando. Parecía hecho a propósito. Me dio la impresión de que Bolonia era una ciudad oscura y triste y además el hotel, aunque muy lujoso tenía un toque tal vez excesivamente serio. ¿O era la tormenta? Desde luego no apetecía mucho salir de allí, así que pasamos la noche en familia en uno de los salones del hotel hablando de muchas cosas.

El segundo día, empezamos con el recorrido por Bolonia: Duomo, la torre Prendiparte en la plaza del mismo nombre, Chiesa di San Colombano-Collezione

Taglianini 30, las Due Torri, el Palazzo della Mercanzia, la Galleria del Foscherati, il Fondantico di Tiziana Sassoli, la Basílica di Santo Stéfano y el Museo y Biblioteca Internacional de la Música. Comimos en *Buca San Petronio Ristorante*. Por la tarde: Piazza Maggiore, Fontana del Nettuno, Palazzo Re Enzo, Basílica di San Petronio, Santuario di Santa María della Vita, Palazzo Pepoli, Santa María dei Servi y Teatro Duse. Cenamos en *Trattoria Gianni*.

El tercer día, visitamos el Museo Histórico del Soldado M. Massacesi, el PalaDozza y el Museo Ducatti. A petición de los más jóvenes y contrastando con el resto de comidas que hacíamos en el viaje, comimos en un Mc. Donalds que había al lado del hotel. Tras esto, nos fuimos a descansar y cada uno pasó lo que quedaba de día como quiso. Algunas de nosotras, nos atrevimos con un musical en italiano: "Titanic". No entendíamos mucho pero aún así nos encantó. Al conocer la historia, era fácil seguirlo y además, los actores fueron capaces de trasmitirnos todo a pesar de ser en otro idioma.

Y aquí acabó la cuarta etapa. Había pasado unos días estupendos con mi familia y ellos también habían disfrutado mucho porque la mayoría de ellos, igual que yo, no habían tenido nunca la oportunidad de viajar. Había disfrutando de experiencias maravillosas y llevaba ya treinta y seis días de viaje en los que había superado muchos retos como momentos de ansiedad por estar tanto tiempo lejos de casa, había subido en avión, en barco, en autobús y en teleférico, cosas que para alguien como yo eran un auténtico reto.

QUINTA ETAPA: CON LA FAMILIA DE MI SUEGRO.

Aquí empezó una etapa de diecisiete días con la familia de mi suegro. Mi suegra no tiene hermanos, así que esta fue la última etapa familiar del viaje. Tras tanto museo, tantas obras de arte y tanta arquitectura, había llegado la hora de pasar unos días descansando y desconectando de todo, así que nos vino genial bañarnos en las aguas del mar Adriático...

•1 AL 5 DE AGOSTO: CESENÁTICO.

Durante estos cinco días en Cesenático, nos alojamos en el *Grand Hotel da Vinci 5**, en primera línea de playa. El hotel estaba prácticamente nuevo, a penas tenía un año y era absolutamente perfecto. En esta ocasión decidimos que no queríamos programar ninguna visita cultural, sólo queríamos descansar y disfrutar del hotel y la playa, así que pasamos los días entre playa, piscina y spa y por las noches salimos a tomar algo y a pasear por el pueblo, sin más. Nos vino genial para descansar y también para estrechar lazos con la familia de Lucas porque aunque se llevaban bien la relación no era muy estrecha y aquellos días sirvieron para unirlos más. Yo me llevaba muy bien con un primo de Lucas, Carlos, pero al resto sólo los había visto cuatro o cinco veces y a algunos de ellos ni los conocía porque vivían en Barcelona y nunca habíamos coincidido.

•6 AL 9 DE AGOSTO: IL BORRO (LA TOSCANA)

En este caso pasamos cuatro noches en el corazón de la Toscana, en el *Hotel Relais & Chateau Il Borro 5**. Estaba siendo un viaje lleno de contrastes y esta etapa no podía ser menos. Después de la playa, tocaba seguir descansando y cogiendo fuerzas porque aún nos faltaban un par de platos fuertes en aquel viaje.

El primer día, no madrugamos demasiado, salimos de Cesenático a las doce del medio día y comimos de camino. La tarde la pasamos disfrutando del spa en el hotel, donde también cenamos.

El segundo día, visitamos el pueblo al que pertenecía Il Borro: San Giustino Valdarno. Allí pudimos ver un museo dedicado a Pinocho. La tarde la pasamos en el hotel descansando, riéndonos mucho con las mil batallas de mi suegro y sus sobrinos, que son tremendos, y paseando por los alrededores, disfrutando de aquella exuberante vegetación.

El tercer día lo pasamos en Arezzo, visitamos la localidad conocida, entre otras cosas, por el oro y la orfebrería, como otros pueblos y ciudades italianos. Igual que hiciéramos en Valenza, nos dimos una vuelta por sus joyerías y picamos algo. Además de esto, vivimos una tarde inolvidable, ya que en Arezzo había una escuela de paracaidismo. Como casi nadie nos atrevíamos a probar y a los que estaban dudosos no les daba tiempo hacer la preparación previa, decidimos probar el túnel de viento, que es una instalación donde se genera un flujo de aire vertical regulable, que permite que cualquiera pueda sentir la sensación de caída libre en un espacio seguro y supervisado por personal cualificado. Aquello fue genial. Todos lo probamos y pasamos allí la tarde. Me encantó y eso que tengo vértigo. La sensación era de libertad, de flotación, de dejarse llevar. Increíble. Pero lo mejor de aquella tarde para mí no fue sólo superar mis barreras psicológicas y ser capaz de disfrutar de aquello, sino que hasta mis padres y mis suegros lo probaran. Sí, mis padres y mis suegros en caída libre y mi madre, que siempre ha sido muy intrépida, estaba encantada. Aquello fue apoteósico.

El último día lo pasamos en el hotel, a base de piscina, siesta y masajes, acabando de coger las fuerzas que íbamos a necesitar para visitar Florencia.

•10 AL 14 DE AGOSTO: FLORENCIA.

El primer día a las ocho de la mañana salió nuestro autobús camino a Florencia. Allí nos alojamos en el hotel más lujoso y más caro de todo nuestro viaje: *The Four Seasons Hotel Firenze 5**, donde llegamos, dejamos los equipajes, almorzamos y a las once empezamos nuestro primer recorrido: Museo y Basílica de S. Marco, Galería de la Academia y el Museo Arqueológico. Como ya he comentado, nos habían preparado todas las rutas al más mínimo detalle y consiguieron que cada una de nuestras visitas fuera privada, de forma que durante un tiempo establecido, cerraban al público. Eso sí, si la visita era de diez a once, a las once en punto abrían al público, así que teníamos que ser bastante puntuales para no perder ninguna visita porque, como ya os podréis imaginar, aquello nos costó un dineral. Aún así creímos que valdría la pena y cuando vimos tanto turista y tantas colas para entrar a todas partes, aún nos convencimos más de nuestra decisión de hacerlo así.

La Galería de la Academia me decepcionó bastante. No sé, me esperaba algo más, pero salvo el impresionante David de Miguel Ángel, la exposición de antiguos instrumentos musicales y un par de esculturas más, no hubo nada que me llamara demasiado la atención. Tras estas visitas, acudimos a comer a uno de los restaurantes del hotel, donde nos esperaba una mesa en el jardín, a la sombra, con flores frescas, música ambiental y la más exquisita de las decoraciones. ¡Qué a gusto se estaba allí a pesar del calor!

Tras una corta sobremesa, a las cuatro volvimos al ataque: Piazza y Basílica de la Santísima Annunziata, Museo Leonardo da Vinci, Palacio Medicci Ricardi, Capilla de los Medicci, Chiesa di San Lorenzo y Biblioteca Laurenciana. Acabado el recorrido, volvimos al hotel, disfrutamos de un baño en la piscina, y volvimos a cenar en aquel jardín de ensueño. Por la noche tuvimos una cita en el observatorio Astrofísico Arcenti, desde donde pudimos ver el cielo de una manera que jamás habíamos visto a través de aquellos magníficos telescopios, además de disfrutar de las vistas que ofrecía la noche de Florencia.

El segundo día en Florencia fue bastante intenso. Empezamos con un buen madrugón y a las ocho y media de la mañana ya estábamos en marcha: Casa de Dante, Piazza della Signoria donde pudimos ver la copia del David de Miguel Ángel, la estatua ecuestre de Cosimo, la Fontana del Nettuno y la Loggia. Cerca de allí también pudimos ver y tocar la Fontana del Porcelino, una estatua en bronce de un jabalí a la que hay que acariciar el hocico y a la que tienes que poner una moneda en la boca y si ésta cae justo por la rendija por la que cae el agua tendrás buena suerte... En fin, leyendas de la ciudad que nosotros no nos íbamos a perder. Tras almorzar, continuamos: Iglesia Museo de Orsanmichele, Piazza della Republica, Palazzo Strozzi, y Chiesa y Palazzo de la Santa Trinidad. Comimos por la zona, en la *Trattoria Coco Lezzone* y después continuamos con el recorrido: Puente de la Santa Trinidad, Piazza y Basílica de Santo Spirito, Piazza y Chiesa de Sta. Maria delle Carmine, Porta Romana, Piazza y Palazzo de Pitti, palacio que albergaba el Museo de platería, Museo de vestuario, Galería de arte moderno, Museo de la porcelana y los jardines Bóboli, donde pudimos descansar un poco a la sombra de los árboles para continuar nuestro recorrido hacia el Forte dei Belvedere, Abadía di San Miriato al Monte, Giardino delle Rose y la plaza Miguelangelo, desde donde pudimos contemplar la puesta de sol sobre Florencia gracias a que se encontraba en alto. Aquel fue un momento mágico. Tras aquel día agotador, cenamos en el hotel y nos fuimos a dormir pronto.

El tercer día, empezamos nuevamente nuestro tour privado a las ocho y media de la mañana maravillados con el Templo israelítico de Florencia. Continuamos con Casa Buonarroti, Piazza y Basilica de la Santa Croce donde están las tumbas de Dante y Miguel Ángel, La Capilla Pazzi, el Palacio Vecchio y el Museo Gucci, en cuyo restaurante teníamos la reserva para comer y que me sorprendió gratamente por la exquisitez tanto de sus platos como de su servicio y por la presencia del logotipo de Gucci en todas partes, hasta dando forma a las pastas y a los azucarillos. Tras la comida, visitamos el Museo Galileo y la Galleria degli Uffizi. Como en el resto de los lugares, teníamos una reserva en exclusiva. En Luxetravel tuvieron que pelear mucho para conseguirlo porque lugares como la Galleria degli Uffizi están muy concurridos, aunque finalmente consiguieron que nos la cerraran en exclusiva de siete a nueve de la noche, tras cerrar al público.

La experiencia fue maravillosa. Tener la oportunidad de ver en persona obras de arte con aquella belleza y aquel valor histórico me hizo sentir un millón de cosas a la vez. De pronto me vi allí, ante *"El nacimiento de Venus"* de Botticeli y me rendí al encanto de tanta belleza. De mis ojos comenzó a brotar un llanto ahogado sin sentido, o tal vez con todo el sentido que tan maravillosamente le daba aquel encuentro. No sabía qué me estaba pasando, simplemente necesitaba llorar y solté todo lo que tenía dentro. No me

sentía mal, sólo sentía todas esas cosas y no tenía otra forma de expresarlas. El cúmulo de sensaciones que tanta belleza producía en mí, tantos días fuera de casa, tantas emociones vividas con nuestros familiares, la tensión de que todo saliera bien, de que todos estuvieran a gusto desde el primer día y ser capaz de disfrutar de todo aquello a la vez que iba superando poco a poco algunos de mis miedos... Pues sí, aquella era yo, la mujer que aparentaba poder con todo y que de pronto se sentía desnuda ante tanta grandeza, que se rompió ante la obra de arte que veinte años atrás estudiaba en los libros y que le hizo ser merecedora de un nueve en historia del arte en la selectividad. Fue mi obra favorita entonces y lo estaba siendo de nuevo, en otro momento, en aquel significativo lugar y estaba ahí para mí, mirándonos las dos cara a cara en un inesperado encuentro conmigo misma. Sólo pude sentarme frente a ella, contemplar cada uno de sus detalles y llorar durante media hora, asimilando que una pintura pudiera producir aquel efecto en mí, asimilando aquella reacción que me acercaba un poco más a mi yo más profundo, a aquella mujer que llevaba años perdida, y que se estaba reencontrando allí, a miles de Kilómetros de casa... Cuando pude parar de llorar me quedé tan relajada que me hubiera dormido ahí mismo, en un rincón, rodeada de todo aquello que me hacía sentir tan especial, me volvía a llenar de fuerza y me agotaba a la vez. Después paseamos por el famoso Puente Vecchio, pero no sé si por tanto que me habían hablado de él o porque me había quedado agotada tras aquel "renacimiento" personal que había vivido, estaba aturdida y no me llamó mucho la atención. Llevaba idea de echar un vistazo en las joyerías que había, pero nada, ni caso, seguía obnubilada incluso durante la cena en el hotel, hasta que pude descansar y volver a sentirme llena de vitalidad.

El cuarto día volvimos a empezar a las ocho y media: el Duomo con el Campanile di Giotto y el Battisterio di San Giovanni, se abrían a primera hora para nosotros. La fachada del Duomo me enamoró por completo. Era maravilloso darse cuenta de cómo se trabajaba bastantes siglos atrás, era impresionante ver aquella cantidad de mármol en tres colores, decorando aquella fachada perfectamente equilibrada. Del interior lo que más me gustó fueron los frescos de la cúpula y el precioso suelo. Me resultaba extraño lo que me estaba pasando con aquella ciudad, a pesar de haber estado antes en Milán y ser su catedral mucho más grande, no me movió nada por dentro y en Florencia todo estaba resultando especial. La catedral de Milán me había parecido triste y oscura, ésta muy alegre y luminosa, supongo que por las notas del primer renacimiento italiano. También visitamos el Museo de la ópera de Santa María dei Fiore, la Plaza y la Basílica de Sta. María Novella y el museo Novecento. Comimos en el hotel y pudimos descansar un rato antes de emprender nuestra ruta por la tarde para visitar el Museo Nacional del fútbol italiano y el Planetario. Después dimos un paseo en barco por el río Arno hasta que fuimos a cenar al *Ristorante Lugarno Bistrot*. Después de cenar nos esperaba la Florence Ghost Walk, una excursión que contratamos y que consistía en un recorrido nocturno por la ciudad mientras escuchábamos historias de fantasmas y vampiros. Fue una experiencia muy divertida.

El quinto y último día, volvimos a madrugar pero esta vez para hacer una excursión de medio día a Pisa donde pudimos disfrutar de un suculento almuerzo y visitar la Plaza de la Catedral y la propia catedral, la Torre de Pisa, como todos la conocemos, el Baptisterio y la Plaza de los Caballeros. A las dos y media ya estábamos en el hotel de vuelta para comer. Aquella última tarde la pasamos de relax, disfrutando de la piscina del

hotel, de una buena siesta y en mi caso, de un buen masaje, como no podía ser de otra manera. Tras la última cena en aquel maravilloso jardín, disfrutamos de un paseo y unos buenos helados antes de irnos a dormir.

•15 AL17 DE AGOSTO: SIENA.

Nuestra estancia en Siena coincidió con la celebración de La Palio, que se celebra dos veces al año: el dos de julio y el dieciséis de agosto. La Palio es una carrera de caballos que tiene su origen en la Edad Media y en la que los diecisiete barrios (contradas), tienen un caballo y un jinete que los representa, aunque finalmente sólo diez de ellos la disputan. Durante los días previos a La Palio hay un ambientazo en la ciudad. Las diferentes banderas que representan a cada uno de los barrios llenan todo de color y las personas se reúnen con los componentes de sus contradas para preparar la carrera. Por este motivo no pudimos visitar demasiadas cosas en Siena, ya que estaba a tope de gente y en ocasiones resultaba bastante agobiante. Nos alojamos en el *Hotel Garden Siena 4**. Como en el resto del viaje, podíamos haber elegido uno hotel más lujoso, como el Grand Hotel Continental, pero elegimos éste porque estaba algo apartado del centro y sabíamos que iba a estar excesivamente lleno de gente. Además, estando en la Toscana, yo quería ver verde al levantarme y tener sol y piscina para disfrutar y el Continental estaba demasiado céntrico y no tenía piscina. Nos trataron fenomenal, incluso mejor que en alguno de cinco estrellas. Y eso que habíamos quedado contentos en todos.

El *primer día*, nada más llegar al hotel, pudimos visitar la Piazza del Duomo, el Duomo, la Cripta y el Battisterio di San Giovanni. Sólo pudimos ver eso de tanta gente que había. En Siena, no habíamos reservado nada en exclusiva, salvo una cena. Para comer ese día, teníamos la reserva en el hotel, así que aprovechamos para descansar y pasar una tarde de relax paseando en familia por los alrededores del hotel. Por la noche, nos habían reservado una cena en la contrada del Búho, justo la noche previa a la carrera. Aunque entendíamos pocas cosas de las que allí se decían, tuvimos la oportunidad de experimentar junto a los propios habitantes de la ciudad una de sus tradiciones más arraigadas y consiguieron transmitirnos su gran entusiasmo. Hasta mi suegro se animó a dar las gracias y a hacer un brindis por el éxito de la carrera, que todos aplaudimos. (Menos mal que todo el viaje llevamos traductores) Aquello me recordó mucho al ambiente que hay en Valencia en Fallas, cuando cada noche los falleros se reúnen para cenar en la carpas y luego hay verbenas y disco móviles por toda la ciudad. Aunque en Siena no me resultó tan divertido. Supongo que porque no lo sentía igual.

El segundo día, por la mañana visitamos las termas de Bagno Vignoni y luego fuimos al hotel a disfrutar de la piscina y a comer, ya que por la tarde era la famosa carrera y teníamos reservados unos balcones para poder verla de forma privilegiada, eso sí, previo pago de cuarenta mil euros, para que pudiéramos estar los cuarenta y cinco que éramos en aquella etapa. La carrera en sí no duró nada, menos de dos minutos, pero antes de la misma salió una representación de cada una de las contradas que ofrecían un precioso espectáculo medieval lleno de banderas de colores y música. Podemos decir que hemos estado presentes en uno de los acontecimientos más importantes que tienen lugar en Italia, aunque a mí, personalmente, no me mereció la pena (Al dueño de los balcones, espero que sí). Igual que en la plaza del Ayuntamiento de Valencia a la hora de la "Mascletà", allí no cabía ni un alfiler y eso es algo que a mí me agobia muchísimo, la verdad, así que no lo pasé del todo bien a pesar de estar viéndolo cómodamente desde

arriba. Además, al acabar el acontecimiento, la gente tenía que salir de allí por aquellas estrechas calles medievales. Parecía que estuvieran rodando una escena de "The Walking Dead"y lo pasé mal, la verdad. Lo mejor fue que ganó la contrada con la que habíamos cenado y por la que habíamos apostado. Cuando pudimos salir de allí, un buen rato después de acabar la carrera, cenamos en *Vivace Pizza & Griglia*, donde teníamos reservada la terraza sólo para nosotros. Como siempre, con dinero se consigue lo que sea... y en este caso fue que nos cerraran la terraza dejando a otras treinta personas sin sitio la noche en la que más gente había en Siena. La cena fue muy amena, todo estuvo riquísimo, nos reímos mucho y pudimos disfrutar de las formidables vistas de una Siena totalmente iluminada.

El tercer y último día, pudimos ver algunas cosas más de Siena. Empezamos nuestro recorrido una vez más, a las ocho y media de la mañana y visitamos: Piazza y Basílica di San Francesco, Oratorio de San Bernardino, Torre Mangia, Palazzo Publico, Piazza del Mercato, Pinacoteca Nazional, San Agostino y el Orto Botánico. Tras esto, volvimos a comer al hotel donde pasamos la tarde descansando para por la noche, despedirnos de la familia de Lucas con una cena de gala, igual que hicimos con mi familia en Turín y en Génova. Esta vez la cena tuvo lugar en los jardines de la *Villa Vico Bello*. Al día siguiente, a las ocho de la mañana, salimos en autobús hacia la playa de Punta Ala, donde nos despediríamos de la familia de Lucas y pasaríamos unos días con sus amigos.

“¿Y mi valor? - intervino el león en tono ansioso.
- Estoy seguro de que te sobra valor - respondió Oz -
Lo único que necesitas es tener confianza en ti mismo.
No hay ser viviente que no sienta miedo
cuando se enfrenta al peligro. El verdadero
valor reside en enfrentarse al peligro aún
cuando uno esté asustado y es esa la clase
de valor que tienes de sobra.”

Lyman Frank Baum. (El maravilloso mago de Oz)

LOS AMIGOS DE LUCAS

Llegó el momento en el que teníamos que compartir el viaje con los amigos de Lucas. Un momento bastante tenso para nosotros debido a diferentes circunstancias pasadas, algunas de las cuales me seguían doliendo. Para esta etapa habíamos logrado juntar a los amigos de Lucas de Valencia, del pueblo y de la Universidad. En total éramos cincuenta y dos personas, treinta y seis adultos (incluyéndonos nosotros, Evelyn y su marido) y dieciséis niños.

Como había muchos niños, decidimos pasar los ocho días que íbamos a compartir con ellos cerca del mar y dejar la visita a Roma para mis amigas, cuyos hijos eran adolescentes. Y así fue como pasamos la QUINTA ETAPA de nuestro viaje, del <u>18 AL 25 DE AGOSTO: PUNTA ALA Y LADÍSPOLI.</u>

Hacía unos tres años que no veía a sus amigos de Valencia, hasta que los reunimos para contarles la buena nueva. Él hacía algo más de un año que había vuelto a tener relación con ellos después de dos años sin ningún tipo de contacto. Esta situación fue precipitada por un hecho, que no voy a contar, pero que fue la gota que colmó el vaso de un montón de situaciones tensas y en algún momento incluso humillantes para mí.

Estuve como seis años, desde que conocí a Lucas volcada totalmente con su grupo de amigos y dejando de lado a los míos, porque desde el primer día me dejó muy claro lo importante que eran para él. Tal vez en aquel momento tuve que intuir lo que me esperaba. Al principio, él hacía planes y yo le seguía, sin más. Poco a poco, fui creyendo erróneamente, que también eran mis amigos, pero estaba muy equivocada: yo siempre sería una extraña... sobre todo cuando hablaba de temas de la vida real, que nada tenían que ver con sus vidas ideales, fantásticas, sin problemas, vidas de jóvenes burgueses que hasta entonces el mayor problema que habían tenido había sido poder meter la llave en la cerradura al volver a casa con una borrachera.

El hecho de que nosotros estuviéramos formando una familia y sus amigos, por aquel entonces, estuvieran casi todos solteros y sin hijos, contribuía a que nos perdiéramos muchas cosas que hacían todos juntos y a las que no podíamos asistir. Empezamos a declinar muchas de sus propuestas porque no podíamos seguir el ritmo que ellos llevaban y a mí me dio la sensación de que la mayoría de ellos no lo entendía, pero, como siempre dije, tiempo al tiempo. Los temas de conversación aún nos alejaban más: yo podía hablar de niños, de partos, de hipotecas, de lo que me estaba haciendo pasar el capullo de mi ex, de cómo me las apañaba para llegar a fin de mes... en fin, de cosas de madres, y siempre que lo hacía me miraban muy raro, como si fuera un mundo que nada tuviera que ver con el suyo y efectivamente así era. También hablaba de lo a gusto que estaba con Lucas, de lo bien que me hacía sentir, y de que estábamos viviendo una preciosa historia de amor e incluso bromeaba a menudo hablando de nuestro buen sexo, pero parecía que ellos sólo se quedaban con lo negativo, bueno, con lo que ellos consideraban negativo, porque para mí eran temas normales que hablaba a diario con mis amigas. Ellas, sin embargo, hablaban de cremas, maquillajes, tiendas de ropa interior,

viajes y cosas así. No es que no me interesen esos temas, sino que simplemente yo no me compraba cremas ni ropa interior bonita. Estaba en otra onda. No me lo podía permitir porque estaba bastante agobiada con los pagos que me había dejado mi ex, ya que me hice cargo de lo mío y de lo suyo, no paraba de trabajar y cuando tenía un rato quería estar con mis hijos y mi pareja, tranquila, y no con personas que no me valoraran.

A mi entender, a casi toda la pandilla le faltaba empatía, al menos conmigo, o simplemente aceptarme tal y como era, que no era tan difícil. Tengo mal carácter, sí, pero creo que no se tomaron la molestia de ir más allá y ver otras cualidades, y en seis años, tuvieron tiempo de sobra. Al menos creo que valoraron más lo que para ellos era negativo, y encima me decían que la negativa era yo. Como la situación me predisponía a estar a la defensiva, me quedaba la esperanza de que fueran cosas mías, pero no, con el tiempo se lo llegaron a reconocer a Lucas: no estaban a gusto conmigo y habían hecho ciertas cosas para fastidiarme. Yo nunca he hecho nada a propósito, simplemente soy así: tengo demasiado genio, a veces no soy capaz de controlarlo y a veces cuando me enfado salen por mi boca sapos y culebras. Soy muy impulsiva, primero hablo y después pienso, pero nunca se me ocurriría hacer algo a sabiendas de que le estoy haciendo daño a alguien, ni aún cuando esa persona me lo hubiera hecho a mí antes.

Cuando llegaba a casa, intentaba hablar las cosas con Lucas y, en seis años jamás me dio la razón. No digo que la tuviera siempre, que yo también me equivoco, pero ¿nunca? ¿en seis años? No me lo podía creer. Nunca me la daba. Estaba ciego con sus amigos y nunca les reprochaba nada, en cambio a mí, me reprochaba todo y yo no lo entendía. Me hacían sentir fatal y nunca me daba mi sitio. Nosotros teníamos una relación estupenda y una convivencia muy buena tanto cuando estábamos solos como cuando estábamos con los niños. La verdad era que para no ser hijos biológicos suyos, los estaba criando mejor que su propio padre y preocupándose por ellos y por su futuro. Lo hacíamos juntos. A mí me daba mucha rabia que mientras estábamos haciendo nuestra vida todo fuera maravilloso pero en cuanto aparecían sus amigos en nuestras conversaciones, o simplemente expresaba que en algún tema no estaba de acuerdo con ellos, acabábamos discutiendo y, le dijera lo que le dijera, no podía con él. Yo siempre tenía la culpa de todo: me decía que yo era malpensada, reaccionaba mal, era demasiado sensible, decía las cosas de forma brusca, pensaba de forma incorrecta y así hasta el punto de decirle mil veces que no sabía qué hacía conmigo. Si no le gustaba cómo era, no entendía por qué no se buscaba a otra.

Yo, queriendo hacer caso a los consejos de mi madre, intentaba entender que él estaba acostumbrado a estar siempre con ellos y le resultaba muy difícil el cambio. Pasar de estar solo y sin compromiso sin parar de aquí para allá, a de pronto, verse con una familia y unas obligaciones tan grandes, no debía ser fácil. Estaba claro que las obligaciones familiares las había cogido sin que nadie le pusiera una pistola en la cabeza, pero era mucho cambio y se tenía que acostumbrar. Por eso, bronca tras bronca yo iba teniendo paciencia, me cabreaba, explotaba como un volcán pero luego se me acababa pasando y el fin de semana siguiente ahí estaba yo otra vez, con su pandilla de amigos, volviéndolo a intentar, por él, por el amor de mi vida.

Llegó un punto en el que me planté en la consulta de mi psicóloga y le dije que iba a verla porque estaba loca, que era una psicópata que quería separar a mi novio de sus amigos y que me ayudara porque yo no quería ser así. A ella, que ya me conocía, le

extrañó mucho lo que le estaba diciendo y se sentó a analizar la situación conmigo. Después lo hizo con los dos juntos. Me hizo comprender que había situaciones que yo podía habérmelas tomado de otra manera, pero que no me fustigara, simplemente que aprendiera a vivirlo de forma que no me afectara, pero que ella también veía cierta hostilidad de ellos hacia mí y se basaba en hechos, en palabras, en gestos que yo le había contado y que después Lucas corroboró.

En las sesiones que hicimos juntos, quedaron bastantes cosas claras: yo tenía que intentar que no me afectaran tanto las cosas y trabajar mis habilidades sociales, pero Lucas también tenía que cambiar cosas, porque realmente él tenía bastante culpa de lo que estaba pasando: en aquella situación, yo nunca había sido su prioridad, siempre ellos. Yo siempre estaba equivocada en todo y ellos siempre tenían razón. Y cuando digo siempre, es siempre, no estoy exagerando. Abrir la boca para quejarme de algo con respecto a sus amigos era empezar una guerra y yo no entendía por qué. Pasamos así seis años y realmente hoy lo pienso y veo que lo quiero mucho porque de otro modo lo habría mandado a la mierda mucho antes. Con todo lo que yo llevaba encima a consecuencia de mi anterior relación y cuando encuentro el verdadero amor, no me da mi sitio, no me apoya, no me defiende. Lo primero para él eran sus amigos y su familia pero ¿y yo? ¿qué era yo? ¿qué éramos nosotros tres para él? Yo seguía con ansiedad y depresión sin darme cuenta de algo obvio: aquella relación me estaba desgastando. Llovía sobre mojado...

Sólo fue con el tiempo cuando me di cuenta de que el problema más importante que tenía no era con sus amigos, que también, sino con él. Sus amigos podían ser unos auténticos capullos pero probablemente si él hubiera estado de mi lado, al menos cuando tenía razón, yo no habría sentido tanta rabia hacia ellos, pero no, no me sentí amparada en absoluto. Me sentí sola y cada vez que tenía un problema con ellos, tenía miedo a perderle a él y seguía sin saber por qué seguía conmigo si pensaba que no hacía nada bien. Menos mal que la psicóloga me abrió los ojos y me hizo ver que no podía continuar con aquella situación. Teníamos un verdadero problema de pareja y si de verdad nos queríamos tanto como creíamos lo teníamos que solucionar.

Poco a poco Lucas se dio cuenta de que lo nuestro se acababa y reaccionó, pero tal vez un poco tarde. La verdad es que fue una decepción muy grande porque hubiera querido que reaccionara sin tener que dejar nuestra relación, que viera las cosas por él mismo, que las cosas no son siempre blancas o negras, están llenas de matices. Pero las cosas sucedieron como sucedieron y no podía hacer nada más de lo que había hecho. Creía que seis años era tiempo suficiente y ya había puesto toda la carne en el asador, ahora le tocaba a él. Quise que se diera cuenta de que estaba obsesionado con sus amigos y que se iba a llevar una gran desilusión porque cada uno de ellos estaba haciendo su vida y aunque siguieran siendo amigos, llegaría un momento, en el que para cada uno de ellos lo primero serían su mujer y sus hijos, como es natural, y ninguno de ellos iba a consentir que le hicieran a su mujer ni la mitad de los desplantes que me habían hecho a mí. ¡Pero le costaba tanto entenderlo!

Al final tomamos la decisión de poner distancia y tiempo de por medio entre sus amigos y nosotros para ver si aquellas "interferencias" dejaban de influir de forma negativa en nuestra relación. Pero teníamos que trabajar muchas cosas juntos si queríamos salvar lo nuestro. Dejamos de verlos y realmente nuestra relación mejoró

muchísimo. Yo vivía bastante más tranquila porque no tenía la tensión que aquella situación me provocaba y no tenía que discutir con Lucas por culpa de nada que no tuviera que ver con nuestra convivencia. Pero él estaba triste, así que le animé durante bastante tiempo a que los viera, porque al fin y al cabo, ¿de qué me servía a mí aquello si él no era feliz? Eso sí, le pedí que a mí me dejaran al margen, al menos de momento. Estaba claro que yo no le llenaba lo suficiente y es que en la vida no sólo de amor se vive, y como por su problema de fobia social le resultaba muy complicado hacer amigos nuevos, nos fuimos encerrando en nuestro mundo. Yo seguía teniendo a mis amigas porque, a pesar de haberlas visto mucho menos por pasar más tiempo con sus amigos, seguíamos estando ahí, en contacto, viéndonos aunque fuera unas cuantas veces al año y siempre cuando nos necesitábamos, aunque fuera con una llamada telefónica.

Estaba claro que su felicidad pasaba por estar con ellos. Nunca voy a entender esa dependencia pero era lo que había. A pesar de mi insistencia pasó más de un año hasta que él decidió volver a verlos. Creo que tenía miedo, creo que no estaba seguro de si iba a ser capaz de hacer lo que tenía que hacer y no había hecho antes: hablar las cosas, aunque ahora ya no sirviera para nada porque el mal ya estaba hecho. Fue quedando con casi todos, uno por uno y manteniendo una conversación sobre lo ocurrido, aunque sin profundizar demasiado. Él, según me contó a mí, les recriminó varias de las cosas que habían hecho. Yo creo que lo hizo sin demasiado convencimiento, tal vez porque creyera que eso era lo que yo esperaba de él o tal vez porque tenía que dar una explicación de por qué había desaparecido durante dos años, pero creo que en el fondo seguía sin ver las cosas como eran, hasta que ellos mismos le reconocieron que lo habían hecho conscientemente, le explicaron por qué, e incluso alguno, le pidió perdón. Yo me alegré, porque al menos se demostraba que no estaba loca, que en efecto, podía haberme tomado a mal cosas que me hicieron sufrir en vano, pero cuando alguien te lo hace pasar mal, llega un momento en que cada mirada, cada gesto, cada palabra crees que es para hacerte daño, aunque pueda no ser exactamente así. Yo siempre le había dicho que tal vez no tuviera razón el cien por cien de las veces y que también habría hecho cosas mal, pero ¿todo mal? En fin. Ellos lo solucionaron con una conversación y ya, todo el daño que me habían hecho, Lucas incluido, como si nada... Ellos tan amigos y yo sola en casa... Aquel era el resultado: siempre salía perdiendo yo, porque encima si le decía que pensaba así, me decía que qué quería que hiciera, que ya le habían pedido perdón. Y ya está. Y es que los hombres son así de simples así que no me quedaba otra, si quería seguir compartiendo mi vida con mi gran amor: aceptar aquella situación y seguir adelante, aún con la incertidumbre de si podría mantener mis sentimientos escondidos por mucho tiempo, porque en el fondo de mi corazón siempre tendría aquella desilusión.

Nunca entendí aquella obsesión. Tal vez a mí me sobraba el carácter que a él le faltaba con sus amigos pero yo no podría estar como si nada con las personas que le hubieran hecho daño a él, no, porque yo le quiero por encima de todo, y de todos. Tal vez por eso mis amigas, que me conocen bien, siempre le han respetado, les cayera bien o mal, porque la gente callada también puede caer mal, pero ellas me respetan y saben que hacerle daño a mi pareja es hacérmelo a mí y también saben que no lo hubiera consentido. Así de diferentes somos.

Ya que había decidido dejar todo aquello a un lado, dándonos la oportunidad tanto a ellos como a mí misma de hacer feliz a Lucas, me centré en relajarme y

pasármelo lo mejor posible. Además, no estaban sólo los amigos de Valencia sino también los del pueblo y los de la Universidad. Con los del pueblo tampoco es que tuviera una relación muy estrecha, porque los veía poco, pero me divertía bastante con ellos, y con los de la Universidad me llevaba bien, así que tenía ante mí una oportunidad de oro para conocer mejor a gente con la que había tratado poco y a las mujeres de un par de amigos de Lucas con las que sólo había coincidido dos veces. Con respecto a los de Valencia, me limité a estar bien, a no hablar más de lo imprescindible, con educación y una sonrisa, pero no abrí demasiado mis puertas, tal vez por miedo a que me volvieran a herir.

En general, el viaje estuvo bien. No hubo conflictos, que era lo que a mí me preocupaba. Los primeros cuatro días, nos alojamos en el *Golf Hotel Punta Ala 4** y los siguientes cuatro, en el *Hotel La posta Vecchia 5**. De este modo, nos íbamos desplazando hacia el sur, ya que nuestro siguiente destino era Roma. Todos nos lo pasamos bien y los niños disfrutaron mucho. Conocí a unas chicas estupendas y me hice muy amiga de una de ellas, la mujer de su amigo Sergio, compañero de la Universidad, algo que agradó mucho a Lucas. Hacía unos cuatro años que habíamos cenado los cuatro juntos y nos lo habíamos pasado muy bien y ahora teníamos la oportunidad de conocernos mejor, y por lo que estábamos viendo, aquello podía salir bien. Habían estado durante esos cuatro años viviendo en Londres y recientemente acababan de mudarse de nuevo a Valencia. Llevaban idea de buscar un segundo hijo ya que su hija ya tenía tres años y era fácil que coincidiéramos en el tiempo y ya se sabe, los niños unen mucho. Pero lo más importante de aquella etapa era Lucas: estaba feliz, pletórico como nunca lo había visto, y yo encantada porque compartía su felicidad conmigo y aquello hacía que todo valiera la pena.

Disfrutamos de días de playa, de paseos en barco, de nadar libremente en medio del mar tirándonos desde el barco, de spas y masajes, de risas, buena comida y nuevas relaciones. Con los amigos de Valencia hubo respeto mutuo y convivencia, poco más, pero estuvo bien, sobre todo me encantó ver las vueltas que da la vida y cómo puede darse la vuelta la tortilla de un día para otro...

"No pude elegir a quienes me trajeron al mundo,
pero puedo elegir a mi amigo.
En esta búsqueda
empeño mi propia alma,
pues con una amistad verdadera,
la vida se torna más simple,
más rica y más bella."

Charles Chaplin.

MIS AMIGAS

Yo le di muchas vueltas al tema antes de decidir a qué amigas ayudaría y al final decidí ayudar a todas, a cada una por sus razones. A diferencia de los amigos de Lucas, que casi todos tenían buenos trabajos, entre mis amigas había de todo, las que tenían buenos trabajos y las que lo estaban pasando fatal hacía tiempo. Además, siempre les había dicho a la mayoría de ellas que cuando a mí me tocara la lotería no les iba a faltar nada y era el momento de cumplir mi promesa y uno de mis sueños.

ESTHER:

La conozco desde que tenía catorce años, es decir, más de media vida. Aunque tuvimos una temporada en la que por circunstancias estuvimos separadas, siempre que la he necesitado ha estado ahí y hemos vivido juntas la mayoría de nuestros grandes momentos, tanto buenos como malos. Ella perdió a su madre muy joven y hacía unos años había perdido a su padre. Había estado buscando el amor sin éxito durante años hasta que unos años antes de morir, a su padre se le ocurrió la brillante idea de presentarle al hijo de su amigo. Desde entonces no se habían separado y era muy feliz con él, aunque tenían un problema: acababan de cumplir cuarenta años y no conseguían el tan ansiado embarazo después de haber sufrido varios abortos, por lo que, les ayudamos para que se hicieran un tratamiento de fertilidad y después de dos inseminaciones artificiales nacieron unos mellizos guapísimos: Luisa y David. Nos encantó acompañarles a comprar la habitación de sus bebés y ver sus caras de ilusión. Ellos, como yo, no habían salido de España y no habían subido nunca a un avión. Les encantó el viaje a Roma.

MAITE:

La conozco desde que nací. Nuestros padres ya eran amigos antes de casarse y hemos pasado toda nuestra infancia juntas. Su hermana fue una de mis mejores amigas desde pequeñas hasta que, siendo adolescentes, ésta empezó a salir formalmente con su novio y, aunque nos veíamos bastante, Maite y yo nos unimos más. Además, su hermana era más formal y nosotras estábamos un poco más locas. Hemos conocido a algún que otro ligue juntas.

Cuando yo tenía diecinueve años y Maite unos veintitrés, tuvimos un pequeño gran malentendido y nuestra relación se rompió, a la vez que se rompió la de nuestros padres. Siempre he creído que la de nuestros padres se rompió por nuestra culpa y me he sentido mal durante años, pero ahora comprendo que no fue así, porque aunque la gente puede distanciarse por el motivo que sea, si uno tiene voluntad, las cosas antes o después

se acaban arreglando, que fue lo que nos pasó a nosotras. Ellos no lo arreglaron porque ninguno dio el pasó y llegó un momento en que aquello ya dejó de ser cosa nuestra.

Después de bastantes años separadas viviendo cada una su vida, nos reencontramos en circunstancias similares y ambas nos ayudamos bastante. Ella, igual que yo, tuvo muy mala suerte con su marido y lo pasó muy mal por mil cosas que no voy a contar, pero eso de alguna manera nos volvió a unir, algo que yo ya creía imposible. Igual que yo, había perdido su casa, su coche y hasta su trabajo y se merecía que las cosas le salieran bien de una vez. Me consta que es una mujer muy trabajadora y luchadora y la admiro. Siempre he dicho que la quería en mi equipo y que si alguna vez cumplía mi sueño de montar mi propia escuela infantil ella sería una pieza fundamental. De alguna forma nuestra vida tenía algunos paralelismos y la comprendía muy bien.

Cuando ya menos se lo esperaba, la vida le dio una sorpresa: Tomás, un amigo del barrio de toda la vida le confesó que llevaba años enamorado de ella. Ella también había pensado en él alguna vez pero no creyó ser correspondida, pero tras su confesión, empezaron a conocerse mejor y hoy ha vuelto a encontrar el amor junto a él. Me gusta verla feliz.

Con su hermana no fue igual. Pese a haber sido ella una de mis mejores amigas durante toda mi infancia no reaccionó igual cuando tuvimos la oportunidad de reencontrarnos. Era algo que yo tenía ahí dentro, otra espina clavada. Teníamos la oportunidad de acercarnos a través de su hermana pero ninguna de las dos daba el paso hasta que un día me decidí y le dije a Maite que vinieran las dos a una cena que para mí era muy especial porque significaba el final de una etapa (ellas ya lo entenderán). La verdad es que me sorprendió mucho que aceptara y vinieran las dos, para mí era importante. Lo pasamos bien y estuvimos hablando un buen rato, pero nada más. Ahí se quedó. Un par de meses después, en el cumpleaños de Maite nos volvimos a encontrar. Esa noche lo pasamos bien todos y gracias al grupo de WhatsApp que se hizo para organizarnos con el regalo, teníamos el teléfono la una de la otra. Yo pensé que igual a raíz de aquello quedaríamos alguna vez para tomar café, y tal vez nuestra relación, aunque no fuera igual, pudiera retomarse, pero me volví a equivocar. No quería ser pesada, porque no le veía interés, pero aún así para Nochevieja me decidí a enviarle un vídeo de felicitación que no obtuvo respuesta. Ahí me rendí y pensé que si ella no estaba por la labor, por algo sería. Ya éramos adultas y creía que ya había dado bastantes pasos y bueno, si a ella le apetecía algún día, ya sabía cómo encontrarme. Me daba mucha pena que nos hubiéramos perdido tantas cosas. A ella no la incluí en el grupo del viaje porque no quería que pensara que quería comprar su amistad. Para nada. Al final , pese a que a mí me hubiera encantado, ella decidió no estar a mi lado. Eso sí, siempre he estado pendiente desde que tengo dinero, de que no les falte nada, ni a ella ni a sus hijos. Me quedé con con todos los momentos vividos y con el recuerdo del abrazo que me dio en el tanatorio cuando murió su madre, a pesar de llevar años sin vernos.

Maite, Tomás y sus hijos vinieron al viaje de Roma y lo pasamos realmente bien juntos. Sus hijos tenían la misma edad que los míos, igual que los de otras amigas.

ADELA Y JAVI, ROSANA, EVA, Mª CARMEN, JUAN LOLI, SILVIA Y JOSE LUIS:

Todos ellos, igual que Maite y sus hermanos formaban parte de una etapa muy importante de mi vida: La Nueva Fiesta de Tranviarios. Era una comisión de fiestas a la que pertenecían nuestros padres desde el principio y nosotros desde pequeños. Nos criamos en ese ambiente, con esa referencia, con esa "otra familia". Éramos muchos más pero de todos, ellos son con los que me quedo, los que de alguna manera siempre han estado ahí, los que a pesar de haber hecho cada uno nuestras vidas y vernos poco, siguen siendo una referencia en mi vida, los que quiero que sigan estando, más cerca o más lejos, pero ahí y a los que siempre ayudaría cuando pudiera. Todos ellos vinieron al viaje con sus hijos y lo pasamos en grande. Los quiero.

ALICIA:

Éramos amigas desde hacía catorce años, desde que nuestros hijos, con tres años, empezaron a ir al colegio. Así nos conocimos, poco tiempo después de irnos a vivir ambas a Villa Marchosa. Fue uno de mis grandes apoyos en aquella etapa y tengo mucho que agradecerle. Pasamos buenos y malos momentos juntas, a veces más unidas, a veces más distantes, pero siempre ahí cuando nos necesitábamos. Nunca olvidaré los buenos momentos que pasamos junto a nuestra querida amiga Susi. Ella era bastante mayor que nosotras. Las tres totalmente diferentes pero bien compenetradas. Creo que después de mi madre ellas eran las personas que mejor me conocían.

Susi enfermó de repente. ELA, la maldita enfermedad que en los últimos años se había puesto de moda, se la llevó por delante con cincuenta y dos años. Toda una injusticia que nos dejó a las dos muy impactadas. Tengo que reconocer que me pilló al principio de mi relación con Lucas y no estuve a su lado en los últimos momentos todo lo que hubiera tenido que estar. Aquello no lo olvidaré porque le fallé. No podía hacerle nada, solo compañía. Tal vez fuera suficiente, pero creo que fui cobarde y no soporté ver a mi amiga apagarse, no fui capaz de asumir que tuviera aquella horrible enfermedad y que no tenía remedio o fui tan egoísta que me centré en vivir mi relación con Lucas y dejé de lado a otras personas importantes como ella.

Alicia y yo seguíamos siendo amigas y nuestros hijos también. Nos apoyamos bastante la una en la otra en nuestros divorcios, nos comprendimos y nos desahogamos. Ella era en muchas ocasiones mi Pepito Grillo. Éramos muy distintas y me ofrecía siempre otra visión de las cosas que, en muchas ocasiones, me ayudaba a centrarme. Me aceptaba como era y nos reíamos mucho juntas. Podía hacer todas las tonterías del mundo que nunca me tomaría por loca. Me encantó verla disfrutar y con aquel brillo en la mirada que hacía tiempo que no tenía. Era una persona fuerte y ahora la vida la tenía que compensar, tenía que disfrutar y yo me iba a encargar de eso.

Después de varios años de relaciones fallidas, algunas excesivamente dolorosas, por fin había encontrado el amor verdadero. Llevaba dos años de auténtica felicidad con Juan. Ella tenía dos hijos y él uno, así que los cinco vinieron al viaje y disfrutaron un montón.

Mª JOSÉ Y JESÚS:

¡Ay, cuánto me hizo sufrir Mª José cuando nos conocimos! Aquello sí que fue empezar con mal pie. Se empeñó en hacerme la vida imposible y llevarme la contraria a todas horas, algo que a mí me sacaba de quicio y que ella disfrutaba.

Nos conocimos poco tiempo después de empezar a salir con el padre de mis hijos. Ella y Jesús, que entonces eran novios, salían en la misma pandilla. Al principio éramos un poco rivales, pero con el tiempo las circunstancias nos unieron: con un año de diferencia nos casamos de penalti y durante bastante tiempo fuimos las dos únicas parejas del grupo en llevar vida de casados y con niños. Eso nos hizo quedar más veces, estrechar nuestra relación conociéndonos mejor y llegar a ser muy buenas amigas. Bueno, muy buenos amigos todos, niños incluidos, porque pasábamos todos juntos ratos estupendos.

Durante mi relación con Santiago fue un gran apoyo para mí. Recuerdo cuando le dije que me separaba, que no podía más y la decisión estaba tomada. Se llevó un buen disgusto, incluso llegó a soltar alguna lagrimilla porque nos quería mucho a los dos y a nuestros hijos también. Aquello me llegó al alma y aunque ya lo sabía, pude comprobar que realmente nos tenía cariño de verdad. Durante un tiempo siguió relacionándose con los dos, pero supo mantenerse en su sitio y no tomar partido por ninguno, aunque yo sé que él le daba mucha pena y al principio se decantó ligeramente. No sé qué pasa que cuando una pareja se separa, sea cual sea el motivo, a las mujeres siempre nos dan más pena ellos que ellas. Ésto es algo que vengo observando hace tiempo en nuestra sociedad. Como siempre, el tiempo puso a cada uno en su lugar. Nosotras nos seguimos viendo e incluso me consta que fui un gran a poyo para ella durante un momento difícil de su vida que no voy a explicar y que afortunadamente pudo superar.

Desde que me había venido a vivir a Valencia nos veíamos menos. Bueno, a todo el mundo lo veía menos, sobre todo desde que no tenía coche, pero aún así manteníamos el contacto y estábamos al día de nuestras cosas importantes. Tanto ella como su marido sabían disfrutar de las cosas buenas así que disfrutaron de lo lindo en aquel viaje al que vinieron con sus dos hijos. Habían estado en Italia hacía diecinueve años en su luna de miel, y les hizo ilusión volver a disfrutar de Roma con amigos y sobre todo, con sus hijos.

CRISTINA:

Es una persona muy especial. Nos conocimos en la sala de espera de la matrona cuando las dos estábamos embarazadas. Ella de su único hijo y yo, de Leire, mi hija pequeña. Los niños fueron compañeros de clase durante unos años y luego se separaron, pero nosotras continuamos siendo amigas.

Es una persona a la que he admirado siempre por muchos motivos. Es fuerte y luchadora. Nunca la he visto llorar y eso que su vida no ha sido un camino de rosas. Vivía en Villa Marchosa donde sólo tenía a unos tíos y unos primos que iban mucho a su bola y, a mi parecer, no le hacían todo el caso que merecía.

Ella siempre me decía que Leire y yo éramos unas princesitas pero yo a ella nunca le decía lo que pensaba: que ella era una guerrera, que la admiraba por cómo estaba sacando a su hijo adelante prácticamente sola, por cómo se iba superando cada día de su vida. Su hijo tenía un problema de hiperactividad y de conducta en clase, pero gracias a ella, a su tesón, y a todo lo que luchó por él, aquel niño tuvo un progreso increíble. Se preocupaba de que estudiara, de que llevara siempre sus deberes hechos y de llevarlo a todos los sitios donde pudieran ayudarle, y lo conseguía, porque había pocas cosas que se propusiera y no consiguiera. Siempre he pensado que si su hijo hubiera tenido otra madre, hubiera acabado torciendo su camino, pero ella ha sido entregada y cariñosa pero a la vez, muy exigente.

Ella no tenía nada y lo tenía todo. No tenía casa ni trabajo fijo pero era una auténtica hormiguita, recogía de todas partes y todo le apañaba. Su hijo iba siempre como un pincel aunque casi nunca le comprara ella la ropa como le gustaría, sino que se apañaba con lo que le iban dando. Vivía de alquiler, el cual pagaba a duras penas y trabajaba por temporadas en lo que le iba saliendo, y mientras, entre trabajo y trabajo, cobraba la ayuda familiar de cuatrocientos euros. La he visto pasarlas putas en varias ocasiones y salir adelante de todas ellas. Es una chica que vale mucho, aunque a veces, su exceso de entusiasmo le haga perder oportunidades.

En el viaje me dio una gran sorpresa, aunque yo de alguna forma lo intuía. Hacía un tiempo que había coincidido con mi primo Migue en uno de mis cumpleaños y me dio la sensación de que harían buena pareja. En una ocasión, les di los teléfonos al uno del otro y de vez en cuando hablaban. Se me ocurrió invitar a mi primo al viaje de Roma y fue todo un éxito. Al cabo de un mes, nos confirmaron que estaban juntos y haciendo planes para empezar su convivencia con el hijo de Cris. Totalmente enamorados. Roma fue para ellos la oportunidad que necesitaban y durante aquellos días fuimos todos cómplices de aquella bonita historia propiciando momentos a solas entre ellos para que pudieran vivir su romance. Fue muy divertido para todos.

INMA:

A ella también la conocí cuando llegué a Villa Marchosa, hacía ya veinte años. Igual que María José íbamos en la misma pandilla y nos caímos muy bien desde el principio, sólo que ella empezó a salir con un capullo que se lo hizo pasar fatal y acabamos separándonos porque se fue a vivir con él a otro pueblo y no le dejaba relacionarse con nosotros.

Unos años más tarde, cuando ella volvió al pueblo, después de dejar su infierno con aquel chico, retomamos la relación y en los últimos años se había intensificado.

Casi todas mis amigas eran igual que yo, espíritus libres. Nos veíamos a temporadas porque teníamos nuestras rarezas y cada una sus circunstancias, además, necesitábamos nuestro espacio y teníamos más amistades que nos sabíamos respetar, aunque de un modo u otro siempre estábamos en contacto.

Tenía cuarenta años y seguía viviendo con sus padres. No había tenido mucha suerte ni en el trabajo ni en el amor y dependía totalmente de ellos por lo que lo pasaba bastante mal. Con el tiempo, pudo independizarse y vivir su propia vida. Encontró el

amor, aunque no de la manera que ella siempre había creído que lo haría. Ella esperaba un príncipe azul pero no lo encontraba, no, porque a ella quien realmente le esperaba era una princesa de cuento, como ella, con quien hoy es muy feliz. Le costó mucho salir del armario, pero el amor le hizo dar el paso y hoy en día son muy felices con su hija, una niña que han tenido por fecundación in vitro. Ahora su chica, Sandra, está esperando a su segundo hijo. Esta vez es un niño. Al viaje vino sola porque aún no conocía a Sandra, pero se lo pasó bien de todas formas y disfrutó mucho con todo, sobre todo saliendo de España. Éramos muchas las que nunca habíamos tenido aquella oportunidad.

REBECA:

A ella la conocía el mismo tiempo que a Inma y a Mª José. Éramos todas amigas hasta que entre dos de ellas hubo un malentendido y la relación se rompió. Yo seguí siendo amiga de todas ellas pero por separado. Rebeca estaba casada y tenía dos niños como dos soles. Con el primer dinero que les dimos hizo un viaje a las islas Maldivas con su marido. A ella le encantaba todo lo exótico, sobre todo el mar y las islas tropicales. Su sueño era poder pasar cuanto más tiempo mejor en cualquiera de esos paraísos. Yo sabía que iba a hacer uno de esos viajes, lo que no me hubiera imaginado nunca fue la sorpresa que se trajo del viaje: ¡un bombo! Tenían dos niños y parecía que su marido se había quedado con las ganas de una nena y en una noche tonta en el pacífico la convenció.

La historia se repetía ya que de su luna de miel también volvió embarazada, la diferencia era que esta vez se trataba del tercero y además, tenía cuarenta y tres años. Nunca me hubiera imaginado a Rebeca con tres hijos, ni siquiera con uno porque cuando mis hijos eran pequeños miraba a los niños de reojo y casi no se acercaba a ellos, además, decía que no le gustaban, pero desde que tuvo a su hijo mayor parecía que eso de ser madre le había gustado e incluso se la veía encantada con su segundo embarazo pero, ¿tres? ¡Nunca lo habría imaginado!

Les encantó la escapada a Roma. Vinieron los cuatro, aún no tenían a la nena. Como al resto de mis amigas, disfruto mucho viéndola feliz y me sorprendió muchísimo su tercer embarazo. ¡Estaba claro que nos habíamos propuesto repoblar España!

ALICIA II:

Igual que la otra Alicia, también vivía en Villa Marchosa y también nos conocimos por nuestros hijos, que eran compañeros del cole y amigos. Pasamos buenos y malos ratos juntas, como cuando el cáncer se llevó a su hermana o cuando tomé la decisión más difícil de mi vida, separarme, la cual medité en su casa hablando con ella. También nos reíamos muchísimo. Con ella también podía ser yo misma, con mis rarezas incluidas, y no me hacía ascos. Estaba igual de chiflada que yo.

Ella ya tenía tres hijos. Hacía algo más de un año que se habían quedado un bar en traspaso en el pueblo y les vino muy bien el dinero que les pudimos dar.

Vista la marcha de embarazo colectivo que habían cogido mis amigas y conociendo a Alicia, tuve clarísimo que de haber podido, hubiera ido a buscar el cuarto hijo porque le encantaban los niños y le encantaba ser madre pero por ciertos problemas que tuvo con su tercer embarazo no era recomendable. Tengo que reconocer que tuve miedo porque sabía que ella, aún a pesar de las recomendaciones médicas, se lo habría llegado a plantear. Finalmente no lo hizo, o no le salió bien, nunca lo sabré.

También me encantó verla con la vida solucionada, más tranquila y viendo que su bar marchaba viento en popa. Vinieron los cinco a Roma. Sus hijos también eran adolescentes y amigos de mis hijos.

NURIA:

A Nuria la conocí en el Instituto. Formábamos una pandilla muy divertida de unas siete chicas, pero ella era especial y de todas es la única con la que seguí manteniendo una relación estrecha. Tal vez con la que más. A las demás las veía una vez cada dos o tres años, en una cena cena que se hacía de vez en cuando de antiguos alumnos.

Nuria también se había divorciado y su ex me caía fatal por lo mal que se lo había hecho pasar. Tenían una hija y hacía un tiempo que tenía una nueva pareja, Toni, con quien estaba muy feliz porque la trataba como ella se merecía. Nuria también había sufrido mucho con la enfermedad de su madre que había muerto de cáncer unos años atrás y la relación con el resto de su familia a raíz de aquel duro acontecimiento no era muy fluida. Yo quiero mucho a Nuria y me hizo mucha ilusión que disfrutara de aquel viaje con nosotros. Es mi alma gemela.

JÉSSICA Y LAS DOS PILIS:

También eran amigas de mi etapa en Villa Marchosa, aunque más tardía que con el resto. Las tres estuvieron ahí cuando las necesité y también les tenía mucho cariño, a cada una por sus motivos. Como la relación con ellas se había enfriado un poco más, no quise invitarlas al viaje para que no se sintieran obligadas. Tampoco les contamos lo del premio, pero me ocupé de ayudarlas económicamente sin que ellas supieran que era yo, haciéndoles la vida mucho más fácil.

O O O

SEXTA ETAPA: DEL 26 DE AGOSTO AL AL 2 DE SEPTIEMBRE: EN ROMA Y NÁPOLES CON MIS AMIGAS

En cuanto al viaje, pasamos seis días conociendo Roma, y dos en Nápoles, de donde era Guido, el marido de una de las Alicias. Éramos setenta personas, entre padres, hijos, guías, conductores, Evelyn y Reynaldo. Organizamos la etapa de la siguiente manera:

•*El primer día*, tras dejar a los amigos de Lucas en el aeropuerto de Fiumiccino y recogerlos a ellos, nos dirigimos al *Rome Cavalieri Waldorf Astoria Hotels & Resorts 5**. Estaba un poco apartado del centro de Roma, por lo que cada día dos autobuses de treinta y cinco plazas nos llevaba a nuestro destino y después de vuelta al hotel, pero nos resultó cómodo porque cuando estábamos en el hotel nos encontrábamos totalmente alejados del bullicio de Roma y muchísimo más relajados.

Sobre la una del medio día llegamos al hotel, descargamos las maletas, comimos y tras una necesaria sobremesa acudimos en autobús a nuestra primera cita: EL Vaticano. Teníamos que estar allí a las cuatro y media de la tarde para empezar una visita privada que costó muchísimo cerrar por parte de Luxetravel. Pasamos allí la tarde: primero los Museos Vaticanos, incluida la Capilla Sixtina, y después la Basílica de San Pedro. La visita además de ser privada incluía dos caterings, uno a eso de las seis y otro a las diez de la noche, así que salimos de allí a las once y media de la noche ya cenados. Fue una buena paliza para empezar pero nos encantó. Pudimos verlo todo perfectamente y escuchar a nuestros guías para enterarnos bien de todo.

El segundo día, empezamos nuestra ruta, una vez más, a las ocho y media de la mañana: Museo Etrusco Villa Giulia, Museo Ville Borghese, donde tras la visita disfrutamos de un almuerzo en la terraza, Pincio (mirador de Napoleón), Piazza del Popolo, donde pudimos ver las fuentes de Nettuno, de la Dea di Roma y del Sarcófago, el Museo Leonardo da Vinci y la Basílica de Sta. María del Popolo. Después Sta. María in Montesano, Sta. María dei Miràcoli y por último, visitamos la bella Villa Medici, donde además, nos prepararon una estupenda comida a la sombra de sus jardines. Imaginaos qué lujo, todas estas visitas de forma privada, sin más turistas que nosotros y adaptando los diferentes lugares para que pudiéramos disfrutar de suculentas comidas "capricho". Nos sentimos totalmente privilegiados.

Tras una estupenda charla con el café y unas cuantas risas, continuamos nuestro ambicioso recorrido: Trinità dei Monti, en cuya preciosa escalinata nos hubiéramos sentado gustosamente si no hubiera hecho un sol de mil demonios y un calor infernal, Piazza di Spagna con su Fuente Barcaccia, Piazza Mignanelli, Basílica Sant´Andrea delle Fratte, Piazza y Fontana di Trevi, Piazza del Quirinale, donde pudimos conocer, aunque sólo por fuera: Palazzo della Consulta, Palazzo del Quirinale, Palazzo della Paneteria y Scuderie del Quirinale. Por último, antes de volver a cenar al hotel, visitamos la Galería Nacional de Arte Antiguo en el Palacio Barberini.

Teníamos muchas ganas de ver la Fontana di Trevi pero resultó que necesitaba ser restaurada y ¡estaba en obras! Aquello ya era motivo suficiente para volver a Roma, pero aún así, algunas de mis amigas y yo, decidimos volver a las tres de la mañana cuando nuestras parejas e hijos dormían y lanzar nuestras monedas, suponiendo también que no habría gente, aunque al día siguiente se las quedaran los obreros porque tampoco había agua... Nos reímos mucho porque a pesar de ser totalmente ridículo, nosotras lo hicimos. Había una pasarela gracias a la cual pudimos ver bastante bien la fuente, pero

claro, no era lo mismo. Estuvimos allí hablando y riéndonos un buen rato, y eso fue lo mejor de la noche.

El tercer día, con mucho sueño tras la escapada nocturna, emprendimos de nuevo nuestra experiencia romana. Teníamos que ser puntuales porque nuestras visitas exclusivas se cernían a un horario, así que a las ocho y media en punto, estábamos en el Coliseo. Como había mucho que ver y mucho que explicar en aquella zona, pasamos allí la mañana, visitando además, el Arco de Constantino, el Palatino, el Foro Romano, la Basílica di San Pietro in Vincoli, donde pudimos ver el Moisés de Miguel Ángel, y los Foros de Augusto y Trajano. Tras comer estupendamente en el *Ristorante Pizzeria Vecchia Roma* y la ya clásica sobremesa que sustituía a mis casi olvidadas siestas, continuamos con las visitas de la tarde: En Piazza Venezia vimos la Fontana del Tirreno, la Fontana dell´Adriático, el Monumento a Víctor Manuel II, la Escalinata y Basílica di Sta. Maria en Ara coeli. Después el Campliodiglio con la copia de la Estatua ecuestre de Marco Aurelio, la Fontana della Dea Roma y los Museos Capitolinos. Estos últimos nos costó dos horas visitarlos pero fueron de las cosas que más disfrutamos. Salimos de allí a las siete y media, aún así, anduvimos un poco para conocer Sta. María in Cosmedín y la cripta que se encuentra bajo su altar, dedicada a Hércules, aunque no nos entretuvimos demasiado. Eso sí, gracias a que nos habían cerrado la Iglesia para la visita privada y no había casi gente por allí, no tuvimos que hacer mucha cola para ver La Bocca della Verità, donde nos hicimos un montón de fotos y metí la mano sacándola intacta. Tras esto, nos dirigimos paseando hasta la Isola Tiberina donde anocheció. De camino pudimos ver la Fontana della Verità, el Tempio di Ercole Vincitore y el Tempio di Portuno, ambos en el Foro Boario.

La Isola Tiberina nos decepcionó bastante, nos esperábamos otra cosa. No sé si porque ya era prácticamente de noche o porque estábamos muy cansados, pero no fue lo que nos esperábamos. Pero lo que vino a continuación sí que fue espectacular: un minicrucero nocturno por el Río Tíber con cena a bordo. Como la mayoría de cosas en aquel viaje de auténtico lujo, fue exclusivo para nosotros y nos acompañó una banda de jazz, mientras disfrutábamos de la suculenta cena que yo misma elegí. No era la que solían poner pero... la pusieron. Fue muy romántico y como estábamos tan cansados después de dos días y medio en los que exprimimos el tiempo al máximo, nos vino fenomenal aquella tranquilidad.

El cuarto día, lo pasamos completamente de relax en el hotel, reponiendo fuerzas tras las visitas maratonianas de los días anteriores, bañándonos, tomando el sol y disfrutando el spa. Tras la cena en el hotel, nos fuimos al Teatro de la Ópera a ver *"Madame Butterfly"*. Nos pusimos todos muy guapos. Para la ocasión yo me había ido con mis amigas a comprar ropa antes de salir en junio de Valencia, y preparamos a todos para que aquella noche fuera especial. Como el evento empezaba a las nueve, a las siete y cuarto estuvimos ya todos preparados para cenar en el jardín del hotel, con las mejores galas que llevábamos en nuestras maletas. Aquello no lo olvidaremos nunca. Fue espectacular, muy bonito, aunque la historia de *"Madame Butterfly"* muy triste. ¡Estábamos en Roma y en la ópera! Eso jamás lo habría imaginado, éramos unos verdaderos privilegiados. Creo que a pesar de todo lo que llevábamos vivido en aquel viaje, fue justo en ese momento cuando empecé a ser realmente consciente de la realidad: que soy una persona afortunada con mayúsculas. A mí ya se me había ido despertando la pasión por

la ópera a lo largo del viaje y aquella noche lo sentí, me emocioné y lloré. Menos mal que mis amigas ya conocen lo apasionada que soy...

El quinto día, volvimos a la carga y nos dimos otro palizón: por la mañana visitamos el Castillo de Sant´Angelo y el puente homónimo, el Museo dell´Ara Pacis, la Piazza Navona donde pudimos ver las Fontanas del Nettuno, del Moro, dei Fiumi y la Chiesa di Sant´Agnese in Agone. Cerca de allí, visitamos la Iglesias de S. Luis de los Franceses y el Pantheon. Comimos en el *Ristorante Pizzeria La Sagrestisa* y después visitamos la Piazza del Campo de´Fiori, Sant´Andrea della Valle, Largo di Torre Argentina, Chiesa del Gesù, Piazza della República, Chiesa di Santa Maria della Vittoria, Termas Diocleciano, Sta. Maria degli Angeli y Sta. Maria Maggiore. Volvimos a cenar al hotel.

El sexto día, empezamos con la Basílica de Santa Inés Extramuros y sus catacumbas, a las cuales me fue imposible entrar. Soy demasiado sensible y estas cosas me superan. Con las cosas de los muertos no puedo, por muchos años que hayan pasado. Lo intenté pero mi piel de gallina y mis mareos me lo impidieron, así que me quedé fuera esperando a los demás, y no fui la única. También visitamos el Mausoleo di Santa Constanza, que aunque también me inspiraba cierto rechazo, pude visitar. Después, la Basílica de Sta. Cruz de Jerusalen, Plaza de San Juan de Letrán donde pudimos visitar la Basílica del mismo nombre, la Scala Santa y el Palacio Letranense. Después el autobús nos llevó al barrio Trastévere y de camino hicimos una parada para ver la Porta de San Paolo y la Pirámide Cestia, de estilo egipcio y que se construyó sobre el año 12 a. C.

Comimos muy a gusto en el patio del *Ristorante Romolo nel giardino della fornarina*, tras lo cual dimos un buen paseo por el hermoso parque Gianicolo y acabamos de pasar la tarde en el hotel descansando y preparando todo para salir hacia Nápoles al día siguiente.

El séptimo día, un avión privado nos recogió en el aeropuerto para llevarnos a Nápoles. Puesto que yendo en avión nos ahorrábamos un buen rato, ese día madrugamos menos. A las doce y media estábamos en el *Grand Hotel Vesubio 5**. Dejamos las maletas y nuevos autobuses nos esperaba para llevarnos a Pompeya, donde comimos en *Ristorante Casa del Fauno*, antes de pasar la tarde recorriendo las ruinas de la ciudad que fue destruida por el Vesubio en el año 79 d. C.

Aquella visita que a todos dejó maravillados, a mí me dejó muy impactada, no sé si por mi gran empatía y por mi facilidad para ponerme en situación, pero no me dejó muy buen cuerpo. Ya os he dicho que soy extremadamente sensible a los temas de los muertos y allí pudimos ver cómo personas de carne y hueso como nosotros habían quedado totalmente petrificadas. Realmente me puso muy nerviosa el pensar que ahí mismo seguía aquel volcán y que en cualquier momento podía volver a ponerse en marcha. No entendía cómo la gente podía seguir viviendo ahí tan tranquila. Desde luego que para mí aquella fue una experiencia única, no sólo por la posibilidad de poder observar y pasear por una ciudad romana que se conservaba prácticamente intacta, sino también por la cantidad de sentimientos encontrados que cuanto allí pude ver y escuchar me produjo.

El octavo día lo pasamos en Nápoles. Como uno de nuestros amigos, Guido, es de allí y hacía tiempo que no veía a su familia, pasamos el día con alguno de sus primos, que

se sumaron al grupo para visitar los lugares que teníamos programados en nuestro recorrido: Castel Nuovo, en la Piazza del Plebiscito: la Basílica San Francisco de Paula, Palazzo Reale, Palazzo de la Prefectura, Palazzo Salerno y estatuas ecuestres de Carlos III y Fernando I. También la Galería Umberto I y el precioso Teatro San Carlo, que me dejó absolutamente maravillada y es posiblemente el que más me gustó de todo el viaje. Tras comer en *Trattoria San Ferdinando,* visitamos la Piazza del Gesù Nuovo, Iglesia di Sta. Chiara, Capella San Severo, San Genaro en el Duomo de Nápoles y recorrimos la preciosa Vía S. Gregorio Armeno, donde pudimos admirar el impresionante trabajo que hacen los artesanos de figuritas de belenes, algo tan típico de Nápoles. Me hubiera gustado llevármelas todas pero no teníamos tiempo, así que, como algunas de ellas tenían tienda on line, pensé en echarles un vistazo cuando volviera a Valencia.

Aquí nos despedimos de los primos de Guido, para dirigirnos a nuestra última visita ya casi anocheciendo: el Castel dell´Ovo, que estaba justo enfrente de nuestro hotel. Después, cenamos en el puerto y a la mañana siguiente Lucas y yo partimos temprano hacia la isla de Capri, a pasar los últimos días de nuestro viaje. Esta vez solos, que ya teníamos ganas. Ellos acabaron de pasar el día en Nápoles y por la tarde de nuevo en avión privado, volvieron a Valencia. Javier, Leire, Evelyn y Reynaldo volvieron con ellos.

Acababa el verdadero viaje en familia y Lucas y yo estábamos muy satisfechos. Todo había salido bastante bien, aunque con alguna anécdota mejorable. Visitamos las ciudades más emblemáticas de Italia alojándonos en los hoteles de lujo más fabulosos, disfrutamos de la Toscana, de playas y lagos... Hubo viajes en globo, en barco, en tren, en funicular, excursiones en kayak, túnel de viento, visitas absolutamente privadas y llenas de lujo a lugares fascinantes llenos de belleza e historia, el descubrimiento de la ópera, de la gastronomía italiana y sus fabulosas joyerías, cenas de lujo en palacios de ensueño, visitas a los museos más inesperados, catacumbas, ruinas, volcanes, aviones privados, adolescentes devorando hamburguesas en una tregua entre tanto lujo culinario, risas y mil batallas contadas y cantadas, sentimientos a flor de piel, asperezas limadas con familiares y amigos, nuevas amistades que empezaban a florecer... y fuimos absolutamente felices. Ver a todos unidos disfrutando tanto como nosotros, maravillados con tanta belleza, bien merecía los tres millones de euros que nos costó aquel viaje. Pero nos faltaba algo más de intimidad y romanticismo...

“He venido aquí esta noche,
porque cuando te das cuenta
de que quieres pasar
el resto de tu vida con alguien,
deseas que el resto de tu vida
empiece lo antes posible.”

Cuando Harry conoció a Sally. (1989)

CARUSO

Por fin solos, el día tres de septiembre partimos desde el puerto de Nápoles hacia la isla de Capri. Salimos en el Ferri de las diez de la mañana, con pena por dejar allí a todos, sobre todo a Leire y a Javier, pero con la paz absoluta que nos ofrecían aquellas aguas tranquilas y las ganas de abrazarnos, mirarnos, decirnos, besarnos... sin estar pendientes de nada ni de nadie, excepto el uno del otro. Nos alojamos en el *Capri Palace Hotel & Spa 5**, para seguir con la línea del lujo hasta el final. Realmente estos días fueron de descanso total: dormimos, paseamos, tomamos el sol, nos bañamos en la piscina privada que tenía nuestra suite, hicimos una excursión en barco, comimos y cenamos mirando al mar, disfrutamos una vez más de los tratamientos y el spa que el hotel nos ofrecía, hicimos un repaso del viaje y hablamos del futuro, de que tal vez pronto tuviéramos un bebé en brazos, de cómo nos había cambiado la vida y de que si dos años atrás nos hubieran dicho que viviríamos situaciones como las que habíamos vivido los dos meses y medio anteriores y como aquella misma, jamás nos lo hubiéramos creído. Yo siempre supe que me iba a tocar la lotería pero nunca me imaginé que aquello pudiera superar mis expectativas.

Aquellos días fueron verdaderamente fabulosos. Fue como un renacer de nuestro amor. Nos brillaban los ojos, podíamos pasarnos minutos mirándonos y sonriendo sin más, sin decir nada y diciéndolo todo, como al principio. Estábamos más vivos que nunca, con aquellas energías renovadas que nos hacía sentir como auténticos dioses, dioses del amor... y del sexo. Hicimos el amor en la cama, en el sofá, en la terraza, en la piscina, en el baño, en la jacuzzi, en el mar... Fueron realmente unos días maravillosos, pero aquel viaje aún me deparaba más sorpresas...

Tras pasar tres noches en Capri (habíamos pagado cuatro), Lucas me dijo que me tomara una biodramina para no marearme, que íbamos a hacer las maletas y nos íbamos, pero no me podía decir dónde, que era una sorpresa...

—Pero cariño, si hemos pagado cuatro noches...

—No importa. Nos vamos.

—Estoy muy a gusto aquí.

—Calla y recoge.

—Cariño, a más de seis mil euros la noche...

—No me lo recuerdes. Venga, nuestro barco sale en una hora y media, no podemos llegar tarde.

—Pero, ¿a dónde vamos?

—Ya lo verás, tú sólo disfruta. - se le veía bastante nervioso y yo no entendía nada.

Efectivamente salimos de allí en una lancha que nos estaba esperando, a nosotros y al poco equipaje que llevábamos ya que el otro se lo habían llevado a Valencia. Lucas me tapó los ojos aún a riesgo de que cogiera un buen mareo. No tardamos demasiado en llegar a puerto. Yo seguía con los ojos tapados. Me llevó por donde quiso, incluso en un

ascensor. Yo no sabía dónde estaba. Cuando me quitó el pañuelo de los ojos ya era casi de noche. Miré a mi alrededor: una preciosa terraza con vistas al golfo de Sorrento, una mesa con velas, y de pronto empezó a sonar una de las canciones más bonitas que he oído en mi vida: "Caruso". Sus primeros compases ya me pusieron los vellos de punta, pero lo que vino a continuación... No me lo podía creer. Lucas, con una rodilla en el suelo, los ojos vidriosos y un pedrusco en la mano...

—Cariño, no sé si voy a ser capaz de decir esto, estoy muy nervioso – yo lo miraba maravillada con cara de sorpresa e incredulidad - Así que voy a ir al grano: ¿quieres casarte conmigo?

—¿En serio? - no fui capaz de decir otra cosa...

—Claro, en serio, cuando tú quieras.

—Claro, claro que quiero. - rompí a llorar y me arrodillé con él, fundidos en un abrazo.

—Te quiero.

—Te quiero con todas mis fuerzas. Qué feliz me has hecho esta noche.

Y tras unos minutos en los que ninguno de los dos podíamos parar de llorar, empezamos a cenar. Cuando me recompuse y pude hablar le pregunté que cuándo había tomado esa decisión, que cuándo había comprado el anillo y por qué allí, por qué me lo pedía en aquella terraza. Una pregunta detrás de otra, sin dejarle hablar.

—Pues lo he decidido durante el viaje, al ver que estábamos tan felices tanto con tu familia como con la mía y al ver que has puesto tanto de tu parte para que la etapa con mis amigos saliera tan bien. Me hiciste muy feliz y yo también quiero hacerte feliz a ti. Además, la sensibilidad que descubrí en ti cuando te rompiste ante *"El Nacimiento de Venus"* en Florencia, aquella fortaleza y fragilidad a la vez, me hicieron descubrir en ti matices que no conocía. Ya te quería pero en aquel momento me volví a enamorar, de tu sensibilidad, de tu alma. - Las lágrimas corrían por mis mejillas como un río desbordado - El anillo lo compré en Roma mientras tú estabas en el spa. Tus amigas fueron mis cómplices y ellos me acompañaron. ¿No sospechaste nada?

—Nada, en absoluto. Pero, además, es mi talla...

—Eso fue cosa de Evelyn, que me dio un anillo tuyo para que me lo llevara y luego ella misma lo devolvió a tu joyero.

—Vaya, siempre me sorprendes, pero, ¿por qué aquí? ¿dónde estamos?

—Estamos en Sorrento, en el Grand Hotel Excelsior Vittoria y ésta es la habitación en la que se instaló Lucio Dalla y que le inspiró la canción que tanto te gusta y que acaba de sonar.

—¿en serio?

—Sí, pero lo mejor no creo que lo sepas: la historia de esa canción.

—¿La sabes?

—A Lucio Dalla se le estropeó su barco muy cerca de aquí y tuvo que quedarse a hacer noche, con la casualidad de que sólo había habitaciones libres en este hotel y ésta era la única. Cuando vio el piano en la habitación no pudo evitar preguntar, pero sólo le dijeron que era el piano de Enrico Caruso, el famoso tenor. A él le picó la curiosidad y decidió indagar más, y en el puerto encontró respuestas: le contaron una historia muy triste y a él le conmovió tanto, que escribió la canción.

—¿Qué historia?

—Caruso vino enfermo de América y se se instaló durante dos meses en este hotel, en esta misma habitación. Era el verano de 1921 y hacía mucho calor, por lo que una noche ordenó sacar su piano a la terraza. A pesar del dolor que le provocaba su enfermedad, decidió seguir dando clases de canto a una joven de la que estaba enamorado. Él, sintiendo cerca la muerte, quería disfrutar de la belleza de sus ojos verdes, que lo miraban con admiración mientras cantaba para ella. Dicen que cantaba tan fuerte y con tanto sentimiento que los pescadores de Sorrento volvían al puerto para escucharlo... Tras aquella noche partió a Nápoles, donde murió dos días después en el Grand Hotel Vesubio, siendo aquel su último concierto.

—Pero ese es el mismo hotel en el que hemos estado nosotros, ¿no?

—Exacto. Esa es la historia que le contaron a Lucio Dalla y que le inspiró la famosa canción "Caruso", una canción dedicada a aquel amor, a aquel sufrimiento de un hombre que amaba sin tiempo a aquella mujer, y a la música...

—No tenía ni idea. Pero ¡qué bonito y qué triste a la vez!

—Sí, cariño.

—Me encanta que te hayas decidido a que nos casemos y me encanta que me lo hayas pedido aquí, en este lugar, con esta historia, con esta canción... Te amo y no puedo ser más feliz.

En mi cabeza volvían a sonar algunas palabras de la canción que describían perfectamente aquel momento que estábamos viviendo y que en castellano sería algo así:

"Aquí donde el mar reluce,
y sopla fuerte el viento,
sobre una vieja terraza,
frente al golfo de Sorrento...
Un hombre abraza a una muchacha,
después de haber llorado,
después se aclara la voz
y recomienza el canto:
Te quiero tanto amor,
pero tanto, tanto... sabes...
es una cadena ahora,
que funde la sangre en las venas,
sabes... "

Era precioso lo que decía aquella canción, aunque tengo que decir que sonaba mejor en italiano y aún mejor en aquel momento, en aquella terraza donde Lucas me estaba pidiendo matrimonio. Yo deseaba aquello más que nada, aunque ya lo había dado por perdido. Pero cuando menos lo esperaba, ahí estaba él... Casi no había visto el anillo con la intensidad del momento y con aquella historia tan fascinante. Era precioso, un solitario de platino y un brillante, como a mí me gustaba. Creía que no escuchaba cuando se lo decía pero resultaba que sí.

Me encantó, me encantó todo. Ahora sí que no quería volver a casa, quería quedarme allí con él y con aquella historia que ahora era nuestra.

Aquella noche volvimos a hacer el amor con pasión y lágrimas en los ojos. Aquella noche, la última noche, yo también me volví a enamorar de aquel hombre

extraordinario que al fin valoraba mis esfuerzos, reconocía y aplaudía mis virtudes y una vez más, me mostraba las suyas...

"A veces creemos que la vida
nos dice no, cuando en realidad,
sólo nos está diciendo espera."

Anónimo.

LO BUENO SE HACE ESPERAR

El sol entraba tímidamente por la ventana y una suave brisa acariciaba nuestras pieles. Lucas empezó a darme besos por la cara y el cuello como cada mañana desde hacía años. Al despertar me di cuenta de que ya no estábamos en Italia. Aquellas sábanas de lino arropaban nuestros cuerpos desnudos. Miré a mi alrededor y pude ver un ramo de tulipanes sobre la cómoda con una nota que no alcanzaba a leer. Quise levantarme a leerla pero Lucas no me dejó. De nuevo empezó a besarme...

—Bienvenida a casa, Dña. Sara - me decía entre besos.

—Mmmmm, me encanta estar en casa.

Y ya no me dejó hablar más. Su boca siguió acariciando mi boca y sus manos recorrieron mi cuerpo con fuerza hasta conseguir que no tuviera excusa para entregarme al amor que sentía por aquel hombre que llevaba años dedicado a hacerme feliz. Aquella mañana hicimos el amor como en Capri, con pasión y lágrimas en los ojos. No sé por qué, pero fue especial. Ni aún en nuestros últimos días en Italia en los que pudimos vivir una pequeña luna de miel lo habíamos hecho así, con aquella pasión... realmente no había mejor forma de empezar el día, o eso creía yo...

Tras aquella muestra mutua de pasión, él besó mi mano, en la que se hallaba el anillo que dos noches antes colocaba en mi dedo pidiéndome, por fin, que me casara con él. Besó mi mano y yo le correspondí acariciando su rostro y de nuevo brotaron lágrimas en mis ojos. Me invitó a levantarme y me llevó de la mano hasta el cuarto de baño donde había preparado un baño de espuma para los dos, con pétalos de rosas y música de fondo, que me hizo recordar la primera vez que pudimos disfrutar de una escapada romántica, pero esta vez lo disfrutamos más. Nos metimos en aquella enorme bañera redonda, rodeados de agua templada y espuma de baño (The ritual of Sakura bath foam, de Ritual Cosmetics, con flor de cerezo y leche de arroz, mi favorita). Al lado había preparado una bandeja con fruta cortada que disfrutamos durante el baño y con la que unos minutos después acabaríamos jugando...

Sí, sí podía continuar mejor el día... Salí de la bañera secándome con mi albornoz de algodón egipcio naranja, (me encantan los colores alegres, sobre todo en verano, me dan vida), me sequé y unté todo mi cuerpo con la crema corporal de la misma gama. Me encantaba aquel olor en mi piel. Tras realizar mis rituales diarios de cabello y cutis salí de la habitación con mi bata de seda favorita, sin nada debajo, como me gustaba estar en casa, encantada de sentirme en mi propia piel, y me dispuse a subir al piso de arriba para desayunar. Cuando subí, las sorpresas continuaban: el ramo de tulipanes ahora estaba en la mesa de la terraza con la nota que antes no había podido leer, la mesa dispuesta para que acabáramos de desayunar con zumo de naranja recién hecho, tostadas de tomate, café con leche, una caja de bombones y el detalle que más me gustó: *"Fígaro"* sonando de fondo...

Me aficioné a la ópera durante nuestro viaje a Italia, y aunque ésta y otras canciones las había oído mil veces, nunca como allí, porque no sólo las escuché, también

pude sentirlas y disfrutarlas y *"Fígaro"* de la ópera *"El barbero de Sevilla"* me daba muchísima alegría y vitalidad. También sonaron otras canciones como *"Nesum Dorma"*, menos alegre aunque preciosa, *"La donna è mobile", "Funiculì, funiculà"*, *"´O sole mio"*, *"Torna a Surriento"* o mi favorita: *"Carusso",* todas cantadas por Pavarotti. Cada una de aquellas canciones nos recordaban algún momento de aquellos dos meses maravillosos en Italia. Desayunamos con ellas de fondo, recordando mil anécdotas y comentando lo que más nos había gustado del viaje que había sido prácticamente todo. Pues parecía que sí, el día podía ser mejor... Por fin pude leer lo que decía la nota: *"Hoy empieza el resto de mi vida... y me encanta que sea a tu lado"*.

Teníamos que ir a recoger a los niños al pueblo ya que habían pasado aquellos días allí con su familia. De camino pararíamos a comer en nuestro japonés favorito que estaba en L´Eliana, a mitad de camino, y luego iríamos a recogerlos.

Al cabo de unas hora ya estábamos con ellos. ¡Qué ganas tenía de abrazarlos! ¡Me reconfortaba tanto estar de nuevo con ellos! Realmente cuando estábamos los cuatro juntos era cuando yo podía sentir la verdadera plenitud de mi vida.

Volvimos a Valencia y pasamos la tarde con ellos en casa tranquilos ya que habíamos quedado para cenar con nuestros padres y así, poco a poco, fuimos retomando nuestra vuelta a la normalidad, aunque al día siguiente salíamos otra vez de viaje, esta vez a Barcelona y por motivos diferentes.

Como aún faltaban un par de semanas para que empezara el curso escolar, decidimos que los niños vinieran con nosotros a Barcelona y de paso conocer una ciudad que, teniéndola tan cerca, nunca habíamos tenido la oportunidad de visitar, ya que las veces que habíamos ido había sido en el día y sin oportunidad de ver nada.

Íbamos a tener una cita con nuestra doctora en la clínica de reproducción asistida. Podíamos haberlo hecho en el IVI, en Valencia, pero allí nos pusieron muchas pegas porque, a pesar de la endometriosis, realmente no parecíamos tener problemas de fertilidad como otras parejas. Lo que en realidad pretendíamos era intentar evitar que nuestro hijo o hija naciera con alguna enfermedad hereditaria o la predisposición a padecerla, como cáncer, retinosis pigmentaria o fibrosis, entre otras enfermedades que existían en nuestras familias. Por otro lado, realizando la técnica de fecundación in vitro con diagnóstico pre implantacional (DGP) pretendíamos ganar el tiempo que no nos sobraba e intentar evitar posibles abortos tan comunes a nuestra edad . Aún así, no tendríamos la certeza al 100% porque esto de la reproducción humana resultaba ser bastante más complicado de lo que siempre habíamos creído. En esta clínica de Barcelona no nos pusieron ningún tipo de problema, tal vez porque a priori con nosotros había más posibilidades de éxito que con otras parejas y eso favorecía sus estadísticas. A nosotros nos daba igual cuál fuera su motivo mientras consiguiéramos nuestro propósito y la atención que estábamos recibiendo desde el primer día era exquisita.

Pasamos seis días en Barcelona en los que nos alojamos en el *Hotel W Barcelona*, más conocido como "El Vela" y pudimos visitar diferentes lugares de interés, hacer algunas compras, conocer sus playas y planificar el tratamiento que empezaríamos en octubre con mi siguiente ciclo menstrual, ya que justo aquel día me vino la regla y teníamos que empezar el segundo o tercer día de ciclo y era muy precipitado.

Nos repitieron algunas de las pruebas para comprobar que ambos habíamos mejorado los resultados que habíamos obtenido cinco meses antes y así era: estábamos preparados para empezar nuestra aventura.

Pasamos unos días estupendos los cuatro solos, que también nos hacía falta. Conocimos y disfrutamos Barcelona y nos reímos mucho, como siempre hacíamos cuando estábamos juntos en casa. Nuestras comidas y cenas eran bastante divertidas siempre y allí no iba a ser menos.

La vuelta a la rutina fue un poco más dura, sobre todo para los niños que tenían que volver a clase en unos días y después del gran verano que habían disfrutado, no tenían ningunas ganas. Lucas seguía de excedencia y yo en realidad había estado trabajando todo el verano a distancia porque había seguido en contacto con nuestros asesores para el tema de las inversiones y de hecho habíamos llevado a cabo varias operaciones.

Yo sólo podía pensar en que en octubre iba a estar embarazada y en todo el proceso que íbamos a vivir. Me habían dado unas pastillas anticonceptivas para que me viniera mi siguiente menstruación de forma puntual y además, en cuanto ésta llegara tenía que empezar a pincharme unas hormonas durante unos días y tomarme unos cuantos medicamentos más. Todo aquello era carísimo. No sólo el proceso sino también la medicación. Además, en muy pocos casos lo cubría la seguridad social. A nosotros no nos hacía falta, pero pensábamos en cuántas parejas habría que nunca tendrían hijos por no poderse permitir aquello. ¡Qué injusto!

En cuanto vino mi menstruación de octubre, puntual como se esperaba, empecé con el tratamiento y nos fuimos de nuevo a Barcelona porque tenían que ir controlándome durante el proceso para ver si la reacción de mi cuerpo era la adecuada. Y allá nos fuimos de nuevo, esta vez los dos solos y por unos cuantos días más ya que pensamos que sería mejor pasar el proceso allí, cerca de la clínica. Nos alojamos en el *Hotel AbaC Barcelona 5*.*

Me lo habían avisado por activa y por pasiva pero yo, nunca creía que eso me pasaría a mí: mi cuerpo reaccionó a la medicación, sí, pero de forma desmesurada y eso que estaba bien controlada. Sufrí lo que se llama una hiperestimulación. Leve, afortunadamente, aunque podía haber tenido consecuencias nefastas para mi salud si hubiera ido a más. A consecuencia de ello, el proceso resultó bastante más productivo de lo esperado a mi edad y tras mi endometriosis, aunque pararon mis pinchazos un par de días antes de lo esperado y pasaron a darme la Hcg para madurar los óvulos antes de lo previsto. Tras aquellas horas de maduración de mis óvulos, me hicieron la punción para extraerlos y proceder posteriormente a la fecundación. Ellos ya habían visto en la ecografía que había muchos folículos pero pensaban que muchos de ellos estarían vacíos y no servirían. Cuál fue la sorpresa al realizar la punción: los doctores consiguieron extraer de mis ovarios ni más ni menos que ¡dieciséis óvulos!. Era una barbaridad. Con razón lo pasé tan mal durante el proceso.

Si mis ovulaciones normales ya eran bastante dolorosas, aquello fue realmente horrible: mi humor imposible, igual reía que lloraba y podía volver a llorar en menos de diez minutos, no me aguantaba ni yo, mi barriga hinchada como un globo que parecía que iba a explotar, dolor de vientre, de riñones y de piernas, angustia, todo me sentaba mal, no podía ir al baño, creo que de la misma presión que aquella inflamación ejercía

sobre mi intestino, aumenté de talla y los pechos me dolían, los tenía hipersensibles. Era como un síndrome premenstrual a lo bestia y encima me entraban ganas repentinas de tener sexo pero no conseguía tener un orgasmo lo cual me enfurecía más porque tenía toda aquella energía acumulada en mí que no conseguía sacar. Los nervios a flor de piel y ansiedad, mucha ansiedad. Creo que si después de aquellos días Lucas no me mandó a la mierda, ya nunca más lo hará. Creo que nunca he estado tan insoportable.

La punción para extraer los óvulos también fue bastante traumática para mí porque aunque yo sabía que tendría que entrar a un quirófano, tuvieron que ponerme anestesia general en lugar de epidural porque de tanta ansiedad que tenía no era capaz de entrar. Empecé a llorar, a ponerme histérica y a decir que me iba a morir de dolor y no sé cuantas otras cosas más, como una niña pequeña. Fue vergonzoso, lo sé, pero es que la ansiedad es así, te hace hacer y decir esas cosas que si estuvieras tranquila nunca harías ni dirías. Te hace ser otra persona. La odio.

Tras la anestesia me desperté mucho más tranquila, aunque con dolor y aquella noche tuve que pasarla en el hospital, algo poco habitual. Como me dolía tanto y estaba tan nerviosa, no quería que me quitaran los goteros. ¿En serio no era posible pasar por aquello sin tanto dolor? ¡¡¡Pues menos mal que mi síndrome de hiperestimulación ovárica era leve!!!

Sólo doce de los dieciséis ovocitos extraídos eran maduros, aunque como me explicaron, cabía la posibilidad de que ninguno fuera finalmente fecundado. Aquello fue muy difícil de asimilar para mí. ¿En serio después de todo aquel padecimiento existía la posibilidad de que ninguno de los doce saliera adelante? Pues sí, aquella era la cruda realidad. Pero hasta para eso tuvimos serte. Tras ser realizada en el laboratorio la inyección "intracitoplasmástica", es decir, la introducción de un espermatozoide en cada uno de los óvulos, vieron que se había producido la fecundación en diez de ellos. Estaba siendo todo un éxito, de momento. Teníamos diez embriones fecundados a la primera, éramos unos afortunados, todo iba mejor de lo previsto.

Una vez analizados los diez, mediante el diagnóstico genético preimplantacional, sólo quedaron cinco embriones libres de las enfermedades que nos preocupaban. Dos de ellos de calidad A y los otros tres de calidad B. Las posibilidades se habían reducido a la mitad y aquello nos asustó bastante. Entonces, ¿eso quería decir que la mitad de nuestros embriones tenía algún tipo de malformación congénita o era portador de alguna de las enfermedades que estábamos intentando evitar? ¿realmente teníamos problemas para conseguir un embarazo y hubiéramos acabado recurriendo a esta técnica de todos modos? En un principio contábamos con doce ovocitos maduros y al finalizar el proceso sólo con cinco embriones. Era menos de la mitad. Encima yo no me encontraba bien del todo: seguía hinchada como una bota, con dolor abdominal, de riñones y de piernas, como si no me circulara bien la sangre. Estaba muy cansada. Lola, que así era como se llamaba nuestra doctora, intentó tranquilizarnos:

−Nos os pongáis así, todo está saliendo perfectamente.

−¿Perfectamente? Teníamos doce esperanzas y en unas horas sólo quedan cinco.

−Eso es muy normal. Imaginad si no hubiéramos hecho la selección, probablemente te hubiera costado quedarte embarazada y también probablemente hubieras sufrido algún aborto. De este modo, aunque no puedo asegurarte que no

suceda, estamos reduciendo bastante las posibilidades porque hemos descartado a todos los embriones que eran de mala calidad.

—Pero, ¿por qué en esta última etapa se ha visto reducido el número a la mitad?

—Justo porque es el momento en el que se seleccionan los que no son portadores de enfermedades o malformaciones y la mitad de ellos lo eran.

—Pero, un cincuenta por ciento son muchos, ¿no? Y más después de perder a los otros dos en la primera fase.

—No Sara, es bastante normal, incluso te diría que hay parejas que no llegan ni al DGP porque no llegamos a conseguir la fecundación y otras que no consiguen obtener, ni de lejos el número de ovocitos maduros que vosotros habéis conseguido. Creedme. De momento, va todo bien, debéis calmaros y pensar que tenemos cinco hermosos embriones y eso ya es mucho.

Realmente Lola tenía toda la razón; sólo se estaba poniendo en práctica toda la teoría que previamente se nos había explicado. Parecía que lo teníamos clarísimo pero tal vez con el éxito en la obtención del número de embriones, habíamos pensado que toda aquella teoría no iba con nosotros. Pero ahí no quedaba la cosa: Lola me comunicó que el equipo médico había decidido no transferirme los embriones y que estos iban a ser criopreservados. Ello se debía a la hiperrespuesta de mi cuerpo, ya que era mejor dejar descansar al cuerpo y transferirlos en otro ciclo.

—Pero entonces seré más vieja. Cada minuto que pasa soy más vieja.

—No te preocupes por eso, los embriones ya los tenemos y es mejor esperar uno o dos ciclos para que tu cuerpo se recupere.

—¿Tanto? ¿Por qué?

—Porque con una hiperestimulación, si se produce el embarazo puede complicarse la cosa y no queremos que eso suceda.

—No, no. Pero, ¿por qué me ha pasado eso?

—Eso les pasa a algunas mujeres. Aunque en tu caso es leve, si se produce el embarazo puede complicarse y es mejor no arriesgarse. Lo más probable es que con una regla todo vuelva a la normalidad pero siempre es mejor esperar dos para que tu cuerpo se reponga y se relaje. Después procederemos a la implantación.

—Ufff. Entonces, ¿nos vamos sin embarazo?

—Me temo que sí. Pero sólo hasta dentro de un par de meses.

—Eso es prácticamente en Navidad.

—Si tus períodos son puntuales, para lo cual también te daremos medicación, para mitad de diciembre podemos hacerte la transferencia. Hay que esperar que te venga la regla y la siguiente controlada con pastillas. Además, así aprovechas las fiestas navideñas para que te cuiden un poquito.

—Bueno, si no hay más remedio. Me has dejado muy chafada.

—Piensa que sólo lo hemos retrasado un par de meses por tu salud y lo llevarás mejor.

Al día siguiente volvimos a casa sin avisar, antes de lo esperado y pensando todo el camino cómo decírselo a los niños que ya me esperaban embarazada, después de tantos días. Fue un palo para todos pero decidí tomármelo por el lado bueno pero para eso necesitaba la ayuda de mi terapeuta así que al día siguiente nos hizo un hueco en su agenda. Estábamos desilusionados, ¿para qué nos íbamos a engañar?

"El 90% del éxito se basa
simplemente en insistir."

Woody Allen.

NADIE DIJO QUE FUERA FÁCIL

Tenía casi dos meses por delante para prepararme mejor ya que había transcurrido todo muy deprisa tras el viaje. Además, podía perder los seis kilos que había cogido con el tratamiento y así recibir a mi bebé con el cuerpo mejor preparado. Decidí dedicarme a mí y a disfrutar de la soledad de mi casa durante aquel tiempo. Tras aquellos meses en Italia siempre rodeados de gente y ahora esta desilusión, necesitaba paz. Necesitaba estar conmigo misma.

Tenía cosas pendientes y aquellos meses me vinieron genial para hacerlas antes del embarazo. Llevaba tiempo queriéndome hacer la micro pigmentación del eyer liner y de los labios. Algo suave y discreto pero que me ayudara en esos días en los que el perro negro aún se pasaba por mi casa y era incapaz de nada, ni siquiera de ponerme una crema hidratante en la cara. Pensaba que aquello me ayudaría a verme mejor y me levantaría un poco el ánimo. Lo quería muy suave, que marcara cuanto apenas la línea del ojo y en los labios todo relleno pero de un color parecido al mío pero ligeramente más elevado y que me diera un aspecto natural. También quería hacerme un tratamiento capilar con ácido hialurónico, un peeling facial y repasarme todo el cuerpo de láser. Además, había algo que había echado mucho de menos aquellos meses: mi ejecutivo rosa.

Aproveché el tiempo que tenía entre sesiones de belleza, dieta y ejercicio y me encerré en mi despacho a escribir. Era curioso cómo al sentarme en aquel sillón fluían las palabras. Ya que mis libros habían empezado a venderse como churros, mi editora no hacía más que pedirme una nueva novela. Le prometí que, en cuanto estuviera embarazada, aprovecharía esos meses para escribir pero empecé antes ya que durante el viaje a Italia había tenido un par de ideas y tenía ganas de plasmarlas en el papel.

El día veintinueve de noviembre me realizaron, por fin la tan ansiada transferencia. Fue sólo un embrión porque Lola nos dijo que era mejor que viniera uno sólo y que siempre que podía implantaban nada más que uno, que creía que todo saldría bien.

Durante la transferencia, realmente no sentí nada y además, fue muy rápido. Sólo me dio tiempo pensar "Bienvenido a casa, pequeño, soy mamá" y en ese mismo momento Lola me dijo:

—Ale, este embrioncito ya está en tu útero. Ahora, a esperar a que se produzca la implantación de la forma más tranquila que puedas.

—¿Ha ido todo bien Lola?

—Por supuesto cariño, ahora a descansar y a esperar.

Realmente nos dijeron que no era necesario hacer reposo, que podía seguir una vida normal, pero ya que estábamos en aquel hotel tan bonito de Barcelona y ese año aún no había llegado el frío, decidimos quedarnos un par de días allí descansando. Sólo nos movíamos para dar paseos relajantes por los maravillosos alrededores del hotel. Fue realmente romántico y creo que aquello nos unió más aún, si es que era posible. La verdad es que a pesar de lo diferentes que somos tengo la suerte de tener conmigo al

mejor hombre del mundo. Lo amaba tanto que era imposible verbalizar aquel sentimiento y en aquel momento en el que estaba tan sensible le necesitaba mucho a mi lado y ahí estaba siempre, sin fallar.

Al volver a casa, los niños nos habían organizado una pequeña bienvenida en la terraza. Habían llamado a nuestros padres y nos habían preparado una buena cena con ayuda de Evelyn. Aquello nos gustó mucho porque pudimos ver que no estábamos solos en aquella aventura. Ellos también estaban ilusionados, algo que por otra parte también me daba miedo. Aunque no quería pensar ni por un momento que las cosas salieran mal, era una posibilidad que no sólo iba a influirme a mí y aquello me llenaba de responsabilidad. Una responsabilidad que no era mía pero que una vez más yo estaba asumiendo como tal.

El día 10 de diciembre fuimos a ver al doctor, que nos llevaría el embarazo aquí en Valencia y la enfermera nos hizo la beta. (Así es como se llama la prueba). No me lo podía creer: NEGATIVO. El doctor me vio tan convencida de que no podía ser verdad que me comentó la posibilidad de repetirla cinco días más tarde porque haciéndola tan pronto podía dar un falso negativo. No era lo normal, pero podía ocurrir.

Pasé aquellos cinco días antes de repetirme la beta fatal, llorando todo el día y repitiéndome que no podía ser verdad, que aquello no me podía estar pasando a mí. Llegó el día, repetimos la prueba y nada, NEGATIVO otra vez. Aquello no había salido bien y no había nada que hacer. Por mal que me sintiera, por más que llorara no había embarazo por ningún sitio. Pero, ¿por qué? Se suponía que teníamos muchas posibilidades de quedarnos de manera natural, que hacíamos aquello porque queríamos y además los médicos habían seleccionado a los mejores embriones así que no entendía nada. Llamé a Lola llorando. Ella esperaba mi llamada y al oír mi voz se imaginó el resultado.

—No llores cariño, ya te dije que esto es más normal de lo que pensamos.

—Sí, pero habéis elegido a los mejores, ¿no?

—Claro, tenemos a los mejores y son de buena calidad. Lo vamos a conseguir.

—No, no voy a tener más hijos. Soy vieja. - una vez más la ansiedad se apoderó de mí y me llenó la cabeza de pensamientos negativos, de barreras que sólo yo podía superar.

—No, no digas eso. Hemos conseguido los embriones y aún nos quedan varios intentos. Tienes que ser positiva e ir preparándote para la siguiente transferencia. ¿Cuándo quieres que la hagamos?

—No sé si quiero hacerla.

—¿Pero qué dices? No puedes rendirte ahora.

—Sí, sí puedo. Yo no hice esto para sufrir. Igual es un castigo por jugar a ser dioses y está claro que hay cosas que el dinero no puede pagar.

—Uy, creo que estás demasiado afectada. Creo que deberías volver a ver a tu terapeuta, hablar las cosas con Lucas tranquilamente y en unos días volvemos a hablar. Yo te llamaré. Pero hazme caso, tranquilízate que esto es muy normal.

Le hice caso e intenté tranquilizarme. Me tomé una pastilla y llamé a Raquel para pedirle una cita. Aquella misma tarde me vio. Tras la sesión salí más tranquila aunque seguía triste y encima sintiéndome culpable. Se me había olvidado que Lucas también formaba parte de todo aquello, me había centrado en mí, en mi cuerpo, en mis

sensaciones y no me había parado a pensar que él también estaría sufriendo y se aguantaba para que yo no me diera cuenta y no me pusiera peor. Mi ángel de los ojos azules estaba triste y yo sólo podía pensar en mí. Estaba siendo muy egoísta. Volví a casa, le abracé, y los dos nos pusimos a llorar sin consuelo.

—¿Qué hemos hecho mal, jugar a ser dioses?

—No cariño, ya nos lo dijo Lola, que esto podía pasar y le pasa todos los días a miles de parejas. Nadie dijo que fuera fácil, eso sólo lo pensamos nosotros.

—Ya lo sé, pero me pregunto si realmente estábamos preparados para recibir un no.

—Tal vez no. Tal vez desde que tenemos tanto dinero y nada se nos resiste nos hemos acostumbrado a que siempre sea un sí, y como tú bien dices, hay cosas que no las compra el dinero.

—Sí, pero hasta que no le pasa a uno, parece que es un tópico. Ahora no sé si quiero seguir, estoy triste y creo que si estoy así mi cuerpo no va a estar en condiciones de acoger a ningún embrión.

—Tenemos que reponernos, guapa. Ahora no podemos dejar a nuestros embriones solos.

—Lo sé, pero tengo tanto miedo...

—No lo tengas, en esto estamos juntos, como en todo.

—Lo sé y perdóname por no haber pensado que tú sufrías igual que yo. He sido una egoísta y sólo he pensado en mí, en cómo me sentía yo. Te quiero mucho y no quiero que sufras.

—No lo haré pero sólo si tú luchas también. Tenemos que conseguirlo.

—Te quiero.

No sé qué haría yo sin un hombre así. Una vez más tenía que valorar a la persona que tenía al lado y seguir luchando porque tenía al mejor hombre del mundo y a los mejores hijos y no se merecían que yo estuviera así. Una vez más encontraba en su presencia la fuerza que necesitaba para levantar el vuelo. Tenía que reponerme y llenarme de energía positiva para que todo saliera bien, pero llegaron malas noticias por otras vías.

Mi teléfono vibró y aunque no tenía ningunas ganas de hablar con nadie lo cogí instintivamente. Era un Whatsapp que decía:

— Puedo llamarte?

—Claro – contesté yo

—Necesito hablar con alguien

—Qué te pasa?

—….. - y el móvil sonó.

"No quiero grandes cosas en mi vida,
sólo esas pequeñas...
que hagan mejor mi vida."

Mafalda.

NOTICIAS QUE NUNCA QUISE OÍR

Aquella noticia me cayó como un jarro de agua fría. No podía ser verdad. Ella no. Aún me sentí más egoísta si cabe. Aquello sí que era un problema y no lo mío. No sé si reaccioné como ella esperaba pero intenté darle mucha fuerza, la fuerza que yo no tenía y hacerle ver que la batalla no estaba perdida, que había que luchar y que yo iba a estar a su lado, que no estaba sola. Además, me encargaría de que no le faltara nada, que tuviera los mejores médicos, los mejores cuidados. Le dije que lo íbamos a conseguir, porque nosotras podíamos con todo. Le estaba dando a mi amiga los ánimos que yo no tenía y no sabía de dónde sacaba aquellas palabras. Tal vez de la fortuna de tenerla como amiga. Le dije que se tomara una pastilla e intentara descansar y al día siguiente a primera hora me tendría en su casa pero que si a lo largo de la noche se encontraba peor y no lograba dormir, que me llamara , que me iría a hacerle compañía.

En cuanto colgué Lucas estaba esperando que le contara. Lo había escuchado todo y sabía que algo pasaba. No podía hablar, no podía contárselo, me había quedado en shock. Lo que menos me esperaba era una noticia como aquella. Eso sí era verdaderamente una mala noticia.

A Nuria le acababan de detectar un cáncer de mama en estadio dos. No podía ser. Ella no. Cuando estábamos en Roma me comentó que le parecía que le había salido un golondrino en la axila y cuando Lucas y yo volvimos, me contó que se había encontrado un pequeño bulto en el pecho. Le dije que se hiciera pruebas enseguida, que no escatimara en gastos y que fuera al médico de inmediato. Me hizo caso y enseguida empezaron a hacerle pruebas.

La primera vez que el doctor la exploró, no le notó nada, así que le pidió que se siguiera explorando a diario y le recomendó hacerse una ecografía y una mamografía. Al no notarle nada el médico, tardaron un mes y medio más o menos en hacérselas porque no le dieron prioridad. Efectivamente, en las pruebas que le habían hecho unos quince días atrás, había salido algo que ni los médicos tenían del todo claro por lo cual le habían hecho una biopsia, y aquella tarde había recogido el resultado. Se me había olvidado por completo. Estaba tan metida en mi tragedia que no fui capaz de pensar aquellos días en nadie más que en mí misma.

A la una de la mañana sonó mi móvil. No lo había silenciado, como cada noche, porque algo me decía que sonaría. Nuria me llamó con un auténtico ataque de pánico y me pidió que fuera a verla. Dudé por un momento si ir o no ir porque de alguna manera quería estar con Lucas que también estaba sufriendo, pero finalmente decidí ir porque mi amiga me necesitaba y le acababan de decir que estaba muy enferma y podía morirse. Lucas tenía que entenderlo. Los niños estaban durmiendo. Les dejé una nota explicándoles dónde estaba y les dije que nos veíamos al día siguiente para comer. Cogí el coche y salí camino a su casa.

Los veinte minutos que tardé en llegar se me hicieron eternos y los pasé llorando. Al llegar, ella me estaba esperando. Se había tomado un par de pastillas y no le habían

hecho efecto. Cuando me abrió la puerta la miré a los ojos, me abrazó y las dos empezamos a llorar. Pasamos cinco minutos allí, de pie, abrazadas, en silencio. Yo no pensaba que se fuera a morir, estaba convencida de que saldría de aquello pero verla tan frágil, tan perdida y el dolor que yo arrastraba aquellos días no me dejaban parar de llorar.

Pasamos al comedor porque Lucía estaba durmiendo y no queríamos despertarla. Era su hija, con quien convivía. Tenía pareja desde hacía tiempo pero de momento, sólo convivían a temporadas.

—A ver, ¿qué te han dicho exactamente? - ella no podía hablar y me dio directamente los papeles para que los mirara yo pero no era capaz de leer todo aquello y le fui haciendo preguntas.

—Yo soy incapaz de leer esto ahora mismo. ¿Pero el médico te ha dicho que es cáncer seguro?

—Sí, en estadio IIA.

—No sé qué significa eso exactamente pero no es estadio IV que es el peor y el III está en medio así que seguro que tiene que haber una solución para esto. Y si no la hay aquí en España, nos iremos donde haga falta. Tú por eso no te preocupes.

—¿Y si me muero?

—¿Pero qué te vas a morir con todos los adelantos que hay ahora, mujer?

—Sí, tía, pero es cáncer.

—Lo sé pero piensa que cáncer ya hace años que no tiene por qué ser sinónimo de muerte. - yo le decía aquello pero si fuera yo la que estuviera en su lugar, seguro que no tendría consuelo.

—Ya lo sé, pero es que mi madre murió de cáncer.

—Bueno, creo que ha llegado el momento de que nos tomemos unos cubatas para intentar digerir esto mejor porque la noche pinta larga.

—Venga, ¿qué quieres? ¿lo de siempre?

—Sí, pero no me lo cargues mucho.

—Y a todo esto, ¿tú tienes algo que contarme?

—Me temo que no, yo tampoco tengo buenas noticias pero no hemos venido a hablar de mí. Dime qué te ha dicho el médico. ¿qué tratamiento te ha propuesto?

—Me ha dicho que seis sesiones de quimioterapia. Dice que igual me pueden salvar los pechos dependiendo de cómo vaya la quimio pero que me recomienda que aunque vaya bien, me haga una mastectomía preventiva.

—Bueno, entonces no pinta tan mal.

—Se me va a caer el pelo.

—Pero te volverá a salir y más fuerte.

—Tú lo ves todo muy fácil, como siempre.

—No tía, ya sé que es una putada pero tenemos que intentar sacar la parte positiva de todo esto. Y si no tiene, nos la inventamos. Para empezar hoy ya estamos aquí las dos con un cubata, ¿ves? no hay mal que por bien no venga.

—Eso es verdad.

—Además, si te hacen una mastectomía tú diles que te la hagan de las dos y luego cuando haya pasado todo, te pago la operación y te pones dos buenas tetas.

—Sí, ¿no?

—No, si al final saldrás fortalecida de todo esto.

—Y con unas buenas tetas de silicona.

—¿Quién te iba a decir a ti que ibas a acabar teniendo más tetas que yo?

—Eso sí que es verdad. Pero tantas no me pongo.

—¿Cómo que no? Tú te pones unas buenas tetas y con el tipín que tienes, eres la reina del mambo.

—Dentro de un año tú con tus tetas nuevas y yo a punto de parir y nos reímos de todo esto.

—Ay, ojalá fuera verdad.

—Pues claro. Dentro de un año me lo dices.

—En serio niña. Ahora van a ser unas semanas malas con la quimio, no nos vamos a engañar, pero no vas a estar sola. Y después... ¡ A por las tetas nuevas! - le dije juntando mis pechos con mis manos y jugando con ellos a la vez que ponía morritos .

—Estás como una puta cabra pero me encantas. Eres capaz de hacerme reír hasta en los peores momentos.

—Pues claro tonta y cuando vayas a las sesiones de quimio te acompaño cada día disfrazada de una cosa.

—Jajaja, no serás capaz.

—Tú no me retes...

—No, no te reto que sé que eres capaz.

Empezamos a reírnos y a decir chorradas tratando de quitarle importancia al asunto, aunque tenía y mucha, pero no nos quedaba otra. Seguimos bebiendo, llorando y riendo hasta que acabamos rendidas. Acabamos a las seis de la mañana en su cama, abrazadas, durmiendo la pedazo de borrachera que habíamos cogido.

Un par de horas después Lucía se levantó y vino a la habitación. Se sorprendió al verme y le dije que mamá se encontraba mal y que teníamos que dejarla dormir, que yo la llevaría al cole y le pareció una idea estupenda. Después de llevar a Lucía al cole, le recogí un poco la casa, me despedí de ella y volví a la mía con un gran dolor de cabeza. Era jueves y el fin de semana ya estaba ahí y lo pasaríamos juntas, sin parar. Quería entretenerla, no quería que pensara en nada porque el mismo lunes ya tenía su primera sesión de quimio. En plenas fiestas navideñas. ¡Qué rabia! ¿no podía ser en otro momento del año?

Aquel fin de semana tratamos de mantenerla distraída y de paso hicimos lo propio con nosotros mismos. Ninguno queríamos pensar. Nos fuimos a comprarle ropa a Lucía, fuimos al cine, a comer, a pasear... y realmente pasamos un fin de semana estupendo todos juntos. El lunes llegó sin darnos cuenta. Pero llegó...

La primera sesión de quimio fue bien aunque como ya nos habían avisado, los primeros efectos secundarios no se hicieron esperar. Era diecinueve de diciembre y la gente tenía ganas de Navidad. Todo el mundo menos nosotras, cada una por sus razones. Yo tenía muchos motivos para estar contenta a pesar de los últimos acontecimientos, pero aquella situación era demasiado dura para mi amiga y me daba apuro estar celebrando por todo lo alto mientras ella estaba así. Al menos no quería hacerlo delante de ella.

Nuria hacía años que no pasaba las navidades con su familia. Justo desde que se había separado. Ellos se habían puesto de parte de aquel hijo de puta quien cada vez que

se le cruzaban los cables, convertía su vida en un infierno y llenaba su cuerpo de morados. Su ex y el mío eran muy parecidos, sólo que a mí el mío nunca me pegó. El mío prefirió utilizar la vía psicológica. Como ella siempre lo había ocultado a su familia por vergüenza o por miedo a que no la creyeran, ellos nunca entendieron que se separara y se creyeron lo que él les contó: que él tampoco sabía por qué lo dejaba, que estaba muy rara y que se portaba muy mal con él. La historia al revés, como siempre.

Poco tiempo antes de separarse, la madre de Nuria murió también de cáncer y a raíz de eso fue cuando ella decidió que la vida era muy corta para desperdiciarla con aquel desgraciado. Ahora la vida se le estaba yendo de las manos y ni su padre ni sus hermanos sabían nada. Había llegado la hora de un acercamiento porque ella no quería irse de este mundo dejando las cosas así. Realmente les dio las navidades pero bueno, que se fastidien. Al fin y al cabo ellos le estaban dando a ella los últimos años de su vida.

Se extrañaron mucho cuando llamó para decirle a una de sus hermanas que pasaría la Nochebuena con ellos y sospecharon que algo malo pasaba. Realmente la acogieron enseguida y el recibimiento fue mejor del que ella esperaba. Eso también me tranquilizó a mí y me hizo disfrutar más de las celebraciones con mi familia, pudiendo olvidarme por un rato de ella. El dos de enero le esperaba la segunda sesión y entre medias había varios días de fiesta, reencuentros y muchas cosas que contar.

Mientras, nosotros pasábamos unas navidades agridulces: por un lado con la satisfacción de tener a toda nuestra familia reunida a la mesa, con la posibilidad de pasarlas de la mejor manera posible, con los mejores regalos y los mejores manjares, como nunca antes las habíamos pasado, celebrando el embarazo de tres de nuestras primas y de otras dos amigas, pero por otro, con la desilusión de no haber conseguido el nuestro y con la tensión y la tristeza que nos suponía la situación de Nuria. A todo ello le sumábamos el hecho de que habíamos quedado con Lola que lo volveríamos a intentar pasadas las fiestas, tras mi menstruación del mes de enero y teníamos bastante miedo de que esta vez tampoco saliera. En fin, unas navidades bastante extrañas que no acabamos de disfrutar del todo.

Teníamos pensado celebrar el Año Nuevo fuera de España pero lo cancelamos por la situación de Nuria pensando que tendría que acompañarla a la segunda sesión, pero finalmente no fue necesario. Su hermana Charo estuvo con ella durante el resto del proceso, así que finalmente aprovechamos para hacer una escapadita romántica de Año Nuevo ya que no teníamos ningún plan y los niños estarían con su padre.

La escapada, como no podía ser de otra manera, fue a nuestro rincón favorito. Nos fuimos una vez más a Benidorm, a nuestro refugio, al hotel Asia Gardens, a pasar unos días de relax alejados de los últimos acontecimientos. Con todo lo de Nuria prácticamente no habíamos tenido tiempo de hablar de lo nuestro y la decisión de hacer la siguiente transferencia casi la había tomado Lola por nosotros. Necesitábamos estar solos y hablar mucho, querernos mucho.

Durante aquel retiro decidimos ir poniéndonos otras metas porque no queríamos obsesionarnos con el tema de los hijos. Pensamos en nuestra boda, en ir preparándola ya, de modo que si aquel intento tampoco salía bien, le daríamos prioridad y ya no volveríamos a intentar la transfer hasta después de casarnos. Era una buena idea que me ilusionaba bastante y además estábamos en el lugar perfecto para hablar del tema y... ¿tal vez para celebrarla?

“Ojalá que la espera
no desgaste mis sueños.”
Marilyn Monroe.

EL QUE LA SIGUE, LA CONSIGUE

Las navidades pasaron sin pena ni gloria. Como mi menstruación vino el cuatro de enero, decidimos esperar a la siguiente que debería ser el veintinueve del mismo mes ya que, desde hacía tiempo venía teniendo los períodos de veinticinco días. Y ahí estaba, clavada. Enseguida volvimos a viajar a Barcelona. Allí me controlaron y me dieron medicación para preparar el endometrio para la transferencia. Esta vez aprovechamos para conocer un hotel céntrico y de paso, hacer unas compras aprovechando el período de rebajas. Estuvimos allí catorce días. Tuvimos tiempo de reflexionar, de hablar de todo, de llorar de emoción y también de miedo.

Llegó el día esperado, nueve de febrero. A las seis y media de la tarde teníamos nuestra cita. A las cinco sonó el teléfono, era Lola:

—¿Sara? Soy Lola.

—Hola. La cita era a las seis y media, ¿no?

—Sí, sí, tranquila. No te llamo por eso.

—¿Y entonces?

—Pues verás, vamos a tener que aplazar vuestra transfer hasta mañana.

—¿Tienes un parto de urgencia?

—No. Verás, nuestro embrioncito no ha sobrevivido al proceso de descongelación. Parecía que sí pero finalmente no ha podido ser.

—….

—¿Sara? ¿Estás ahí?

—Sí, sí, estoy aquí.

—¿Estás bien?

—Bueno – no podía hablar, las lágrimas caían por mi rostro y me ahogaban sin poder articular palabra.

—Tranquila que mañana saldrá bien. Mañana descongelamos dos y así habrá más posibilidades.

—Vale.

—Entonces, mañana a la misma hora y no te quiero ver llorar que vas a ver como al final lo conseguimos.

—…

—Bueno, te dejo para que hables con Lucas. Si tenéis cualquier pregunta o lo que que sea no dudéis en llamarme.

—Bien. Hasta mañana.

En cuanto colgué miré a Lucas con lágrimas en los ojos. Él ya esperaba una mala noticia. Sólo me abrazó. Los dos lloramos. Yo sólo podía repetir: "¿Pero por qué?"

Estuvimos así un rato, llorando y sin articular palabra. Finalmente decidimos bajar a dar un paseo por las calles de Barcelona. Paseamos en silencio, cogidos, sin a penas mirarnos porque cada vez que nuestras miradas se cruzaban volvían a brotar las lágrimas. Para más inri, pasamos por delante del escaparate de una tienda de ropita y

complementos para bebés. Fue duro, no queríamos mirar, nos daba mucha pena, pero de pronto vi de reojo un trajecito amarillo clarito que me llamó la atención y le dije a Lucas:

—Ese traje para nuestro bebé

—Cariño, no sabemos si va a salir bien.

—Claro que saldrá bien. No quería mirar y ha aparecido ahí. Ya verás, esto tiene que ser una señal.

—Vennnnga, vamos a entrar. Si al final vas a hacer lo que tú quieras. Pero luego no quiero que llores.

—No, esta vez no. Algo me dice que va a salir todo bien. Además van a descongelar dos. Alguno de los dos tiene que salir bien.

—O los dos...

—Bueno, si uno es difícil, dos ya...

Entramos en la tienda. Nos gustaba todo, la ropa, los carritos, las cunas, las tronas, todo. Y me lo quería llevar todo también pero Lucas no me dejó, claro.

Todas aquellas cositas y aquel olor a bebé me devolvieron la ilusión. Al final nos llevamos dos trajecitos que nos gustaron mucho. A él uno y a mí otro. Nuestro bebé aún no estaba en el útero y ya tenía sus dos primeros trajecitos. Además, le echamos el ojo a dos carritos de paseo que nos encantaron y prometimos que si todo salía bien, iríamos a por uno de ellos. O a por los dos si éramos incapaces de elegir.

Salimos llenos de esperanza, acabamos de dar el paseo y merendamos en una antigua cafetería del centro de Barcelona. Un chocolate caliente que nos sentó estupendamente y ya puestos, acabamos en unos grandes almacenes comprando ropa para Lucas, para Leire y Javier. Yo me compré tres libros que me quería leer, un pijama calentito y una funda para el móvil. No quise comprar ropa hasta que no pasara todo y supiera si sería de premamá o no. También estuvimos viendo trajes de novios, por si teníamos que acudir al plan b, pero no nos gustó ninguno.

Llegó el momento. Cinco y media de la tarde y esta vez el teléfono no había sonado. Parecía ser una buena señal. A las seis y media teníamos nuestra cita. Durante aquel día estuvimos bastante tensos. Cada media hora que pasaba sin noticias de Lola era para nosotros una nueva esperanza.

Seis y media. Lola sale a recibirnos y nos hace pasar a una sala de espera en la que se hallaban tres parejas más esperando su pequeño milagro. Allí nos encontrábamos los ocho, nerviosos, con las esperanzas puestas en aquellas pequeñas células, algunas de las cuales jamás sabrían lo importantes que eran para sus papás. Llegó el momento esperado. Excepcionalmente dejaron a Lucas entrar al quirófano. En un principio nos dijeron que no entraría pero creo que Lola me vio tan nerviosa que decidió que sería mejor que me cogiera fuerte de la mano. Ya nos iba conociendo y creo que se había percatado de que Lucas tenía el don de calmarme.

Al contrario de lo que yo había pensado, esta vez tampoco sentí nada con a transferencia de los embriones, aunque fueran dos. Dos embriones. Dos esperanzas de ser papás en unos meses. Esta vez iba a salir bien y yo lo sabía. Una vez hubieron terminado, me dijeron que debía permanecer unas horas allí en reposo y luego hacer vida normal. Tras unas horas en aquella habitación, me vestí y le dije a Lucas: - Vamos papá, que esta vez sí que estoy embarazada.

O O O

Nuria acababa de recibir su quinta sesión de quimio y nada más llegar de Barcelona fuimos a verla. Desde que había hecho las paces con su familia, su hermana Charo no se separaba de ella. Se había convertido en su sombra. Aquello por una parte me encantaba, porque ella la necesitaba mucho y yo no podía pasar las veinticuatro horas del día pendiente ella, pero por otra, me sentía celosa. Cuando quería pasar algún momento con mi amiga a solas no podía, siempre estaba su hermana. El poco tiempo que podíamos pasar juntas no nos dejaba. Siempre estaba ahí y a mí, aunque no me molestaba su presencia, me hacía sentir que violaba de alguna manera mi intimidad porque no podía contarle a Nuria mis cosas sin que ella se enterara. ¿Y si todo aquello no salía bien y me estaba privando de todos aquellos momentos con mi amiga que tal vez no volvieran? No sé, tal vez yo estaba empezando a estar demasiado sensible.

O O O

La espera de mi beta se hizo muy larga. Todo el mundo a mi alrededor que lo sabía me decía que estaba muy guapa, como resplandeciente, que tenía un brillo especial en los ojos. Yo también lo había notado. Sentía como una fuerza renovada, me sentía más poderosa, alegre e ilusionada. Llegó el día, veintidós de febrero. El doctor y la enfermera nos esperaban en la consulta. En unos minutos saldríamos de dudas. Tomaron una muestra de mi sangre y nos dijeron que en tres horas estarían los resultados. Aquellas tres horas se hicieron larguísimas: almorzamos, paseamos, nos dimos una vuelta por un mercadillo que había cerca de la consulta y volvimos. Nos estaban esperando con una gran sonrisa y en cuanto entramos nos dijeron:

—Enhorabuena, esta vez sí.

—¿En serio?

—Sí, chicos vais a ser papás. Al final lo habéis conseguido.

—Madre mía, no me lo puedo creer. Estoy embarazada por tercera vez. Y a punto de cumplir treinta y nueve años. ¡Qué alegría!

—¿Y ahora? - dijo Lucas mostrando su inexperiencia en el tema.

—Ahora, te va a tocar aguantarla nueve meses. A ella y a sus cambios hormonales.

—¿en serio? ¿más aún?

—Me temo que sí. - Y todos nos echamos a reír.

—Ahora el próximo paso es hacer una ecografía pero si te la hago ahora no se va a ver nada porque aún es muy pronto. Vuelve la semana que viene a ver y si aún no podemos verlo, te la repito la semana siguiente.

—¿Y ahora no, doctor?

—Es que ahora no se va a ver nada, pero te aseguro que estás embarazadísima porque la beta ha salido muy alta y esa es la mejor forma de saberlo.

—Madre mía, qué alegría vamos a dar en casa.

—Una cosa doctor – espetó Lucas- La doctora en Barcelona nos dijo que había implantado dos embriones. ¿Cuándo sabremos si es uno o dos?

—Pues no os quería decir nada aún hasta que no hagamos la eco pero a juzgar por lo alta que ha salido la beta podrían ser dos.

—¿en serio?

—Sí, pero no os lo puedo confirmar hasta que hagamos la eco. La semana que viene.

—Madre mía, ¡dos!

—Pero, ¿y si son dos?

—Pues nada, si son dos se multiplican los cuidados porque se considera un embarazo de riesgo y nada más. Lo demás igual que si fuera uno.

—¿de riesgo?

—Claro, para el cuerpo no es lo mismo un bebé que dos, pero no te preocupes. Hoy en día hay muchos embarazos múltiples y lo tenemos todo muy controlado. Puedes tener riesgo de parto prematuro pero por lo demás, los mismos riesgos que cualquier otro parto pueda tener. Además, no te precipites que aún no sabemos cuántos hay.

Mara, la matrona, nos dio la cartilla del embarazo con mis datos y la fecha posible del parto, aunque nos dijo que de momento era aproximada, que nos la irían confirmando conforme fuera transcurriendo todo, pero en principio se esperaba para el cinco de noviembre. Ahora sí, las próximas navidades serían completamente diferentes...

Salimos de la consulta con una sonrisa de oreja a oreja y nos fuimos, pero a mitad de pasillo, nos miramos y me saltaron las lágrimas. Esta vez de felicidad. Lucas me abrazó y me dio un beso en la frente. ¡Qué feliz me sentía! Por fin iba a darle a mi ángel de los ojos azules el mejor regalo que le podía dar: un hijo.

—¿ Y si fueran dos?

—Pues no sé ya has oído al doctor que es bastante posible pero no quiero pensar.

—¡Qué agobio! ¿no te agobias de pensarlo?

—No, la verdad es que a mí siempre me ha hecho gracia eso de tener dos de golpe. Debe ser duro al principio pero luego seguro que es muy bonito que se críen juntos. Además como Javier y Leire son ya muy mayores, así no se cría tan solito. Pero bueno, eso ya lo veremos la semana que viene. Ahora lo importante es que vamos a ser papás. ¿no estás contento?

—La verdad es que sí. - Sus ojos brillaban como hacía tiempo no los veía brillar.

—Te quiero.

—Y yo... os quiero.

Cuando llegamos a casa, los niños estaban en clase, así que no se pudieron enterar en aquel momento, pero escribimos en el grupo de Whatsapp que teníamos con nuestros padres y hermanos a propósito de nuestra ansiada paternidad: *" Nos complace comunicaros que, si todo va bien, el próximo mes de noviembre, por fin, aumentaremos la familia ".*

Ese fue el mensaje que enviamos a nuestros padres y hermanos. Todo bien salvo un pequeño detalle: los niños también estaban en el grupo y se enteraron nada más salir de clase y encender los móviles. Habíamos pensado decírselo cuando llegaran a casa pero con la emoción del momento no caíamos en el detalle de que lo leerían. No hicimos nada como teníamos pensado, sino todo al revés. Habíamos pensado decírselo a nuestros padres regalándoles un chupete, una camiseta donde pusiera *"vas a ser abuelo"* o algo así, pero nada, no pudimos contener la emoción y se lo dijimos así, por Whatsapp.

Realmente daba igual, estaban todos tan felices que lo de menos era cómo lo habíamos dicho.

No queríamos que se enterara nadie hasta que estuviera de al menos doce semanas. No tenía por qué pasar nada malo pero tampoco era raro si pasaba y no teníamos ganas de estar dando explicaciones, así que pedimos a nuestros padres y hermanos que se contuvieran y no lo contaran a nadie todavía. A los amigos tampoco íbamos a decirles nada de momento, sólo a Nuria que sabía todo y sabíamos que aquella buena noticia también le ayudaría en su lucha. Se alegró un montón y de nuevo lloramos juntas. La quimio parecía que le estaba funcionando bien, parecía que habían acertado el tratamiento. Por fin buenas noticias y todas juntas.

Con tanto que celebrar la semana pasó rápido y llegó el día de la eco. Todo estaba perfectamente. Era 1 de marzo, el cumpleaños de Lucas y no podía hacerle mejor regalo. Íbamos a ser papás y todo parecía marchar estupendamente. Y llegó la noticia tan esperada:

−Enhorabuena. Vais a ser papás de dos preciosas criaturas.

−¿Dos? ¿al final dos?

−Sí, estos dos pequeños parecen fuertes. - entonces yo empecé a llorar otra vez. Era muy feliz. Por fin estaba embarazada y de dos soles.

−¿Está seguro, doctor? - dijo Lucas.

−Segurísimo. Mira, uno aquí y el otro aquí.

Suspiré llena de lágrimas, miré a Lucas y sonriendo le dije: No tengas miedo, va a ser lo mejor que te pase en la vida. Disfrutemos de esta bendita putada. Os amo.

"La nación más fuerte del mundo
es sin duda España.
Siempre ha intentado autodestruirse
y nunca lo ha conseguido.
El día que dejen de intentarlo,
volverán a ser la vanguardia del mundo."

Otto von Bismark.

VERANO A LA ESPAÑOLA

El embarazo transcurría sin mayor problema. Me cuidé mucho y me cuidaron mucho. Mientras tanto mi amiga Nuria, tras la doble mastectomía preventiva, estaba limpia de cáncer. Todo parecía andar a las mil maravillas. Las primas y las amigas que teníamos embarazadas ya empezaban a dar a luz y las noticias de otros embarazos nos iban llegando. Como toda aquella oleada de embarazos llegó tras el viaje a Italia, cada nuevo bebé que venía en camino empezó a formar parte de lo que bautizamos como "La mafia". Además no éramos los únicos que esperábamos mellizos, así que parecía que aquello crecía rápido.

Pronto supimos que tendríamos un niño y una niña y empezó la odisea de los nombres. Finalmente convinimos que Lucas elegiría el de la niña y yo el del niño. Hacía ejercicio moderado, comía muy sano y cuidaba mi piel. Estaba muy controlada. El doctor me veía cada tres o cuatro semanas.

Tuve un embarazo bastante tranquilo, así que tuve tiempo de escribir y de empezar, junto con el arquitecto a darle forma a la casa que habíamos decidido hacer en el pueblo de Lucas. Como vivíamos en el ático, teníamos ganas de tener un lugar en el campo o en la playa donde descansar, cambiar de aires y compartir de vez en cuando, con familia y amigos.

Los padres de Lucas tenían bastantes terrenos en el pueblo y hacía años que estábamos enamorados de uno de ellos que se encontraba un poco apartado, pero dentro del casco urbano. Tenía unos seiscientos metros pero, como nos parecía poco, compramos los terrenos de alrededor y los unificamos. De este modo teníamos un terreno de unos diez mil metros cuadrados para edificar nuestra casa de campo. Eso era lo que más anhelábamos, el campo, tener terreno con diferentes árboles y plantas, tener zonas de sol y sombra para poder hacer una siesta al aire libre en verano, poder hacer barbacoas y lo más importante, que los niños pudieran correr y jugar libres con la tranquilidad de estar leyendo un libro sin estar demasiado pendientes de ellos porque no tuvieran peligro. Al principio algunos de los dueños de los terrenos colindantes se negaron a vender porque no llevaban idea de deshacerse de los terrenos o tenían la esperanza de que sus hijos se construyeran una casa en ellos, pero al final vieron que era una oportunidad ya que les ofrecimos una buena suma de dinero. No es que fuera tan grande pero sí era el doble de lo que les podían dar por ellos en aquel pueblo de Cuenca perdido en medio de la nada, sin a penas servicios y en el que no vivían más de cien personas durante todo el año.

El terreno en cuestión estaba elevado sobre otros terrenos destinados a cultivos en los que no se podía edificar, así que las vistas no podían ser mejores. En primavera se veían revolotear las mariposas por entre el rojo y blanco de las amapolas y las campanillas que marcaban las orillas de los estrechos caminos. Aquel manto verde con las diferentes intensidades que ofrecían los chopos agrupados en pequeñas arboledas ... y aquellas frondosas montañas de pinos que, de fondo, marcaban el horizonte. Desde otra

perspectiva podían apreciarse los marrones de la tierra tintada del rubio de los cereales y los hermosos girasoles buscando el sol. ¿Podía haber un paisaje más hermoso? Realmente no conocía un lugar que me trasmitiera la calma y el sosiego que me regalaba aquel lugar. Una paz difícil de encontrar en la ciudad.

Para mis suegros era toda una alegría que nos hiciéramos una casa en el pueblo. A ellos les encantaba estar allí, sobre todo a él, pero a mí durante mucho tiempo no me hacía ninguna gracia. Todo tenía una explicación: siempre que íbamos nos quedábamos en casa de mis suegros y aunque no tengo queja de cómo allí se me trataba, la verdad es que no es lo mismo estar en casa de los demás que estar en tu propia casa y, no voy a engañar a nadie, yo soy muy mía. A esto tenía que añadirle otras circunstancias que se dieron y es que por aquel entonces mis hijos ya tenían unos años y sus amigos hechos en otro sitio y allí pasaban muy bien un par de días pero luego, se aburrían bastante. También se daba la circunstancia de que estuvimos sin coche varios años y eso de tener que depender de los demás también lo llevaba fatal y me producía bastante ansiedad encontrarme allí en medio de la nada sin un coche para salir corriendo si se producía alguna emergencia. Además, a mí me gusta el campo para disfrutarlo y allí realmente hacía demasiado frío como para andar por ahí paseando y para estar todo el día metida en casa pegada a la estufa de leña, prefería quedarme en mi casa.

La casa de mis suegros no tenía terreno ni terraza. Era una casa pequeña y bien aprovechada pero en la que yo me sentía encajonada porque salía a la calle o al balcón y veía más casas y yo lo que buscaba en aquel pueblo era ver verde, monte y aire puro. Otra cosa es que la casa fuera nuestra, con un trocito de jardín y acondicionada a nuestras necesidades. Yo en lugar de chimenea prefería calefacción de suelo radiante y aire acondicionado porque igual que hacía mucho frío en invierno, hacía mucho calor en verano. Entonces sí que estaría a gusto allí. Y por su puesto, un buen sofá, porque cada vez que teníamos que pasar allí unos días sólo podíamos sentarnos en sillas ya que el comedor era bastante pequeño y sólo cabía un silloncito individual. Sé que soy muy comodona, lo sé, pero pasar días y días que se suponen de descanso sentada en una silla era algo que no llevaba bien. Prefería quedarme en mi casa, más cómoda.

Yo ya había diseñado la casa previamente en mi ordenador. Era otro de mis hobbies. Lucas le había dado el visto bueno y cuando se la enseñamos a Paco, el arquitecto, le pareció muy bien salvo por unos pequeños detalles técnicos que yo no controlaba pero que no variaron apenas nuestra idea. Queríamos que fuera una casa con un marcado estilo de pueblo pero a la vez con materiales muy nuevos, inspirada en aquellos maravillosos hoteles que nos enamoraron en la Toscana. Una casa que trasmitiera seguridad, que cuando estuviéramos dentro sintiéramos que nada nos podía pasar, en la que no se oyera el viento, ni la lluvia, a no ser que nosotros quisiéramos, invitando al descanso. Nos la imaginábamos con una fachada de piedra y con gruesas paredes lisas pintadas en tonos pastel, muy luminosa, con grandes ventanales y terrazas para poder disfrutar de las vistas desde cualquier rincón, con la calidez que ofrece el sol entrando por las ventanas, con espacios amplios y bien distribuidos, en los que apeteciera permanecer cuando fuera hiciera demasiado frío o demasiado calor.

La casa que concretamos con el arquitecto y la constructora, tenía cuatro plantas. En la planta baja se encontraba la cocina, un pequeño cuarto de plancha, un gran salón y dos comedores, además de tres habitaciones con sus respectivos baños en suite y un aseo

de cortesía. Las habitaciones las pensamos con la idea de que una fuera para mis padres cuando vinieran, otra para mis suegros, aunque ellos tenían allí su casa y de momento no la necesitaban pero nunca se sabe. De momento la utilizaríamos como habitación de juegos para los niños para cuando hiciera mal tiempo y no pudieran jugar en el jardín. La tercera estaría destinada a biblioteca-rincón de lectura-despacho. Además tendría una terraza semicubierta bordeando toda la planta. También en la planta baja y anexo a la casa, queríamos un garaje con capacidad para seis coches, seis quads, bastantes bicis de todos los tamaños y un buen trastero.

En la primera planta nos planteamos tener nuestra habitación, amplia, con un bonito vestidor de esos que tienen cristal y cortinas en las puertas de los armarios, totalmente provenzal, y un gran baño con jacuzzi y ducha. Además, queríamos otras siete habitaciones con buenos armarios empotrados y un baño privado en cada una de ellas, una para cada uno de los niños y las demás para tener sitio para recibir a nuestra familia y amigos de la mejor manera posible. En esta planta también queríamos una terraza que bordeara toda la planta.

Arriba, una buhardilla totalmente diáfana aunque con un baño, donde poder tener un lugar de encuentro que ofreciera juegos como billar, futbolín, una barra de bar y esparcidos por el suelo grandes cojines a modo de jaima para los días de frío en los que salir al campo no fuera la mejor opción.

Por último queríamos tener una planta en el sótano, aunque con aire y luz directa donde instalar una piscina climatizada con algún tipo de vistas que nos hicieran disfrutar del contraste del frío, la lluvia o incluso la nieve de fuera y el calorcito del agua y una copa de champán dentro. También queríamos instalar un pequeño gimnasio, una sala de masajes, otro salón insonorizado que pudiera utilizarse como sala de cine, un par de baños, dos o tres habitaciones más por si en algún momento las necesitábamos y la zona de servicio , además de la sala de máquinas y otro trastero.

Sabíamos que había muchas cosas que a penas las íbamos a utilizar un par de veces al año pero como nunca se sabe, queríamos que lo tuviera todo y así, no dejar de disfrutar de todas las comodidades del mundo aunque estuviéramos en el campo.

La empresa constructora tardó a penas cinco meses en empezar la obra gracias a que el permiso de obras fue concedido de forma rápida. La construcción en aquel pueblo era prácticamente nula. Las obras empezaron en junio. Aquel verano hicimos tres o cuatro visitas relámpago mientras aquellas obras comenzaban a transformar el terreno. En septiembre ya tenían la estructura, los cerramientos, la tabiquería y el jardín. Aquello iba muy deprisa y en Navidad hubiera estado completamente para entrar pero como la llegada de los nuevos miembros de la familia debía producirse en noviembre y hasta el verano no podríamos ir, aprovecharon el invierno para dedicarse a otras obras y la acabaron el primavera, justo para que en verano pudiéramos disfrutarla.

Parecía que aquella casa se construía a la velocidad de la luz, al contrario que mi embarazo que se nos hacía eterno porque no veíamos la hora de verles la carita a nuestros pequeños. Además me tocó pasar todo el calor del verano y aquello se me hizo muy pesado. Menos mal que el médico me dejó viajar a pesar del embarazo y pudimos disfrutar de nuestras últimas vacaciones antes de que llegaran los mellizos. Después ya no sería lo mismo.

En esta ocasión también compartimos algunos días con parte de la familia y amigos pero nada que ver con el viaje a Italia. Teníamos más cosas que preparar con la llegada de los mellizos y además revisiones cada tres o cuatro semanas, así que esta vez decidimos pasar el verano recorriendo las Baleares para estar más cerca y poder acudir a las citas médicas.

Los primeros cinco días los pasamos en Formentera, en el *Hotel Cala Saona & Spa* con algunos de mis primos. Después nos fuimos a pasar otros diecisiete días en diferentes lugares de Ibiza, en períodos de entre tres y cuatro días repartidos entre campo y playa. Nos alojamos en los siguientes hoteles: Primero en el *Grand Palladium Palace*, al sur de la isla de Ibiza en la playa d´en Bossa. En segundo lugar en el *ME Ibiza*, al este de la isla, en Santa Eulalia del Río, ambos en la playa, donde pudimos compartir unos días con nuestros padres y hermanos y un primo de Lucas. En tercer lugar, nos alojamos cuatro noches al norte de la isla, en el *Hotel Hacienda Na Xamena*, situado en lo alto de una preciosa cala, donde disfrutamos de maravillosos atardeceres mirando al mar. Posteriormente pasamos cuatro días más justo en el centro de la isla en un hotel de lujo en el campo, *Cas Gasi*, en Santa Gertrudis, donde pudimos contemplar durante tres noches seguidas una preciosa lluvia de estrellas fugaces. Por último, pasamos tres días en el *Sundown Ibiza Suites & Spa*, en la Bahía de San Antonio, al oeste de Ibiza. De este modo pudimos recorrer la isla al completo y disfrutar de diferentes alojamientos.

Me estaba haciendo adicta a viajar. En el viaje del año anterior a Italia, mi primer viaje fuera de España, descubrí que me encantaba viajar, y empecé a crear un libro con fotos de los diferentes hoteles en los que habíamos estado y junto a ellas escribía mis opiniones y alguna anécdota que habíamos tenido en alguno de ellos. Aquel año pensaba seguir ampliando mi libro con aquellos hoteles y tal vez algún día llegar a publicar todas aquellas experiencias.

Tras Ibiza, volvimos a Valencia durante dos semanas, en las que pudimos descansar y corroborar con el doctor que los bebés estaban estupendamente, aunque a mí me hicieron la prueba del azúcar, "la curva", como se llama coloquialmente y el resultado fue una diabetes gestacional que me tuvo a dieta durante el resto del embarazo. También compramos unas cositas para los bebés y tras esto volvimos a viajar. Reconozco que el tema de la dieta y la diabetes me produjo algo de bajón pero una vez más decidí tomarme las cosas por el lado bueno: así luego me costaría menos perder los kilos. Pero no sabía cómo me iba a apañar el resto del viaje. Tenía que seguir una dieta estricta y dejarme de heladitos y cosas de esas. Me cortaba un poco el rollo pero no pensaba quedarme en mi casa. Suponía que, aunque me cobraran más, en aquellos hoteles tan lujosos podría pedir que me cocinaran a la carta lo que me tocaba comer cada día, pero me ponía un poco nerviosa que me dijeran que no y tenerme que volver a Valencia. A malas podía cocinarme Evelyn...

En esta ocasión viajamos a Mallorca. Allí estuvimos otros veinte días. Empezamos pasando tres días en en el *Steigenberger Golf & Spa Resort*, en Camp de Mar, al suroeste de la isla. Después otras tres noches en el *Cap Rocat 5** al sur de Palma, que compartimos con algunas de mis amigas y sus parejas. Tras esto, pasamos otros tres días al este de la isla, en el *Hipotels Hipocampo Palace & Spa* situado en Cala Millor. En cuarto lugar, pasamos cinco noches en el centro de la isla, en el campo, en el *Hotel Son Manera 4**, en Montuiri. En quinto lugar fuimos a conocer el noroeste y nos alojamos en el

Jumeirah Port Soller Hotel & Spa que también compartimos, en este caso con unos amigos de Lucas y por último, otras tres noches en el *Grupotel Molins 4*,* en Cala San Vicente, al noreste de la isla, antes de dirigirnos a Menorca.

En Menorca pasamos otros quince días, algunos de los cuales compartimos con otros de mis primos. Pero antes volvimos a Valencia a ver que todo seguía bien. Dividimos la isla en cinco partes y estuvimos en cinco hoteles diferentes de forma que la acabamos recorriendo prácticamente entera. En primer lugar, nos alojamos en el *Insotel Punta Prima Prestige Suite & Spa*, de cinco estrellas, en Punta Prima. Después en el *Sol Beach House Menorca, de 4**, situado en Santo Tomás. En tercer lugar en el *Barceló Hamilton Menorca, 4**, que estaba en Es Castell. Luego en el *Valentín Star 4**, en Cala en Bosch, y las últimas tres noches las pasamos en el *White Sands Beach Club 3**, en Arenal d´en Castell.

Disfrutamos muchísimo aquel verano. Fue más tranquilo y más íntimo que el anterior, a pesar de haber compartido también parte del mismo, pero teniendo en cuenta que lo acababa embarazada de más de seis meses, ya estaba bien así. Me hicieron muchos masajes, tanto faciales y craneales como de piernas y espalda aunque me quedé con ganas de un buen masaje como los de antes pero mi gran barriga no me permitía ciertas posturas.

Disfrutamos mucho de los diferentes spas de los hoteles, de los jacuzzis privados en las habitaciones, de las piscinas y de las aguas cristalinas que nos ofrecían las playas de las islas baleares, aunque, todo hay que decirlo, igual que el año anterior, la desconexión no fue total ya que ambos nos llevamos nuestros respectivos portátiles y móviles de empresa porque teníamos cosas pendientes aquel verano. Yo siempre estaba en contacto con nuestros asesores por los temas de las inversiones ya que a veces, cuando menos lo esperábamos teníamos que hacer alguna transacción financiera, además, estaba queriendo adelantar mi novela porque intuía que una vez asomaran aquellas cabecitas me iba a resultar bastante más difícil dedicar tiempo a escribir y quería aprovechar la inspiración que pudieran darme aquellos lugares. Lucas, por su parte, tenía que adelantar trabajo porque la empresa que había montado el año anterior tras volver de Italia llevaba unos nueve meses trabajando en varios juegos y estaban desarrollando una nueva red social par a ser lanzada después de Navidad y uno de los juegos debía salir en octubre.

“ El día de hoy nunca volverá.
Sé una bendición.
Sé un amigo.
Anima a alguien.
Tómate tu tiempo para ayudar.
Deja que tus palabras sean
sanadoras y no hirientes.”

Laín García Calvo. (La voz de tu alma)

SONRISAS AL ATARDECER

Nuria pasó unos días con nosotros en Mallorca aunque no fue su mejor verano a pesar de haberse curado de un cáncer. Tras la mastectomía aún no había transcurrido el tiempo suficiente para su reconstrucción de senos y con los bikinis lo de las prótesis no lo llevaba bien. Ahora le tocaba vivir otro proceso en el que debía reencontrarse y aceptarse a sí misma pero se había dejado todas las fuerzas en aquellas sesiones de quimio. Le vino bien pasar aquellos días alejada de todo. A pesar de sus temores, consiguió relajarse y desconectar. En septiembre le harían la operación y tenía que estar preparada y coger todas las fuerzas que pudiera de aquellas puestas de sol. Pasamos horas sentadas mirando al horizonte, sin decir nada sólo respirando y cada una sumida en sus pensamientos. Era bonito tener a alguien con quien compartir momentos así, de calma, de silencio, de introspección, sin sentir ningún tipo de tensión y sin sentir que invaden tu espacio más íntimo. Simplemente ahí, la una al lado de la otra haciéndonos compañía y a la vez dándonos el aire necesario para sentirnos libres. Así era nuestra relación. Siempre ahí, siempre libres.

Y llegó septiembre. Nuria estaba muy nerviosa. Lo peor ya había pasado pero parecía que era entonces cuando empezaba a asimilarlo y a ser consciente realmente de lo que estaba viviendo. Faltaban quince días para su operación y parecía que estaba más nerviosa que durante todo el proceso anterior. Tal vez porque una vez que sentía que su vida ya no corría peligro, volver a exponerse en un quirófano no merecía del todo la pena.

Nosotros teníamos pensado tomarnos unos días más de vacaciones ya que los niños no empezaban las clases hasta dos semanas después. Teníamos todo planeado para pasar aquellos días en el pueblo y echar un último vistazo a las obras, pero finalmente decidimos irnos con Nuria y Toni unos días a nuestro rincón favorito. Ella nunca había estado allí y pensamos que sería una buena idea llevarla a pasar los días previos a la operación lo más relajada posible.

Una vez más aquel paraíso nos hizo vibrar. Cada rincón de aquel lugar nos hacía disfrutar de las sensaciones más maravillosas y esta vez además nos llenaba de satisfacción poder compartirlas con buenos amigos. Allí nos sentíamos como en nuestra casa y ya nos conocían, así que normalmente nos atendían las mismas personas. Disfrutamos del spa, de los masajes, de la buena comida, de las piscinas, del sol, de paseos por la playa bajo la luz de la luna, de risas y confidencias y lo más importante: conseguimos que Nuria se relajara y no pensara en la operación. Eso sí, ella ni se imaginaba lo que allí le iba a pasar.

Toni nos pidió que la última noche la pasáramos separados, cada pareja por su cuenta y a nosotros nos pareció buena idea. Supusimos que querrían llevarse un recuerdo mucho más romántico, si era posible, de aquel lugar. Al día siguiente habíamos quedado para desayunar, como el resto de días, a las diez. Nosotros llegamos primero al buffet y nos sentamos en una mesa para cuatro, cerquita del gran ventanal que daba a una de las

piscinas. Poco tiempo después llegaron ellos, cogidos de la mano, sonriendo, resplandecientes.

—Buenos días pareja.

—Buenos días.

—¿Y esas sonrisas?

—Tu amiga, que dice que le ha sentado bien la noche romántica.

—¿Ah, sí? ¿Qué le habrás hecho tú?

—A ti te lo voy a contar.

—Con pelos y señales. - Y todos empezamos a reírnos y entonces Nuria lo soltó:

—Nos casamos.

—¡¡¡¿Cómo?!!!

—Que sí, que nos casamos, me lo pidió anoche.

—¡Qué cabrón! ¡Y no nos había dicho nada!

—Pensé que os lo habríais imaginado.

—Para nada. Si no, te habría intentado sacar toda la información posible.

—Seguro. Conociéndote...

—Bueno chicos, ya podéis ir a ver qué queréis desayunar que creo que alguien tiene mucho que contarme...

¡Qué feliz estaba Nuria! Le brillaban los ojos, no paraba de sonreír y hasta su piel estaba resplandeciente. Aquella petición de matrimonio había sido mágica. Me contó que se lo pidió en la orilla de la playa, de rodillas y con gente paseando por allí, que se quería morir de vergüenza y de felicidad a la vez, que sólo pudo decirle que sí con la cabeza porque no podía parar de llorar. En fin, que estaba encantada y con las pilas recargadas. Creo que ella no se esperaba eso. Últimamente tenía la autoestima por los suelos y aquello le dio un gran empujón. Aquella tarde volvimos a Valencia encantados con todo lo que había pasado aquellos días. Unos días después la operaron. Todo salió perfectamente, como era de esperar y a los pocos días pusieron la fecha; nueve meses después iríamos de boda.

Los meses seguían pasando, había podido disfrutar del verano sin complicaciones y de un buen embarazo. Disfrutaba mucho de mis paseos con mi panza llena de amor. Aquella gran barriga con la que hablaba varias veces al día y que no podía parar de acariciar, ya no iba a estar ahí dentro de nada y todo iba a cambiar mucho, así que decidí pasar la recta final de mi embarazo de la forma más calmada posible. Me faltaban dos meses y quería disfrutar de aquella paz y del silencio que me ofrecía mi casa cada vez que me quedaba sola, una paz que pronto se vería rota con miles de "baby-ruiditos".

Una tarde de mediados de septiembre bajamos a dar un paseo por el río, los cuatro, como hacíamos muchas veces cuando los niños estaban en casa. A veces hablábamos de mil cosas y otras, simplemente, paseábamos en silencio. Aquella tarde hablábamos de lo poquito que faltaba para ser dos más en aquellos paseos y de las ganas que teníamos de verlos. Nos preguntábamos a quién se parecerían o si se parecerían entre ellos y comentábamos que en dos días nos iban a montar la habitación y nos traerían los tres carritos que habíamos comprado en aquella tienda de Barcelona (uno gemelar y dos individuales). Entonces, Lucas y yo les contamos a los niños cómo fue la tarde aquella en Barcelona en la que nos pusimos muy tristes porque nos aplazaban la transferencia de los embriones y acabamos en aquella tienda comprando esos dos

trajecitos, que después nos parecieron una señal de que al final serían dos nuestros angelitos. De pronto mi hija Leire, me dijo:

—Mamá, ¿tú te has dado cuenta de que estás cumpliendo todos tus sueños?

—¿Tú crees?

—Claro, tú querías un ático cerca del río y una familia numerosa. Querías otro niño y otra niña. Querías adelgazar y poder dormir tranquila porque no tuvieras deudas y que Javier y yo tuviéramos la vida solucionada. También querías triunfar con tus libros, viajar y ver a toda tu familia unida. Has diseñado una preciosa casa en el campo y dentro de nada podremos disfrutarla. Lo has conseguido todo.

—La verdad es que sí. La vida nos ha cambiado mucho desde hace tres años cuando muchas veces no teníamos ni para comer y contábamos cada céntimo para comprar una barra de pan o no salíamos por no gastar un billete de bonobús. Pero, ¿sabéis qué es lo que me hace más feliz de todo esto? Que Lucas y yo nos queremos igual o más, nuestra relación no ha cambiado y seguimos siendo los cuatro la familia unida que siempre hemos sido. Y ahora va a crecer.

—Sí y por partida doble, así lo hacemos todo de una vez. Ahora a esperar que todo salga bien.

—Pues sí, eso es ahora lo más importante. - Y seguimos paseando.

Aquel fue un momento decisivo, uno de los varios momentos en mi vida en los que estaba siendo consciente de cómo nos había cambiado la vida. Dicen que el dinero no da la felicidad y aunque era verdad que no me había quitado la depresión por completo, mis bajones estaban siendo bastantes menos porque había decidido hacer un montón de cosas que me mantenían ocupada. Como no paraba, al llegar la noche los pensamientos irracionales ya no me invadían porque acababa agotada y no tenían cabida. Ya no tenía esa obsesión por que nadie se enterara de nuestra nueva situación, simplemente vivía sin pensar en ello, ya no vivía con el miedo a que nos pasara algo por tener dinero porque poco a poco nos habíamos ido acostumbrando y a nuestros familiares y amigos les habíamos dicho que el premio era mucho menor y se lo habían creído y además habíamos empezado a ayudarles poco a poco. Había recuperado la ilusión por hacer cosas, me marcaba retos y cada día tenía más motivos para levantarme y sonreír. Me sentía feliz, pero contrariamente a lo que mis hijos pensaban todavía tenía muchos sueños por cumplir: quería verlos conseguir sus objetivos en la vida, formar sus familias, ver crecer sanos y felices a nuestros pequeños, seguir con Lucas con el mismo amor que nos teníamos, casarme con él en una emotiva ceremonia que ni nosotros ni los nuestros olvidaran nunca, viajar a muchos lugares preciosos, seguir ayudando a mi familia y amigos, poco a poco, hasta ver que a ninguno le faltara nada, escribir otras novelas y que tuvieran éxito, tener y disfrutar una casa en la playa, seguir comprando y transformando inmuebles, vivir en la casa de mis sueños (que no era aquel ático, aunque me encantara), que nuestras inversiones y nuestras empresas siguieran creciendo cada año y ver a Lucas cumplir sus sueños, aunque fueran menos numerosos que los míos porque mi mente era más inquieta y yo era más ambiciosa. Tenía muchos sueños por cumplir pero tenía que ser poco a poco, para no atragantarme y disfrutar bien de cada uno. No quería prisas en mi vida y tenía claras mis prioridades: mi familia por encima de todo y lo demás, si se podía bien y si no, sin problemas, aunque estaba segura de que cumpliría muchos de aquellos sueños y también algunos de otras personas.

Hacía una semana que una idea me perseguía. Llevaba justo ese tiempo viendo a un señor mendigando en la calle, siempre en el mismo sitio y un par de veces le di cinco euros pero aquello no acababa de hacerme sentir bien. Nadie le daba cinco euros, normalmente era alguna moneda suelta y él se puso muy contento las dos veces que vio el billete de cinco. Su aspecto me había llamado la atención desde el primer día. Parecía tener unos cincuenta años y exhibía un cartel en castellano, curiosamente sin faltas de ortografía, en el que sólo decía: "Por favor, ayúdame. No tengo ingresos. Tengo dos hijos y me van a quitar mi casa". Así, escueto y duro, como su realidad.

Llevaba días pensando en él y preguntándome cómo podría ayudarle. Se me ocurrió que podía hablar con él y que me contara cuál era su situación porque me recordaba irremediablemente a nosotros unos años atrás. No nos vimos así, afortunadamente, pero podríamos haber llegado a eso como tantas otras personas y me parecía horrible que alguien tuviera que perder su casa y habiendo niños de por medio más aún. Le comenté a Lucas la posibilidad de invitarlo a almorzar o a comer en un bar cercano al lugar donde él se sentaba cada día y así pedirle que me contara su historia pero me daba miedo que me tomara por loca (el señor, Lucas ya estaba acostumbrado). Lucas me dijo que estaba bien pero que no sabía lo que podía haber detrás de aquella persona y podía ser muy arriesgado. También me dijo una gran verdad: que había mucha gente en aquella situación y yo no podía solucionar los problemas de todo el mundo, pero yo pensaba que aunque no pudiera solucionar los problemas de todo el mundo, si de vez en cuando ayudaba a alguna persona en concreto ya hacía más que si me quedaba sin hacer nada. Al final lo convencí y accedió a venir conmigo.

Nos acercamos a la zona donde él estaba y esperamos a que no pasara nadie para hablar con él, para que no se sintiera mal por lo que le íbamos a ofrecer y además porque teníamos miedo de hacer el ridículo si nos rechazaba. Al fin y al cabo no sabíamos nada de él. Sólo que estaba pidiendo, que iba aseado y con ropa limpia y que, supuestamente tenía hijos.

−Hola. ¿Puedo hacerte una pregunta?

−Sí, claro.

−Verás, es que te hemos visto aquí varios días y nos has llamado la atención.

−Sí, tu eres la que siempre me da cinco euros. Gracias.

−Bueno, nos gustaría invitarte a que almorzaras con nosotros en ese bar que está ahí y de paso hablar un rato contigo, si no te importa.

−Pues os lo agradezco mucho pero más que almorzar o comer yo, lo que pretendo es recoger algo de dinero para que coman mis hijos y poder pagar nuestra casa y que no la perdamos también.

−Por eso no te preocupes que te ayudaremos a que lleves algo a casa hoy pero primero nos gustaría conocer mejor tu historia. Venga, hazte el ánimo, esto no te va a pasar todos los días y si te comes un bocata, pues eso que te llevas.

Al final lo convencimos. Parece que ni nosotros nos acabábamos de fiar de él ni él de nosotros. Supongo que sería normal. El hombre hablaba un perfecto castellano y a juzgar por su acento debía ser de Valencia también. Entramos al bar con él y nos miraron bastante raro. Pedimos tres almuerzos y le dijimos que queríamos conocer su historia porque conocíamos una fundación benéfica que tal vez pudiera ayudarle. Era mentira, por supuesto, pero queríamos saber qué le había llevado a estar allí pidiendo. La

historia que nos contó nos pareció bastante fiable y creíamos que bastante acorde con las cosas que estaban pasando en el país.

Nos dijo que tenía cuarenta y cuatro años, aunque aparentaba diez más y él lo sabía, así que nos enseñó su DNI para que nos lo creyéramos. Empezaba bien. Después nos contó que él y su mujer se conocieron en la universidad. Ambos eran aparejadores y habían tenido unos años muy buenos antes de la crisis pero luego todo se vino abajo y los dos habían perdido el trabajo. Uno después del otro. Realmente era muy mala suerte pero había mucha gente así. Tenían dos hijos, uno de ocho años y otra de seis. Habían pasado bien los dos primeros años porque los dos tenían paro y después les habían concedido la ayuda familiar y aunque la cosa había ido a peor, habían ido pasando con unos ahorros que tenían pero ya se los habían comido. Ahora ya no cobraba ninguno de los dos y comían gracias a que la madre de él, con su pequeña paga de viuda hacía milagros y les daba de comer a los cuatro, a su otro hermano que vivía con ella y a ella misma. Pero la paga, por mucho que la estiraran no daba para mucho, así que si les ayudaba a comer no les podía ayudar a pagar su casa, la luz, el agua y demás gastos. Su mujer había encontrado un par de casas para limpiar y en Cáritas les estaban ayudando pagándoles la luz y el agua y dándoles ropa para los niños que crecían inevitablemente y se tenían que vestir. En aquel momento debían tres meses de hipoteca y estaban tratando de que el banco les diera una solución porque el problema era aún mayor: su madre les había avalado con su casa, así que si el banco le quitaba la suya también les quitaría la de su madre y se verían todos en la calle.

Ella tampoco tenía padre. Era hija única y tenía a su madre en una residencia porque tenía alzheimer. La residencia la pagaban de la paga de viuda de su madre. Bueno, una parte, porque con la paga del mes no era suficiente y la parte que faltaba la ponían de una cuenta que tenía la señora con el dinero que habían podido sacar de malvender su piso tres años atrás.

Hacía un año pensaron que ya que estaba ella en su casa, podían llevarse a su madre a casa con ellos, la cuidarían y de paso, tendrían su pensión para ir tirando. Sólo aguantaron tres meses aquella situación, sobre todo por los niños. Eran muy pequeños para presenciar las escenas que allí se producían. La pobre mujer tenía la enfermedad bastante avanzada, el noventa por ciento de las veces no conocía a nadie y demasiado a menudo se ponía bastante agresiva, hasta el punto de que no podían dejarla sola para llevar a los niños al colegio o salir a buscar trabajo. Necesitaba una persona pendiente de ella las veinticuatro horas del día y si aquella situación es inaguantable para cualquier familiar, teniendo niños pequeños aún era peor, así que tuvieron que volverla a ingresar en la residencia lo que, además, les dejo un peor sabor de boca al vivir la realidad del día a día de una persona a la que querían mucho pero que, aunque podían verla y acariciarla, hacía tiempo que ella no estaba. Aquello, además le produjo a su mujer una fuerte depresión de la que estaba tratando de salir pero las circunstancias no la ayudaban demasiado.

Todo aquello me sonaba bastante, lo de perder su casa y la de sus padres y lo de la depresión, aunque en mi caso fue por otros motivos. Aquello nos hizo sentir a los dos muy cerca de ellos y decidimos que queríamos ayudarles aunque aún no sabíamos cómo, tampoco queríamos que nos tomaran el pelo y aunque todo lo que contaba Sergio, que

así se llamaba, parecía bastante real, le dijimos que si nos podía demostrar que todo aquello era verdad, podríamos ayudarle.

Se puso muy contento y nos dijo que se iba ya a recopilar toda la documentación que pudiera demostrar su situación y también nos iba a demostrar que, además de mendigar en la calle también seguía dedicando tiempo a buscar trabajo porque no perdía la esperanza, a pesar de que a esa edad ya la cosas se nos complica a todos.

Nos dio el número de teléfono fijo de casa de su madre ya que ellos ya no tenían ni fijo ni móviles. Quedamos en reunirnos en aquel bar transcurrida una semana. No sabíamos si nos habría tomado en serio o por el contrario no aparecería más por allí, pero la semana siguiente nos vimos tal y como habíamos quedado. Esta vez Sergio no acudió sólo. Charo venía con él. Vinieron con dos carpetas llenas de documentos bien ordenados con los que nos demostraron que, efectivamente, todo lo que nos habían contado era cierto. La conversación duró una hora más o menos y en ella pudimos intuir que realmente lo estaban pasando muy mal.

Les hicimos una última prueba de fuego. Les dimos treinta euros y les dijimos que con ese dinero fueran a hacer fotocopias de todos los documentos que llevaban en las carpetas y que por la tarde nos volveríamos a ver para que nos entregaran la documentación y así la fundación podría estudiar su caso y ver si les podían ayudar.

Todavía recuerdo cuando nos dieron las fotocopias con la factura de compra: 26,40€ y 3,60€ que nos devolvieron, sin faltar ni un céntimo. Además, dentro de la carpeta que nos dieron nos metieron, entre los papeles, un par de fotos de ellos con sus hijos. Supongo que para ablandar más a quien tuviera que tomar la decisión.

Cuando llegamos a casa y nos encontramos con aquella realidad tan parecida a la que nosotros habíamos vivido años atrás, nos vinimos abajo y nos dimos cuenta de que había mucha gente en situaciones parecidas y teníamos que hacer algo, queríamos hacer algo, aportar nuestro granito de arena, pero primero teníamos que ver de qué manera podíamos ayudar a aquella familia.

Estuvimos estudiando todos los gastos que tenían. Pagaban 600€ de hipoteca, unos 200€ de luz cada dos meses, 40€ de agua cada dos meses, 50€ de gas, 40€ de comunidad que llevaban seis meses sin pagar. No tenían más gastos que esos porque no tenían coche ni teléfono ni móviles ni seguro de la vivienda porque también habían tenido que prescindir de él. En total tenían unos 800€ al mes sin contar la compra o la ropa o calzado que los niños pudieran necesitar. Por descontado que esos niños no podían permitirse el "lujo" de ir a ninguna excursión, ni de comprarse libros, ni un boli nuevo cuando les hiciera falta.

Igual fuimos un poco duros pero nos aseguramos bien de que ni Sergio ni Charo fumaran ni se gastaran el dinero en bares y cosas así, porque si no, nada de lo que estábamos pensando tendría sentido. Nosotros teníamos muy claro, porque nos había pasado, que si no tienes para comer no tienes para vicios y que hay personas que prefieren fumar que comer y si ese hubiera sido el caso no les habríamos ayudado o al menos no de aquella manera, sino proporcionándoles un tratamiento para dejarlo.

Se pusieron muy contentos cuando les comunicamos que la fundación "Sonrisas al atardecer" les iba a ayudar. Claro, aquella asociación no existía, nos la habíamos inventado. Ya veríamos luego cómo saldríamos de aquella pero de momento lo que nos importaba era ayudarles. Para empezar, la asociación les pagaría la hipoteca, la luz, el

agua, el gas y los gastos de comunidad durante los doce meses siguientes, más los retrasos que llevaran. Además les enviaría a casa dos compras mensuales y les facilitaría ropa nueva para los niños para todo el invierno. También les pagarían un dentista a los cuatro. Para ello, los enviamos a nuestra doctora que les hizo un presupuesto de todo lo que tendrían que hacerse (que fuera necesario, claro) y la supuesta asociación se lo iba a pagar.

Me fui con mi barrigota acompañada de mi hija Leire y compramos para aquellos niños ropa nueva y calzado para todo el invierno y además dos bicicletas y patines para cada uno. Cuando nos vieron aparecer por su casa con todo aquello los niños alucinaron pero sus padres más y por un lado nos sentíamos fenomenal de poderles ayudar pero por otro nos sentíamos fatal porque para nosotros aquello no era prácticamente nada y nos lo agradecían de aquella manera tan efusiva que… no sé, aquello nos superaba. A todo esto, ellos seguían creyendo que éramos voluntarios y que todo aquello lo pagaba una "fundación benéfica". Sentía ganas de abrazarlos y compartir con ellos muchas cosas más pero no debía implicarme tanto porque al final el desgaste emocional acabaría pasando factura. Con 18.000€ hicimos feliz a aquella familia y les ayudamos a vivir de manera digna durante un año. Pero ¿y después de ese año, qué sería de sus vidas? Ellos no querían vivir así, sino encontrar un trabajo y poder mantener ellos mismos a su familia, sentirse realizados, sentirse capaces. ¡Qué importante es eso para una persona! Creo que es más importante que tener más o menos dinero.

Aquella experiencia nos tocó mucho la fibra sensible, tanto a nosotros como a Leire y a Javier y justo fueron ellos los que nos propusieron uno de los mejores proyectos que hemos llevado a cabo en esta vida: hacer realidad la Fundación Sonrisas al Atardecer. A través de la fundación ayudamos a unas 5 a 10 familias al año en situaciones como las de Sergio y Charo, ofrecemos unas subvenciones de seis mil euros para empresas que contraten de forma indefinida y a jornada completa a un trabajador/a con hijos a su cargo y con situaciones "especiales" semejantes a la que antes hemos descrito y mantenga al trabajador en su puesto durante, al menos tres años. Y si el trabajador contratado es de la bolsa de trabajo que tenemos en la fundación, en vez de seis mil son doce mil. Los doce mil euros les son abonados en tres años, cuatro mil cada vez y la empresa se compromete a demostrar cada seis meses que la situación del trabajador es la que se le pide, ya que se hace un seguimiento de cada una de las subvenciones concedidas porque lo que queremos es que se cree empleo de verdad y que la gente empiece a tener posibilidades de salir adelante por sí mismos y no viviendo de limosna. Todo esto lo podemos hacer porque destinamos un porcentaje del beneficio anual de nuestras empresas a la fundación, así que es muy importante para nosotros seguir creciendo para poder seguir ayudando. Además hemos conseguido que otras grandes y medianas empresas colaboren con nosotros. Aunque nos consta que ya hacen sus cosas, ¿Os imagináis si personas como Amancio Ortega o Bill Gates destinaran sólo el 1% de sus ganancias anuales a fundaciones como la nuestra, cuántas cosas se podrían hacer?

Ésto es algo que nos llena mucho a todos, tanto a nosotros como a los niños y los cuatro participamos de forma activa en el proyecto. Además, nos ha permitido poder dar trabajo a algunos de nuestros familiares y amigos y conseguir que todos participen de forma voluntaria en nuestro proyecto: organizando las compras, visitando familias, haciendo seguimientos, etc. Entre lo que nosotros aportamos y lo que aportan otras

empresas estamos destinando más de dos millones de euros anuales a ayudar a familias a poder retomar las riendas de su vida. Y esperamos que esta cantidad siga creciendo.

“Siéntete merecedor de todo aquello que deseas.
Esas estrellas que a veces miras en el firmamento
a las que les pides que tus sueños se hagan realidad,
también te están mirando a ti,
y te quieren tocar. Permíteselo.”

Laín García Calvo. (La voz de tu alma)

MEJOR DE DOS EN DOS

Era ocho de octubre del año dos mil quince, justo el día en el que cumplía treinta y seis semanas de embarazo. Aquella mañana me había levantado algo rara. No sé describir lo que sentí, sólo me sentía rara. Decidí irme al despacho a ver cómo iban las cosas por allí. Todo parecía marchar bien. Nuestros trabajadores contentos, responsables y eficientes y nuestras inversiones marchando a buen ritmo. Solíamos establecer períodos de dos años para planificar nuestros gastos e inversiones. Destinábamos trescientos mil euros para pasar nosotros en casa los dos siguientes años a razón de unos doce mil euros al mes. Ese era nuestro presupuesto para luz, agua, gas, teléfonos, estudios, compra, sueldo de Evelyn, ropa, peluquería, preparadores personales y otras actividades físicas, médicos privados, tratamientos de belleza y bienestar, dos o tres escapadas a nuestro paraíso, mantenimiento de los coches, mantenimiento del ático, ocio y cualquier otra cosa que nos surgiera como celebrar cumpleaños o alguna que otra fiesta.

Destinábamos otros trescientos mil para viajar en los siguientes dos años ya que nos habíamos propuesto cada año recorrer algún país o zona que nos gustara y de vez en cuando, invitar a alguien. Nos habíamos acostumbrado a viajar en avión privado y a alojarnos en hoteles de lujo, así que nuestros viajes no eran para nada económicos pero nos valía la pena gastarnos el dinero en eso porque era una de las cosas que más disfrutábamos tanto en pareja como en familia, sin embargo, jamás nos compraríamos un barco o un avión. Preferíamos alquilarlo porque sólo lo usaríamos dos o tres veces y no considerábamos que valiera la pena esa inversión.

Por otro lado, destinábamos ochocientos mil euros para repartir entre nuestros padres y hermanos cada dos años, cien mil para cada uno cada año. También destinábamos dos millones de euros para repartir entre nuestros primos, tíos y amigos, otros dos para la fundación y otros dos para ir haciéndonos poco a poco las casas que queríamos. En total cada dos años, cogíamos unos nueve millones de euros y los repartíamos de esta manera y además pagábamos los impuestos correspondientes, por supuesto, porque queríamos dormir tranquilos.

Habíamos ganado cerca de cincuenta millones brutos en los dos primeros años gracias a una rentabilidad de alrededor del veinte por cien en dos mil trece y de un catorce por cien en dos mil catorce. Ya en dos mil quince empezamos a obtener rentabilidades más bajas debido a que los mercados andaban algo revueltos, pero aún así, todo parecía apuntar a que ese año acabaríamos aún en positivo con entre un cinco y un siete por cien. No era gran cosas para tener tanto dinero pero dada la situación financiera, era un resultado excelentísimo. Los ciento cincuenta millones habían crecido, habíamos podido realizar varios viajes de ensueño, crear la fundación, comprar y arreglar el ático, hacernos un estupenda casa de campo, nuestros trabajadores estaban muy a gusto y estábamos ayudando a mucha gente. Ahora íbamos a aumentar la familia y sí, parecía que nuestros sueños se iban cumpliendo.

Me quedé bastante satisfecha después de hacer aquel balance tan positivo y me dispuse a escribir un rato. Me senté en mi ejecutivo rosa, tan a gusto, y observé mi despacho. Me encantaba. Estaba ordenado, bien decorado, luminoso, con buenas vistas y bien perfumado. Era uno de mis lugares favoritos junto con la terraza del ático en primavera y podía pasar allí horas y horas. Recordaba que había sentido lo mismo un poco antes de salir de casa cuando había entrado a la habitación de los bebés. Ya estaba todo preparado hacía un par de semanas: las cunitas, las hamacas, las tronas, los carros, la ropita. Habíamos decorado la habitación en tonos pastel para crear una atmósfera de paz y lo habíamos conseguido. Antes de salir, me senté en uno de los sillones que habíamos preparado para la lactancia y me imaginé allí a Lucas y a mí dando el biberón a los bebés, cambiándolos y bañándolos. Me encantó la idea y empecé a llorar sin saber por qué. Me había levantado rara, en todos los sentidos.

Abrí el portátil y me dispuse a seguir con mi novela: Juanjo no desistía en la búsqueda del asesino de su hija y sus amigas y lo que había descubierto le había dejado noqueado: no sabía si alegrarse por estar más cerca de la verdad o si hubiera preferido no descubrir aquello, pero el recuerdo de su hija no le dejaba rendirse. Tenía que cerciorarse de que aquellas atrocidades eran verdad pero no podía confiar en nadie. Era muy gordo lo que había descubierto y podía poner en juego su propia vida...

Seguí escribiendo y de pronto sentí ganas de ir al baño y al levantarme... ¡sorpresa! Había roto aguas. Me puse bastante nerviosa e intenté calmarme. Llamé a Lucas para que cogiera la maleta y viniera a por mí. Tras esto llamé al doctor y le avisé de que iba para allá. Él estaba allí pasando consulta y me dijo que me esperaba. No sentía contracciones ni nada al principio, sólo como un pequeño dolor de regla y como si la gravedad hiciera que la barriga hubiera bajado drásticamente y quisiera caer. Mis otros dos partos habían sido muy rápidos una vez rota la bolsa y me daba miedo que pasara igual y no paraba de pensar que aquello iba a ser visto y no visto. Pasaron cinco minutos y Lucas no había podido llegar así que le pedí a mi secretaria que se viniera conmigo porque sentía que aquello era cuestión de un ratito y me estaba volviendo a poner nerviosa, cada vez más, así que cogimos un taxi.

En diez minutos llegamos al hospital y ya me estaban esperando. Al reconocerme vieron que llevaba cinco centímetros dilatados. Aquello podía tardar horas o ser inminente. Me prepararon, me pusieron la anestesia y un gotero de oxitocina. También como en mis anteriores partos la oxitocina actuó muy rápido y las contracciones empezaron pronto, cada vez más fuertes. Enseguida llegó Lucas y justo los médicos le dijeron que uno de los bebés nacería pronto y en efecto, en media hora nació nuestro hijo. Afortunadamente la anestesia me hizo efecto y entre eso y que el bebé no era demasiado grande, casi no me enteré. Tras esto el médico nos dijo que entre el nacimiento de uno y otro podían pasar unos minutos o tal vez algo más. La bolsa de nuestra niña permanecía intacta así que no había prisa. Igual tardaba más de lo que se esperaba. Mientras el feto no sufriera, podíamos esperar.

Aprovechando aquel ratito en el que la nena no quería salir aún, me pusieron a Héctor encima, piel con piel. Estaba llorando y en cuanto lo abracé se calmó. Me miraba y se chupaba los puños. No sabía si podía verme pero lo que tenía claro es que buscaba mi voz cuando le hablaba y se tranquilizaba. Fue tan bonito aquel momento, no lo olvidaré nunca aunque tengo que reconocer que no lo disfruté al cien por cien porque su

hermana estaba ahí, sin salir y yo no estaría tranquila hasta que le viera la carita. Pasó media hora y como estaba bien colocada decidieron romper la bolsa para ver si así nuestra pequeña salía, si no, pasado un tiempo prudencial tendrían que hacerme una cesárea que era la idea que en un principio llevaba el doctor, aunque no le había dado tiempo.

Lucas estuvo en todo momento a mi lado, acariciándome, cogiéndome la mano, dándome besos y diciéndome que me quería. No se me olvidará nunca el momento en que tuvo a Héctor en sus brazos, su cara de felicidad y admiración, no paraba de mirarlo y de besarlo. Era como si no se lo acabara de creer. Era el hombre más guapo del mundo y en aquel momento su belleza aún era mayor. Me tranquilizó tanto verlo en sus brazos que después de soltar unas cuantas lágrimas me quedé dormida. Me habían puesto algo en el gotero porque estaba muy nerviosa y entre eso y el cansancio me dormí un rato hasta que de pronto empecé a notar que mi barriga volvía ponerse dura pero no notaba ningún dolor. Parece que fue el momento en el que la anestesia había cogido toda su fuerza. Supe que había llegado el momento porque me lo dijeron los médicos. No me dolían las contracciones, pero podía sentirlas. Enseguida Lucas dejó a Héctor en la cunita y volvió a mi lado. Me habían quitado la oxitocina después de tener a Héctor pero me volvieron a poner un poco más. No mucho porque no sé qué le pasa a mi cuerpo con ese medicamento que en cuanto lo huelo me abro como una flor en cuestión de minutos. Es mágico, aunque doloroso. Esta vez fue aún más rápido. En veinte minutos ya tenía a mi niña entre mis brazos. Entonces sí que lloré. Ahora ya podía estar tranquila porque los dos estaban bien y ahí me invadieron dos mil quinientas emociones. Lloraba y reía a la vez, sentía pena y alegría, euforia, ternura y todo el amor del mundo reflejado en las lágrimas de Lucas. De nuevo repitieron la misma operación que con Héctor y también pusieron a Valeria sobre mí, los dos cuerpos desnudos, piel con piel. Igual que su hermano, parecía que salía con hambre, mordiéndose los puños y también con genio y buenos pulmones pero en cuanto sintió mi piel y oyó mi voz se calmó. Me conocía, se sentía segura en mis brazos y aquello me hacía sentir responsable y con ganas de protegerla. Estuvimos así un ratito. Entonces Lucas cogió a Héctor y lo puso junto a su hermana, sobre mi pecho y pude sentir a mis dos bebés cerca de mi corazón. Pude sentir que la vida empezaba de nuevo.

—Ya están aquí nuestros embrioncitos.

—Sí, son los más bonitos del mundo.

—Como su mamá. Lo has hecho muy bien, campeona.

—Gracias por estar a mi lado.

—No, gracias a ti por darme tanta felicidad.

Realmente tenía muchas ganas de estar todo el rato con ellos y no perderme nada, pero tenía que hacer un esfuerzo muy grande para no dormirme. Me gustaba observar a Lucas, estaba guapísimo, lleno de amor. Mis padres y mis suegros llegaron cuando ya estábamos dentro y nos estaban esperando todos juntos en la sala de espera. En cuanto vi a mi madre no pude evitar romper a llorar, me sentía segura, aliviada y podía dejar de hacerme la fuerte por un rato.

Los dos estaban bien. Les habían puesto un gorrito y unas manoplas para que no perdieran el calor y parecían unos muñequitos. Tuve mucha suerte ya que el doctor me había programado una cesárea para diez días después y realmente me horrorizaba la idea.

Tuve a mis bebés por parto natural, no me enteré prácticamente de nada gracias a la anestesia. Estaban sanos y con buen peso así que no necesitaban incubadora. Héctor midió 48cm y pesó 2850g y Valeria 46,5 cm y 2600g y nacieron con cincuenta y cinco minutos de diferencia. Eran perfectos, tan perfectos como el amor que sentían sus papás.

En aquel momento llegaron nuestros hijos mayores que ya tenían quince y casi dieciocho años y habían cogido un taxi al llegar a casa y recibir la noticia por boca de Evelyn. Lo primero que hizo Leire fue venir y abrazarme, darme mil besos y preguntarme si estaba bien. Luego se fue como una loca a buscar a sus hermanos y en cuanto los vio rompió a llorar y quiso cogerlos pero no sabía a cuál coger primero. Javier se hizo un poco más el duro y primero saludó a todo el mundo como si nada, después me dio un beso y me acarició la cara y por último se asomó con miedo a las cunas.

—¿Qué pequeños, no?

—Sí, son muy pequeñitos para que nos duren más.

—Pero son demasiado pequeños.

—Bueno es que en realidad no les tocaba nacer aún. Parecen conejitos. Te caben en una mano.

—¡Qué guapos son los dos! Se parecen a mí.

—Bueno, teniendo en cuenta que entre ellos son bastante diferentes, ¿cuál se parece más a ti?

—Los dos. - Luego vino, se sentó a mi lado en la cama, se me apoyó después de darme un beso en la frente y me dijo: ¿Mamá, estás bien?...

Una vez que vi que estaban allí los niños, mis padres y mis suegros con Lucas y que podían echarle una mano, me quedé como un tronco durante un par de horas. Me vino genial descansar aunque me perdí su primer biberón y también su primer meconio pero como estaba tan cansada y por la tarde vendrían nuestros hermanos y sobrinos, era mejor que me dejaran descansar. Además, íbamos a tener tiempo de darles muchos biberones y cambiar muchos pañales.

Cuando desperté estaba mucho mejor y más animada, además, sólo me habían dado un par de puntos así que la recuperación no pintaba mal. Me trajeron a los bebés a la cama ya que yo aún no me había levantado porque el efecto de la anestesia me estaba durando bastante y aún no sentía muy bien las piernas. Los tuve allí conmigo, uno a cada lado, no sabía a cual mirar. Estaba feliz y les dio por hacerme un montón de fotos. A mí no me gustaba que me hicieran fotos así con aquella cara de cansada pero parecía que les gustaba y todos se querían hacer fotos conmigo y los bebés. Incluso hubo una que nos hizo la enfermera para que saliéramos todos.

A pesar de que agradecí mucho que todos estuvieran allí, de lo que tenía ganas era de darme una ducha y de estar tranquila, pero eso no fue posible hasta la noche. En aquella pequeña gran familia ya no éramos catorce sino dieciséis, lo que no sabíamos era que aquel parto vendría con sorpresa. Parecía que en nuestra familia aprovechábamos siempre los acontecimientos para dar nuevas noticias: mi hermano y mi cuñada iban a volver a aumentar la familia. ¡Iban a tener su cuarto hijo! Eso si no volvían a ser dos... A ese paso ya no cabíamos en ningún sitio para celebrar los cumpleaños. Tendría que pensar algo al respecto, pero no estaba yo para mucho pensar, sólo quería dormir y me temía que era lo que menos me iban a dejar a hacer en bastante tiempo.

Llegó la noche y nos quedamos tranquilos. Lucas y mi madre se quedaron conmigo. Normalmente sólo se queda un acompañante pero como había dos bebés y viendo que yo estaba excesivamente cansada hicieron una excepción. Se notaba que el hospital era privado. Yo también estaba más tranquila con mi madre allí porque Lucas no tenía ninguna experiencia con bebés y yo no estaba muy allá, así que entre los dos se apañarían bien y mi madre le enseñaría muchas cosas.

Tanto Héctor como Valeria se portaron genial. Igual que su hermana Leire en su primera noche de vida, se tomaron el biberón a las doce de la noche y no volvieron a rechistar hasta las seis de la mañana. Qué maravilla. Ojalá siguieran así, se nos haría todo más fácil. Cuando nació Javier fue diferente, empezando por que nació a las nueve y media de la noche y continuando por el hecho de que le dí pecho y me pasé toda la noche con el niño enganchado a la teta. Aquella fue la única vez en mi vida en la que elegí la lactancia materna. Sé que para los niños es lo mejor pero para mí no lo fue en absoluto: la subida de la leche me produjo cuarenta grados de fiebre y a mí la fiebre alta me sienta fatal y me dan convulsiones. Recuerdo que mis padres trabajaban en aquel momento y mis tías y mis primas se turnaban para quedarse conmigo en el hospital. En aquel momento estaba mi tía Carmen, hermana de mi madre y mi tía Rosario, hermana de mi padre, las dos conmigo. Empecé a sentir unos fuertes escalofríos y a delirar y en unos minutos pegaba tremendos botes en la cama, como la niña del exorcista. Pobrecillas, qué susto se llevaron y la familia que estaba en la cama de al lado también. Pero eso no era todo: tenía demasiada leche, el niño comía bastante y aquello no paraba de subir. Tenía las tetas más grandes del mundo y un gran dolor de espalda y cuello. Javier se pasaba hora y media mamando porque parecía que no se saciaba nunca y cuanto él más comía, yo más leche tenía. Y después a la hora y media de acabar volvía a pedir. No tenía vida. Aunque me vaciaba los pechos con el sacaleches, cada dos por tres estaba en el hospital con una mastitis y fiebre otra vez hasta el punto de que los médicos me dijeron que como tenía tanta leche y de calidad, si quería, había niños a los que les podía dar de mamar también porque sus mamás no habían tenido subida. Aquello me pareció horrible, con lo mal que yo lo estaba pasando sólo me faltaba darle de mamar a otro niño más.

Tenía veintiún años y prácticamente no salí de casa en los seis meses en los que le di pecho a Javier porque me daba mucha vergüenza sacarme la teta en público. Sé que es algo muy natural y me parece genial que la gente lo haga porque es algo muy bonito pero yo tenía unas tetas descomunales y aunque fuera sin querer todo el mundo se las quedaba mirando y a mí aquello me violentaba mucho, así que a los seis meses decidí cambiar a los biberones y así de paso, recuperar algo de vida porque ya ni me acordaba que además de madre era persona y creo que es más importante para el niño que su madre esté bien y se lo trasmita que darle pecho en las condiciones en las que yo lo hice y le pasaba a él todos mis nervios y mis agobios.

A partir de ahí decidí que la lactancia materna era una experiencia negativa para mí y no lo volvería a hacer nunca más y aunque han intentado convencerme por activa y por pasiva, tenía claro que no quería volver a pasar por ahí así que a Leire ya le di biberón. La mayoría de gente habla maravillas de la lactancia materna y yo invitaría todas las mujeres , al menos a intentarlo, porque si te va bien puede ser la experiencia más increíble entre una madre y un hijo , pero conmigo que no cuenten.

Entre que los pequeños se portaron genial y que tenía a Lucas y a mi madre conmigo, aquella noche pude aprovechar para dormir unas cuantas horas y reponerme para empezar a disfrutar de la maternidad. Al día siguiente lo veía todo mucho mejor, me sentía más fuerte y animada. En un par de días nos iríamos a casa y me hacía mucha ilusión entrar con ellos en brazos.

El día once nos dieron el alta tras pasar tres noches bien los tres. Al llegar a casa, me encontré un gran regalo: algunas de mis amigas tenían pensado hacerme por sorpresa una "baby shower" el día nueve de octubre que era fiesta en Valencia, pero como aquel parto nos pilló a todos por sorpresa no llegaron a tiempo y pensaron que estaría bien tenerla preparada para cuando volviéramos a casa, así que se compincharon con Lucas, Javier y Leire y cuando llegué tenía la casa llena de globos rosas, azules y blancos, un cartel precioso hecho a mano con los nombres de los niños, y como sabían que llegaríamos a la hora de comer, en vez de dulces prepararon bocadillitos y canapés. También varios regalos. Fue muy bonito ver a todos allí y conforme llegamos nos quitaron a los niños de los brazos. Estaban deseando cogerlos y achucharlos, se los iban pasando de brazo en brazo y ellos encantados y a pesar de ser dos, parecía que no había niños ni para empezar. Evelyn también nos estaba esperando y me recibió con un fuerte abrazó que realmente me llegó al corazón, al fin y al cabo estaba conmigo todos los días y teníamos una relación bastante cómplice. Me encantaba llevarme así con ella.

Estaba encantada de estar en casa con mis cuatro hijos y el amor de mi vida, muy ilusionada con aquellas dos personitas que me daban toda la paz del mundo y me hacían estar resplandeciente. Me pasaba el día observándolos. Héctor parecía que iba a ser rubio como yo y Valeria morenita como Lucas, aunque luego fueron haciendo muchos cambios. Los dos tenían los enormes ojos azules de su padre y de su abuela y una sonrisa preciosa que aún no sabíamos de quién. Eso sí, las caritas de pillos cuando se ríen las han heredado de mí y de su hermano mayor. Los dos eran muy tranquilos y buenos comedores como sus hermanos. Sólo lloraban si tenían hambre o les pasaba algo y al principio se pasaban el tiempo comiendo y durmiendo. Yo esperaba que no cambiaran porque me daba mucho miedo que en eso se parecieran a su padre, que nadie sabe cómo no se murió porque hasta los cuatro años dicen sus padres que no había forma de que comiera.

Aún hacía buen tiempo y salíamos por la mañana y por la tarde a pasear con ellos al sol. Nos turnábamos para podernos pasar por nuestras empresas a supervisar que todo fuera bien al menos una vez por semana y tuvimos la suerte de podernos organizar muy bien y poder estar juntos durante el primer años de nuestros hijos pequeños viviendo juntos miles de experiencias y sensaciones con ellos que ya nunca nadie nos podrá quitar. Eso es un privilegio que todos los padres deberían tener pero por desgracia nuestro sistema aquí en España con respecto a los permisos de paternidad deja mucho que desear.

Aunque teníamos bastante ayuda con nuestros padres, contratamos una chica por las tardes para que se quedara un par de horas con ellos y así poder hacer deporte y de este modo nos desestresábamos y yo pude recuperar pronto mi figura. A los seis meses estaba completamente recuperada y me sentía estupendamente, ágil, llena de energía y con ganas de empezar a preparar nuevos sueños. Me encantaba volver a tener hijos pequeños, volver a salir con personas que tuvieran hijos más o menos de su edad, volver

a asistir a cumpleaños de niños y celebrar otros. Igual que cuando mis hijos mayores eran pequeños, me sentía muy feliz y es que creo que, entre otras muchas cosas, he nacido para ser mamá.

Me encantaba arreglarles el armario y colocar su ropita nueva (que hay que ver cómo crecen), cogerlos en brazos y sentir ese olor a bebé, jugar con ellos, descubrir sus primeras sonrisas, ver cuántas cosas te dicen sin hablar, observar la cantidad de cambios que hacen, que hoy se parecen a uno y otro día a otro y te vas imaginando cómo van a ser cuando sean mayores. Realmente aquellos pequeñines habían conseguido lo que no había acabado de conseguir el dinero: devolverme las ganas de vivir. Lejos de tener depresión posparto, que era algo a lo que yo le temía bastante, me devolvieron la alegría que me faltaba y me llenaron de vida y nuevas ilusiones.

Todo lo que le pedía a la vida me estaba llegando y es que la vida a veces es cuestión de extremos y cuando menos te lo esperas, si de verdad lo deseas con todas tus fuerzas dentro de tu corazón, los sueños se hacen realidad y no importa lo grandes o lejanos que puedan parecer. Yo soñaba con tener una familia numerosa con el amor de mi vida, al menos dos niños y dos niñas y ya los tenía allí conmigo. No podía ser más feliz. Con treinta y nueve años, tenía la familia que quería, tal vez no fuera perfecta pero la que yo quería, la casa que yo quería, estaba haciendo todo lo que me proponía y disfrutando de mi relación con Lucas, pero quería más cosas: ahora tocaba preparar la boda.

“No hay pueblo español,
chico o grande,
que no encierre una enseñanza.”

Azorín.

UNA CASA EN EL CAMPO

Los bebés crecían sanos y felices, Leire empezaba a tontear con un niño de su clase y Javier nos quería traer a casa a su primera novia. Parecía que aquel ático se nos iba quedando pequeño.

Valeria y Héctor no tardarían en gatear y en unos meses irían corriendo por ahí. Teníamos el salón y las terrazas invadidas de juguetes. Realmente lo teníamos bastante bien organizado pero cuando nos juntábamos los seis en el salón porque fuera hacía frío ya se iba notando algo de agobio y eso sin tener en cuenta cuando los mayores querían traer a algún amigo, así que le planteé a Lucas que iba llegando el momento de mudarnos a un chalet donde los niños pudieran correr y jugar a sus anchas y coincidíamos en que era bueno que los niños jugaran mucho al aire libre. Bueno, más que mudarnos lo que yo quería era comprar un terreno y construir la casa de mis sueños. Sí, digo de mis sueños porque Lucas se hubiera quedado ahí. La ambiciosa de la pareja soy yo.

Él no quería que compráramos nada todavía porque también estábamos planeando casarnos un año después y parecía que todo a la vez podía ser un poco agobiante. En eso tenía razón pero la casa en Valencia no sería cuestión de unos meses como la del pueblo, sino que podíamos tardar dos o tres años hasta que pudiéramos mudarnos allí, empezando por que el permiso de obra tardaría más en llegar y sobre todo porque teníamos que estudiar bien el sitio y podíamos estar meses hasta elegir un terreno (eso fue lo que le dije, pero en realidad yo ya tenía elegido el terreno, sólo tenía que llevarlo hasta él como si fuera un un terreno más y tener la suerte de que le gustara y es que Lucas es muy indeciso y había que darle las cosas en bandeja y yo un poco pilla, lo reconozco).

La casa del pueblo estuvo lista para entrar en junio, pero antes tuvimos que hacer varias escapadas para concretar cosas como el color de las paredes y otros detalles. Aunque yo tenía bastante claro cómo quería decorarla y Lucas me dejaba hacer, contraté a una decoradora para que me encontrara los muebles que yo quería pero que no tenía ni idea de dónde comprar y para que me asesorara con alguna pequeña duda que tenía, aunque al final el ochenta por ciento de la decoración fue cosa mía. Eso sí, ella se encargó de que cuando llegáramos todo estuviera colocado y perfecto para entrar, desde los muebles hasta las vajillas, las sábanas o las toallas, y lo logró con creces, a pesar de que para muchas de aquellas cosas nos tuvimos que comunicar vía Whatsapp a base de audios y fotos. Pero vaya, qué buena coordinación. Nos encantó el resultado.

Empezamos a ver parcelas en Valencia de manos de las mejores gestoras inmobiliarias en diferentes urbanizaciones cercanas. El terreno que a mí me gustaba estaba en una urbanización a diez minutos en coche de Valencia. Tenía ocho mil metros cuadrados, bueno, realmente eran tres terrenos que estaban juntos y entre los tres sumaban esos metros. Uno de ellos estaba a la venta, por eso los descubrí. Ni siquiera sabía si estaban a la venta los otros dos pero hablé con uno de los gestores y le dije que me lo averiguara sin que se enterara Lucas y en caso de no estar a la venta que encontrara a los dueños y los tanteara a ver si estarían dispuestos a vender y por cuánto.

Así lo hizo y al parecer los otros dos terrenos eran de un mismo dueño y no llevaba idea de vender pero si le daban cierta cantidad ni se lo pensaba. En realidad no llevaba idea de vender porque pensaba que nadie le daría la cifra que él pedía debido a la situación financiera del momento. Óscar, que así era como se llamaba en realidad el gestor, me dijo que por un millón y medio de euros podíamos tener los dos terrenos. El propietario le había hablado de una cantidad algo más elevada pero creía que por ese precio podríamos sacarlo. El otro lo vendían por dos millones. Algo elevado, la verdad, pero tal vez se pudiera negociar.

El terreno estaba en una zona inmejorable, rodeado de unifamiliares en los que vivían todo el año. Un poco más arriba, en la misma calle, se hallaban dos de los mejores colegios bilingües de Valencia y una escuela infantil. La urbanización tenía muchos servicios como bancos, farmacia, polideportivo o un autobús que unía la urbanización con Godella, el pueblo más cercano y te dejaba en la misma parada del metro. En el mismo pueblo había varios supermercados, médicos y el resto de servicios que pudiéramos necesitar, aunque teniendo Valencia tan cerca tampoco importaba mucho. Y encima, podíamos ir al cine o a cenar a un centro comercial que estaba a tres minutos en coche o simplemente pasear por la montaña que estaba dos manzanas a espaldas de aquel terreno. Aquella urbanización era perfecta para nosotros.

Sé que ocho mil metros de terreno es muchísimo para una casa pero es que yo además de la casa quería tener un jardín inmenso con diferentes tipos de árboles y plantas donde poder perderme y donde crear diferentes rincones. También dedicar un espacio a un pequeño campo de fútbol, deporte que volvía locos a los hombres de mi casa, para que lo disfrutaran cada vez que quisieran, así como también una pista de patinaje y un gran parque infantil. Si todo aquello podía ser posible, ¿por qué no íbamos a tenerlo?

Después de visitar como unas veinte parcelas en diferentes urbanizaciones de la provincia de Valencia, nos habían gustado especialmente tres: estos tres juntos de los que he hablado, otro en una urbanización en el pueblo de al lado aunque un poco más alejado de Valencia y sin vecinos al rededor porque la zona era nueva y otro que nos encantó por las vistas, ya que estaba en alto, pero que nos pillaba a media hora de Valencia y nosotros no queríamos vivir tan lejos de la ciudad porque allí teníamos nuestros despachos y nuestros hijos mayores tenían que ir allí a clase. Javier estaba en segundo de periodismo y había conseguido con mucho esfuerzo entrar en la Universidad pública y Leire acababa de empezar Bachillerato en el mismo instituto donde había estudiado su hermano, en pleno centro de la ciudad, así que tener el transporte público en la calle de al lado les vendría de perlas, aunque esperaba que para entonces Leire ya fuera también a la universidad y fueran en coche.

Tras las duras negociaciones de Óscar y después de repetirle mil veces a Lucas las virtudes de aquel lugar, procedimos finalmente a la compra justo el día en que nuestros pequeños cumplían seis meses. Nos costó tres millones de euros, más la comisión de la inmobiliaria más los papeles de la compraventa, nos salió por tres y medio. No sé ni cómo logré convencer a Lucas con esos precios. Creo que en realidad fue Óscar, que tenía muchas tablas.

La casa de mis sueños estaba más cerca que nunca. Ahora había que concretar qué queríamos. Seguramente sería algo similar a la casa del pueblo porque las

necesidades eran las mismas, pero de estilo contemporáneo. La construcción no sería algo inmediato por muchos motivos: el proyecto costaba un tiempo, el permiso de obras otro tanto y la obra y la decoración otro tanto y encima nos habíamos salido del presupuesto y nos iba a hacer falta reestructurarlo. Como mínimo dos años no había quien nos los quitara, así que mientras, nos pusimos manos a la obra con la boda.

Hacía tiempo que teníamos claro dónde queríamos celebrar la boda, y sólo nos faltaba concretar el día, así que allá que nos fuimos a pasar otro fin de semana en el paraíso y de paso a formalizar la fecha de la boda. Era la primera vez que íbamos con los mellizos. Después de mirar bien las fechas que tenían disponibles, acordamos que al año siguiente, el veintinueve de abril, justo el día después de mi cumpleaños, celebraríamos la boda. Cumplía cuarenta y uno y justo ese fin de semana había tres días de fiesta porque el lunes era el día del trabajador y era ideal para celebrarlo como habíamos pensado. La fiesta empezaría el veintiocho que era mi cumpleaños con una cena para todos los que pudieran llegar ese día y reservaríamos todo el hotel para nosotros. Nos sobraban habitaciones pero queríamos exclusividad e intimidad.

Aquello no solían hacerlo pero como ya éramos clientes VIP del establecimiento, hicieron una excepción: desde el viernes veintiocho a las seis de la tarde hasta el lunes uno de mayo a las seis de la tarde el hotel era todo nuestro. Ahora teníamos un año para organizar todo tranquilamente, pero ya podíamos avisar a la gente para que no se comprometieran.

En unos días iba a ser mi cumpleaños ese año, el veintiocho de abril cumplía cuarenta, un número redondo y para celebrarlo invitamos a algunos familiares a comer al Palmar y a pasar el día en la Albufera y fue entonces cuando les comunicamos a todos que al año siguiente lo celebraríamos como Dios manda: ¡con nuestra boda! Con los amigos lo celebramos otro día, con una fiesta en la que pasamos el día en un barco, sin niños y de paso, también les dimos la noticia.

O O O

Pasaron los meses y llegó junio. Nuria estaba fenomenal y todas sus revisiones iban saliendo bien: ni rastro de cáncer. Dos semanas antes de la boda le montamos la despedida de soltera que ella quería: pasar un día tranquilo de spa y masajes con sus hermanas y las cuatro amigas más íntimas y después un buen sushi, unas copas y a bailar. No quería que le organizáramos ningún espectáculo con "striptease" ni nada de eso pero después de cenar le organizamos un "Tupper sex" y contratamos una Drag Queen que nos hizo reír muchísimo. Después de esto estuvimos bailando hasta las seis de la mañana.

A mí me costó un poco hasta que me animé porque desde que había tenido a mis peques nunca los había dejado ninguna noche solos y me la pasé pegada al teléfono. Como tampoco suelo beber alcohol a menudo aún me costó más animarme pero al final sucumbí a los encantos de un buen whisky. Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien.

Dos semanas después llegó la boda. Se decidieron por una boda en la playa de El Saler. Todos teníamos que ir vestidos de blanco, al estilo ibicenco. Fuimos los seis y mis padres que también estaban invitados. Ella estaba preciosa y fue una boda muy emotiva

en la que derramamos bastantes lágrimas. Se casaron frente al mar. Hizo una tarde preciosa. Hacía calor pero con la brisa del mar se estaba estupendamente. Ella me pidió que leyera en su boda y un poco más y no pude hacerlo, tenía un nudo en la garganta y tuve que parar varias veces porque no podía hablar recordando aquel día en que me llamó para darme la peor noticia. Fue muy emotivo. Mi niña era muy feliz y yo de verla también. La quiero mucho.

Después de los novios el centro de atención fueron Héctor y Valeria. Tenían ocho meses y estaban para comérselos. En aquel momento guardaban bastante parecido, los dos se habían hecho rubios y a todo el mundo les llamaban la atención. Además aguantaron muy bien por la noche despiertos hasta tarde y de risas con todo el mundo que les decía cosas. Leire y Javier estaban espectaculares. Se habían pasado desde marzo tomando rayos uva para poder presumir de bronceado vestidos de blanco y Lucas y yo nos divertimos muchísimo aunque también nos pusimos un poco nerviosos al ser conscientes de que en nada nos tocaba a nosotros. Quién nos iba a decir a nosotras, aquella noche de diciembre, que nos veríamos tan felices frente a aquella playa, ella casándose con su amor, sin resto de enfermedad y nosotros con nuestros preciosos mellizos.

O O O

Con la llegada del mes de junio no sólo llegó la despedida y la boda de Nuria sino también un acontecimiento muy importante para nosotros: la entrega de llaves de nuestra casa de campo. No lo olvidaré nunca. Era un viernes, tres de junio. En cuanto Leire y Javier llegaron de clase y se prepararon sus cosas nos fuimos al pueblo. Llegamos sobre las siete de la tarde y allí nos estaba esperando Fátima, la decoradora que había trabajado los últimos meses con la empresa constructora y Paco el arquitecto, para que aquel día cuando llegáramos allí no faltara ni un detalle. Teníamos hasta la cena hecha.

Maravilloso. Creo que aquel fue el mejor atardecer que vivía en mucho tiempo. Mis suegros ya estaban allí desde mediados de mayo pero les habíamos prohibido entrar porque queríamos que fuera una sorpresa y verlo nosotros primero. Fátima nos tenía preparada una visita guiada por nuestra propia casa. Aquello fue muy gracioso y nos gustó mucho porque además había encargado un catering para la cena y unos canapés para que los fuéramos disfrutando mientras visitábamos aquella maravilla. Probablemente para otra persona fuera una casa más pero yo tengo esta forma especial de disfrutar las cosas, lo malo es que cuando algo me disgusta soy igual de intensa.

El jardín estaba precioso, totalmente acabado, lleno de diferentes variedades de árboles, plantas y flores y por supuesto no podía faltar aquel olor a jazmín que tanto me gustaba. Los jardineros habían trasplantado diferentes árboles adultos desde algunos de los campos de mis suegros para que cuando lo estrenáramos ya fuera un jardín consolidado y llevaban toda la primavera cuidando las plantas y el césped para que todo estuviera de ensueño.

Tras ver el jardín, Fátima nos fue enseñando cada estancia de la casa, nos fue enseñando dónde estaban colocadas las cosas. Lo había hecho exactamente como yo le había dicho, así que quedaba contratada para la siguiente. La casa estaba perfectamente

decorada, incluso con algún detalle con el que yo no contaba pero que me encantó, con un olor mezcla de nuevo y un ambientador exquisito que a pesar de no saber cuál era, a todos nos hacía sentir una calidez extraordinaria.

A mí me encantó, pero parecía que a Lucas mucho más. Claro, yo ya tenía una idea bastante clara de lo que me iba a encontrar por dentro (en cuanto a la decoración) pero él lo había dejado prácticamente todo en mis manos. No faltaba ni un detalle, desde los jabones de los baños elegidos con el mejor gusto posible, hasta los farolillos con velas de las terrazas y unos aparatos camuflados para ahuyentar los mosquitos y otros bichos del campo. Los niños alucinaron con todo, se quedaron maravillados y ya estaban pensando a quién iban a traer porque tenían claro que con esa casa irían más veces al pueblo.

Mientras nos lo enseñaban todo con detalle y comentábamos mil cosas, cayó la noche y aún fue más bonito porque pudimos ver la piscina iluminada y también el jardín. Cada una de aquellas luces había sido estudiada para ofrecer aquel espectáculo de luces y sombras que nos acabó de aportar la calma que nos faltaba después de aquel subidón.

Ya lo habíamos visto todo tranquilamente como queríamos, así que llamamos a mis suegros que tenían muchas ganas de ver todo aquello. Se quedaron aún más asombrados que nosotros y se les veía muy felices, no tanto porque la casa fuera más bonita o más fea, sino porque se aseguraban que tendrían a los nietos en el pueblo muy a menudo, al menos en verano, y aquello les hacía muy felices.

La cena había sido preparada para nosotros y para mis suegros. Fátima y Paco no quisieron quedarse porque tenían una hora y media de camino hasta llegar a Valencia. Después de cenar volvimos a mirarlo todo una y mil veces, sobre todo Evelyn y yo que estábamos encantadas. Nos habían llenado la despensa y la nevera y ¡hasta un botiquín nos habían preparado! Si es que esta mujer estaba en todo.

Como ya nos habíamos imaginado, aquella noche dormimos poco. Los pequeños extrañaron la casa y nosotros también, pero al día siguiente pudimos disfrutar mucho del día desde temprano y además, de la piscina climatizada. Acabábamos de llegar pero en poco tiempo hicimos nuestra aquella maravilla. Aquel verano no pasamos casi ningún día en Valencia, sólo íbamos si teníamos que firmar algo y volvíamos al campo. Como nos habíamos gastado bastante dinero en la parcela de Valencia, la boda iba a ser otro gasto gordo y los pequeños tenían nueve meses, decidimos que ese año las vacaciones serían más suaves. Así pues, hicimos un recorrido de catorce días por Soria, Valladolid, Segovia y Ávila en el mes de julio nosotros seis, los cuatro abuelos, Evelyn y su marido. El resto del mes lo pasamos en el campo y casi todo el mes de agosto menos diez días que nos perdimos por la costa catalana.

Aquel verano recibimos muchas visitas. Nuestros padres y hermanos pasaron buena parte del verano en la casa de campo, y también recibimos la visita de primos y amigos. La cuarta hija de mi hermano, Lara, tenía a penas cuatro meses, los gemelos tenían algo más de dos años, la mayor iba camino de cinco, y Héctor y Valeria con nueve meses. Fue muy bonito estar todos juntos aunque cada día acabábamos agotados con tantos niños porque, nos llegamos a juntar con quince niños de menos de siete años en casa cuando estaban mis primos o los amigos de Lucas. Era agotador pero a mí verlos disfrutar me encantaba, no tanto que sus padres no estuvieran pendientes de ellos. Ese era siempre el motivo de mis enfados.

Yo soy la primera que entiende que los niños se pasan el día en movimiento, a veces no paran ni durmiendo y ese movimiento es necesario porque es su vía de aprendizaje pero creo que los papás debemos estar pendientes de los niños y no soltarlos por ahí y que se apañen. A mí no me gusta que los niños se suban a los sofás ni a las sillas ni mucho menos a las mesas, porque no están para eso. Es normal que ellos intenten hacer ese tipo de cosas pero creo que hay que enseñarles y estar pendientes de que no lo hagan. Eso es lo que pensamos nosotros, y así procuramos enseñar a nuestros hijos. Respeto que otros papás no piensen igual y que los eduquen de otra manera pero me gustaría que esos papás entendieran que cuando van a casa de los demás, una vez que cojan confianza, se van a comportar igual que lo harían en su casa y ellos son los responsables de que no hagan ese tipo de cosas porque no saben si a las personas de esa casa les va a venir bien que los niños se les suban por todas partes, que les destrocen las plantas o cosas similares y yo para esas cosas tengo que reconocer que tengo muy mal genio.

A mí me encantaba que estuviéramos todos juntos pero ese tema me sacaba un poco de quicio, así que, a fuerza de ganarme el mote de señorita Rotermeller, decidí que cada vez que nos juntáramos con tantos niños en casa, en un cumpleaños o algún otro acontecimiento, contrataría un par de monitores que los controlaran un poco y así los padres podrían estar tranquilos. Bueno, o yo pudiera estar tranquila, porque algunos de ellos siempre lo estaban; llegaban, soltaban a los niños y se sentaban y yo siempre acababa echando humo y oye, ahora que podía, pues no quería enfadarme porque los demás se quedaban igual y el mal rollo siempre era para mí y al fin y al cabo ellos eran como eran y no los iba a cambiar. En este sentido, sí puedo decir que el dinero me facilitó las relaciones sociales, aunque la verdad era que con Lucas empezaba a tener ciertos encontronazos. Él era de no gastar ni un céntimo que no fuera "necesario", como había aprendido en su casa y aquello de contratar monitores que se encargaran de los niños le parecía un gasto innecesario por lo que cada vez que teníamos algún acontecimiento de ese estilo acabábamos discutiendo.

Yo pensaba que esta forma de pensar estaba bien para cuando no teníamos ni un euro pero seguir con mentalidad de pobre siendo rico, me parecía lamentable. A mí eso no me parecía derrochar, a mí derrochar me parecía tener un Ferrari sólo para presumir, por ejemplo. Esto de los monitores lo veía una forma de facilitar la convivencia. Yo siempre he dado más importancia a disfrutar de esos buenos momentos que a tener muchas cosas materiales, por ejemplo.

Creo que él tenía miedo de que nos arruináramos o algo así y yo quería hacerle ver que podíamos permitirnos ese tipo de cosas sin arruinarnos. Por ejemplo, dos monitores una tarde nos podían costar cien o ciento cincuenta euros tirando por lo alto y no me parecía dinero si con ello conseguía relajarme y disfrutar más de aquellos momentos en vez de acabar de los nervios o discutiendo con alguien por lo nerviosa que me ponía que sus hijos me lo tocaran todo y sus padres no les dijeran nada. No era el hecho de que los niños lo intentaran tocar, era el hecho de que los padres los estuvieran mirando y no les dijeran absolutamente nada y si se lo decía yo se enfadaban. Otra cosa muy diferente hubiera sido pagar a unos monitores con nuestra situación de antes. Entonces lo entendería perfectamente, pero nuestra situación había cambiado.

Esto de los monitores iba a ser sólo el comienzo de diferentes encontronazos que tuvimos. Creo que él pensó que yo estaba cambiando desde que teníamos dinero y yo creía que simplemente estaba siendo como soy pero con otras circunstancias, quería hacerle entender que nos habíamos marcado unas metas muy claras que eran vivir lo mejor que pudiéramos sin bajar de ciento cincuenta millones en el banco y si podía ser hacerlos crecer. Además nos hacíamos presupuestos de lo que nos íbamos a gastar cada año y no nos salíamos de ahí. Solían ser presupuestos bastante holgados que ningún año acabábamos. Si alguna vez nos surgía algo que no estaba planeado para ese año, como nos había pasado al empezar a hacernos la casa, recortábamos de otro sitio como hicimos aquel año y el siguiente en los que no nos gastamos ni la mitad del presupuesto que teníamos para vacaciones, nos habíamos comprado la mitad de ropa que otros años, habíamos salido la mitad de veces y habíamos invertido mucho menos en tratamientos de belleza para compensar el gasto extra. Digo habíamos sí, porque a él también le gustaba que le dieran masajes y que le hicieran el tratamiento láser para que no se le cayera el pelo y muchas otras cosas, no era sólo cosa mía.

"¿Qué es el tiempo?
Si nadie me lo pregunta, lo sé.
Pero si tuviese que explicárselo a alguien
no sabría cómo hacerlo."

San Agustín (354- 430)

UN AÑO, DIECINUEVE AÑOS

De nuevo llegó octubre y con él el primer cumpleaños de nuestros mellizos. ¡Qué rápido había pasado! Me sentía muy contenta y a la vez me entristecía porque me daba la sensación de que el tiempo pasaba muy deprisa, demasiado deprisa.

Me hacía mucha ilusión hacer una fiesta de cumpleaños para los mellizos pero éramos mucha gente y en el ático no cabíamos, así que, aprovechando el buen tiempo que aún hacía, pensamos en hacerlo en la casa del pueblo. Como su cumpleaños caían en sábado nos vino genial. Lo tuvimos que celebrar en dos veces porque no podíamos juntar allí a tanta gente a pesar de que la casa era muy grande. La idea era invitar a los primos y amigos que tenían niños pequeños, a nuestros hermanos y a nuestros padres pero es que nos poníamos a sumar y éramos mucha gente. No nos parecía normal que en un cumpleaños de unos niños se juntaran más de setenta personas. Teníamos que recortar pero no sabíamos cómo porque la mayoría de ellos nos habían invitado a los cumples de sus hijos que tenían unos meses más, otros tenían unos meses menos y otros estaban en camino, además de los niños que ya tenían. En total había unos veinticinco niños, cada uno de sus padres, nosotros, nuestros hermanos y nuestros padres.

—Pero ¿has contado bien?

—Sí, cariño, setenta y seis.

—No puede ser, va a parecer una boda.

—Ya lo sé. Es mucho dinero y no caben todos y la verdad es que yo no tengo ganas de tanto jaleo.

—Pues mira, no hacemos nada.

—Claro, y se quedan los niños sin su cumpleaños. Eso tampoco me parece solución.

—No, lo celebramos con los de siempre, con nuestros padres y hermanos.

—Pero entonces quedamos fatal con los demás que nos han invitado al cumpleaños de sus hijos.

—Bueno, pues ellos nos invitan pero nosotros no.

—Pues entonces no teníamos que haber ido al suyo. Eso no está bien.

—Pero además se tienen que quedar a dormir y yo no sé cómo meter setenta y seis personas en casa.

—Bueno, en casa de tu madre pueden dormir doce personas y tus amigos del pueblo tienen sus casas. Para dormir en casa seríamos unos cincuenta.

—Ya, pero siguen siendo muchos.

—Bueno pero tenemos once habitaciones y la buhardilla. Igual es una locura pero pueden caber hasta incluso ochenta. Total es una noche.

—¿Pero no dices que no tienes ganas de jaleo?

—La verdad es que se me hace un poco cuesta arriba pero me gustaría disfrutarlo todo lo que pueda.

—¿Y entonces, qué hacemos?

—No sé, nos tocará hacerlo en dos veces.

—¿En dos veces, cómo?

—Pues en dos fines de semana.

—¿Y a quién invitamos cada vez?

—Una vez la familia y otra los amigos.

—¿Y vamos a juntar a tus amigos y a los míos?

—¿Por qué no?

—No sé, ¿saldrá bien?

—Si no lo intentamos no lo sabemos.

—Bueno, si tú lo ves bien... Pero nos saldrá mucho más caro porque no es lo mismo montar el chiringuito una vez que montarlo dos veces.

—¿El chiringuito? ¿Qué chiringuito quieres montar?

—Pues hombre, payasos o castillo hinchable o algo así, ¿no? Lo que está claro es que harán falta monitores.

—¿Pero tú no decías que no tenías ganas de jaleo?

—Ya, pero es que ya que lo hacemos, lo hacemos bien.

—¿Entonces, cuánto dinero te piensas gastar?

—Pues no sé, así por encima creo que serán unos mil quinientos euros.

—¿Mil quinientos euros en un cumpleaños?

—Hombre, contando que son cerca de ochenta personas y que hay que darles de comer y beber todo el fin de semana y a parte los juegos y las tartas, tampoco es tanto.

—¿Las tartas? ¿Con una tarta no hay bastante?

—Hombre, somos muchos. Serán dos tartas de varios pisos, una para cada fin de semana.

—Creo que no voy a poder nunca contigo.

—Vale, lo dejo en tus manos, pero como la fiesta de primer cumpleaños de mis hijos sea una mierda no te lo voy a perdonar nunca. Ahora que puedo hacer las cosas como siempre he soñado tengo que pelearme contigo para poder hacerlas.

—No tienes que pelearte conmigo pero yo creo que te pasas.

—¿que me paso por qué?

—Pues que quieres hacer demasiadas cosas.

—Yo no creo que sean demasiadas cosas. Cualquier madre que estuviera en mi posición económica haría lo mismo, al menos la mayoría. Tampoco tengo la culpa de que tengamos cerca a tanta gente.

—Pero yo es que flipo. ¿Toda esta gente dónde estaba hace cuatro años cuando no teníamos ni un euro?

—¿Estás insinuando que sólo se acercan a nosotros por nuestro dinero? Pues eso serán tus amigos porque mis amigas y mis primos han estado siempre ahí, otra cosa es que yo no tuviera ganas de salir y que cada dos por tres les dijera que no, pero siempre en contacto.

—¿Pero quién ha dicho eso? Yo no he dicho eso en ningún momento. No te montes películas.

—Yo no me monto películas. Tú lo has insinuado, no me tomes por loca.

—Pues no me gusta esta situación, sabes que a mí no me gustan estas reuniones con tanta gente.

—Pues vienen a ver a tus hijos, podrías agradecerlo. Antes no los tenías y ahora sí y ellos tampoco tenían a los suyos y ahora sí, esa es la diferencia. Antes la vida era otra cosa porque Javier y Leire ya eran mayores y ahora la situación es diferente con estos dos pequeños. ¿Qué hacemos, nos escondemos y renunciamos al resto del mundo?

—Tampoco creo que sea eso pero ya sabes cómo me cuesta a mí esto.

—Pues a mí déjame las cosas claras porque en poco más de seis meses es la boda. Si va a ser así dímelo que aún estamos a tiempo de pararlo todo. Yo quiero que sea el día más feliz de mi vida y si va a ser así va camino de ser el peor, así que piénsatelo bien que aún estamos a tiempo. - me fui, me encerré en el cuarto de baño a llorar. Íbamos por diferentes caminos...

No volvimos a hablar hasta el día siguiente. Ahora sí que no podía parar de pensar en el día que me dijo que tenía un lado oscuro. A mí me encantaban las reuniones sociales pero como nuestra situación económica había sido mala durante muchos años, no habíamos tenido oportunidad de vivir esas cosas así que su fobia social no había hecho aparición y ahora, con cuatro hijos y a seis meses de nuestra boda quería aparecer para empañarlo todo. Toda la vida soñando con tener dinero para poder hacer esas cosas y ahora el amor de mi vida me salía por ahí. Esto era lo que nos estaba trayendo el dinero: descubrir la verdadera cara de cada uno, para bien y para mal y es que cuando uno puede hacer lo que quiera porque tiene cualquier posibilidad en sus manos es cuando verdaderamente se ve la esencia de las personas.

Al día siguiente cuando me levanté me sentí muy culpable por haberme enfadado con él y no haber sabido ver que aquellas reacciones suyas eran debidas a su problema de fobia social. Durante todo el tiempo en el que yo había estado con depresión él había tenido mucha paciencia conmigo, eso sí, yo había hecho unas cuantas terapias y puse todo de mi parte hasta que empecé a curarme, así que pensé que él también tendría que poner de la suya porque si no, lo íbamos a pasar muy mal con aquella nueva vida llena de eventos sociales. Yo me comprometí a estar a su lado en la lucha contra su fobia social pero él tenía que darse cuenta de que aquellas reacciones las tenía debido a su problema y además hacer terapia.

Acabamos celebrando el cumpleaños en dos fines de semana. Al final nos organizamos así: los dos fines de semana vinieron nuestros padres y de paso nos echaron una manita. El primer fin de semana vinieron mis primos y mis amigas y el segundo los amigos de Lucas porque él los únicos primos que tenía con niños estaban en Barcelona y no venían. Él casi todos los que tenía con niños eran amigos. Yo tenía menos amigas con niños pero tenía unos cuantos primos.

Fue un show para dormir todos pero al final estuvo muy bien. Como había once habitaciones bastante grandes, nos repartimos con una media de 2-4 personas por habitación y los hijos más mayores, "la primera juventud", como les llamábamos nosotros, todos a la buhardilla. Estuvimos muy bien y nos reímos mucho. Los niños se lo pasaron bomba. Valeria y Héctor estaban alucinados y acabaron agotados, pero los padres también nos lo pasamos muy bien y en eso tuvieron mucho que ver los monitores que vinieron los dos días, el sábado y el domingo.

El fin de semana siguiente también nos lo pasamos genial y los niños aún más. Nuestros mellizos estaban encantados, parecía que le habían cogido el gusto a eso de hacer grandes fiestas con mucha gente y con más niños y monitores, hasta el punto de

que había ratos que pasaban completamente de nosotros. Aquello era estupendo porque tres meses después empezarían la guardería.

Ambos fines de semana acabamos los mayores jugando con los juegos de jardín, haciendo carreras de sacos, con la cara pintada y subidos dando vueltas en el toro mecánico. Valió la pena, fue muy divertido y además Lucas consiguió disfrutarlo y eso le sirvió mucho par ver que podía conseguirlo y que había sido un dinero bien invertido porque ese tipo de fiestas, si no las organizábamos nosotros, nadie podía y al final eran para el disfrute de todos.

Al cabo de un mes sería el cumpleaños de Javier, diecinueve años. Cuando cumplió dieciocho no quiso celebrarlo. Realmente quedó para pasar el fin de semana con tres o cuatro amigos en el chalet de uno de ellos y lo celebró así. Como acababan de nacer los bebés y estábamos tan pendientes de ellos, creo que no le sentó muy bien que no le insistiéramos, sólo nos fuimos a comer a un japonés y ya está. Realmente lo celebró, pero para ser dieciocho pues la verdad es que no le hicimos una gran fiesta, lo hicimos como cualquier otro año y aunque él nunca se quejó, en aquel momento, viendo lo que les habíamos montado a los hermanos pequeños creo que tuvo celos. Mi madre ya me lo avisó, que algún día me lo echaría por cara, pero una vez más no le hice caso.

—¿Y para mi cumple, qué vamos a hacer?

—No sé, ¿a ti qué te apetece?

—¿Este año tienes más ganas?

—Sí, este año me apetece más. Tendré que pensar algo.

—Pues no te queda mucho tiempo. ¿Qué idea llevas? ¿Amigos, familia, todos juntos?

—Pues no lo tengo claro, pero quiero hacer algo chulo.

—Bueno, pues vamos pensando.

La verdad era que como ya se había sacado el carnet de conducir, habíamos pensado regalarle un coche e igual era eso lo que nos estaba reclamando pero es que realmente habíamos tenido esa idea para otro momento que nos parecía más especial y no tenía que esperar mucho para que llegara, así que decidimos hacerle una fiesta sorpresa con sus amigos: los de Villa Marchosa, los del Instituto y los que había hecho en la Universidad. Todos estaban compinchados y todos le dijeron que se iban a algún sitio el fin de semana de su cumpleaños sin darle opción si quiera a que él les invitara a nada.

—Jolín mamá, es que todos tienen algo que hacer justo ese fin de semana.

—Ya te dije que lo tenías que haber avisado antes porque la gente hace planes.

—Ya pero eso es porque no se acuerdan de que es mi cumpleaños.

—Sí se acuerdan hijo, pero si tú no dices nada pues creen que no lo vas a celebrar.

—Pero ¿cómo les voy a decir algo si todos tienen cosas que hacer?

—Bueno, díselo para la semana que viene o la otra. Si de todas formas da igual el día que lo hagas, lo importante es disfrutarlo.

—Bueno, voy a decirles a ver si pueden la semana que viene o la otra.

Claro, todos le dijeron que sí. La verdad es que lo hicieron muy bien. Ya hacía un año que salía con una chica. La había traído a casa cuatro o cinco veces pero siempre con alguien más y nunca nos había dicho que era su novia aunque nosotros lo sabíamos. Se llamaba María y se habían conocido en la facultad, nada más empezar. Parece que fue un

flechazo. Le dijimos que tal vez fuera un buen momento para que la trajera a cenar y ya lo hiciéramos oficial. Si al fin y al cabo ya lo sabíamos. Podíamos salir a cenar y que viniera ella también y le pareció una buena idea. Habló con María, que lo sabía todo, y ella le siguió la corriente, así que ya lo teníamos todo bajo control. Les dijimos que se arreglaran bastante porque iríamos a cenar a un sitio muy elegante, lo que no sabía él era lo que se iba a encontrar allí.

Habíamos conseguido que nos cerraran una pequeña sala de fiestas en Ruzafa y que nos sirvieran una suculenta cena para unas cuarenta personas. Llegamos allí y todos estaban compinchados con nosotros, hasta los camareros. Al llegar no había nadie, aunque las mesas estaban montadas como esperando a más personas. Una para cuarenta personas y luego, varias que habían montado para que pareciera que todo era como les habíamos dicho.

—Buenas noches, veníamos a cenar.

—¿Tenían reserva?

—Sí, una mesa para cinco, a nombre de Lucas García.

—Muy bien , pasen conmigo.

Nos llevaron a una mesa para cinco personas, tomamos asiento y nos sirvieron la bebida. Estuvimos unos diez minutos hablando y de repente: ¡¡¡SORPRESA!!! Se abrió una cortina y ahí estaban todos sus amigos y amigas, guapísimos. Ellos con vaqueros, camisa, americana y algunos con corbata y ellas, espectaculares todas con vestidos a cual más bonito. Lo hicieron genial y Javier se puso como un tomate, tanto que se le olvidó que estábamos delante y le plantó un beso a María a lo que todos respondimos con asombro y un gran aplauso. Después los tres la abrazamos y le dimos la bienvenida a la familia.

Aquello no entraba dentro de nuestros planes, pero mira, ya estaba hecho, relación formalizada. Al fin y al cabo lo sabíamos hacía tiempo y para que estuvieran por ahí haciendo el tonto mejor que pudieran estar en nuestra casa.

Antes de irnos les explicamos que tenían la cena pagada y barra libre hasta las tres de la mañana con un espectáculo con tres de los mejores monologuistas del momento que amenizarían la cena, porque sabíamos que la mayoría de ellos eran entusiastas de estos humoristas y sabíamos que se iban a reír. Luego tendrían música para bailar y después podían ir a "Crazy", que era la discoteca de moda, porque tenían una reserva VIP para los cuarenta. No tenían que preocuparse porque estaba todo pagado pero que tuvieran cuidado que no queríamos acabar lamentando haber tomado aquella decisión. Además tenían un autobús que los llevaría para que ninguno tuviera que conducir y a las siete y media los recogería para llevarlos a cada uno a su casa, que era como habíamos quedado con sus padres. Aunque Leire tenía sólo dieciséis años se quedó con ellos y se lo pasó genial con los amigos de su hermano y su nueva cuñada. En "Crazy" le dejaron entrar porque nosotros habíamos entregado una autorización previamente en la que nos responsabilizábamos de lo que le pudiera pasar y encima nos estábamos dejando allí una pasta.

A Javier le encantó todo. Le brillaban los ojos y nos dio un gran abrazo. Además la tarta era la que más le gustaba del mundo: la de galleta que hacía yo. Me tiré más de cuatro horas haciéndola el día de antes en casa de mi madre para que no se enterara y

cuando la vio allí y la probó enseguida supo que era yo quien la había hecho. Aquello no era un coche pero creímos que sería un regalo estupendo.

Nosotros nos dispusimos a salir a cenar en pareja una vez que los habíamos dejado allí a todos y tuvimos una velada estupenda aunque no volvimos muy tarde porque al día siguiente los pequeñajos no nos despertarían más tarde de las ocho. Tampoco sabíamos si dormiríamos mucho porque estaríamos pendientes del teléfono hasta que llegaran a casa.

En aquella cena hablamos a cerca de las invitaciones de boda que nos quedaban por entregar y queríamos hacerlo antes del puente de diciembre por una razón que luego os contaré.

Aunque Javier ya había salido más veces, no era un chaval de mucha fiesta, de momento, pero para Leire era su primera vez y estábamos un poco preocupados. Ella se pasó buena parte de la noche enviándome mensajes y audios hasta que dejó de hacerlo. Seguro que encontró algún motivo de ojitos azules... Acababa de empezar primero de bachillerato en el mismo instituto al que había ido su hermano y al que muchos años atrás también fui yo. Hasta cuarto de la ESO lo había cursado en el mismo colegio que su hermano y yo estudiamos también y ahora con el cambio tenía nuevas amigas algunas de las cuales eran hermanas de los amigos de Javier, así que todo quedaba en casa. Leire era una niña muy amable y muy amiga de sus amigos. Odiaba las injusticias y no dudaba en mostrar su gran personalidad molestara a quien molestara. Era una adolescente muy creativa. Mostraba toda su sensibilidad en sus creaciones: pintaba cuadros, hacía dibujos, diseñaba casas como yo y todo lo que se le ocurría. Nosotros le aconsejábamos que después de bachillerato hiciera diseño y moda, diseño gráfico o bellas artes pero ella estaba empeñada en ser psicóloga y si eso era lo que la hacía feliz no se lo pensábamos quitar de la cabeza, de todas formas para eso aún faltaba mucho.

O O O

Lucas y yo conseguimos llegar a tiempo de repartir todas las invitaciones de boda antes del día previsto. Era muy importante que todos tuvieran la invitación el día veintidós de diciembre, el día de la lotería de Navidad porque dentro de la invitación, todos tenían un décimo con el número 29417, la fecha de nuestra boda, entre otras cosas: el décimo, el tarjetón, un manuscrito agradeciendo a todos de antemano la asistencia e indicando que no aceptábamos regalos en metálico y que si alguien tenía el gusto de hacerlos le agradecíamos que los hicieran a la fundación “Sonrisas al atardecer” de la cual aportábamos anexo un folleto explicativo con todos los proyectos que estábamos llevando a cabo, y por último un panfleto del hotel en el que venían indicadas todas las actividades programadas para el fin de semana y cómo se debía vestir en cada una de ellas.

“Decides con la mente,
pero tu alma es la que materializa.
Tu mente emite pensamientos,
esos pensamientos te llevan a una emoción,
y esa emoción te lleva a la acción.
Recuerda que nuestro mundo
es psicosomático.
Lo que el alma siente
se refleja en lo material.”

Laín García Calvo. (La voz de tu alma)

“ Hay suficiente para todos.
Si crees en ello,
si eres capaz de verlo,
si actúas con esa actitud,
se te manifestará.
Ésa es la verdad.”

Michael Bernard Beckwith.

LA SUERTE DE LA VIDA, ES PODER COMPARTIRLA

Llegó el veintidós de diciembre y como era jueves, cada uno estaba en su puesto de trabajo menos yo que desde pequeña, siempre que podía me pasaba la mañana escuchando la lotería y viendo por la tele a todo el mundo que le tocaba. Siempre acababa llorando porque me alegraba por los demás, menos los años que no daban fiesta en el cole o me había tocado trabajar. Era como escuchar la banda sonora de la Navidad, era lo que me hacía sentir que verdaderamente ya había llegado.

Nadie de la familia estaba escuchando la lotería menos mi madrina y yo. Ella había confiado siempre en mi intuición y ese año tenía un presentimiento. Doce y dieciocho minutos de la mañana y de pronto los niños de San Ildefonso cantan el gordo:

−VEINTINUEVE MIL CUATROCIENTOS DIECISIETE

−CUATRO MILLONES DE EUROS

−VEINTINUEVE MIL CUATROCIENTOS DIECISIETE

−CUATRO MILLONES DE EUROS

−VEINTINUEVE MIL CUATROCIENTOS DIECISIETE

−CUATRO MILLONEEEEEEES DE EUROS.

No podía ser, había vuelto a pasar. Otra vez, lo dije y había vuelto a pasar. No sabía que hacer, creo que para esto estaba menos preparada que la otra vez y no podía dejar de mirar la televisión sin moverme, tal vez porque si es difícil que te toque la lotería una vez, más aún que te toque dos. Pero lo mejor no era eso sino que a todas, absolutamente a todas nuestras personas queridas les habían tocado uno o dos décimos enteros del gordo. ¡Dios mío! Creo que estaba más nerviosa por eso que por el premio en sí. Era maravilloso. Siempre había pensado en qué sentirían los que repartían tantos millones en premios. Ni más ni menos que compramos veinticinco series del gordo. Todos nuestros familiares tenían dos décimos y nuestros amigos uno, nuestros padres y hermanos tenían una serie entera de diez décimos por familia y nosotros ni más ni menos que seis series de nuestro número, justo las que nos habían sobrado. También tenían los trabajadores de la empresa de Lucas, nuestros asesores, mi secretaria, otro una pareja muy especial a quien le habíamos cogido mucho cariño: Sergio y Charo y otra serie entera la fundación. Era la fecha de nuestra boda, acababa en siete, el número de la suerte y nos habían quedado para nosotros justo seis series, el mismo número de miembros que éramos en la familia. Era increíble, eran muchas coincidencias pero hasta entonces no había reparado en ellas.

Enseguida llamé a Lucas y se lo dije. Se creía que estaba de broma pero a los diez minutos empezó a sonarle el móvil y entonces se dio cuenta de que era verdad. ¡Había vuelto a pasar! Esta vez sí que nos pusimos verdaderamente nerviosos porque no lo podíamos parar, no lo podíamos ocultar y no nos lo podíamos creer. Incluso llegué a plantearme que habían hecho un montaje para gastarnos una broma y en vez de ver la lotería estaba viendo algún tipo de vídeo que me habían programado sin que me diera

cuenta y que todos estaban compinchados y por eso los teléfonos no paraban de sonar. Me fui a Google y busqué y ahí estaba, cambié de canal y ahí estaba, volvía a cambiar y no sólo estaba el número sino la señora que nos lo había vendido, en la tele y diciendo que veinticinco series del número se habían ido a parar a Valencia porque unos novios lo iban a regalar a sus familiares y amigos ya que era la fecha de su próxima boda. No podía ser. ¿Cómo se nos ocurriría decirle aquello a la señora? Claro, porque no pensábamos ni de lejos que nos fuera a tocar el gordo y como anécdota nos parecía supergracioso, pero pensar seriamente en que nos iba a tocar ni hablar. Bueno, a decir verdad, cuando yo decía que nos iba a tocar un premio gordo y todos me tomaban por loca, lo decía porque creía realmente que nos iba a tocar dos o tres veces pero claro, al tocarnos tanto en los euromillones, creí que la cuota de suerte estaba agotada. A partir de ahí jamás pensé que pudiera volver a suceder pero entonces, ¿por qué seguía jugando? Otro sueño cumplido y este me llenaba mucho más que el otro: habíamos hecho ricos a todos los que nos querían y ese sí que era el regalo más grande que nos podía hacer la vida después de nuestros hijos. Ahora sí que no teníamos que preocuparnos por nadie porque tenían la vida solucionada.

Mi madrina no paraba de llamarme y no me atrevía a cogerlo, no sabía qué decirle. Al final lo cogí pero no podía hablar, no paraba de llorar. Estaba excesivamente nerviosa. Esta vez sí que me superó. Sólo acertaba a escribir por Whatsapp en los diferentes grupos y sin contar con Lucas dije: " Enhorabuena a todos. Estoy tan nerviosa que no puedo hablar así que no me llaméis. El que quiera celebrarlo, que acuda a *El Velero,* en la playa de Pinedo, a comerse una paella o lo que haya. Yo voy para allá. Llevar champán por si no tienen. Eso sí, hoy me invitáis vosotros". Luego envié otro mensaje diciendo. "Si salís en la tele, no nos nombréis, por favor".

Cuando llegué al restaurante y le dije a la dueña, que era amiga de mi padre, lo que pasaba, casi se muere: quería que hiciera paella para ciento cincuenta personas, a la una del medio día, aunque comiéramos a las seis de la tarde. Me dijo que para tanta gente no creía que fuera posible pero si quería podía hacer un poco de todo lo que tuviera (paella, carne, pescado, fiambre, ensaladas, etc) pero que aún así tardaría porque tenía que llamar a sus hijas y a los camareros con carácter de urgencia ya que ese día no esperaban tener faena y sólo eran dos. Yo le dije que ya estaban todos de camino. Pobre mujer, casi se muere. No sé por qué pensé en ir allí, tal vez huyendo de la multitud pensando que no habría nadie en la playa. Lucas llegó un cuarto de hora después bastante enfadado y con razón:

—Tú estás loca

—¿Yo, por qué?

—Hombre le dices a todo el mundo que venga aquí y ya está, sin contar conmigo.

—Claro, como a ti no te están agobiando con llamadas y mensajes. No sabía qué hacer, la verdad y he salido por ahí. Necesitaba huir.

—¿Huir de quién, de los que están a punto de llegar? Como les de por venir a todos a ver qué hacemos.

—Pues nada, celebrarlo. Para eso les he dicho que vengan . Si les da por ir a casa es peor.

—Madre mía la que hemos armado.

—¿Es que no estás contento?

—Claro pero es que no sé, no me lo puedo creer.

—Yo tampoco, no sé si reír o llorar y ya me he tomado una pastilla.

En aquel momento llegaron mis padres. También estaban serios. Yo no entendía por qué todos estábamos serios, supuse que sería por los nervios. Enseguida empezaron a llegar primos y amigos saltando de alegría, nos abrazaban, lloraban y cataban. No sabíamos qué hacer. Empezaron a abrir botellas de champán que no sé de dónde salieron. Algunos me preguntaban cuánto nos había tocado pero en ese momento no lo sabía seguro, pero mi madre sí:

—Cuatrocientos mil euros al décimo.

—¿Cómo?

—Bueno, después de impuestos creo que son trescientos veinte mil euros limpios.

—Madre mía, la vida solucionada.

—Ya lo creo.

—Oe,oe, oe, oe, oe oe

—Oe, oe, oe, oe, oe, oe

Y así se pasaron un buen rato cantando, saltando, bebiendo champán y tirándose otro tanto por encima. Yo no sabía lo que me pasaba, sólo podía observar y dejarme achuchar por unos y por otros, pero aquello parecía irreal. Estaba totalmente en shock, no reaccionaba. Entonces mi madre se me acercó cuando nadie la oía y me dijo:

—Anda la que has liado con tus ocurrencias.

—Ya lo veo, ya.

—Si al final va a ser que eres bruja.

—No, lo que ha pasado es que nos hemos gastado un dineral en lotería de Navidad, eso es lo que ha pasado y al final por probabilidades, toca, pero es que ¿justo ese número con tantos que llevábamos? No me lo puedo creer, hemos repartido los millones.

—¿Pero cuántos décimos tenéis?

—De este número seis series, las que nos han sobrado después de repartir a todos. Habíamos comprado veinticinco. Ni sé la animalada que nos ha tocado pero es que en total habíamos comprado otras diecinueve series de diferentes números más. De ésta cogimos más porque era la fecha de la boda y para que nos sobrara por si se nos olvidaba alguien y ya ves. Pero si preguntan, tenemos dos décimos cada uno. No me lo puedo creer.

—Pues puedes creerlo hija, que ha vuelto a pasar.

—Es increíble. Quiero irme a mi casa.

—¿Y entonces para qué le has dicho a todo el mundo que venga?

—Porque me estaban agobiando, me ha llamado todo el mundo y me he asustado ¿y si se hubieran plantado en mi casa?

—Eso hubiera sido peor, sí.

Estaba muy agobiada, quería desaparecer de allí. En realidad no sabía por qué me tomaba aquello así si realmente era lo que quería y todo el mundo estaba tan feliz pero no lo podía controlar y acabé desmayándome de la tensión. Un ataque de pánico en toda regla. Parecía que mi cabeza no encajaba aquello. Parecía que no estaba preparada para que sucediera dos veces.

Me llevaron al centro de salud y enseguida volví en mí, echándome un poco de alcohol, pero tuvieron que darme otra pastilla y me avisaron de que si no me calmaba tendrían que ingresarme porque más pastillas para los nervios no me podía tomar en un día. Aquello me recordó al día en que me llamaron para decirme que nos daban una semana para pagar o el banco nos quitaba la casa porque mi ex no pagaba su parte de hipoteca. Me pasó exactamente lo mismo pero esta vez por una situación muy diferente. Tal vez estaba muy nerviosa por los preparativos de la boda y aquello me acabó de desbordar. Sólo quería añadir aquel nuevo premio a la cuenta y seguir con mi vida como si nada hubiera pasado.

Me tuvieron en el centro de salud un rato hasta que me calmé. Llamé a Raquel para ver si podía venir porque estaba claro que necesitaba ayuda. Y vino. Al cabo de un rato, parecía que volvía a estar lúcida así que volví al restaurante y pasó justo lo que menos necesitábamos: todo el mundo aplaudiéndonos, gritando viva los novios y diciendo que habláramos. Lucas no habló, como siempre, y casi le da otro síncope como a mí. Yo sólo acerté a decir:

—A ver, me alegro mucho por todos, enhorabuena, pero a mí esto me ha pillado muy de sopetón y mi cabeza ha reaccionado de una forma extraña porque me he agobiado mucho, así que disfrutad de la celebración pero si me veis rara no os asustéis que son todo nervios. Enhorabuena a todos y a pasar las mejores navidades de nuestra vida. Eso sí, no le habléis de nosotros a la prensa, por favor. Recordad el pacto de Italia. Os quiero.

La celebración siguió y yo intenté disfrutar de todo aquello y parece que al cabo de un rato lo conseguí. Empecé a hacerles a mis primos entrevistas con una cuchara, como si fuera una reportera de televisión y fue bastante divertido. Cada uno nos iba contando lo que iba a hacer con ese dinero y nos daban las gracias como si nosotros hubiéramos hecho algo, pero es que en realidad no habíamos hecho nada; sólo les regalamos el décimo porque era ese número y nos pareció graciosos pero para nada pensamos que fuera a tocar el gordo. Hombre, siempre lo piensas pero no crees que en realidad vaya a pasar. Tal vez un cuarto o quinto premio, pero ¿el gordo? Simplemente pensamos que sería un buen detalle; ahora habíamos hecho a todos ricos y no sabía por qué pero me sentía maravillada a la vez que abrumada.

Cada uno de ellos nos fue diciendo lo que pensaba hacer con aquel dinero, pero lo que más me gustó fue que varios de ellos querían un chalet cerca de donde estábamos nosotros sólo por el hecho de estar cerca, no sólo de nosotros, sino entre ellos y aquello me pareció muy bonito. Faltaba que luego fuera verdad y no lo dijeran en caliente y después se les olvidara. Y lo que de verdad me alegró fue que dos de mis primas, Elena y Cata, que vivían en Elche y Crevillente respectivamente, con aquel dinero podían volver a Valencia como querían hacía tiempo y las iba a tener cerquita por fin. Eran primas mías pero no entre ellas, una por parte de mi padre y otra por parte de mi madre, y una de ellas estaba justo en Valencia porque había venido con su marido y su hija a pasar las fiestas. La otra, en cuanto vio el mensaje cogió el primer tren que pudo con sus hijos y se puso en camino, porque su marido estaba en Alemania trabajando. Y mi primo Juan, que era el único que nos quedaba viviendo en Alemania también podía volver a España si quería. Era fantástico ver cómo se les estaba solucionando la vida a todos, y el hecho de que la mayoría de ellos quisieran cambiar su lugar de residencia o comprarse una

segunda. Aquello me resultó curioso. Tal vez es que teníamos algún gen nómada que nos impulsaba a cambiar de vivienda cada cierto tiempo o tal vez nadie estaba contento con la que tenía.

Estuvimos allí hasta tarde, dejamos a la dueña sin existencias y su hijo tuvo que ir a comprar todos los pollos asados que pudo encontrar para que tuviéramos para todos. Al final conseguimos que la prensa no nos encontrara, que era el mayor miedo que yo tenía, así que pude irme a casa tranquila.

La verdad es que fueron las mejores navidades en mucho tiempo. Hacía dos años no las disfrutamos mucho porque no conseguíamos el embarazo y por el cáncer de Nuria, el año anterior porque estábamos agotados con la llegada de los mellizos pero ese año sí que fueron buenas. Creo recordar que no hubo ni un sólo día en que no quedáramos con alguien para comer, cenar, ir al cine o alguna otra cosa. Además tuvimos unos buenos Reyes. Entonces, al tener a los niños con quince meses, volvíamos a tener el árbol lleno de juguetes, ya no era sólo ropa y aquello parecía que le daba alegría a la Navidad. Me gustaba mucho aquella sensación que hacía tiempo que no vivía, desde que Leire y Javier se habían hecho mayores y sólo pedían ropa o dinero para irse a las rebajas.

Aquellas navidades, además de traer la alegría del premio gordo, nos trajeron otras sorpresas: más embarazos. La hermana de Lucas iba a ser mamá, no nos lo podíamos creer. Nunca ha tenido muy claro que quisiera tener hijos y mi cuñado siempre se había negado en rotundo pero parecía que habían acabado cediendo. Eran los únicos de su pandilla que no tenían hijos y parecía que al final les había picado el gusanillo. Es curioso cómo acabamos haciendo cosas que jamás pensamos que haríamos sólo porque la sociedad nos empuja a hacerlas. Pero lo mejor de todo era que estaban entusiasmados.

Otra que nos dio una gran alegría fue Nuria. Sí, Nuria. Ella creía que nunca más volvería a ser mamá porque entre ella y Toni ya tenían varios hijos pero aquel cáncer le había hecho recapacitar y pensar que la vida había que vivirla sin miedo y hacer lo que a uno le hace feliz, así que convenció a Toni y otro bebé venía en camino y ahora con el premio, aún estaban más contentos.

Pasaron las Navidades y llegó otro acontecimiento muy importante en nuestras vidas: el día en el que nuestros pequeños empezaban a ir a la escuela infantil, con quince meses. Estuvimos un tiempo barajando la posibilidad de que la chica que venía por las tardes viniera todo el día y se quedaran en casa pero por varios motivos decidimos que ya era hora de ir al cole: por un lado, nos parecía muy importante que tuvieran contacto con otros niños y no tenerlos en casa como en una burbuja. Nosotros casi todos los días los llevábamos al parque y jugaban con otros niños y bastante a menudo quedábamos con familiares y amigos con niños con los que les encantaba jugar pero yo soy maestra de infantil, aunque no ejerza como tal, conozco la importancia que tiene esta etapa en el desarrollo de los niños y podría llenar tres folios de razones, aunque no lo haré. Sólo diré que les fue genial. Enseguida adquirieron hábitos y rutinas nuevas, se espabilaron un montón, se soltaron a hablar, a cantar y un montón de cosas más. Iban al cole muy contentos. Además, algo muy importante para toda la familia: teníamos unos horarios que cumplir y en general, nos cundía más el día. Yo iba al despacho más a menudo, escribía más y sobre todo, algo que necesitaba hacer: me pude dedicar mejor a los últimos preparativos de la boda, que había mucho por hacer. A nivel emocional también

lo notamos todos, sobre todo yo, porque al sentirme más libre y echarlos más de menos, nuestros momentos juntos eran de mayor calidad y eso también era bueno para todos, además, tenía la oportunidad de desahogar mis nervios por la boda trabajando, haciendo ejercicio, o preparando lo que faltaba, y cuando estaba en casa, no pagaba las cosas con los demás, ni con los pequeños ni con los mayores.

“Estar preparado es importante,
saber esperar lo es aún más,
pero aprovechar el momento adecuado
es la clave de la vida.”

Óscar Wilde.

MI DÍA SOÑADO

El tiempo pasaba deprisa. Ya hacía un año que habíamos comprado la parcela y justo hacía tres meses que habían empezado las obras: el acondicionamiento del terreno, la planificación del jardín y aquel gran agujero en el suelo donde un tiempo más tarde estaría la casa de nuestros sueños. Sí, esta vez he dicho nuestros, porque tanto Lucas como Leire como Héctor se habían implicado bastante más que con la casa del pueblo y entre nosotros y el arquitecto habíamos decidido cómo sería. Pero en aquel momento teníamos que estar centrados en otra cosa: nuestro gran día.

Faltaban tres semanas y teníamos casi todo listo, aunque siempre hay cosas de última hora que solucionar y que nos estaban poniendo nerviosos. En casa estábamos a la que saltábamos, aunque éramos conscientes del motivo y siempre intentábamos pensar que cuando pasara la boda se pasarían nuestros nervios y volveríamos a la normalidad.

A tres semanas de la boda teníamos la ropa de Lucas, la de Javier y la mía, faltaba parte de la de Leire y la de los pequeños. Con ellos me esperé a última hora porque como crecen tan deprisa me daba miedo que llegara el día y la ropa no les viniera. A Leire le faltaban un par de cosas porque no le gustaba nada y era muy difícil encontrar lo que ella quería. Le gustaba todo tan sencillo que hubo cosas que se las acabó diseñando ella misma y se las tuvieron que confeccionar a medida. Me recordaba mucho a mí cuando tenía su edad. Me pasaba exactamente lo mismo y mi madre me acababa cosiendo los vestidos que yo misma me diseñaba.

Estaba preparado el vestido de novia, el del novio, el del padrino, el de las damas de honor, y el de los pajes. Por culpa de todos los nervios de la boda yo no estaba comiendo muy bien y había perdido un par de kilos. Hasta mi menstruación de ese mes había sido muy escasa, aunque yo más que echarle la culpa a la boda, pensé que eran los primeros indicios de la menopausia. Me sentó bien perder un par de kilos porque antes los había cogido pero me tuvieron que arreglar todos los vestidos la última semana, a dos días de la boda, esperando hasta el último momento por si los volvía a recuperar, y aquello aún me creó más tensión.

El lunes veinticuatro de abril, nos levantamos temprano y nos fuimos al hotel. Nosotros seis, Evelyn y Reynaldo, su marido, y nuestros padres. A Evelyn y a Rey también les había tocado un décimo de lotería que les habíamos regalado. Me alegré mucho por ellos, pero me preocupaba que se fueran y dejaran de trabajar con nosotros y más en aquel momento en el que contaba con ellos para todo, aunque sorprendentemente me dijeron que no se iban, que estaban muy bien con nosotros y al menos querían seguir unos años más, lo cual me tranquilizó bastante.

Llegamos allí a las once de la mañana y ya nos estaban esperando. Evelyn acomodó la ropa de cada uno en los armarios. Teníamos una habitación exclusiva para poder poner el traje de novia en un maniquí que el propio hotel nos había preparado y de paso, para que Lucas no lo viera. Sólo entrábamos allí las mujeres. Fue muy divertido.

Nos habíamos llevado ropa elegante aunque cómoda para estar por allí y ropa específica para cada uno de los eventos que habíamos preparado. Martes, miércoles y jueves, recibimos diferentes tratamientos: masaje relajante, descontracturante, exfoliante, hidratante y anti edad, para espalda, cuello y piernas, tratamiento de purificación del cuero cabelludo con ozono y masaje craneal. Por último varios tratamientos faciales: masajes, limpieza, mascarilla de ácido hialurónico y colágeno, radiofrecuencia y un tratamiento de luminosidad, aunque tengo que decir que los tres meses previos me los había pasado preparando mi piel para ese día tan especial y aquello sólo fue un refuerzo de última hora que pretendía darme la relajación que necesitaba. Lucas, Javier y Leire tuvieron sus respectivos tratamientos, y nuestros padres también.

El martes tuve una prueba de peinado y maquillaje y el miércoles otra. Contratamos un equipo para que todas las invitadas pudieran hacer uso del mismo. Constaba de veinte personas que llegarían el sábado a las siete de la mañana. Dos de ellas trabajaron sólo con nosotras: Leire, mi madre, mi suegra, mis cuñadas y yo. Estuvieron con nosotras los tres días y nos peinaron y maquillaron para cada una de las diferentes ocasiones porque aunque tenía clarísimo que quería llevarme un maravillosos recuerdo de aquellos días a nivel personal, disfrutar cada momento con Lucas y el resto de nuestros seres queridos, también tenía claro que quería estar bellísima y aunque el ingrediente más importante para conseguirlo ya lo tenía, que era aquella felicidad, quería estar impecable para que luego con el tiempo, al ver las fotos, me pudiera volver a enamorar una y mil veces de aquel momento, mi momento.

O O O

Me levanté a las nueve y media aquel viernes veintiocho de abril en el que cumplía cuarenta y un años. Lucas estaba en la ducha, Leire y Javier en sus respectivas habitaciones, Héctor dormía en la habitación de mis suegros y Valeria en la de mis padres. Salí a la terraza. Hacía un sol espléndido y dieciséis grados. Podía contemplar el skyline de Benidorm y de fondo el mar Mediterráneo totalmente en calma invitando a dar un paseo en barco. Cómo me hubiera gustado en aquel momento dar un tranquilo paseo en barco, pero tenía un montón de cosas que hacer aquel día previo al más bonito de mi vida. Durante aquellos diez minutos que estuve sola pasaron mil cosas por mi cabeza, mil recuerdos. Me acordé de mi boda anterior, de la cara de tristeza que tenía en todas las fotos y que tal vez fuera el presagio de muchas cosas. Me acordé de mis abuelos y de mis tíos, sobre todo de mis abuelas, igual que en mi primera boda veinte años atrás, sólo que esta vez no cogí el mismo sofoco, esta vez sonreí porque sentí que ellos estaban allí, disfrutando conmigo de aquel momento. Aquello también me hizo recordar tantas cosas que habían ocurrido en mi vida y las veces que había llorado pensando que ellos podían verme y estarían sufriendo por mí. Cuántas veces pensaba que los habría defraudado por fallar una y otra vez, hasta que con los años comprendí que detrás de cada una de mis caídas estaban ellos ayudándome a levantar sin que nadie pudiera verlos. Recordé que veinte años atrás me casé para no desilusionar más a mi padre ya que me había quedado embarazada con veinte años y aquello era lo último que él esperaba de mí. Recordé que hasta mis treinta y ocho años, con dos hijos y un divorcio a la espalda,

nunca me habían pedido matrimonio, que no había sabido lo que era un matrimonio por amor, que nada tenía que ver lo que estaba sintiendo esos días con lo de veinte años atrás y aquello me hizo sentir más segura de lo que estaba haciendo, volvía a reafirmarme una vez más en que aquello era amor, el "AMOR" con mayúsculas, el que acababa de salir de la ducha con una toalla enrollada en la cintura y empezaba a besarme el cuello...

—Muchas felicidades, golosina.

—Muchas gracias, cielo.

—¿Cómo has amanecido hoy?

—Feliz, ¿y tú?

—Bastante nervioso por todo el tinglado pero feliz de poder hacer realidad tu sueño y verte esa carita radiante.

—Gracias mi amor. Me alegro de que al fin comprendieras lo importante que es esto para mí. Además, al final me lo vas a agradecer porque te va a encantar todo y te vas a divertir un montón, ya verás. A partir de esta noche, dejamos todo en manos de los demás y nos dedicamos a disfrutar.

—¿crees que serás capaz de dejar todo en manos de los demás y no enfadarte por nada?

—Bueno, lo intentaré. No quiero que nada empañe esta felicidad.

—A ver si lo conseguimos porque yo estoy bastante nervioso.

—Pues relájate o tendré que relajarte.

—¿Relajarme, cómo?

—¿quieres que te lo explique?

—…......

A las diez y media llamaron a la puerta. ¡Justito! Era Leire para decirnos que todos habían bajado a desayunar menos nosotros y que nos estaban esperando. Nos dimos una ducha rápida y bajamos. Héctor y Valeria vinieron corriendo al vernos y nos dieron un fuerte abrazo y la mejor de sus sonrisas. Luego, Leire y Javier hicieron lo mismo y me felicitaron. Fuimos a la mesa a reunirnos con los demás. Mis padres, mis suegros , Evelyn y Rey nos estaban esperando para desayunar. Al principio tenía un poco cerrado el estómago por los nervios pero en cuanto empecé a comer se abrió y pude disfrutar de aquel suculento desayuno en una de las terrazas de aquella magnífica piscina. El día no había empezado nada mal.

Tras el desayuno y un relajado paseo por el jardín todos juntos, dejamos a los niños un rato con Evelyn y nos dispusimos a recibir los últimos tratamientos antes de comer: en mi caso fue un masaje de dos horas, corporal, craneal y facial, con mascarilla de ácido hialurónico y colágeno, manicura y pedicura. Me quedé nueva, preparada para mi gran momento. Tras esto nos dirigimos cada uno a su habitación y al llegar empezaron las sorpresas: un enorme ramo de rosas rojas en la mesa del salón de la suite y una nota en la que decía: " Muchas felicidades, mamá. Eres la mejor madre del mundo porque eres muy especial. Que cumplas muchos más a nuestro lado. Te queremos. Javier, Leire, Valeria y Héctor." ¿Se podía ser más feliz?

Todas las emociones contenidas empezaron a salir en aquel momento y entonces sí empecé a llorar sin consuelo. No podía parar. Tantos nervios contenidos y tantos sentimientos a flor de piel... Mis hijos sabían exactamente cómo tocarme la fibra. Ellos eran lo que más quería en el mundo y siempre estaban ahí a mi lado, sin fallarme, no

como yo, que de vez en cuando sentía que estaba fallando a los mayores por haber tenido a los pequeños y robarles tiempo y otras muchas veces cuando por culpa de las malditas depresiones les había gritado o hablado mal, además de las miles de veces que me habían sacado de quicio y no había sabido estar a la altura. Con los pequeños también me sentía a veces mal por haber tardado tanto tiempo en tenerlos y no estar al cien por cien en muchas ocasiones porque mi cuerpo no era el mismo que quince años atrás y porque había aprendido a dedicarme tiempo a mí misma, dejándolos a veces con la niñera o con Evelyn para salir a cenar, ir a hacer deporte, ir al centro de estética, a la peluquería o a trabajar fuera de casa sin necesitarlo. Lo que no había aprendido era a hacer todo aquello sin sentirme culpable y de vez en cuando esos sentimientos me hacían romperme por dentro.

Empezaron los regalos, las lágrimas y las fotos. ¡Cuántas fotos nos haríamos aquel fin de semana! Bajamos a comer y ya habían llegado nuestros hermanos. Allí estaban mis cuatro sobrinos esperando a sus primos llenos de ilusión aunque no comprendieran muy bien lo que allí iba a pasar. Hanna, mi sobrina mayor, llevaría los anillos porque el resto eran todos muy pequeños y ella con casi seis años, sí sabía lo que iba a hacer y estaba muy emocionada. Cuando me vio me dijo:

—Tía, que te casas, ¿no estás nerviosa?

—Sí, cariño, ¿Y tú?

—Yo mucho, tía.

—Pues tranquila que lo vas a hacer fenomenal.

—Uy, qué nervios... - Aquella niña era la más graciosa del mundo y me tenía loca. Quería a mis cuatro sobrinos como si fueran mis hijos y cuando se juntaban los ocho me colmaban de felicidad.

Tras comer todos juntos, nos retiramos a descansar porque a partir de las seis empezarían a llegar los invitados. Los hombres de la familia se encargarían de recibirlos para que nosotras nos fuéramos arreglando ya que tardábamos más.

Laura y Asun, nos peinaron y nos maquillaron a todas las mujeres de la familia. La cena empezaría a las diez para que le diera tiempo llegar al mayor número de invitados posible pero los que ya estábamos allí habíamos quedado a las ocho en el jardín donde iba a servirse un aperitivo previo a la cena. En las invitaciones de boda habíamos indicado que para aquella cena se requería etiqueta de tarde/noche ya que la hora oficial era las ocho de la tarde, así que los caballeros debían vestir con esmoquin y las damas con vestido largo dejando ver los zapatos. Para la boda al día siguiente habíamos pedido etiqueta de mañana.

Para que todos pudieran vestir acorde a la ocasión, corrió de nuestra cuenta el alquiler de los esmóquines y los chaqués de ellos y para ayudar con el vestuario de ellas, destinamos mil euros a cada una, para que tuvieran más fácil poder acceder a un buen vestido de noche y otro de cóctel, así como a zapatos y a complementos para cada una de las ocasiones. Algunas se apañaron muy bien con los mil euros y hasta les sobró y otras tuvieron que poner lo que faltaba, pero estaban todas encantadas con la idea. El vestuario de ellos lo alquilamos porque pocas veces más se pondrían un esmoquin o un chaqué pero ellas podían sacarle bastante más partido y pensamos que sería un buen regalo. También ayudamos con el vestuario de los niños.

Acompañé a cada una de mis primas y mis amigas a elegir sus vestidos para evitar que coincidieran en su elección. Casi todas eligieron sus vestidos de la colección dos mil diecisiete y de colecciones pasadas. A nosotras nos daba igual que fueran de colecciones pasadas, lo que queríamos era estar guapas y que a cada una le gustara lo que llevara puesto y sentirnos especiales cada una en su piel.

Cuando vi a Leire vestida, peinada y maquillada no pude sino enamorarme más de la belleza de hija que tengo: Laura le había hecho un recogido que dejaba caer sus espectaculares rizos en cascada por la espalda y dos mechones a la cara y Asun la había maquillado muy suavemente, ya que estaba a punto de cumplir diecisiete años, lo justo para tapar sus imperfecciones y que su aterciopelada piel se viera resplandeciente. Luego había añadido un poco de colorete rosado y un poco de color a sus labios. Llevaba tacones y aquel maravilloso vestido verde agua que ella misma se había diseñado. Era un vestido largo, en raso de seda sin apenas adornos, como a ella le gustaba. Marcaba la cintura con un fajín de pliegues hechos de la misma tela en un color ligeramente más oscuro y la falda, que dibujaba a la perfección sus caderas de mujer, acababa más abajo en un corte sirena. Esta niña, hecha mujer ya tenía sus propios gustos y estaba preciosa. No pude evitar emocionarme al verla. Otra vez empecé a llorar y entonces apareció Javier. Espectacular. Ya lo había visto cuando se había probado el esmoquin en la tienda pero aquella noche estaba guapísimo. Con diecinueve años y hecho todo un hombre. Tengo que decir que mi hijo Javier es muy guapo pero así vestido parecía un modelo y a su madre se le caía la baba mirándolo.

—¡Qué guapos estáis, madre mía! Estáis para la portada del Hola.

—Tú que nos miras con buenos ojos, mamá.

—No, hermanita, que somos muy guapos. - Los tres comenzamos a reírnos y acabamos unidos en un abrazo a tres bandas., como tantas otras veces.

Tras esto, llegó Evelyn con los mellizos ya vestidos para la ocasión. Parecían niños de anuncio, los dos rubios con ojos azules como Leire, sus pelitos ondulados y esas caras de pillos. Llevaban unos trajecitos a juego en color melocotón: él con pantalón melocotón y camisa blanca con botones forrados de la misma tela del pantalón y adornos en mangas y cuello a juego con los botones. Zapatos y calcetines blancos. Ella con vestido en el mismo color melocotón del pantalón de su hermano y con los adornos del vestido en blanco al contrario que él. También a juego zapatos y calcetines blancos. Valeria llevaba su pelo ondulado suelto con una diadema a juego con el vestido y Héctor con su pelo de punta bien levantado de delante y despeinado a propósito por detrás. Lo dicho, de anuncio. Aquellos conjuntos también los había diseñado Leire, así como la ropa que llevaron todos los pajes en la boda. Empezaba a hacer sus primeros pinitos como diseñadora.

Bajamos al jardín porque queríamos estar allí para ir recibiendo a todos y poder dedicarles, al menos, unos minutos. Casi todo el mundo nos había dicho que venían a tiempo para la cena y más o menos la mitad para el aperitivo. Se sirvieron unos canapés, unos vinos y unos refrescos y se dispusieron diferentes grupos de mesas y sillas para podernos sentar a ver anochecer con aquellas vistas espectaculares. Las dos horas pasaron volando entre risas con los chicos vestidos de esmoquin, que nunca se habían visto en otra como aquella y planes para viajar aquel verano, tras habernos tocado a todos la lotería. Fue el tema estrella del fin de semana ya que además del viaje que ya

planeamos para volver a irnos todos aquel verano, cada uno iba contando las cosas que había hecho con el dinero o lo que les faltaba por hacer. Eso sí, todos irradiaban felicidad cuando se hablaba de ese tema.

La cena tuvo lugar en uno de los salones, éramos ciento cincuenta personas. El cumpleaños más multitudinario que jamás habría imaginado. Fue sencilla y tranquila, como yo la quería, que para colofón ya estaba al día siguiente la boda. Lucas estaba espectacular. Yo creía que ya no me podía enamorar más de aquel hombre pero ese esmoquin me enseñó lo contrario; estaba guapísimo, sus grandes ojos azules resaltaban más que nunca y su blanca sonrisa, que me había tenido embobada desde el día que lo conocí, seguía enloqueciéndome, aquella noche más que nunca. A él le encantó el vestido rojo que elegí para la ocasión (el vestido de fiesta referencia 1160005 de la colección Hollywood 2016 de la diseñadora Sonia Peña http://www.soniapena.com/es/vestidos-de-fiesta). Era un vestido largo y cómodo. Con cuerpo de gasa suelta, sin mangas y con escote joya con piedras al tono. La falda de volantes plisados a juego con el cuerpo del vestido le aportaba volumen y movimiento. Sobre cada volante descansando una tira de guipur con motivos florales acababa en puntas. Para la ocasión Laura me peinó con un moño bajo, ralla al lado y la parte delantera llena de ondas, al estilo años cincuenta. Asun me hizo un maquillaje de noche donde lo más destacado era el rojo de mis labios a juego con el vestido, consiguiendo que no fuera demasiado llamativo en general, como a mí me gusta.

Durante la fiesta pudimos disfrutar de baladas clásicas de los años cincuenta y sesenta, que recordaban a la serie Velvet, una música que me encanta. Tras la cena y la tarta, seguimos disfrutando, esta vez de los años sesenta y setenta, de las mejores canciones de baile. Para amenizar la velada contamos con tres parejas de animadores que nos pusieron a todos a bailar hasta las dos de la mañana, hora en que nos fuimos a dormir para estar frescos al día siguiente para la boda que era a las doce.

Me encantó mi fiesta: fue celebración de cumpleaños y despedida de soltera, como yo había pedido. Y hubo algo más. A mitad del baile, Lucas se acercó a mí, me cogió de la mano y me llevó a un rincón algo apartado de aquel salón. Entonces me tapó los ojos y me dio tres vueltas para marearme un poco, después me paró y me dijo que ya podía abrir los ojos. Cuando los abrí me quedé maravillada. Era mi regalo de cumpleaños, como si todo aquello fuera poco: una maravillosa pulsera de corazones de cristal. La habíamos estado viendo un día en el escaparate de Swarovski en Barcelona, cuando fuimos a hacernos la implantación definitiva de Héctor y Valeria. Lucas se acordó y la buscó porque le pareció un recuerdo bonito, me la puso torpemente (nunca se le ha dado bien abrochar joyas) y me sentí como la princesa de un cuento.

—Ahora entiendo por qué te habías empeñado en que no me pusiera ninguna pulsera esta noche.

—Pues claro. ¿No te lo habías imaginado?

—No, la verdad es que esta vez no.

—Pues que raro, creo que es la primera sorpresa que no me estropeas.

—Tampoco han sido todas, ¿no?

—Bueno. Realmente te iba a regalar una gargantilla pero cuando me dijiste que el vestido de esta noche tenía el escote cerrado al cuello con pedrería me decanté por la

pulsera, y me pareció que sería un buen recuerdo de aquella tarde en Barcelona. Era ésta, ¿no?

—Sí. Muchas gracias mi amor. Todo está siendo perfecto y tú ya te estás convirtiendo en un perfecto romántico.

—Mañana nos casamos, golosina. Ha llegado el día.

—Sí, no me lo puedo creer pero es así, te tengo aquí así de guapo y mañana es mi día soñado.

—¿Tu día o nuestro día?

—He dicho mi día porque soy yo quien quería casarse.

—Bueno pero desde hace unas semanas también es mi día soñado, porque todas las noches sueño algo que tiene que ver con la boda.

—Sí, yo también. Y pensar que en un par de días todo esto habrá pasado, con todo el trabajo e ilusión que le hemos puesto.

—Sí, pero será nuestro día para siempre. Y he dicho nuestro.

—Estoy nerviosa.

—Yo también pero algo menos ya porque con lo de esta noche hemos roto el hielo.

—Eso es verdad. Tenerlos hoy aquí creo que nos ha tranquilizado bastante.

—Entonces, ¿te ha gustado tu regalo de cumpleaños?

—Me ha encantado. Vamos, que se lo voy a enseñar a Leire.

—Ya lo ha visto – dijo con risa cómplice.

—Pues a mi madre...

Volvimos a la fiesta y mi madre se dio cuenta enseguida de aquella bella joya que brillaba en mi muñeca y me preguntó. Tras esto, Leire y mis primas, que también lo sabían, vinieron a verla de cerca.

O O O

Veintinueve de abril, nueve de la mañana, nos traen el desayuno a la habitación. Sólo faltan tres horas... Curiosamente me había levantado con bastante hambre así que desayuné bien, me dí una ducha rápida y me despedí de Lucas, hasta dentro de unas horas.

—Nos vemos en el altar. No te vayas a arrepentir.

—Tú tampoco. Allí estaré. - me contestó y siguió en la cama.

Salí con el albornoz y la ropa interior hacia la sala de masajes donde me esperaba uno exprés con crema con polvo de oro para iluminar la piel. Media hora después Asun me estaba maquillando. Mi madre, mi suegra y mis cuñadas ya estaban maquilladas, sólo faltaba Leire.

Tras cuarenta minutos de maquillaje, mi cara era de porcelana y sin que se viera demasiado recargada, como yo quería. Laura empezó a peinarme y en otra media hora ya estaba lista. No me lo podía creer. El día de mi boda iba a ser el único día de mi vida en el que iba a ser puntual, al revés del mundo. Faltaba una hora para la boda y sólo me faltaba vestirme y hacerme fotos. Perfecto.

Mi madre me ayudó a vestirme: las medias prestadas, una liga "azul", conjunto de lencería blanca, los zapatos que yo misma diseñé para la ocasión y que me hicieron en Elche (http://www.elsastredelpie.com) y finalmente el que era para mí, el vestido más bonito del mundo. Me lo tuvieron que confeccionar a medida porque el que a mí me gustaba estaba descatalogado y entonces yo misma me diseñé uno muy parecido. Era un vestido realizado en mikado de seda de corte clásico a la cintura y falda en A. Las mangas tres cuartos en tul de seda se hallaban rematadas en los puños con el mismo adorno de vainica que adornaba el cuello cerrado con escote a la espalda con lazos en la parte trasera. El detalle en la cintura era de la misma vainica. Eran los únicos detalles del vestido. Por lo demás, era completamente liso y ese era para mí su mayor encanto, lo que lo hacía más elegante.

En cuanto a joyas, llevé unos pendientes de Tous modelo les classiques en oro blanco, diamantes y perla, (número de referencia 011030170 que podéis ver en su página web). También llevé el anillo con el que Lucas, al fin, había decidido pedirme matrimonio casi tres años atrás. Lo compró en una joyería de Roma. Además, como no podía ser de otra manera, lucí la pulsera que me había regalado la noche anterior. Un romántico brazalete en rodio con tres corazones decorado con cristal pavé transparente. Era el brazalete "Carol" también de Swarovski. (Con número de referencia 5118703, podéis verlo en su página web).

Podía haber lucido joyas mucho más caras, pero quise ponerme lo que me gustaba y lo que tenía un significado especial para mí, siéndome fiel a mí misma en un día tan importante como aquel. No hubiera sido yo si no lo hubiera hecho así.

Laura me hizo un recogido muy especial: consistía en un moño alto con flequillo hacia un lado, muy sencillo, (un ejemplo del cual podéis ver en http://mujeres.es/tendencias-en-peinados-para-novia/352/peinado-novia4) y adornado en la parte de delante con una tiara de plata vieja y pedrería colocada de manera horizontal abrazando la parte baja del moño (modelo T2- 2669 de Pronovias y se puede encontrar en su web). No llevé velo.

Asun me maquilló muy bien. Me dejó la piel de porcelana y aunque iba bastante maquillada no lo parecía y se me veía muy natural. Me veía guapa, me sentía a gusto y lo más importante... ¡no me hacían daño los zapatos! Estaba encantada. Cuando ya estaba completamente preparada, mi madre me miró, me dio un abrazo en silencio porque no podía hablar de la emoción y a ambas se nos llenaron los ojos de lágrimas. Para ella era muy importante todo aquello porque simbolizaba la segunda oportunidad que me daba la vida. Mi madre había sufrido mucho con mi divorcio y con lo mal que el padre de mis hijos me lo hizo pasar antes y después del mismo. Me ayudó mucho para que pudiera acabar mi carrera aunque estuviera casada y con dos hijos pequeños y también lo pasó muy mal viendo como, poco a poco lo perdía todo, me volvía a levantar y todo me volvía a salir mal durante tanto tiempo. Creo que ella sufrió más que yo, si es posible, y en aquel momento verme tan feliz cumpliendo mi sueño de casarme con el hombre de mi vida que tanto me amaba y con la vida solucionada, con mis cuatro hijos sanos y guapos y allí vestida de novia... Para ella aquello era muy grande y creo que yo me alegraba más de lo que me estaba pasando por mis padres que por mí misma. No es que no me alegrara por mí, ni mucho menos, pero sabía lo que habían sufrido ellos por mí y ahora por fin podía verlos felices, sin preocupaciones, viajando y disfrutando de sus

ocho nietos. Mi madre estaba guapísima, perfectamente maquillada y muy bien vestida. Tanto en la cena como en la boda eligió diferentes modelos de Sonia Peña, diseñadora que acababa de descubrir y que se estaba convirtiendo en su favorita. Para la cena llevó el modelo de fiesta con número de referencia 1160093 de la colección Hollywood y para la boda el modelo de cóctel con número de referencia 1160094 de la misma colección y los cuales podéis ver en su página web. Estaba guapísima.

Cinco minutos más tarde empezó a llegar gente a la habitación. Primero llegaron mis damas de honor que eran mi hija Leire y las hijas de mis primas: Laura y Lucía. Laura tenía la misma edad que Leire, se llevaban un mes y Lucía se llevaba un mes y medio con Javier. Se pusieron de acuerdo para elegir los vestidos, también de Sonia Peña. Las tres llegaron guapísimas con sus vestidos palabra de honor con falda de vuelo a tablas en la cintura. Los vestidos eran de un precioso guipur con motivos florales en rosa, amarillo y verde sobre un fondo verde manzana. Era el modelo de cóctel referencia 1160059 de la colección primavera verano 2016 (http://www.soniapena.com/es/vestidos-de-coctel)>Muy acertado para ellas. Todavía puedo verlas como si fuera hoy. ¡Estaban tan guapas!

Como buenas damas de honor se encargaron de algo muy importante: traerme mi ramo de novia. Era un ramo redondo de pequeñas rosas blancas sobre fondo de flor de azahar que, además de ser muy bonito olía delicioso. Ellas llevaban un ramo como el mío pero sin la flor de azahar y un poquito más pequeño. Nos hicimos unas cuantas fotos en la habitación y en la terraza que estaba decorada para la ocasión. Enseguida llegó mi padre con Javier, ambos de chaqué. A cual de los dos más guapo. Mi padre llevaba el chaqué gris con chaleco perla y corbata roja y Javier chaqué azul marino con el chaleco verde manzana a juego con el vestido de las damas de honor y corbata en el mismo tono. Y seguimos con las fotos, pero faltaban por venir los pajes y mi hermano y mi cuñada que llegaron enseguida.

Los pajes eran mis sobrinos mellizos de cuatro años y mi sobrina de seis, aunque a nuestros mellizos y a la pequeña de mi hermano los vestimos también iguales. Iban los seis vestidos en seda salvaje de color crudo y verde manzana. Todos a juego. Nos hicimos muchas fotos, con unos, con otros, todos juntos. Mi hermano también estaba guapísimo con su chaqué gris como el de mi padre y mi cuñada con su modelo de Sonia Peña, fiel a su estilo más moderno y desenfadado (referencia 1160113 http://www.soniapena.com/es/vestidos-de-coctel).

Salí de la habitación y allí estaban mis amigas, mis tíos y mis primos esperándome para acompañarme. Nunca me habían llamado guapa tantas veces. Nos fuimos todos hacia el jardín donde estaba todo preparado para la ceremonia, se aseguraron de que el novio ya había llegado y entonces todos tomaron asiento. Los últimos, mis suegros seguidos de mis padres, mi hermano y mi cuñada que llevaban delante a los tres pequeños y andaban despacito.

Cuando todos estaban preparados, entramos nosotros: primero mis sobrinos Leo y Rubén de cuatro años, esparciendo pétalos de rosas. Después, Hanna con el cojín de los anillos, andando despacito, lo hicieron genial. Entonces me giré y vi tras de mí a Leire, preciosa, que me miró cómplice y me guiñó un ojo. Tras esto, Javier y yo, nos miramos, nos sonreímos y empezamos a caminar orgullosos al oír los primeros compases de *"Carusso"* en la voz de Lara Fabián. Pude ver la cara de emoción de todos,

no se oía nada, sólo la canción, la canción más bonita del mundo... y al fondo mi amor esperándome... Tenía los vellos de punta y no pude evitar las lágrimas.

Llegamos al final del camino y allí estaba Lucas. No dejaba de mirarme con lágrimas en los ojos y sólo acertó a decir:

—Estás preciosa, golosina.

—Tú sí que estás guapo. - Y nos fundimos en un profundo abrazo, como si no hubiera nadie más mientras de fondo seguía soñando la preciosa voz de Lara Fabián...

“ El sueño es indirigible.
No se ha descubierto su secreto.
Ojalá pudiera yo orientar
mis sueños según mis deseos.
Entonces...
No me despertaría nunca.”

Luis Buñuel.

TE VOGLIO BENE

El director del hotel fue el encargado de oficiar la ceremonia. (Realmente ya habíamos firmado todos los papeles antes de salir de Valencia, así que sólo ejerció de maestro de ceremonias). Fue como nosotros pedimos: corto pero intenso. Nos habló del amor verdadero y enseguida Javier y Leire le pidieron la palabra, tal y como habían acordado con él. Se pusieron a su lado, cogieron el micro y nos dedicaron unas palabras. Primero empezó Javier diciendo que hablaba en nombre de los dos, sacó un papel y lo leyó:

"Gracias a los dos por todo lo que hacéis cada día por nosotros cuatro, por sacarnos adelante cuando la vida no era fácil, por seguir luchando cada día a nuestro lado ayudándonos a ser mejores, por inculcarnos estos valores que nos han ayudado a ser las personas que somos hoy en día, por formar para nosotros una familia tan bonita y darnos a los "mejores hermanos del mundo", por compartir tantos momentos de risas a pesar de las lágrimas, por enseñarnos a disfrutar de las pequeñas cosas a pesar del dinero. A ti mamá: gracias por renunciar a tu juventud por darnos la vida siendo tan joven, por pelear duro para que nunca nos faltara nada, por luchar cada día contra la depresión y salir adelante siempre, a pesar de los tropiezos. Y gracias por tantas veces que has sacado las fuerzas de donde no las tenías y nos has hecho reír. Y a ti Lucas, gracias por aceptarnos desde que nos conociste, por aprender a querernos y dejarnos formar parte de tu vida, por dejarnos quererte como a un padre y por querer y respetar tanto a nuestra madre como haces cada día. Por todo eso y mucho más, a los dos: GRACIAS."

Tras esto, nos dedicaron un poema de Martín Galas, que leyó Leire:

POEMA QUIERO SER EN TU VIDA- Martín Galas -

Quiero ser en tu vida
algo más que un instante,
algo más que una sombra
y algo más que un afán.

Quiero ser, en ti misma,
una huella imborrable
un recuerdo constante
y una sola verdad.

Palpitar en tus rezos
con temor de abandono.
Ser, en todo y por todo,
complemento de ti.

Una sed infinita
de caricias y besos.
Pero no una costumbre

de estar cerca de mí.
Quiero ser en tu vida
una pena de ausencia,
un dolor de distancia
y una eterna ansiedad.

Algo más que una imagen,
y algo más que el ensueño
que venciendo caminos,
llega, pasa y se va.

Ser el llanto en tus ojos,
y en tus labios la risa.
Ser el fin y el principio,
la tiniebla y la luz.

Y en la tierra y el cielo,
y en la vida y la muerte,
ser igual que en mi vida,
has venido a ser tú.

Realmente aquello nos emocionó a todos, y tras darles un gran abrazo y romper a llorar los cuatro, Alberto nos preguntó:

—¿Venís libre y voluntariamente a contraer matrimonio?

—Sí, venimos libre y voluntariamente.

—Lucas, ¿aceptas como esposa a Sara y prometes amarla y respetarla en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, todos los días de tu vida?

—Sí, acepto.

—Sara, ¿aceptas como esposo a Lucas y prometes amarlo y respetarlo en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, todos los días de tu vida?

—Sí, acepto.

—Ahora los anillos.

—Sara, acepta esta alianza en señal del gran amor que te tengo.

—Lucas, acepta esta alianza en señal del gran amor que te tengo.

—Por el poder que ambos me habéis otorgado, yo os declaro marido y mujer. Podéis besaros.

—Y mientras nos fundíamos en un intenso beso, sonó nuevamente de fondo el estribillo de Caruso.

Al acabar la ceremonia, procedimos a hacer algo muy especial que era costumbre en muchos países y últimamente se estaba poniendo de moda en España: la suelta de mariposas. Cada uno de los invitados tenía una pequeña caja de cartón que contenía una mariposa blanca y nosotros teníamos otras cincuenta mariposas en una especie de tela de tul de seda, atada con una cinta de raso. En este caso Ana, la hermana de Lucas, que era nuestra madrina a pesar de sus siete meses de embarazo, fue la encargada de leer la historia:

−Desde épocas inmemorables, las mariposas han sido símbolos de libertad, buenas noticias y deseos hechos realidad. Hay incluso quien cree que representan el alma de las personas que ya nos dejaron y por tanto, el paso del mundo terrenal al más allá. Según la leyenda, si quieres que un deseo se haga realidad, debes contárselo a una mariposa entre susurros, sin que nadie más te oiga. Como ésta es incapaz de emitir sonido alguno, te guardará el secreto para siempre. Si pides el deseo y liberas la mariposa, ésta se sentirá tan agradecida que llevará tu deseo ante Dios consiguiendo que tu sueño se cumpla. Esto es lo que vamos a hacer todos hoy, junto a Lucas y Sara. Además, los novios quieren que sepáis que las mariposas han sido criadas especialmente para este día y son autóctonas de la zona. Se trata de la variedad *"leptidea reali"*. Adelante. - Y la mayoría de mariposas echaron a volar a la vez, mientras sonaba de fondo, el *"Ave María"* de Schubert...

Fue un momento realmente mágico. Pedí mi deseo, bueno, unos cuantos y Lucas los suyos. Juntos quitamos el lazo para dejar salir a aquellas preciosas mariposas blancas. Me sentí como la princesa de un cuento, rodeada de personas que me querían de verdad, en aquel lugar de ensueño, con aquel vestido tan bonito. Acababa de casarme con el amor de mi vida, mis hijos mayores me habían demostrado ante toda mi familia y amigos que el esfuerzo de tantos años había merecido la pena y los pequeños estaban maravillados con tantas mariposas. Mi sonrisa me delataba. El brillo en mis ojos hacía ver lo realmente feliz que me estaba sintiendo. Si existe la felicidad absoluta, aquella era su mejor instantánea.

De repente, empezaron a venir a darnos besos por todas partes y a felicitarnos mientras sonaba, de fondo, el *"Aleluya"* de Haendel. Realmente en nuestra boda no podía faltar uno de los ingredientes que más me hace vibrar en la vida: la música, por eso la elegimos para cada momento, con mucho cuidado.

Tras las felicitaciones, los invitados se dirigieron hacia la zona donde se sirvió el cóctel de bienvenida, al ritmo de *"Carmina Burana"*. Se sirvieron veinte tipos diferentes de los canapés más selectos que elegimos cuidadosamente, vinos, refrescos, zumos y agua. También hubo un cortador que cortó dos jamones "Joselito", considerados unos de los mejores jamones del mundo. Durante la algo más de hora y media que duró el cóctel, también preparamos un buen repertorio de música clásica para escuchar de fondo, no muy alta, permitiendo a los invitados mantener una conversación sin que la música les impidiera escucharse. La elección fue la siguiente (te la puedes saltar si no te interesa):

− *"Vals de las flores"* de Tchaikovsky.
− *"El Danubio azul"* de Strauss.
− *"Las cuatro estaciones- Primavera"* de Vivaldi.
− *"Las cuatro estaciones- Otoño"* de Vivaldi.
− *"Voces de Primavera"* de Strauss.
− *"El lago de los cisnes"* de Tchaikovsky.
− *"La cabalgata de las Valkirias"* de Wagner.
− *"El bolero"* de Ravel.
− *"Cuentos de los bosques de Viena"* de Strauss.
− *"Marcha Turca"* de Mozart.
− *"Oda a la alegría"* (9ª sinfonía) de Beethoven.
− *"Concierto de Aranjuez"* de Joaquín Rodrigo.

– *"Love Story"* de Beethoven.
– *"Para Elisa"* de Beethoven.
– *"Matrimonio de amor"* de Richard Clayderman.
– *"Balada para Adelina"* de Richard Clayderman.
– *"Sueño de amor"* de Franz Liszt.
– *"Sueño de una noche de verano"*de Mendelssohn.

Nosotros estuvimos con los fotógrafos haciéndonos un reportaje en los jardines del hotel. Unas fotos que quedaron preciosas: unas muy románticas y otras muy divertidas, unas en pareja y otras en familia. Asun estuvo todo el rato con nosotros retocándonos y quedaron unas fotos maravillosas. Un recuerdo muy especial que aún hoy me eriza el vello cada vez que lo veo.

Llegó el momento de la comida, momento que también habíamos preparado con mucho esmero y cariño. Dispusimos a los invitados en mesas redondas de diferentes capacidades que iban desde los ocho invitados la más pequeña hasta los dieciséis la más grande. En dos mesas alargadas sentamos a todos los niños de más de tres años y a los adolescentes en una gran mesa redonda. Cada mesa llevaba el nombre de una de las ciudades o pueblos en los que habíamos estado durante el viaje a Italia y suponían un grato recuerdo para las personas que allí se sentaban. Estaban decoradas de una forma muy sencilla con manteles blancos y servilletas en verde manzana. Cada invitado tenía escrito su nombre en una mariposa de papel posada sobre su servilleta indicando el lugar en el que debía sentarse. Las sillas también en blanco y decoradas con un lazo verde manzana a juego. Los adornos florales consistían en un único centro de rosas de muchos colores bastante alto, por encima de las cabezas, que no impedía la interacción social de los comensales. Sobre cada mesa, colgando del techo, unos preciosos adornos florales de campanillas blancas cayendo sobre la mesa, hacían el ambiente más recogido y familiar.

Cuando fue la hora, el maitre indicó a todos que ya debían pasar. Al entrar al salón estaban las mesas de los invitados al frente, a la derecha la mesa de los novios y a la izquierda, un gran escenario decorado como si de un teatro de ópera se tratase. Tengo que decir que el salón era enorme y eso nos dio mucho juego. El maitre desde allí dio la bienvenida a todos a la primera "boda operística" que se celebraba en el hotel y les pidió su colaboración para cada uno de los actos que se llevaran a cabo durante la cena. Por supuesto, todos se quedaron descolocados. Todo el salón se hallaba "forrado" con pantallas que se subían o se bajaban dejando todo herméticamente cerrado a la luz con el fin de proyectar las imágenes que habíamos elegido para la ocasión, transportándonos de pronto a lugares tan maravillosos como la plaza de San Pedro o el Duomo de Florencia.

Con los primeros compases de la *"Marcha nupcial"* de Mendelssohn entramos nosotros. Todo el mundo estaba en pie aplaudiéndonos y el maitre nos indicó que debíamos subir al escenario, que estaba decorado como el Egipto de Los Faraones. Una vez sentados en unos tronos que nos habían preparado, empezó a sonar la *"Marcha Triunfal"* de la ópera Aida. Como unas ochenta personas vestidas de egipcios participaron en el espectáculo. Todas aquellas personas interpretaron ante nosotros sus bailes como si estuviéramos en la mismísima Arena de Verona y nosotros allí, formando parte del espectáculo, realmente impresionados. Una vez hubo acabado aquel maravilloso espectáculo, los invitados se levantaron y empezaron a aplaudir, sin saber que aquello no había hecho más que comenzar. Nos sirvieron una copa de Dom Perignon Rose Vintage

del 2004 a cada uno de los que allí estábamos. La mayoría no lo habían probado y les encantó, como a mí la primera vez. Brindamos desde arriba.

Una vez sentados en la mesa presidencial, que compartíamos con nuestros padres, el maitre nos pidió permiso para empezar a servir la cena, mostrándonos el primer plato, así como el primer vino que se iba a servir. Todos los invitados tenían en la mesa la minuta donde podía leerse el menú:

Terrina de Foie mini Cuit con Mermelada de Violetas y Brioche de Frutos Secos

***

Bogavante con Nage de Trufa Blanca y Verduritas

***

Sorbete de Piña

***

Tronco de Rodaballo Asado sobre Vinagreta de Tamarindos y Hierbas Orientales con Emulsión de Manzana

***

Sorbete de Mandarina

***

Medallón de Ciervo Marinado a la Vindaloo con Salsa de Griottines y Polenta de Castañas

***

Consomé de Fruta de la Pasión con Bizcocho de Almendra y virutas de chocolate blanco

***

Tarta Nupcial

***

Café y selección de infusiones

BODEGA

Vino Blanco La Comtesse (Pazo de Barrantes 2012)

Vino Tinto Marqués de Murrieta (Castillo de Ygay Gran Reserva 2007)

Champagne Dom Perignon Rosé Vintage (2004)

Agua Mineral, Cerveza y Refrescos

Tras dar el visto bueno, el espectáculo comenzó de nuevo: los camareros empezaron a salir con los platos a la vez que empezaba a sonar en la voz de Pavarotti *"Funiculí Funiculá"*. Todos se pusieron en fila delante del escenario pero no servían la comida. Estaban serios e inmóviles mientras sonaba la canción. Nadie comprendía lo que pasaba, así que el maitre se acercó a ellos y les dio orden de servir los platos. Ellos respondieron con un no rotundo moviendo sus cabezas. Nosotros también nos hicimos los sorprendidos aunque sabíamos perfectamente lo que pasaba: ni eran camareros ni lo que llevaban en los platos era comida de verdad, y con cara de pocos amigos, se dieron la vuelta y volvieron a entrar en la cocina. Lucas y yo nos hicimos los ofendidos, llamamos al maitre y fingimos reprobar aquel gesto. Él hizo como si nos pidiera disculpas y volvió a la cocina.

Al volver a salir, dio paso de nuevo a los camareros. Esta vez sí eran los de verdad y empezó a sonar de nuevo *"Funiculí Funiculá"*. Esta vez, el maitre, nos hizo un gesto con una servilleta y Lucas y yo, de pie, empezamos a mover las nuestras en círculos

con los brazos en alto al ritmo de la canción. Entonces, todos empezaron a hacer lo mismo y los camareros sirvieron los platos. Fue la nota de humor de la noche porque desde ese momento, cada vez que iban a servir un plato volvía a sonar la misma canción y si no se levantaban todos con las servilletas, no se servían los platos. Nos reímos mucho.

Una vez servido el primer plato, se bajaron todas las pantallas en las que se empezaron a proyectar imágenes del viaje a Italia mientras sonaban de fondo canciones de Pavarotti, los Tres Tenores o Al bano.

Empezamos con imágenes de Venecia, con los niños, con nuestros padres y hermanos y con los lugares que visitamos, al ritmo de *"O sole mio"* seguida de otras canciones como *"La donna e mobile"* o *"Mattinata"*. Y así hasta que se iba a servir el segundo plato, momento en el que se recogieron las pantallas y volvió a sonar *"Funiculí Funiculá"* y todos volvimos a levantarnos y a hacer bailar nuestras servilletas al ritmo de la música.

Después hicimos lo mismo con las fotos de la familia de mi padre, hasta el siguiente plato, luego con la de mi madre y así, entre plato y plato fuimos recordando el viaje con todas y cada una de las personas que allí estaban. Como las pantallas estaban por todo el salón todos podían verlas desde cualquier lugar donde estuvieran sentados. Fue muy bonito y les gustó mucho verse allí.

Por último, antes de servir la tarta, unas imágenes nuestras a o largo de nuestra relación. Nuevamente de fondo "Caruso" en la voz de Lara Fabián, ya que todos sabían que de todas las versiones, aquella era mi favorita. Aquello nos hizo llorar una vez más. Nosotros habíamos preparado todo, menos eso, que había sido cosa de nuestras familias. Entre todos habían recopilado las fotos para darnos aquella grata sorpresa. Precioso.

Tras hacernos llorar con nuestras fotos, quisimos volver a sentarnos esperando que sacaran la tarta, pero al parecer faltaba algo que yo no sabía. Nuevamente se abrió el escenario y todo estaba preparado pero, ¿para qué? Pues ni más ni menos que para ver en escena al mismísimo *"Fígaro"* en el aria *"Largo al factotum",* de El Barbero de Sevilla. No me lo podía creer. Esta vez había sido cosa de Lucas. Él sabía que aquella canción me daba muy buen rollo e incluso me hacía reír, así que ni corto ni perezoso movió los hilos para que también la interpretaran. En principio no estaba contratada pero él, a mis espaldas, amplió el contrato con la compañía de teatro. Lo hicieron muy bien y nos reímos mucho. Yo estaba alucinada con todo aquello. Me había encargado de preparar todo, de hacerlo espectacular y que no faltara ningún detalle pero encima me estaban sorprendiendo a mí y me había quedado sin palabras; sólo podía reír, llorar y disfrutar de todo aquello.

Cuando acabó y tras varios minutos en pie aplaudiendo, volvimos a nuestra mesa esperando la tarta . Mientras llegaba, aprovechamos para hablar con algunos de los invitados y a los cinco minutos, volvió a abrirse el telón del escenario y la música empezó a sonar de nuevo. "La marcha de los toreros" y el "Aria del Escamillo" de la ópera Carmen, estaban a punto de ser interpretadas. Fue espectacular, sobre todo cuando iban saliendo por diferentes puertas la guardia, los banderilleros y los picadores, pero sobre todo cuando les llegó el turno a los toreros y sacaron la tarta de boda poniéndola justo delante de nosotros. Después salió a hombros El Escamillo (uno de los protagonistas)

quien acabó de cantar su *"Toreador"*. Estaban superando nuestras expectativas con cada actuación. ¡Era tan emocionante!

Pero aún faltaba el broche de oro. Tras la tarta y los cafés, pasados unos veinte minuto de la anterior actuación, volvió a abrirse el telón. Esta vez salió el jefe de la compañía teatral, muy elegantemente vestido y dijo:

−Y ahora, para finalizar, solicitamos la presencia de los recién casados en medio de la pista de baile, así como de todas las parejas que quieran acompañarles bailando el vals. Cuantas más parejas bailen, más bonito será. Esperemos que todo haya sido de su agrado. Hasta siempre.

Salimos a la pista, también Javier y Leire, que lo habían ensayado con nosotros, mis padres, mis suegros, nuestros hermanos y algunos familiares y amigos. Arriba del escenario había unas diez parejas vestidas totalmente de época, y en la pista de baile, junto a nosotros, otras ocho o diez más. Empezaron los primeros compases del aria de La Traviata *" Libiamo ne´lieti calici"*, también conocida como *"Brindisi"*. Bailamos el vals muy a gusto con ese ambiente tan propicio y quedó realmente bonito. Me encantó. Todo me encantaba.

Mientras todos se tomaban los cafés y el champán, mis cuñadas y Leire repartieron unos regalos como recuerdo del día de nuestra boda. Para las mujeres regalamos una gargantilla de Tous, concretamente el modelo Tous Bear en plata de primera ley y perla cultivada (referencia 214832500 http://www.tous.com/es-es/joyeria/collares/tous-bear-214832500). A nuestras madres les regalamos algo muy especial para que pudieran tener un recuerdo perfecto de este día. La gargantilla modelo Tous Ethereal de oro amarillo de 18 kt con calcedonia y rubí. (referencia 612612010 http://www.tous.com/es-es/joyeria/collares/collar-ethereal-de-oro-612612010). Fuimos Lucas y yo a dárselo a cada una, con un fuerte abrazo. A los hombres, les regalamos un reloj. El modelo referencia 18165/2 de Lotus. (http://www.lotus-watches.com/producto/181652/) y a nuestros padres el modelo de Lotus referencia 15620/3 (http://www.lotus-watches.com/producto/156203/). También fuimos nosotros a dárselo en persona. Pero el momento más emotivo fue el momento de regalar mi ramo de novia. Bajaron las luces y nos pusieron de fondo la música de "La pantera rosa". Un foco de luz nos iba siguiendo a nosotros, que dábamos vueltas por el salón, y otro foco iba alumbrando a los invitados de forma aleatoria para ver sus caras. Fue muy emotivo cuando entregué el ramo a mi hija Leire y nos fundimos en un abrazo infinito los tres, pero lo que nadie esperaba era que tras esto, llegara un camarero y me entregara un ramo, exactamente igual y se lo entregara a mi hijo Javier. Eso no se lo esperaba nadie y menos él, que se puso como un tomate. Los cuatro acabamos fundidos en un abrazo llorando, como el resto de personas que nos miraban. Los mellizos dormían...

A eso de las cinco, tras haber bailado el vals, salimos al jardín donde nos esperaba la parte más desenfadada de la fiesta, un buen rato de baile para todos: pasodobles, rumbas, sevillanas, reggaeton, salsa, bachata, etc. En mi boda, por muy elegante que fuera, no podía faltar una estampa de toda mi familia bailando *"Paquito el chocolatero"*. Si no, no seríamos nosotros.

Pero antes de empezar a bailar, faltaban las últimas sorpresas. Lucas y yo habíamos preparado un regalo muy especial para Leire y Javier, para que tuvieran un buen recuerdo de nuestro día, además de los ramos. Los cogimos a traición, les tapamos

los ojos y los llevamos a la entrada del hotel. Todo el mundo nos siguió. Cuando llegamos al sitio, primero le destapamos los ojos a Javier. Se quedó parado cuando vio aquel Ford Fiesta Titanium rojo. Pensaba que no era para él y le daba miedo hasta tocarlo. Le dimos las llaves y no se lo podía creer, se puso hasta a llorar. Después, le quitamos el pañuelo a Leire y cuando vio allí a aquella yegua, se cayó de rodillas llorando. Sabía que les iban a encantar sus regalos pero no que se iban a emocionar tanto. Hacía tiempo que lo venían pidiendo, desde que sabían que teníamos dinero, pero no se lo queríamos dar así sin más. Queríamos que fuera por un motivo especial y qué mejor ocasión que aquella. Leire ya conocía a aquella yegua porque mi prima Sandra y su marido se dedicaban a la cría y a la doma de caballos y Leire llevaba enamorada de "Enana" desde hacía tiempo. Al verla la reconoció y creo que por eso se emocionó más aún y Javier hacía más de un año que tenía el permiso de conducir y de vez en cuando cogía uno de nuestros coches, pero pedía el suyo propio. Decidimos que fuera un coche de calidad aunque sin pasarse, porque tenía que romper mano y éste nos pareció perfecto por tamaño y prestaciones. Además, fabricado en España.

Tras esto, nos dieron unos abrazos bien fuertes y nos fuimos a bailar. Javier se quedó con mis sobrinos viendo su coche y Leire tuvo que despedirse de "Enana", que se quedaría en una hípica cercana hasta que nos la pudiéramos llevar.

Bailamos todo lo bailable. Los mayores y los pequeños y sobre todo, bailé con mis mellizos con los que no pude estar en todo el día y me estaban echando mucho de menos. Con su año y medio, después de la gran siesta que habían hecho se despertaron con aquella fiesta tan contentos. Pasamos un rato estupendo todos hasta que, de repente, empecé a ver todo borroso y sentí que me desvanecía. No sabía qué me pasaba y me asusté mucho. Gracias a Dios no me pilló con ningún niño en brazos, porque se me hubiera caído. Rápidamente me acostaron en el césped, me pusieron las piernas en alto y me mojaron la nuca y los codos. Menos mal que estaban allí mi prima Elena y su marido, que eran médico y enfermera y me atendieron rápido. Enseguida supieron que era un bajón de tensión que achacamos a los nervios ya que no podía ser por falta de alimento. Me dieron un refresco con cafeína y me dijeron que me fuera a descansar un rato e intentara relajarme, que así se me pasaría. Así lo hice, porque además por la noche teníamos una cena gentileza de nuestros padres y después fiesta "remember" a la salud del novio y no podía fallar.

Me fui a la habitación, me desnudé y me dormí enseguida. Ni cafeína ni nada. Pasé más de dos horas durmiendo aunque a mí me parecieron cinco minutos. Mi madre me estuvo intentando despertar, recuerdo que la oía y sabía que tenía que levantarme, pero no podía, estaba mareada y no podía con mi cuerpo. Entonces volvió a llamar a mis primos, me volvieron a tomar la tensión y la seguía teniendo por los suelos, así que fueron al pueblo a buscar una farmacia de guardia para comprar unas gotas que ellos decían que eran para las bajadas de tensión. Nos acordamos del día de la lotería, que me pasó algo parecido aunque sin bajarme la tensión, así que nadie se asustó demasiado porque pensaron que era por los nervios de la boda y ya se estaban acostumbrando a que fuera yo la que hiciera el cuadro. Al rato de tomarme las gotas me recuperé y como si nada. Pude ducharme, cambiarme de vestido, disfrutar de la cena y de la fiesta y, lo más importante, ver a Lucas en todo su esplendor, disfrutando como un enano de su música

favorita. Eso sí, no pude quedarme hasta que acabó y me fui a dormir antes que él. Estaba agotada.

Al día siguiente, habíamos organizado una excursión en barco a la isla de Benidorm. Para ello hay en el puerto unos barcos que te llevan y te traen cada hora. Lo que hicimos fue contratarlos en exclusiva, aunque nos salió caro. Como ningún otro barco iba a la isla, la teníamos enterita para nosotros y el único restaurante que había en la isla también, así que, comimos allí todos.

Tras bajar la comida dando un paseo por aquel tranquilo lugar y contemplar los peces del fondo marino desde la parte baja de uno de los barcos, volvimos al hotel a descansar. A las seis y media teníamos fiesta infantil con payasos, palomitas, chuches y muchas sorpresas más y a las diez una cena temática, donde todos debíamos ir caracterizados de los años ochenta. Ese día me volvió a dar otra bajada de tensión que volví a resolver con aquellas gotas y descanso, así que nada más volver a casa tendría que ir al médico porque aquello empezaba a ser preocupante.

La cena temática fue genial. Lo que más me gustó fue ver a todos bien caracterizados, sobre todo a los más mayores que le pusieron mucho empeño. Ver a mis padres, a mis suegros y a mis tíos con aquellas crestas de colores y aquellas medias de rejilla me pareció lo más. También bailar todas aquellas canciones, que tantos recuerdos me traían, con mis padres, Lucas y mis hijos a la vez. Nos gustó mucho lo de las cenas temáticas y no sería la última que hiciéramos. De hecho se escuchó una propuestas por ahí para hacer una en la casa del pueblo y todo el mundo se quería apuntar.

El último día, el uno de mayo, ya estábamos todos rendidos, así que fue un día de descanso, de dormir, de spa y masajes, comida ligera y volver a casa. Realmente todo salió fenomenal. Tuve la boda perfecta, la que siempre había soñado, siempre que soñaba con cosas imposibles, claro. Pero esta vez se había hecho realidad, como tantas otras muchas cosas.

Antes de irnos a casa, reunimos a nuestros familiares y amigos en la entrada del hotel para darles las gracias por todo y decirles que esperábamos que pronto pudiéramos juntarnos de nuevo. Todo el mundo nos felicitó. Se lo habían pasado estupendamente, tanto los mayores como los pequeños. Sin excepción. Todo había salido bien excepto que al final, como pasa siempre, la boda se nos fue de presupuesto y nos acabamos gastando más de un millón de euros.

"La perfección es una pulida
corrección de errores."

Mario Benedetti.

LUNA, ¿DE MIEL?

Lo primero que hicimos al día siguiente fue ir al médico. Mi doctora, que sabía que celebrábamos la boda, nos recibió muy amablemente.

—¡Hombre, los recién casados! Muchas felicidades. ¿Cómo ha ido todo?

—Muy bien, estamos muy contentos.

—Estaréis cansados.

—Sí, aunque se pasa muy deprisa, es agotador. Pero ha valido la pena.

—Decidme, ¿en qué puedo ayudaros?

—Pues verás, me han dado dos bajones de tensión bastante fuertes estos días. En el primero tuvieron que tumbarme con las piernas en alto y al final me acabé tomando estas gotas – dije enseñándole el bote.

—Y esto, ¿quién te lo ha dado?

—Pues por suerte estaban allí mis primos y uno de ellos es médico. Al ver que tras tomar una Coca-cola no se me pasaba, fue y me las compró. Además, me suena que ya me he tomado antes esas gotas.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál fue entonces el motivo?

—La verdad, no lo recuerdo, ni siquiera estoy segura de que fueran esas.

—¿Y ahora cómo te encuentras?

—Ahora bien. Cansada de estos días pero bien. Lo que pasa es que la semana que viene nos vamos de viaje y me da miedo irme así.

—Bueno, voy a tomarte la tensión y el azúcar a ver cómo están.

—Tienes la tensión algo baja, aunque no como para caerte y el azúcar en niveles normales.

—¿Sí? Bueno, siempre la tengo más bien baja.

—Vamos a hacerte una analítica y vemos lo que hay. ¿No estarás en ayunas, verdad?

—Pues sí, no he querido desayunar por si me hacías análisis.

—Pues perfecto. Sube y te los haces. Te he puesto urgente, así que supongo que esta tarde o mañana estarán los resultados.

—Perfecto.

Tras hacerme las analíticas, desayunamos en una terraza que había justo al lado del centro médico. Un zumo de naranja y unas tostadas con tomate. Lucas llevaba toda la mañana muy serio y le pregunté qué le pasaba:

—¿Qué me va a pasar? Que estoy muy cansado.

—No me lo creo. Te conozco y pareces preocupado.

—En serio, no me pasa nada.

—Si es por mí, tranquilo que no tengo nada malo. Será el estrés que me ha causado la boda. Ahora, unos días de relax en Cerdeña y se me pasa todo.

—No creo que te pase nada malo.

—Pues entonces dime. Le estás dando vueltas a algo. No me gusta verte así.

—Nos acabamos de gastar más de un millón de euros en una boda y estás como si nada.

—Como si nada no, estoy feliz.

—¡Un millón de euros!

—Sí, ya sé que se nos ha ido un poco de las manos pero ha valido la pena y además piensa que podíamos gastarlo perfectamente. Nos acaban de tocar otros diecinueve en la lotería de Navidad.

—Ya, pero es que ¡es más de un millón en tres días!

—No puedo creer que estés así por eso. Si es algo extraordinario, hombre. ¡No creo que nos casemos todos los años!

—Hace tres años, en el viaje a Italia nos gastamos otros tres, ahora otro y pico en la boda y la casa que nos estamos haciendo nos va a salir por otros cinco o seis...

—Bienvenido a tu nueva realidad.

—No te lo tomes a broma.

—Es que no te entiendo. Si me dijeras que cada vez tenemos menos dinero en el banco o algo así y que estamos a punto de arruinarnos lo entendería pero es que entre pitos y flautas tenemos más de ciento ochenta millones ya, más todo lo que estamos disfrutando . No sé cómo puedes quejarte aún.

—Pues porque no me cuadran las cuentas.

—¿Qué cuentas no te cuadran?

—Todo en general. Si miro el dinero que nos hemos gastado desde que empezó todo, no me cuadra. Las cosas que hemos hecho no son tan caras. - Aquel comentario me puso muy nerviosa.

—Bueno, pues a partir de ahora ponte tú al mando de todo y las llevas tú que seguro que eres capaz de hacerlo mejor que yo. - Me estaba poniendo nerviosa y si no hacía las cosas mejor, al final se acabaría dando cuenta de todo. Tenía que ser más lista.

—Olvídalo. Habrán sido los nervios de la boda.- respiré más tranquila.

Nos fuimos a casa y a las cuatro de la tarde un mensaje de texto en mi móvil me comunicaba que podía pasar a por los resultados. Fuimos juntos a por ellos después de aquella siesta que mi cuerpo me pedía a gritos. Aquellos últimos días estaba teniendo demasiado sueño, todo aquel estrés me estaba pasando factura. Por suerte mi doctora tenía guardia y aún se encontraba en el centro, así que pudo atenderme.

—Nos vemos de nuevo. ¡Sí que han sido rápidos! - le dije entregándole el sobre cerrado.

—Bueno, vamos a ver qué hay por aquí... un poco baja de hierro, tiroides controladas, colesterol controlado, conteo correcto y ¡et voilà! Aquí está el motivo de tus desvanecimientos.

—¿Qué pasa, Rosario? ¿Es grave?

—Para nada. Estás embarazada de seis semanas. Enhorabuena a los dos.

—¿Cómo? Eso es imposible.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—Porque me vino la regla el veintidós de abril y estamos a dos de mayo. - Lucas se ponía cada vez más blanco.

—¿Y estás segura de que era la regla?

—Bueno, fue muy escasa pero era la regla.

—Pues seguramente sería un sangrado de implantación.

—Yo pensé que era por los nervios o porque ya empezaba con la menopausia. Acabo de cumplir 41. ¿No habrá vuelto la endometriosis?

—Ni menopausia ni endometriosis. Esto es un embarazo como una casa.

—Pero, ¿cómo es posible? Con lo que nos costó con la in vitro ¿y ahora natural? - Lucas no salía de su asombro.

—Ya ves, la naturaleza es así, caprichosa.

—Pero ¿otro hijo ahora? - dije mirando a Lucas con lágrimas en los ojos – No sé si quiero. Los mellizos tienen un año y medio.

—Bueno, eso ya es decisión vuestra. Yo, si no me decís lo contrario, os programo una eco mañana mismo y que compruebe el doctor que todo está bien.

—¿Pero cabe alguna posibilidad de que no esté embarazada? - preguntó Lucas.

—A mí no me cabe ninguna. Los resultados son muy claros. Entiendo que cueste asimilarlo. Poco a poco.

—Creo que nos esperábamos cualquier otra cosa menos esto.

Nos fuimos con la cara desencajada y la mirada perdida y decidimos volver a casa dando un paseo por el río para que nos diera un poco el aire. Teníamos varias llamadas de nuestras madres en los móviles que no queríamos contestar. De camino a casa hablamos poco. ¿Otro bebé? Yo siempre había querido tener una familia grande pero ya la tenía y en aquel momento ni me planteaba volver a ser madre. Además, Héctor y Valeria eran tan pequeños...

—¿Qué hacemos?

—Pues no sé. Tenerlo, supongo. ¿No?

—Ufff, no me apetece nada pero después de saber lo que cuesta quedarse embarazada y la cantidad de parejas que no lo consiguen nunca, no tenerlo sería ser muy desagradecidos con la vida y con tantas cosas buenas que nos está dando.

—En eso tienes razón.

—Pero es que tengo miedo. - Empezaron a caerme lágrimas sin parar.

—¿Miedo de qué?

—No sé. Miedo. Es que... No sé. - Y seguí llorando.

—¿Por qué lloras?

—Porque me da pena. No quiero tenerlo pero me da pena. Pobrecito. - Y lloraba cada vez más. - Es que es nuestro hijo...

—Lo sé cariño, lo sé. Otro hijo. - Y nos abrazamos muy fuerte sin saber qué decirnos, sin saber qué hacer.

Aquella noticia nos había descolocado por completo y pasamos la tarde y la noche sin poder pensar en otra cosa. Les dijimos a nuestras madres que las analíticas habían salido bien y que al parecer era todo de los nervios, que estábamos muy cansados y nos íbamos a dormir pronto. A los niños tampoco les dijimos nada y como ellos también estaban cansados ni lo notaron. Al día siguiente tuvimos la ecografía. Pudimos ver perfectamente aquel saquito y fue muy emocionante. Volver a encontrarnos en aquella situación, en la consulta, observando a nuestro bebé, me hizo recordar muy buenos momentos y acabaron saltándome las lágrimas. Lucas, que me tenía cogida de la mano en todo momento, también se emocionó y dejó ver, sin querer, su preciosa sonrisa. No me lo podía creer, estábamos los dos sonriendo y emocionados.

Nos dijo el doctor que todo estaba bien y que la posible fecha del parto era el veintinueve de diciembre, con un poco de suerte se retrasaba un par de días y podía ser el primer bebé del 2018. Le comentamos que teníamos programada la luna de miel para la semana siguiente y nos dijo que, en principio, no veía ningún inconveniente en que nos fuéramos de viaje siempre y cuando no fueran muchos días porque en dos semanas me quería volver a ver.

Pues nada, parecía que no nos quedaba más remedio que asimilarlo y volver a empezar con el hierro y el ácido fólico. Decidimos que de momento no íbamos a decir nada a nadie, al menos hasta que volviéramos del viaje, pero Evelyn enseguida lo sospechó porque me vio llorar un par de veces y porque me dejé en la encimera de la cocina las pastillas que me había recetado el doctor y ella tuvo el detalle de guardármelas para que no las vieran los niños. Parecía que en este embarazo sí que iba a tener síntomas: ya había sufrido varios desfallecimientos, muchísimo sueño y un par de cosas me habían dado naúseas cuando fui a probarlas estando en el hotel, pero pensé que era por los nervios, como todo. Esperaba que no pasara de ahí y no me diera por vomitar también, porque no sé vomitar. Ya sé que parece increíble, pero sólo he vomitado dos veces en mi vida y pasándolo realmente mal por culpa de mis migrañas.

El lunes por la mañana, nos despedimos de Leire y Javier, llevamos a los pequeños al colegio y nos fuimos al aeropuerto de camino a Cerdeña a pasar nuestra luna de miel en una de sus playas. Esta vez tampoco pude tomarme nada para subir al avión, salvo valeriana, así que lo pasé bastante mal, sobre todo al despegar. Pero le eché narices y me fui. Nos alojamos en el *Hotel La Villa del Re 5**.

Cerdeña es realmente un paraíso. ¡Qué playas! Aquello era precioso, y además, a pesar de ser el mes de mayo, pudimos bañarnos porque en aquella playa el agua está más caliente que en el resto, aunque si hubiera sido julio, no hubiéramos salido en todo el día de aquellas aguas cristalinas color turquesa. No vimos mucho de la isla porque estábamos tan agotados que sólo queríamos descansar en el hotel, pasear por la playa, ver atardecer, comer, beber, dormir y hacer el amor a cualquier hora, en cualquier lugar... Y sinceramente, nos importaba muy poco lo demás. Aquel viaje no era para aprender ni visitar nada, era para relajarnos y disfrutar.

Jamás olvidaremos nuestra luna de miel por muchos motivos: aquellos paseos por la playa mirando al mar en silencio, los atardeceres cogidos de las manos entre chistes y bromas, las cenas en aquella terraza a la luz de la luna, leer un libro tranquilamente frente al mar en aquella preciosa playa privada de arena blanca, o el día que madrugamos mucho para ver amanecer en el mar... en la más absoluta tranquilidad.

Pasamos unos estupendos días en pareja en los que nos dio tiempo a recordar todos los detalles de nuestra boda, a asimilar mejor nuestro nuevo embarazo, a darnos cuenta de que teníamos que pasar más tiempo con los niños ahora que ya había pasado la boda, por lo que decidimos que iríamos al pueblo al menos un fin de semana sí y otro no, ya que allí ellos estaban muy a gusto y teníamos momentos de calidad lejos de centros comerciales o la contaminación. Hablamos también de lo contentos que se habían puesto nuestros hijos mayores con los regalos de la boda y de cómo se presentaba su final de curso, del próximo viaje al que nos habíamos comprometido a ir en verano con todos y al que yo no tenía muchas ganas de ir y del primer viaje que iba a hacer Javier con amigos en agosto. Hablamos de las obras de nuestra casa, de que el

exterior estaba acabado y ya habíamos empezado con lo más pesado: distribución, acabados y decoración. En realidad todo estaba firmado pero de sobra sabíamos que para esas cosas íbamos a tener que estar encima aunque tendríamos de nuevo la ayuda de Fátima, como en la casa del pueblo, pero queríamos elegir nosotros todo lo que pudiéramos y nos pillaba entre medias el embarazo y el parto. Iba a ser un poco agobiante.

Además de todo esto, Lucas volvió a sacar el tema del dinero. Seguía dándole vueltas y no iba a parar hasta que le quedaran las cosas claras. Lo que no me esperaba es que me abriera todas las cuentas, una por una, para que las repasáramos juntos en el portátil, allí a pie de playa, sentados en la terraza de nuestra habitación. Además, se había traído impresos todos los extractos de cada una de las cuentas que habíamos abierto desde que nos tocó el premio y me tuvo un día entero demostrándome que había salidas de dinero que no le cuadraban. ¡No me lo podía creer! ¿No tenía otro momento?

Vi que no podía seguir ocultándole las cosas. Faltaban dos días para irnos y él no iba a parar hasta que descubriera la verdad. Aquella luna de miel había transcurrido de la forma más estupenda posible pero todo hacía pensar que no iba a acabar igual. Desde luego, prefería que me montara el número allí que en casa delante de los niños, pero era nuestra luna de miel, y siempre tendríamos aquella sombra en el recuerdo. Lucas era el mejor hombre que había conocido, pero cuando se ponía cabezón no había quien pudiera con él. Tuve que armarme de valor para contarle lo que había estado pasando porque tampoco me encontraba con fuerzas para seguir ocultándolo. Ya no podía más.

—Sara, sé que me estás ocultando algo. Lo sé y no voy a parar hasta que lo descubra.

—Está bien, a ver cómo te lo cuento. - su mirada azul se clavó penetrante en la mía.

—Entonces, ¿es verdad?

—Verdad, ¿el qué? ¿qué crees que sabes?

—Pues que le estás dando dinero a alguien a mis espaldas. ¿No es eso? Porque tú eres así, ayudas a todo el mundo, aunque te hayan destrozado la vida.

—No, no es eso. - empecé a llorar – Pero ahora ya sé lo que piensas de mí. Te hubiera agradecido que me lo dijeras antes, igual antes de casarnos, o de dejarme embarazada. ¿Hace una semana no pensabas lo mismo de mí?

—No pienso eso de ti, joder. Sólo lo he dicho porque me da rabia que lo hayas reconocido. Tenía la esperanza de que no hubieras sido tú. Tenía la esperanza de que fuera algún error del banco. Pero, ¿me puedes contar qué coño has hecho? - nunca había visto a Lucas así, estaba enfurecido y se sentía traicionado... por mí.

—Pues es que no sé cómo contártelo. Realmente nunca he sabido cómo hacerlo, por eso no lo he hecho.

—¡No me lo puedo creer! Pero si sabes que siempre puedes contarme todo. ¡No entiendo nada!

—Bueno, si quieres que te lo cuente, necesito que te calmes. ¿Recuerdas a los ecuatorianos que se hicieron pasar por nosotros y de los que nunca más has vuelto a saber nada?

—No me jodas. Te dije que no era buena idea. Te lo dije. - Puse los ojos en blanco. Le encantaba decirme aquella frase. - ¿Les estás dando dinero a los putos ecuatorianos?

—A ver, calla y escúchame. Durante unos meses no volví a saber nada de ellos, pero de pronto un día recibí una llamada de Boris. ¿Te acuerdas de él?

—Sí, el que lo gestionó todo.

—Sí, el que lo gestionó todo y un día de repente se fue a trabajar a otra empresa.

—Sí, algo me suena.

—Bueno, pues me llamó un día y me dijo que teníamos que vernos, que si se podía pasar por el despacho. Yo pensé que necesitaría algún papel de cuando trabajó con nosotros o algo así. Mi sorpresa fue que me dijo que estaba teniendo problemas con los ecuatorianos.

—¿Qué tipo de problemas?

—Me dijo que habían averiguado quiénes éramos y le estaban haciendo chantaje. Le amenazaban con dar nuestros nombres si no les dábamos dinero.

—¿A él? ¿Y por qué no contactaban con nosotros?

—Esa misma pregunta le hice yo, pero él me contó que no tenían forma de localizarnos, que sólo sabían nuestros nombres y de dónde éramos y amenazaban con hacerlo público en alguna cadena de televisión o publicar un vídeo en You Tube contando que les habíamos pagado para hacerse pasar por nosotros. Me lo creí. Y me asusté. Pensé en los niños y volvieron mis miedos.

—¿y por qué no me dijiste nada? No lo entiendo.

—No lo sé, la verdad. Tal vez para que no me dijeras: te lo dije.

—¿Y les estás pagando a los ecuatorianos desde entonces? ¿cuánta pasta te han sacado?

—No. Aún no he acabado. Cuando llevaba unos seis meses pagando caí en la cuenta de que siempre venía él a por el dinero y pensé, ¿pero no estaba trabajando en otra empresa? ¿ y cómo es que viene siempre en horas de trabajo? Entonces le pregunté cómo le iba en la nueva empresa.

—¿Y?

—Su respuesta fue que lo habían engañado y que al final no trabajaba para ellos. Entonces le pregunté qué estaba haciendo y me dijo que se dedicaba a llevar a cabo "transacciones" para un ruso afincado en Marbella. Aquello me asustó bastante, aunque el tema de los ecuatorianos me lo seguí creyendo.

—No entiendo nada.

—Espera. Como todo aquello me pareció tan raro, contraté una compañía de detectives para que averiguara sobre los ecuatorianos y resultó que todo era mentira: vivían una vida de lo más normal. Ella limpiaba casas, él había encontrado trabajo en una empresa de mantenimiento y los hijos, que habían venido de Ecuador, estaban estudiando. Vivían en el piso que les pusimos a su nombre y todo tan normal. Es más, el detective investigó sus amistades y éstas son bastante escasas. No se relacionan mucho, y no parecen personas con capacidad para chantajear a nadie.

—¿Y entonces es el Boris ese el que te está chantajeando?

—Efectivamente. Los ecuatorianos no tienen nada que ver. Es más, creo que no han vuelto a saber nada de él porque durante dos meses los detectives no les perdieron la

pista durante las veinticuatro horas del día y en ningún momento se comunicaron con él ni fue a su casa ni se vieron en ningún otro sitio.

—¿Pero por qué no me has dicho nada?

—No lo sé. Creí que podría solucionarlo sola pero parece que la cosa no es tan fácil como creía. Y encima cuando me dijo lo del ruso de Marbella me asusté aún más. Me monté una película pensando que nos habíamos metido con la mafia rusa y entré en bucle.

—Pues no se te notaba nada.

—No lo notarías tú, pero he estado yendo a ver a Raquel todas las semanas sin falta y tomando tranquilizantes cada dos por tres.

—¿Por eso no se te iban los nervios?

—Por eso, por los niños, por los preparativos de la boda, porque me sentía culpable y por todo.

—¿Y cuando te dijo lo del ruso? ¿Y cuándo te has enterado de que es él?

—Pues hace un año deduje que era él, tras investigar a los ecuatorianos. Hasta entonces seguía creyendo que eran ellos. Lo del ruso me lo dijo a los pocos meses. Al principio no le di importancia pero un día dándole vueltas al asunto, me dio por pensar en eso y me asusté, aunque el resto de la película me lo he montado yo porque él nunca me ha vuelto a comentar nada de su "jefe ruso". Y encima va y nos toca la lotería otra vez. Tenía pánico de que se enterara y nos viera por la tele o algo así y todo fuera a peor.

—Claro, por eso te desmayaste y reaccionaste tan mal aquel día.

—Tal vez. Pero ahora estoy más tranquila.

—¿Por qué?

—Pues porque los detectives lo han investigado a él y resulta que ni trabaja para un ruso ni nada. Es un pobre diablo que se está echando a perder. Parece que todo el dinero que me está sacando se lo está metiendo por la nariz y por la vena y por eso cada vez me pide más y cada vez lo veo más desmejorado.

—¿Cuánto le estás pagando?

—Pues al principio me pidió tres mil euros dos o tres veces esporádicas. Luego ya eran dos mil todos los meses. Luego tres mil y ahora ya son cinco mil al mes. Por eso te has dado cuenta.

—¡Qué hijo de puta! Vamos, que te ha sacado más de cien mil euros...

—No lo sé, no lo he contado. No quería contarlo...

—¿Y cómo hacías para que no me diera cuenta?

—Pues al principio coincidió con los preparativos del ático. ¿Te acuerdas cuando me reñiste porque le había pagado al constructor una parte en negro y porque había perdido algunas facturas de cosas que compré para la decoración?

—Sí, claro.

—Pues no era verdad. Pagué todo como tocaba y las facturas las tengo todas, con precios más bajos de los que te dije. Ese dinero lo guardé para pagarle a Boris.

—Ya me extrañaba a mí. ¿Y lo demás?

—Pues lo demás también fue coincidiendo con la obra de la casa del pueblo y con preparar todo el ajuar para montar la casa, así que fui extraviando de aquí y de allá diciendo que las cosas estaban costando más de lo que realmente estaban costando. Lo siento.

—Lo siento no. Sigo sin entender por qué no me lo has dicho.

—No lo sé. Supongo que por vergüenza. Pensaba que iba a ser una tontería pero luego la bola se ha ido haciendo más grande, te había dicho un montón de mentiras y no he sabido cómo salir de eso. No sé qué decirte, la verdad. Sólo puedo pedirte que me perdones. ¿Tú qué hubieras hecho?

—Pues no lo sé pero desde luego no te lo habría ocultado. Eso seguro.

—Lo siento. De verdad. No sé qué más decirte. Sentía miedo y ahora siento vergüenza.

—¿Miedo de mí?

—No, de él, de que nos hiciera algo y también de tu reacción conmigo.

—Normal. Es que te dije que no hicieras eso y tú, como siempre, te empeñaste en hacerlo. A ver si empiezas a escuchar a alguien por una vez en tu vida, Sara. A ver qué hacemos ahora.

—No sé, seguir pagándole y rezar para que lo atropelle un coche.

—¿No estarás pensando...?

—No, joder, no estoy pensando en nada. Pero ¡ojalá se muera!

—¿Y si vamos a la policía?

—No podemos porque es un delito suplantar la identidad de alguien y meteríamos a los ecuatorianos en un problema.

—Bueno, vamos a contárselo a los abogados y a ver qué podemos hacer. Seguro que hay solución. Nosotros no hemos hecho nada malo. Además, ¿a éste no le hicimos firmar el contrato de confidencialidad?

—Sí, pero fueron los primeros que se firmaron. Luego los mejoramos más y los volvieron a firmar pero como él ya se había ido no lo firmó y tal y como está redactado el suyo, realmente no tiene ninguna validez y él lo sabe.

—Bufffff.

Después de esta conversación pasamos el día sin hablar y al día siguiente teníamos que volver a casa. ¡Menudo final para nuestra luna de miel! ¡Con lo bonito que estaba siendo todo y lo mal que acabó!

Pasé los dos últimos días del viaje llorando. Entre lo mal que me sentía y las hormonas, sólo quería dormir y no ver a nadie. Pero llegó la hora de volver a subir al avión. Por si no tenía bastante, aquel viaje de vuelta no fue tan fácil. El avión se movió bastante y pasé muchísimo miedo. Pensé que nos matábamos. No sé exactamente por qué si sólo se movía. Ni el piloto hizo nada raro ni hubo un mal aterrizaje ni nada, sólo turbulencias. Tal vez estaba demasiado sensible y sacaba las cosas de quicio pero pensé en la posibilidad de matarnos en aquel viaje y no quería que nos muriéramos enfadados, así que le dije:

—No sé si vamos a llegar a casa vivos, así que quiero que sepas que te quiero mucho y que todo lo que he hecho ha sido por protegeros. No quiero que os pase nada. Sé que no he hecho las cosas bien y entiendo que no vuelvas a confiar en mí pero quiero que sepas que yo nunca me quedaría con dinero de los dos para cosas mías a tus espaldas. Si he hecho esto ha sido por la situación. Que pienses que yo sería capaz de quedarme con dinero de los dos me ha dolido mucho. Pero te perdono, quiero perdonarte por si nos morimos hoy y quiero que tú me perdones a mí. Eres el hombre al

que más he querido y al que más voy a querer. - No podía para de llorar, mis hormonas habían cogido la directa y se habían apoderado de la situación.

—No nos vamos a matar, Sara. Sólo son turbulencias. - me dijo sin mirarme a la cara.

—Pues yo tengo mucho miedo, de verdad. ¿Y si no volvemos a ver a los niños?

—Pues cálmate, tienes que respirar. Te estás poniendo histérica y no creo que eso sea bueno para el bebé. -dijo mirando por la ventana, apretándome la mano...

Llegamos a casa sanos y salvos. Ya estaba más tranquila. Me había aferrado a aquel pequeño ser que crecía en mi vientre, y pensando en mi bebé, en su carita, en si sería niño o niña, en cómo sería su sonrisa y en qué nombre le pondríamos conseguí relajarme en el avión.

Al llegar, Reynaldo nos estaba esperando para llevarnos a casa. Durante el viaje casi ni hablamos, sólo cruzamos alguna mirada con él a través del retrovisor. Nos observaba intuyendo que algo pasaba pero una vez más fue discreto y no dijo nada. Al llegar a casa estaban nuestros padres con los niños esperándonos. Los pequeños nos recibieron con un abrazo y los mayores, con los abuelos, sentados en el sofá esperando que entráramos. Nos hicieron mil preguntas y nosotros, fingimos la felicidad más absoluta. Pero mi madre me conocía demasiado bien...

“A pesar de ti, de mí,
y del mundo que se resquebraja,
yo te amo.”
Lo que el viento se llevó. (1939)

DOLOR EN EL ALMA

Pasamos dos días prácticamente sin dirigirnos la palabra, sólo cuando había gente delante. Fingíamos muy bien, pero en nuestros ojos había un halo de tristeza indiscutible. Fueron los peores días de mi vida. ¡Y pensar que hacía menos de una semana estábamos tan enamorados viviendo nuestra boda de ensueño! ¿Y qué íbamos a hacer con aquella situación? Si no era capaz de perdonarme nuestra relación podía convertirse en un infierno. Me sentía muy culpable. Siempre habíamos dicho que el dinero y el poder no nos tenían que hacer perder la cabeza y yo misma había caído en mi propia trampa; me había sentido tan poderosa que había creído poder arreglarlo todo. Haber cogido las riendas de todo aquello me había hecho sentir segura y capaz de solucionar cualquier situación, pero como me decía mi psicóloga: evadiendo, siempre evadiendo los problemas. Me había montado mi burbuja de seguridad y confort y se me había olvidado afrontar los problemas, se me había olvidado que ante ellos no estaba sola y que hay cosas que no se solucionan pagando. La dignidad no se paga. Había aprendido una gran lección y estaba a punto de perder al hombre de mi vida por creer que tenía los pies en la tierra, cuando en realidad andaban en el quinto piso. No sabía si alguna vez Lucas volvería a confiar en mí y no soportaba vivir así. ¿Y si me dejaba? ¿Y si tenía que volver a pasar por el mal trago de tener que dejar de ver a mis hijos cada quince días? ¿Y si mi bebé nacía con sus padres separados? Aquello me desbordaba, no concebía todo aquel sueño sin él. Estaba claro que no me iba a morir, ya sabía que nadie se moría porque lo dejaran, pero es que nunca me había dejado el amor de mi vida. Aquella casa que estábamos construyendo no tendría sentido sin él, me faltaría mi mitad. Mi familia lo era todo para mí, estaba por encima del dinero y no podía creerme que estuviera a punto de perder lo más grande que tenía. En aquel momento hubiera dado todo por volver a aquellos días en los que buscábamos cada céntimo para comprar una barra de pan pero éramos felices. Lo hubiera dado todo por borrar mi error y que Lucas volviera a confiar en mí, me abrazara, me dijera “te quiero, golosina”, pero ya le había pedido perdón y no dependía de mí.

O O O

Volvimos al médico, dos semanas después tal como nos había dicho, en la semana ocho de gestación. Tenía un sabor agridulce: a pesar de lo duro de la situación, estaba contenta porque íbamos a ver a nuestro bebé y seguro que aquello nos volvería a sacar una sonrisa:

—¿Qué tal, doctor?

—¿Cómo esta todo?

—Se supone que estás de ocho semanas, ¿no?

—Sí, claro, hace dos semanas me dijo que eran seis. - el doctor siguió mirando la pantalla y poniendo caras raras en silencio y nosotros nos miramos con preocupación.

—¿Has tenido dolores, has marcado?

—No, nada.

—Bueno, no te asustes de momento. Parece que lo veo un poco más pequeño, como si estuvieras de una semana menos.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que tendremos que repetir la ecografía en unos tres días. Es para comprobar que todo está bien.

—¿Pero no está bien?

—Sinceramente, no puedo asegurarlo. Por eso quiero repetir la ecografía. Es que puedo verlo más pequeño por varios motivos y es probable que estés de menos tiempo. El viernes lo sabremos. Vosotros no os preocupéis. Si tienes dolor o sangras, llámanos enseguida.

—Vale, lo haré. De momento no siento nada.

—Eso es buena señal. Nos vemos el viernes. - la cara del doctor nos hizo preocuparnos más, y aunque él no quiso decir nada, nosotros intuimos lo peor, pero no podíamos hacer nada, sólo esperar.

Nos fuimos a casa temblando. No queríamos pensar pero era inevitable. Se nos pasó todo por la cabeza: que estuviera embarazada de menos tiempo, que tuviera alguna enfermedad y por eso creciera más despacio, que estuviera en una posición en la que no pudiera verse bien... cualquier cosa para no pensar lo peor.

De nuevo volvimos a casa paseando y cogiendo aire, aunque mirando al suelo. De repente, Lucas me agarró del brazo llevándome hacia él y me abrazó. Me abrazó fuerte, como dos semanas atrás, pero en una situación totalmente diferente. Al sentir sus brazos rompí a llorar. Me reconfortaban, me hacían sentir segura, protegida. Levanté la cabeza, nos miramos a los ojos, sin hablar, con los ojos llenos de lágrimas. Me dio un beso en la frente y seguimos andando, cogidos, pero sin hablar. Sobraban las palabras.

Aquel día lo pasé tumbada en el sofá, moviéndome sólo para ir al baño. En realidad el doctor no dijo que hiciera reposo pero visto lo visto, pensamos que sería lo mejor. Los niños estaban en sus rutinas escolares. Y Lucas se quedó conmigo y me cuidó. No me hablaba pero me cuidaba y una de las veces que me levanté al baño lo encontré llorando.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Venga, no te hagas el duro.

—Me pasas tú.

—¿Qué? ¿Qué he hecho ahora?

—Me pasa que te quiero y no quiero quererte. Debería odiarte y sólo quiero abrazarte.

—Pues hazlo. Yo necesito que lo hagas. Te necesito más que nunca.

—Ya, pero no te lo mereces.

—Perdóname. Sé que lo he hecho mal pero tampoco he matado a nadie. Sólo me he equivocado. Lo siento. - No podíamos parar de llorar.

—Ya lo sé pero es que me cuesta.

—Te prometo que no va a volver a pasar. Ya he aprendido la lección. No quiero perderte. Este es nuestro sueño y no quiero vivirlo sin ti.

—Ni yo sin ti. - nos fundimos en otro abrazo, sin dejar de llorar, pero Lucas no soltaba una sola palabra. ¡Le costaba tanto perdonarme!

—Vamos al sofá y vemos una peli. Ven, que tenemos que cuidar a este bebé.

Nos fuimos al sofá y vimos una película, abrazados. A los dos se nos caían las lágrimas pero no podíamos hablar. Estábamos tristes por lo que nos estaba pasando y preocupados por nuestro bebé. Después, Lucas fue a recoger a los niños al cole y pasamos la tarde con ellos. Estar con ellos nos reconfortó bastante pero con cada abrazo de mis pequeños, con sus risas y sus miradas azules, no podía dejar de pensar en su hermanito, que estaba dentro de mí, tal vez luchando con todas sus fuerzas por su vida, como yo lo estaba haciendo por su papá.

Aquella noche nos costó dormir. Estuvimos un buen rato abrazados y seguíamos sin hablar. Tal vez nuestros silencios hablaban por nosotros y también en silencio, nos dormimos. Aquella noche la pasamos de un tirón porque los niños ni se inmutaron. Cuando me desperté me dispuse a ir al baño, pero cuando me levanté de la cama sentí un dolor muy fuerte dentro de mí, en la parte baja de mi vientre, justo arriba del pubis. Era como si me desgarrara por dentro, y en aquel momento supe que todo había acabado. No quise hacer pis en el váter y lo hice en el bidé para ver si era un pis normal. Tal y como esperaba, salió un poco de sangre de color marrón, como la de los primeros días de la regla. Llamé a Lucas.

—Cariño, vamos al médico, por favor.

—¿Qué pasa?

—Me duele y estoy marcando.

Nos fuimos al hospital y allí, mediante una ecografía vieron que no había latido y que estaba sufriendo un aborto. Ya nos lo habíamos imaginado pero escuchar aquella palabra … "aborto"... era demasiado fuerte, tanto o más que aquel dolor que sentía en mis entrañas.

El doctor nos dijo que no había nada que hacer, que seguramente lo expulsaría sin más, como una regla normal pero un poco más abundante y dolorosa que también podía durar más tiempo. Me dijo que me fuera a casa y me pusiera, por vía vaginal, unas pastillas que me recetó para facilitar la expulsión. También me advirtió que podía ser más doloroso con las pastillas y me recetó unos calmantes. Hablaba de "expulsar" con aquella facilidad, como si se estuviera refiriendo a un objeto, no a nuestro hijo y aquellas palabras resultaban completamente desgarradoras. Quedó en visitarme en una semana para ver si "estaba limpia", como ellos decían. Si no, tendrían que hacerme un legrado.

El dolor físico más fuerte duró varias horas, después fue más soportable, pero pasé unos días sangrando y cada vez que iba al baño y veía aquello no podía sino dolerme más aún, dolerme el alma. Y justo ese dolor emocional, no iba a ser tan fácil de superar. A penas nos estábamos haciendo a la idea pero ya nos habíamos ilusionado. Además de lo duro que es ya de por sí, nos pillaba en un momento anímico complicado y se nos juntaba todo.

Me sentía culpable por haber dicho que no quería tener otro hijo y por el rechazo que sentí al enterarme, aunque fuera sólo el primer día. También me sentía mal porque pensaba que el disgusto que me había llevado en el viaje podía haber provocado aquella

situación por la tensión que viví y tenía claro que aquella situación se había producido por mi culpa. Lucas también se sentía culpable porque también creía que aquel disgusto era lo que lo había provocado y pensaba que después de haber esperado tanto para decírmelo podía haber esperado un poco más.

—Lo siento. Además de pedirte perdón a ti, se lo tendría que pedir al bebé pero ya no voy a poder. - le dije llorando.

—No, la culpa es mía porque no tenía que haber sacado el tema en aquel momento. Lo siento.

—Yo no sé de quién es la culpa pero nuestro bebé ya no está y eso es lo único que sé.

—No pienses eso, no es tu culpa.

—Perdóname, no sabes el dolor que siento.

—Tendremos que pedir cita con Raquel para que nos ayude a llevar esto y superar también lo otro.

La semana siguiente volvimos a la consulta y me hicieron una eco. Vieron que todo estaba bien. Físicamente superado. Y digo físicamente porque emocionalmente todavía hoy tenemos muy presentes las consecuencias.

—Bien, todo perfecto. Estás muy bien.

—¿Y ahora que tengo que hacer?

—Ahora nada, vida normal y cuando pasen un par de reglas ya podéis buscar otra vez.

—¿Otra vez? No creo.

Al decirme el doctor que podíamos buscar otra vez me acordé del embrión que nos quedaba congelado. No es que se me hubiera olvidado pero no solía pensar en eso y ahora que estábamos pasando aquel duelo, estaba especialmente sensibilizada con el tema. De camino a casa, se lo planteé a Lucas sin pensarlo demasiado.

—Nunca hablamos de nuestro embrión congelado.

—Lo sé. ¿Y ahora te has acordado?

—Sí, con todo esto se me ha removido todo y estoy pensando en aquel pequeñín, allí solo en aquel tanque de frío.

—Yo me acuerdo de vez en cuando.

—Pero nunca hablamos del tema. Tal vez ha tenido que pasarnos esto para que seamos conscientes de que está ahí y tomemos una decisión al respecto.

—¿Y qué decisión crees que deberíamos tomar?

—No sé, pero destruirlo no.

—¿Y qué posibilidades había?

—Pues donarlo a otra pareja, donarlo para el estudio o implantarlo.

—Difícil decisión. ¿No te daría pena que estuvieran ahí manipulándolo para luego acabar destruyéndolo también?

—Uff, descartamos esa posibilidad. No lo había visto así, sólo había pensado en la contribución a los avances científicos que haríamos pero no en que finalmente, acabarían destruyéndolo también.

—Pues sólo nos quedan dos opciones: donarlo a otra pareja o la implantación.

—¡Y que nos vuelva a salir mal! Yo no quiero volver a pasar por esto.

—No sé si saldría bien o mal pero al menos nos quedaría la tranquilidad de haberlo intentado y haberle dado la posibilidad como al resto de sus hermanos.

—Eso sí, pero es que, no sé, pasar por otra pérdida sería demasiado duro.

—Tendremos que pensarlo.

—Sí, pero tampoco tanto porque si finalmente decidimos que sí, no deberíamos esperar mucho, ya tengo cuarenta y uno y cuanto más tiempo pase más peligro corro. Aunque no sé si me apetece mucho después de esto. Igual no debería decir lo que estoy diciendo pero es que sinceramente, yo ya estoy satisfecha como madre. A este último lo quería porque ya estaba aquí pero planteármelo por gusto, pues no sé.

—Pues nada, lo donamos a otra pareja.

—Ya, pero es que, que haya un hijo nuestro por ahí... una cosa es donar un óvulo o esperma pero el embrión sería hermano de nuestros hijos al cien por cien. ¿Te imaginas que se parecen y dentro de unos años se encuentran? O nos lo encontramos nosotros y lo reconocemos. Sería nuestro hijo ¿qué sentiríamos?

—No sé Sara, pero esas son las únicas posibilidades que tenemos.

—Lo tengo que meditar un poco más. No sé si estoy preparada para otra pérdida, tampoco sé si estoy preparada para tener más hijos y tampoco sé si sería capaz de donarlo.

Tras todo esto, intentamos hacer vida normal, sin conseguirlo del todo, porque de vez en cuando nos acordábamos y se nos volvía a caer el mundo encima. Pero teníamos que seguir adelante por nosotros mismos y por los cuatro hijos maravillosos que teníamos. Además, al margen de aquello nuestra vida era fantástica y no podíamos ser tan ingratos de no aprovecharla. Pero algo dentro de mí no me dejaba levantar el vuelo. El perro negro volvía de nuevo a visitarme, así que, sin tardar más de una semana, volví a empezar, con el consentimiento de mi doctora, mi tratamiento con antidepresivos.

Tres semanas atrás era la mujer más feliz del mundo celebrando nuestra boda de ensueño en nuestro paraíso particular y en aquel momento estaba otra vez con depresión, así, casi sin darme cuenta y casi sin poder hacer nada por evitarlo. Pero la depresión es así: te persigue y tienes que mantenerla a raya porque sí te descuidas, ya puedes tener en la vida todo lo que quieras que a ella le da igual y se apodera de ti, de tus pensamientos, de tus sentimientos, de tus relaciones personales, de todo tu mundo... A ella no le importa el dinero ni cuán feliz puedas haber sido, sólo le importa poseerte y hacerte suya.

Empecé nuevamente el tratamiento aquel mes de mayo. Parecía que lo habíamos cogido bastante a tiempo, ya que los síntomas no eran muy fuertes aún, iban y venían, pero dado mi historial era mejor así, antes de que fuera a más. En un mes y medio, más o menos empecé a notar mejoría, así que me dijo la doctora que si seguía así, para octubre o noviembre me las podría quitar.

Pero aquel mes de mayo también teníamos algo pendiente que retomamos en cuanto me encontré mejor: Boris. Casualmente hacía tiempo que no sabíamos nada de él, así que estaría al caer. Decidimos hablar con nuestros abogados y contarles toda la historia. Estuvieron revisando el primer contrato de confidencialidad que firmaron, deprisa y corriendo, las personas que iban a trabajar con nosotros al principio. Ese era el que él tenía y efectivamente no estaba bien redactado y no tenía ningún tipo de validez,

así que, si le daba la gana, estábamos en sus manos y no sabíamos a quien se lo había podido contar. Con respecto a los ecuatorianos, nos dijeron que, contrariamente a lo que nosotros creíamos, no habían cometido ningún delito. Ellos no se hicieron pasar por nosotros, simplemente porque no sabían quiénes éramos, por lo tanto, no estaban suplantando ninguna identidad. Sólo le habían dicho a Juani que gracias, le habían dado un sobre y habían desaparecido del barrio. Habían dado a entender que eran ellos los ganadores y no había ningún delito en eso.

Al saber aquello, acordamos poner todo en manos de la policía. Nuestros abogados se pusieron manos a la obra. Seguíamos sin saber nada de él, pero al cabo de dos semanas volvió a aparecer. Esta vez yo estaba preparada. Los abogados me habían dicho lo que tenía que hacer: tener preparada la grabadora encima de la mesa y avisarle en cuanto entrara, de que la conversación iba a ser grabada, que había puesto todo en manos de la policía y que estaba siendo investigado. Lo hice tal como ellos me dijeron. Boris se puso muy nervioso y sólo acertó a decir: ¡Eres una hija de puta! Y se fue. No dijo nada más para no ser grabado. Lo que no sabía él es que cuando avisó de que venía llamé a los detectives para que lo siguieran cuando saliera de allí. Salió enfurecido con su BMW lleno de golpes sin reparar y los detectives lo siguieron. Se fue a su piso y no salió de allí en días, hasta que de repente, los detectives, que hacían guardia en la puerta de su casa, vieron llegar una ambulancia y a la policía. Sospecharon lo peor. Al cabo de cuatro horas sacaron un cuerpo envuelto en una sábana y lo subieron en un furgón del Instituto de medicina legal de la Generalitat.

Me llamaron desde el mismo lugar para comunicarme la noticia, aún sin saber si era él. Un escalofrío recorrió mi espalda. ¿Qué había pasado? ¿Por qué? Nos pusimos en contacto con un policía amigo y él a su vez, lo hizo con los compañeros que llevaban nuestro caso para comunicarles lo que nuestros detectives habían visto y unas horas después nos lo confirmaron: era Boris. Al parecer lo habían encontrado sobre su cama con la aguja todavía clavada. Llevaba tres días muerto por sobredosis y uno de sus compañeros de piso lo encontró al volver de un viaje. Me quedé blanca. Aún tenía la esperanza de que no fuera él pero era inútil. Pero, ¿por qué hizo aquello? ¿Se pasó de dosis a propósito? ¿Tendría algo que ver con lo que yo le dije? Lloré de rabia e impotencia. Aquella situación era surrealista. Yo no había hecho nada, ¿por qué me sentía así? Porque había deseado su muerte. Me daba miedo seguir deseando cosas.

Otra muerte, otro sentimiento de culpa que no ayudaba para nada en la evolución de mi depresión. Otro hecho del que yo me culpaba sin ser culpable. No podía ser, no podía seguir así, tenía que poder yo más que mi cabeza, así que decidí no pensar en nada, centrarme en mi familia y en la construcción de nuestra casa: ir más a menudo a supervisar las obras, ir preparando la decoración y el ajuar que sería diferente ya que del ático sólo nos íbamos a llevar nuestra ropa y cosas personales, así lo podríamos utilizar cuando fuera necesario.

Parecía que Lucas ya me había perdonado y nuestra relación volvía poco a poco a la normalidad así que tenía que aprovechar para quitar lastre a mi mente. Pasamos el verano tranquilos, acordándonos cada vez menos del tema del bebé y poco a poco volviendo a la normalidad como pareja. Pasamos bastante tiempo en familia en la casa del pueblo donde los pequeños disfrutaban jugando en el jardín, regando las plantas y

regándose el uno al otro con la manguera, que era su juego favorito y nosotros paseando a la luz de la luna con la tranquilidad que daba oír sólo a los grillos.

Aquel verano también viajamos. Habíamos quedado en hacer otro viaje en grupo. Lo estuvimos planeando desde que nos tocó la lotería. Lo organizamos nosotros, que éramos el nexo de unión entre todos los que íbamos a ir y se apuntó quien quiso. Esta vez pasamos veinte días en Canarias. Éramos ochenta personas, aunque no estuvimos todas a la vez, sino que algunos se apuntaron a una etapa y otros a otra. Nosotros pagamos el avión y la mitad del viaje, pero con un máximo de diez noches. Después cada uno se pagó lo que le faltaba.

En primer lugar, visitamos Santa Cruz de Tenerife, disfrutando de cinco días en el *Hotel Sandos San Blas Nature & Golf 5**. Después pasamos otros cinco días en el *Hotel Meliá Tamarindos 5**, en Gran Canaria. Otros cinco días en Lanzarote disfrutando del *Dream Gran Castillo Resort & Spa 5**. Y los últimos cinco los pasamos en Fuerteventura en el *Gran Hotel Atlantis Bahía 5**.

Me vino muy bien aquel viaje, después de vivir tantas emociones en los últimos meses. Estaba empezando a mejorar de mi recaída y aquello me ayudó mucho. Además, Lucas y yo nos volvimos a unir de nuevo y todo aquello una vez más nos sirvió para fortalecer nuestra relación. Hablamos mucho y también compartimos muchos silencios, esos silencios cargados de amor y de palabras que no encuentran salida, esos silencios que se acaban rompiendo con una mirada y un beso.

O O O

Durante el viaje, recibimos la llamada de Rafa, el policía que conocíamos y por quien nos íbamos enterando de las novedades del caso Boris. Nos dijo que la autopsia había desvelado que al parecer la sobredosis fue accidental. No entendía cómo podían saber eso pero me tranquilizaba. Le podía haber pasado cualquier otro día y no había una relación directa con nuestra conversación. A raíz de esta noticia, volvimos a hablar del tema y prometimos que sería la última vez. Y volvimos a tratar el tema de nuestro embrión.

—¿Entonces nos lo implantamos?

—¿Crees que estás preparada?

—No lo sé, pero no quiero llevarlo por el resto de mi vida en mi conciencia. Lo intentamos. Si sale bien, seremos uno más. Si no sale bien, al menos por nosotros no habrá quedado y le habremos dado la oportunidad. ¿Te parece?

—Si de verdad te lo vas a tomar así.

—Lo intentaré pero me tienes que apoyar.

—¿Alguna vez no lo he hecho?

—¿Entonces eso quiere decir que ya me has perdonado?

—Bueno, de vez en cuando me acuerdo de que no confías en mí y me da rabia.

—No digas eso. Yo confío en ti, sabes que ha sido algo aislado.

—Lo sé.

—¿Entonces me has perdonado?

—¿Aún lo dudas?

"Cuando tienes una economía holgada,
tu vivienda es el reflejo de tu triunfo personal,
y eso es absolutamente legítimo."

Joaquín Torres. (Detrás de la puerta)

DOS Y DOS SON... ¿SEIS?

Llegó octubre y me quitaron poco a poco las pastillas, así que, como estaba mejor nos decidimos a visitar a Lola en Barcelona. Cuando nos vio por allí no se lo podía creer.

—¡Hombre! De nuevo por aquí...

—Sí, creo que tienes algo nuestro.

—No me lo puedo creer, ¿vais en serio?

—Bueno, nos quedamos embarazados de forma natural hace unos meses pero lo perdimos y eso nos removió todo, así que decidimos darle la oportunidad a ese pequeñín. No venimos con muchas esperanzas, pero tampoco queremos que quede por nosotros.

—Pues perfecto. Nos ponemos a ello ya.

Y nada, dicho y hecho. Me mandó unas analíticas y lo programamos todo para que si todo iba bien, me implantara el embrión tras la menstruación de finales de noviembre. ¡Qué caprichosa es la vida! En diciembre tendría que estar naciendo nuestro hijo y sin embargo en vez de ser así, le estaríamos dando una oportunidad a su hermano...

Mi regla vino con un par de días de retraso, el dos de diciembre, y el quince del mismo mes, me hicieron la implantación. Justo antes de Navidad. Esta vez nos lo tomamos con mucha filosofía y no estuvimos para nada pendientes de su evolución. Creo que después del mazazo teníamos asumido que no iba a salir bien, pero estábamos equivocados: Papá Noel nos sorprendió el día de Navidad con un positivo en el test de embarazo y fue entonces cuando nos pusimos realmente nerviosos. No queríamos volver a sufrir otra pérdida, pero el ginecólogo nos dijo que nos tranquilizáramos, que a las seis semanas nos haría una ecografía porque antes igual no podía ver nada. Así que acabamos de pasar las navidades disfrutando mucho con nuestros mellizos que ya habían cumplido dos años y estaban para comérselos con su particular descubrimiento del mundo.

Durante todo aquel tiempo nuestra casa ya había avanzado bastante y en teoría estaría lista para el mes de abril. Con todo aquello yo había estado bastante distraída y no me había preocupado mucho por el tema del embarazo, pero llegó el momento de la ecografía que nos confirmaría si estaba nuevamente embarazada. No se me olvidará nunca, el 16/01/2018, el doctor nos confirmaba el embarazo:

—Pues efectivamente, estás embarazada. - una mezcla de alegría y miedo recorrió mi cuerpo y no pude evitar acordarme de todo lo vivido.

—¿Pero está bien, doctor?

—Pues de momento sí, todo parece estar bien, aunque tendremos que ir controlándote.

—¿Controlándome? ¿por qué?

—Sí, porque puede que sea un embarazo de riesgo. - nos decía mientras seguía mirando la pantalla.

—Ufff, ¿qué pasa ahora? - dijo Lucas alarmado.

—Esperad un momento y os lo confirmo, pero tranquilos, no hay de qué alarmarse. - El doctor llamó a otra compañera para pedir una segunda opinión y mientras, nosotros nos quedamos muertos de miedo sin saber qué pasaba.

—Efectivamente, tienes razón.

—¿Verdad? Es que no me lo podía creer, le han implantado uno – hablaban entre ellos.

—¿Qué pasa?

—Pues pasa que estáis de doble enhorabuena.

—¿Doble? No puede ser, sólo nos quedaba un embrión... a no ser... que se hayan equivocado y me hayan implantado los hijos de otra pareja.

—No, no, para nada.

—¿Entonces?

—Entonces, efectivamente hay dos, solo que esta vez no son mellizos, sino gemelos.

—¿Gemelos? No puede ser. Mírelo bien.

—Sí, ya lo hemos mirado los dos. Hay dos sacos con dos embriones y eso quiere decir que son gemelos mono-bi.

—¿Y eso qué es?

—Que comparten la placenta, porque vienen de un mismo óvulo fecundado pero cada uno tiene su saco amniótico.

—Pero en nuestra familia no hay... Bueno sí, mi hermano tiene gemelos pero le vendrá por parte de ella porque ninguno de nuestros antepasados es gemelo, que sepamos.

—No tiene nada que ver. Para los mellizos sí cuenta la genética pero la posibilidad de que un óvulo fecundado se divida en dos es la misma para todos los casos y da igual que sea natural o no, aunque se sospecha que puede haber un mayor riesgo cuando es in vitro, pero es sólo una sospecha. Que tu hermano y tú tengáis gemelos puede ser pura coincidencia. De todos modos investigad bien, igual sí hay gemelos y no lo sabéis, pensad que antes no había tantos adelantos y muchos niños morían al nacer o nacían muertos.

—Pues ahora que lo dice, mi abuelo siempre decía que su madre tuvo dos niños pero que uno nació muerto, pero como nadie más sabía nada de esa historia, nadie le hizo caso nunca.

—Pues no sé, tal vez por ahí, o tal vez haya sido el azar. No lo podemos saber.

—¿Y por qué es de riesgo? ¿Porque son dos?

—Porque son dos y porque este tipo de embarazo, es un poco más complicado que el de mellizos con placentas diferentes. Pero tranquilos, más peligroso sería que compartieran el mismo saco, pero no es el caso. Simplemente tendremos que tenerte más controlada y ya está. De momento te vamos a hacer controles cada dos semanas hasta la semana catorce para estar tranquilos, luego ya será una vez al mes.

Madre mía, entonces sí que teníamos que asimilar cosas... Lo primero es que hasta que no pasara la semana doce, no nos queríamos hacer ilusiones para no pegarnos otro batacazo y luego, asumir que de nuevo íbamos a tener dos... ¡seis hijos! No podía ser... Aquello era demasiado.

Fueron pasando las semanas y se fue confirmando que todo estaba bien, que los dos estaban creciendo bien. Increíble pero cierto. ¡Íbamos a tener gemelos idénticos! Era una cosa detrás de otra y no nos daba tiempo a asimilarlo todo...

Hubo todo tipo de reacciones cuando dimos la noticia: unos se alegraron muchísimo, otros alucinaron como nosotros y también hubo quien nos dijo que estábamos locos teniendo seis hijos. Y digo yo, ¿a la gente qué le importa si tenemos seis hijos o si tenemos ochenta? ¡Cómo si no tuviéramos nosotros bastante agobio ya! Tuvimos que explicar más de cien veces la diferencia entre gemelos y mellizos, porque poca gente la sabía. Menos mal que teníamos dinero para mantenerlos y mucha ayuda para criarlos, pero aún así se nos hizo difícil.

La fecha probable del parto era el nueve de septiembre, y este embarazo fue un poco más pesado. Supongo que por la edad, ya que cumplí cuarenta y dos años el mismo día que cumplía veintiuna semanas de embarazo, pero también porque tenía otros dos pequeños a los que tenía que atender, (menos mal que Leire y Javier eran adultos, no daban muchos problemas y ayudaban un montón con sus hermanos) porque volví a tener diabetes gestacional, porque tuve varias bajadas de tensión, porque mis varices dieron bastante morcilla y me mandaron hacer reposo (que no hice mucho) a causa de que me salieron también en los genitales y porque los primeros meses tuve más síntomas que con cualquiera de mis otros embarazos. Vamos, que me venía al pelo eso de "no tengo el chichi pa farolillos"...

O O O

Mientras todo aquello sucedía nuestra casa seguía su curso y nosotros inmersos en todo el proceso, con todo el estrés que ello conllevaba. Aunque a causa del embarazo decidimos tomárnoslo con mucha calma, en una obra es inevitable que surjan contratiempos y que haya cosas que no salgan al cien por cien como se espera, desde luego nada que no se pudiera solucionar, pero sí que contribuyó a que estuviéramos especialmente irascibles y a que Lucas y yo tuviéramos un par de encontronazos por culpa de los nervios.

Nos habían dicho que a mediados de abril nos entregaban la casa pero ya veíamos que no iban a llegar. Nos conformábamos con estar allí antes del parto, pero no podían dormirse en los laureles. Finalmente nos la entregaron 8/7/2018, otra fecha que no voy a olvidar en mi vida.

Tal como pasó con la casa del pueblo, Fátima se encargó hasta del más mínimo detalle de forma que cuando nosotros llegamos, sólo nos faltaba colocar nuestra ropa y objetos personales. Como yo estaba con aquel barrigón y supuestamente en reposo, no pude participar demasiado en los últimos retoques, algo que me hubiera encantado, pero entre Fátima, Evelyn y Gloria, que era una de las nuevas personas de servicio, lo colocaron todo a la perfección. Gloria también era filipina y empezó a trabajar en casa junto con su marido Joel. Ambos habían compartido piso una larga temporada con Evelyn y Reynaldo, y ellos nos los recomendaron. La nueva casa era muchísimo más grande, de modo que desde que empezamos a vivir allí, el personal de servicio se compuso de dos matrimonios de servicio y dos chicas externas.

El día ocho de julio, Fátima y Paco, nuestro arquitecto, estaban esperándonos para darnos las llaves de la casa de nuestros sueños, siguiendo el mismo protocolo que con la casa del pueblo. Esta vez entramos por el garaje, que ellos nos abrieron. Era un garaje de casi trescientos metros cuadrados con capacidad para diez coches, situado en la planta sótano de la vivienda. A través de él se entraba por una puerta a otras estancias de la planta que más tarde os explicaré.

Subiendo por una escalera de mármol, se accede a la planta principal, situada a pie de calle. En ella podemos encontrar varias zonas diferenciadas: nada más salir de la escalera, a mano izquierda encontramos el comedor de diario, de unos veinticinco metros cuadrados y donde comemos todos los días, siempre que no nos apetece comer en la cocina. Tiene capacidad para doce comensales y sólo nosotros ya somos ocho, así que tenemos un segundo comedor para cuando somos muchos.

La puerta contigua es la de la cocina. Dentro de ésta, encontramos otros dos habitáculos: el primero es el lavadero y cuarto de plancha, de unos veinte metros cuadrados, donde tenemos dos lavadoras, dos secadoras, un fregadero, diferentes muebles para guardar los productos y utensilios de limpieza de la casa, un tendedero interior que funciona a base de corrientes de aire y espacio libre para poder planchar. El segundo es una gran alacena vestida por completo con muebles hasta el techo, donde guardamos la comida que no gastamos a diario, las vajillas, cristalerías y cuberterías que no caben en la cocina, y dos grandes congeladores. Tenemos más de veinte vajillas, y otras tantas cristalerías, cuberterías y mantelerías porque si hay algo que disfruto muchísimo es organizar pequeñas y grandes fiestas e inventar cada vez una decoración diferente para la mesa. Además hay un mueble para mantener platos calientes que utilizamos cuando somos muchos, en días como Navidad, en los que podemos juntarnos cerca de cincuenta personas. La estancia, a su vez, sirve de acceso a la zona de servicio, un pequeño apartamento que se compone de un comedor con cocina incorporada, un baño, dos habitaciones dobles y una individual.

La cocina es absolutamente perfecta. Tiene casi ochenta metros cuadrados y muchísima luz. Nada más entrar en ella, encontramos armarios formando una "L", algunos con muebles arriba y abajo y otros sólo abajo ya que arriba se encuentra un gran ventanal, bajo el cual encontramos un gran fregadero de mármol con grifo extensible y dos lavavajillas encastrados, uno a cada lado. La pared que hay justo enfrente de esta ventana está totalmente revestida de muebles que van desde el suelo al techo y que contienen encastradas dos neveras, un módulo con dos hornos, uno convencional y otro de vapor y un microondas. El resto de muebles están preparados para aprovechar al máximo el espacio y poder guardar todo el menaje. Justo en medio hay una isla en forma de "U"con una vitrocerámica de inducción con seis fuegos, un módulo freidora y un módulo para asar al carbón. Al lado hay otro pequeño fregadero que da servicio a esta zona y una zona de trabajo. Bajo la encimera, varios muebles caceroleros y grandes cajones preparados con todos los utensilios necesarios para que Evelyn pueda trabajar lo más cómoda posible. Sobre la isla, dos campanas extractoras en forma cilíndrica bajan desde el techo para evitar los humos y los olores.

Pasando las escaleras, ahora a mano derecha en sentido contrario, encontramos una sala de estar de unos cuarenta metros cuadrados donde descansamos a diario y vemos la tele de vez en cuando en familia. Es muy sencilla, con un mueble para las

películas, los mandos y otros utensilios y un gran sofá con asientos abatibles y capacidad para doce personas. Encima del mueble hay una televisión de 84 pulgadas.

Volviendo a salir al mismo pasillo, seguimos hacia delante y en la misma línea encontramos una puerta doble que al abrirla se esconde dentro de la pared. Esa estancia es otro comedor más grande que utilizamos cuando tenemos invitados. Tiene sesenta y cinco metros cuadrados y capacidad para veinticuatro comensales, ampliable a cuarenta más apretados. Cuando somos más, utilizamos otros lugares de la casa como el porche o la planta sótano, según estemos en invierno o en verano.

A través de este comedor, se accede por otras puertas correderas a un salón de noventa metros cuadrados, con chimenea de gas, tres grandes sofás con capacidad para diez personas cada uno y diferentes puffs repartidos para poder acoger a más gente. En este salón no hay televisión porque está pensado para recibir visitas y ser un lugar de convivencia. Como estas estancias están comunicadas, si somos muchos podemos unirlas para tener más espacio abriendo las puertas.

Un baño en el pasillo, da servicio a toda la zona de estar, y a su lado un patio interior que se deja ver gracias a los grandes ventanales que lo rodean dando luz a esa parte de la casa. En el interior de ese patio, sobre un suelo de piedras blancas, un olivo da el toque natural.

Llegamos al recibidor, que nos lleva a otras dos zonas: a la izquierda, tras pasar el patio interior encontramos la habitación de juego de los niños, de treinta y cinco metros cuadrados, con un gran ventanal a través del cual se ve la zona de la planta sótano en la que tenemos una piscina interior climatizada. Dentro de la habitación hay un pequeño aseo.

Si nos situamos en la puerta principal de la casa, encontramos un pasillo a mano izquierda que nos lleva a nuestros dos despachos, a otro aseo que les da servicio, una habitación de invitados con baño incorporado, un gran armario ropero donde colgar los abrigos de nuestros invitados y un ascensor que comunica las tres plantas.

Siguiendo en la misma planta, encontramos un gran porche que rodea toda la parte trasera orientado al sureste y al que dan casi todas las estancias importantes. En este gran porche cubierto en el que podemos disfrutar tanto de sol como de sombra a lo largo del día, tenemos varias zonas con mesas para comer o cenar y diferentes hamacas y otros muebles de exterior para el descanso. El mismo porche da acceso a través de un pequeño camino de piedra que se abre entre el césped, a una piscina exterior climatizada de 15 x 6 con una zona delimitada para niños, una jacuzzi, una ducha y una zona de hamacas. Para que los niños no corran peligro de caer a la piscina en un descuido, hemos ideado una valla de cristal que se hunde en el césped cuando estamos utilizando la piscina y se levanta para proteger el espacio cuando no se utiliza.

Subiendo por el ascensor a la primera planta, lo primero que encontramos es un pasillo distribuidor que nos va llevando a cada una de las habitaciones. En primer lugar, a mano derecha, pegada al ascensor, encontramos una habitación de invitados, y siguiendo hacia la izquierda, las habitaciones de Leire y Javier. Las tres habitaciones tienen unas medidas de entre dieciocho y veinte metros cuadrados, sin contar el baño y el gran armario empotrado que tiene cada una. Son habitaciones muy luminosas. Tanto la de invitados como la de Leire dan a una terraza con orientación norte sobre la fachada de la

puerta principal de la casa. La de Javier da a la terraza con orientación sureste sobre el porche del jardín y a la que dan también el resto de habitaciones.

Seguimos hacia delante por el pasillo y a mano derecha encontramos una barandilla de obra desde la que se ve la planta baja y la escalera que sube pegada a la misma. En la pared de la izquierda encontramos una puerta que da a otra sala de estar en la que mis hijos mayores a veces ven películas, partidos de fútbol o baloncesto o juegan con la consola.

Las dos siguientes puertas que encontramos son las habitaciones de los pequeños, de unos veinticinco metros cuadrados cada una. Primero, la habitación que comparten Héctor y Valeria, que cuando nos entregaron la casa ya habían dejado de dormir en cuna y dormían en sus camas. Esta habitación la decoramos en naranja y verde, dando a cada uno un espacio más definido. La siguiente habitación es la de los nuevos bebés, que como ya sabíamos que eran dos niñas, decoramos en tonos rosa y beis. Está pegada a la nuestra, para poder tenerlas más cerca de noche. Cada una de las habitaciones tiene su propio baño completo incorporado, en este caso con dos lavabos, váter, bidé y bañera, y éstos en concreto están decorados con motivos infantiles de la diseñadora Ágatha Ruiz de la Prada.

Al final del pasillo, justo enfrente de la escalera, está la puerta de nuestra habitación. Es una habitación muy espaciosa, de unos treinta y cinco metros cuadrados, en esquina, enmarcada por unos grandes ventanales que la hacen muy luminosa. Nada más poner un pie en ella, empezó a sonar por el hilo musical *"Only you"* de The Platters, una canción que cada vez que la oigo me hace sentir muchísimas cosas y en este caso consiguió sacarme unas lagrimitas... Fátima no tenía ni idea de que me gustaba tanto aquella canción pero acertó plenamente. A ésta le siguieron otras canciones del mismo grupo como *"Smoke gets in your eyes" y "Unchained melody",* y se formó la atmósfera perfecta para descubrir lo que faltaba: desde la habitación se accede a un gran cuarto de baño dividido en dos zonas, a un lado la de Lucas, con lavabo y mueble donde guardar sus cosas, un váter y un bidé dentro de un habitáculo exclusivo para tener intimidad. De este modo, ambos podemos utilizar el baño a la vez sin molestarnos. En mi lado, hay exactamente lo mismo para poder tener mis cremas y mis cosas, ya que siempre me dejo algo por el medio, y eso molesta mucho a Lucas. Por último una zona común con una gran ducha de obra y una bañera redonda de hidromasaje, que compartimos. Además del baño, desde la habitación se accede a un gran vestidor, el sueño de muchas personas, en este caso era uno de los míos. Es un vestidor de ochenta metros cuadrados, enorme, con luz natural y perfectamente aprovechado. Para diseñarlo tuvimos en cuenta absolutamente todas nuestras necesidades, desde prendas tan comunes como pantalones, camisetas o chaquetas, hasta cinturones, gorras, pañuelos, gafas de sol o joyas. Todo, absolutamente todo, tiene su lugar y puedo decir que es una de las partes de la casa que más me gusta.

Todas las habitaciones de la casa tienen una televisión camuflada en el falso techo, la cual se extrae y se baja con un mando a distancia. Lo decidimos así porque en realidad no nos gusta que haya nada electrónico en las habitaciones, y aunque absolutamente todo en la casa está domotizado, los mandos se hallan bien recogidos en un práctico panel de control y así nos olvidamos de tenerlos por el medio o no encontrarlos. Pero queríamos tener la opción de las televisiones para esos momentos en

los que uno está en la cama enfermo o sin poder dormir y hacen bastante compañía. Mientras tanto, guardadas como si no estuvieran. Todas las habitaciones de la primera planta dan a una de las dos terrazas. Resulta muy agradable levantarse por la mañana en verano, salir a la terraza recién duchada y secarse al sol en una de las hamacas o desayunar allí mismo. Y si encima te llega con la brisa, ese aroma tan agradable a jazmín, es una experiencia que me hace sentir absolutamente privilegiada.

Volviendo a la planta sótano, tengo que decir que es uno de los motivos por los que me gustan las casas de este estilo. En ella, además del garaje, tenemos dos grandes trasteros para no tener por el medio cosas que no se usan, una sala de máquinas donde está la caldera, ya que en toda la casa hay calefacción de suelo radiante y aire acondicionado por conductos, el descalcificador de agua, el equipo de aspiración centralizada, los contadores de la luz y un montón de cosas más para "manejar" esta casa que funciona casi como un hotel. En la misma habitación tenemos todo lo necesario para mantener el jardín y la piscina.

En esta planta también tenemos tres habitaciones de invitados, que usamos de vez en cuando, si se quedan a dormir algún fin de semana familiares o amigos. Igual que las de arriba, cada una tiene su baño y su armario empotrado. Todas tiene luz y ventilación natural gracias a unos patios que nuestro arquitecto nos propuso y que desde la planta baja se ven como un gran hueco en el suelo al que te asomas desde una barandilla. Además de éstas, hay otra habitación que hace las veces de centro de belleza porque tenemos montada una pequeña peluquería y una camilla donde recibimos los masajes a domicilio de nuestra fisioterapeuta.

En esta planta tenemos a la reina de la casa: la piscina interior climatizada, que se sitúa en el centro, alumbrada por un ventanal de siete metros de altura, que coge espacio vertical de esa planta y la de arriba, creando una forma cúbica que la hace espectacular, sobre todo cuando se mira desde la planta superior. La utilizamos prácticamente a diario y en ella los pequeños están aprendiendo a nadar. Alrededor de esta piscina se diferencian dos espacios, uno dedicado a la propia piscina con hamacas para descansar, y otra parte dedicada al ocio, donde tenemos una barra de bar, una cabina de DJ, que es la afición de Lucas, una mesa de futbolín, un billar, una diana en la pared, una mesa de póquer, sofás y un montón de grandes cojines para tirarse al suelo. Entre todo, se forma una estancia estupenda, en la que hemos hecho varias fiestas, sobre todo Javier con sus amigos.

A parte de todo esto, también disfrutamos de otro espacio muy útil: el gimnasio donde hacemos ejercicio con nuestro entrenador personal y que tiene anexo un vestuario. Y el colofón a esta planta lo pone la sala de cine. En ella tenemos una gran pantalla y capacidad para veinte butacas de lujo. Está dotada con la última tecnología que nos hace pasar ratos estupendos disfrutando no sólo del cine sino también de estupendos partidos de fútbol. (Sobre todo a Lucas)

La casa, de estilo contemporáneo, hecha de hormigón armado y con fachada revestida de mármol travertino, tiene más de mil metros cuadrados construidos entre las tres plantas y está totalmente domotizada. Es una casa que resulta muy alegre, gracias al colorido que le dan los cuadros y otros detalles como cojines de colores que resaltan sobre el blanco y otros colores neutros que son la base de la decoración. Se encuentra en una parcela de ocho mil metros cuadrados completamente ajardinada. En dicho jardín

también disfrutamos de varios espacios diferenciados: una zona de barbacoa, un gran parque infantil donde los pequeños disfrutan muchísimo, dos zonas diferentes con grandes cenadores de madera, uno de ellos donde practicamos yoga, y varias pequeñas arboledas formando sombras que agradecemos mucho los días calurosos de verano. Cuando nos dieron las llaves, el jardín estaba bastante consolidado, ya que se hizo lo mismo que en la casa del pueblo: trasplantar árboles maduros nada más tener claro dónde se querían y durante los dos años que duró la obra, tuvieron tiempo de echar raíces y coger fuerza en el terreno. También las plantas habían florecido y la gran extensión de césped estaba perfectamente hidratada, cuidada y cortada.

El día que llegamos fue muy emocionante porque habían programado que sonara a través del hilo musical una canción diferente en cada una de las estancias que tenían previsto enseñarnos, a elección de Fátima. Ella eligió la música que le inspiraban aquellas estancias. Fue realmente especial. Con cada paso que daba sentía que por fin estaba donde tenía que estar. Éste es mi sitio, este es el lugar que me hace sentir segura, que me hace vibrar con cada detalle, con cada aroma. Éste es el lugar donde me gustaría morir, el día que me toque (yo estoy visualizando los noventa y siete años...), rodeada de mi familia, un domingo de primavera al atardecer, en mi terraza... Siento que esta casa es el reflejo de mi alma, yo soy mi casa y mi casa soy yo, me veo reflejada en cada rincón y me da la calma que llevaba años necesitando.

Esta vez vinieron tanto mis padres como los de Lucas y nuevamente fue por la tarde. Mientras admirábamos y comprobábamos cada rincón de la casa, se hizo de noche. Esta vez Fátima y Paco sí se quedaron a cenar y la casa se convirtió en un exquisito espectáculo de luces. Cenamos en el porche estrenando todo el menaje. La cena fue también un catering delicioso tras el cual estrenamos la piscina. Y de aquella manera, inauguramos la casa de mis sueños...

"Si sufres es por ti,
si te sientes feliz es por ti,
si te sientes dichoso es por ti.
Nadie más es responsable
de cómo te sientes,
sólo tú y nadie más que tú.
Tú eres el infierno
y el cielo también."

Osho.

LA MEJOR EDAD DE UNA MUJER

La fecha prevista del parto era el nueve de septiembre pero tal como sucedió con los mellizos, no llegamos a término. Aquel verano sólo fuimos al campo unos días de junio pero en julio y agosto por precaución, nos quedamos en casa. ¡Menos mal!

El 18/08/2018 es otro día que nunca olvidaré. Empecé a encontrarme mal, me dolía la cabeza y estaba bastante mareada. Suponíamos que sería por el calor pero, por si acaso, nos fuimos al hospital. Cuando llegué allí, lo primero que me dijeron fue que tenía la tensión bastante alta y había que bajarla ya. Suerte que en las analíticas no encontraron otros signos de preeclampsia porque yo ya me lo estaba temiendo. El ginecólogo de guardia me reconoció y comprobó que había dilatado tres centímetros, y la ecografía mostró que la niña que estaba más arriba y a la que por tanto le tocaba nacer en segundo lugar si era parto vaginal, venía con una vuelta de cordón, así que ya no salí del hospital... porque decidieron hacerme una cesárea, antes de que me subiera más la tensión y antes de que hubiera el más mínimo sufrimiento fetal.

Contrariamente a lo que yo esperaba, aquel parto no fue idílico, como el anterior. Me pusieron anestesia epidural para hacerme la cesárea pero no dejaron entrar a Lucas por si surgía algún contratiempo. Me sentí sola y muy nerviosa. Pasé auténtico miedo a pesar de que todo fue muy rápido. En cuanto vi a mis dos pequeñas sanas y salvas rompí a llorar. Fue un cúmulo de cosas: no estar mentalizada de que iban a nacer todavía, verme en un quirófano de repente, que no dejaran pasar a Lucas, estar preocupada por mis niñas, pensar que me había dejado en casa a mis otros pequeños creyendo que era por un rato y sería para varios días, no me había dado tiempo a organizarme ni a explicarles lo que iba a pasar. Lo bueno fue que todo salió bien, las niñas estaban estupendamente y a mí se me reguló la tensión. Lo malo fue verme en aquella cama sin poder moverme y mis bebés ahí, dependiendo de los demás para que las cuidaran, porque durante casi dos días no pude moverme de la cama. Cuando trajeron a Héctor y a Valeria a conocer a sus hermanitas me sentí fatal por no poder cogerlos y creo que ellos se asustaron al verme en aquella cama aún con los goteros. Aquello fue duro.

Esos cinco días en el hospital se me hicieron eternos, pero por suerte me recuperaba bien y pude volver a casa con mis dos perlas. Las niñas no necesitaron incubadora a pesar de haber nacido en la semana 36. Ivette pesó 2.450gr. y Azahara pesó 2.600gr. Como les dimos biberón, no perdieron peso. Las dos midieron 47 centímetros. No eran muy largas pero eran redonditas, las dos iguales, y se nos hacía difícil distinguirlas.

Como ya nos habían avisado de que aquello podía pasar, habíamos ideado un modo de diferenciarlas con la ropa: cada una de sus prendas tenía una marca con la primera letra de su nombre y cuando las teníamos en casa, las diferenciábamos pegando a cada una, una pegatina de un color diferente en el pañal. De todos modos, acabamos aprendiendo a diferenciarlas porque una estaba más gordita que otra, pero aún así a veces nos seguía costando. La que las distinguía siempre era su hermana Leire que era la

única que tenía ese instinto infalible para no equivocarse. Los pequeños se pasaban el día preguntando: ¿Ésta es Ivette o Azahara?

Al poco tiempo descubrimos que no eran exactamente iguales ya que Azahara, tenía un lunar en la ingle igual que yo, que Ivette no tenía y de este modo pudimos evitar muchas confusiones. En el fondo era divertido, sobre todo cuando alguien venía a conocerlas.

Los primeros meses fueron muy duros para mí. No me resultó fácil recuperarme de la cesárea. Aún hacía calor, yo tenía mucho que hacer con tantos niños y me costaba mucho delegar, y además, no quería perderme nada ni de unas ni de otros. Ellas nos absorbían mucho tiempo y sus hermanos también nos necesitaban, sólo querían jugar los pobres y nosotros no podíamos hacerles todo el caso que reclamaban. A todos nos costó acostumbrarnos a la nueva situación. Fue una suerte que Lucas estuviera en casa implicándose al máximo, que nuestros padres se vinieran a casa el primer mes y tuviéramos la ayuda del personal de servicio. No quería ni imaginarme aquella situación en otras circunstancias... Cómo admiré entonces a esas madres que sin ayuda de nadie y sin la situación económica que yo tengo sacan adelante a sus familias y sus trabajos, y les importa un pimiento tener las ojeras más grandes del mundo porque además de no dormir, no tienen ni un minuto para dedicarse a ellas mismas. Eso sí es tener mérito.

Lo peor pasó y en unos tres meses nos acostumbramos a la nueva situación, a nuevos horarios y a los nuevos miembros de la familia. Tengo que decir que mis gemelas son muy buenas. Bueno, los cuatro son bastante tranquilos y nos lo ponen fácil. Sus hermanos mayores también eran así. ¡En eso también tengo suerte!

Azahara e Ivette son prácticamente iguales y si no las conoces bien es difícil diferenciarlas y se parecen tanto a Lucas como a mí, están muy mezcladas, pero depende del día les vemos la cara de uno o de otro. Los cuatro pequeños tienen la misma cara de pillos y se parecen mucho en los gestos. Los cuatro tienen la nariz pequeñita de mi madre, pero los mellizos son rubios como yo, con los ojos azules y grandes como la familia de Lucas y el pelo ondulado, a pesar de no ser iguales entre ellos. Las pequeñas son morenitas, con el pelo como una tacha como Lucas, su madre y su hermana y los ojos verdes y más pequeños como mi padre. Con los hermanos mayores me pasó lo mismo: Javier es moreno con ojos verdes y Leire rubia con ojos azules y no se parecen entre ellos. La que más se parece a mí es Valeria, aunque las pequeñas también, pero al ser morenas recuerdan más a Lucas. Héctor, desde luego, es un clon de su papá cuando era pequeño. Pero bueno, por fin alguno de mis hijos se parece a mí, porque desde luego los mayores ninguno de los dos. Es curioso cómo saliendo de un mismo sitio los hermanos pueden ser tan iguales o no parecerse en nada...

En general son muy risueños y se hacen con todo el mundo. Son bastante obedientes, aunque tienen mucho genio cuando se enfadan, sobre todo Valeria, que cuando se empeña en algo es muy tozuda.

Ser madre de seis hijos no es fácil, ni aún teniendo dinero, porque a la hora de criar a los hijos no sólo el dinero es importante. Desde luego es necesario porque para mantenerlos se necesita mucho y más hoy con lo caro que está todo, pero creo que hay algo más importante: tener unos principios muy sólidos y que la pareja tenga claro cómo quiere educar a los hijos. ¿De qué sirve tener veinte hijos porque puedes mantenerlos a todos si luego no les prestas atención o no les enseñas a ser personas de bien?

Sabemos que tenemos por delante una misión muy difícil: hacer de unos niños que pueden tenerlo todo, unas personas felices, con las necesidades afectivas cubiertas, que valoren el tipo de vida que tienen, que aprecien a los demás por lo que son y no por lo que tienen, que ayuden a los demás todo lo que puedan, que tengan una buena autoestima y que no se conformen con tener las cosas porque papá y mamá se las dan, sino que tengan el orgullo y el amor propio para conseguir sus metas por sus propios medios, aprendiendo cada día, teniendo sus propias ideas, y valorando sus esfuerzos y logros personales.

A veces nos cuesta no comprárselo todo, sobre todo a mí, pero hemos ideado una manera, y es que cada vez que queremos comprarles algo, como algún juego de exterior para el jardín, que suele ser capricho nuestro, les ponemos alguna meta que sabemos que ellos con esfuerzo van a a conseguir y de este modo les hacemos ver que todo esfuerzo tiene su recompensa y así no creen que tienen todas esas cosas porque sus padres les dan todo lo que piden, sino porque se las ganan. De este modo las valoran bastante y las cuidan más. Estamos contentos porque creemos que en ese aspecto no lo hacemos mal. Estamos consiguiendo que los cuatro sean bastante autónomos y que participen en las tareas de casa desde bien pequeños, a pesar de no ser necesario porque tenemos personal de servicio, a quienes les estamos enseñando a respetar y a que se den cuenta de que son personas exactamente como nosotros que, en vez de trabajar en un despacho, trabajan en la casa de una familia que necesita ayuda. Resulta muy gracioso cuando van a veces y les dan las gracias y un beso por haber limpiado su habitación o haberles ayudado a recoger sus juguetes. Nos parece muy importante que esto sea así porque como ya sabemos, la vida da muchas vueltas y nunca se sabe cómo pueden verse en un futuro, así que, si son personas humildes que saben desenvolverse por sí mismas y aprenden a valorar y respetar tanto su trabajo como el de los demás, les pase lo que les pase, sabemos que se adaptarán a cualquier situación.

Es verdad que a veces a nosotros mismos se nos olvida y ellos mismos nos riñen porque no le hemos dado las gracias a Evelyn o a Gloria por alguna cosa. A ellas les hace mucha gracia, los quieren y los cuidan mucho. Estamos bastante tranquilos cuando se quedan con ellas, son como de la familia.

O O O

Hace unos días celebramos el tercer cumpleaños de nuestras hijas pequeñas con una gran fiesta y esta mañana hemos ido los ocho juntos a entregar unos juguetes a los niños de la fundación "Sonrisas al atardecer". Desde hace cuatro años venimos haciéndolo así: cada vez que alguno de nosotros cumple años, hacemos una fiesta con familiares y amigos para celebrarlo y en cuanto podemos, les llevamos regalos a otras personas, bien sea ropa, comida o juguetes. De este modo ellos también tiene regalos de cumpleaños y contribuimos a hacer a otros algo más felices. Hacemos a los niños partícipes de ello para que valoren lo que tienen viendo que otros no tienen tanta suerte y para que se acostumbren a hacer siempre algo por los demás en agradecimiento por su situación.

Hoy estoy sentada en el porche de mi casa, la casa de mis sueños, haciendo balance de estos últimos ocho años. Todavía me quedo fascinada cuando pienso lo que nos ha cambiado la vida desde aquel noviembre del dos mil doce cuando nos tocó el premio. Poco a poco hemos ido cumpliendo nuestros sueños y creando sueños nuevos. Recuerdo que en aquel momento yo tenía la autoestima muy baja y una fuerte depresión, algo que ha cambiado bastante. Si es cierto que el dinero nos ha ayudado mucho a tener la vida que tenemos, no voy a quitarme mérito, porque si lo miro bien, podría haber seguido tirada en el sofá, haber cambiado un sofá de segunda mano por el más caro del mundo, pero seguir tumbada al fin y al cabo, pero en vez de eso decidí emprender acción y aprovechar la oportunidad que la vida me daba para tener la vida que siempre he querido. Tener dinero me hizo sentir que tenía la responsabilidad de ayudar a los demás, lo hice, lo hago y lo seguiré haciendo, pero para eso primero tuve que ayudarme a mí misma. Decidí ser agradecida con la vida. Hoy, a mis cuarenta y cinco años, me siento mejor que nunca porque me siento bien física y psicológicamente. Éstas son algunas de las cosas que he conseguido con ayuda del dinero, y digo "con ayuda" porque si no hubiera sido por mis agallas, por mucho dinero que hubiera tenido, no lo habría conseguido nunca:

−Peso 58 kilos, he perdido veinte kilos, estoy atlética, creo que es mi mejor momento físicamente hablando, me siento fuerte y en forma. Estoy mejor ahora que cuando tenía treinta años. ¿ Creéis que eso lo ha conseguido el dinero? Pues no, eso lo he conseguido yo, con mi fuerza de voluntad para no comer lo que no me conviene y mi esfuerzo para levantarme del sofá y hacer ejercicio. Es verdad que he tenido las mejores máquinas que me han facilitado las cosas, pero también es verdad que esas máquinas por sí mismas, sin dieta y ejercicio no son suficientes para conseguir el cuerpo que tengo ahora. Lo habrían mejorado, pero no hasta este punto y también es verdad que esas máquinas no se ponen solas, he sido yo quien le ha echado narices y no ha faltado a una sola sesión, con o sin perro negro.

−He conseguido superar mi depresión y eso tampoco lo hace el dinero. Eso lo he hecho yo, con un par de narices, decidiendo levantarme de aquel sofá, buscando cosas que me motivaran, obligándome a hacer avances en mis propósitos y muchas otras cosas más. Es verdad que he tomado pastillas y he tenido ayuda psicológica pero he sido yo quien ha reconocido tener un problema y se ha enfrentado a él pidiendo ayuda cuando he visto que no podía sola. He sido yo quien ha enfrentado su mundo más oscuro, haciendo caso a los consejos de psicólogos y médicos, saliendo muchas veces de mi zona de confort, algo que no es fácil en absoluto. Hoy, soy capaz de tomarme la vida de otra manera a pesar de que sigo siendo una mujer apasionada, valoro a quien me quiere y ya no sufro por quien no me valora. He sido capaz de perdonar a esas personas que tanto daño me han hecho y vivo mucho más tranquila sin mirar al pasado, viviendo el presente día a día.

−He conseguido hacer frente a algunos de mis miedos, como montar en avión, volver a conducir o volver a ser madre. Los aviones me siguen dando miedo pero no dejo que ese miedo pueda más que yo y no me pierdo un viaje que me apetezca, con pastillas o sin pastillas, a pesar de que en ocasiones lo paso realmente mal. En estos ocho años, he pasado de no haber salido nunca de Valencia y Cuenca, a visitar y conocer toda España, Italia, Francia, Portugal, Croacia, Grecia, Malta, Alemania, Holanda, Austria,

Suiza, y parte de Reino Unido. Y tengo muchos otros objetivos... Sí, vale, tengo dinero para hacer viajes, es cierto, pero repito que ha sido mi elección hacerlos. Uno no viaja porque tiene dinero, uno viaja porque decide viajar ya que con poco también se puede, aunque sea en otras condiciones. Un viaje siempre es un viaje y yo decidí que ese miedo no podría más que yo y es algo de lo que me enorgullezco. Cada vez que cojo un avión, es un reto conseguido.

La carretera me sigue poniendo nerviosa pero procuro no pensarlo y casi siempre que puedo conduzco mi propio coche. En cuanto a lo de ser madre... ya no hay marcha atrás pero en su momento me lo pensé mucho después de pasar lo que pasé con mi otra relación, pero el amor pudo más y me ayudó a dar el paso, para conseguir lo que en el fondo quería: tener una gran familia. Además, fui yo la que puse mi cuerpo y mi vida en juego por conseguir ese sueño. Fui yo sí, y es la mejor decisión que he tomado nunca.

−He conseguido publicar varias novelas de éxito. No tenía ninguna necesidad de hacerlo ni de ganar dinero con ello, pero a pesar de eso he perseguido mi sueño de ser escritora aprendiendo de mis propios errores y mejorando cada día mis trabajos, sintiendo de este modo, que con dinero o sin dinero, tengo muchas cosas que decir y el mundo que leer. Ahora mismo, a pesar del trabajo que tengo con los niños y en el despacho, estoy acabando mi octava novela y lo estoy disfrutando mucho.

−He conseguido ser una persona organizada, algo que en mí parecía imposible pero a base de persistencia y de circunstancias también lo he logrado. Tengo que decir que aquí sólo tengo parte del mérito. El hecho de tener los hijos de dos en dos, no me ha dejado más remedio que ponerme las pilas.

−He conseguido fundar "Sonrisas al atardecer" y desde allí ayudar a muchas familias con hijos que lo necesitan. También que muchas empresas colaboren con nosotros con donativos e incorporando en sus plantillas a bastantes trabajadores procedentes de nuestro proyecto de reinserción laboral, dándoles así la oportunidad de ganarse la vida de una manera digna y sentirse útiles.

−Todos los años ayudamos a muchas entidades que luchan por ayudar a los más desfavorecidos de diferentes maneras, y he conseguido mantener esos donativos, año tras año, aunque para conseguirlo haya tenido que renunciar en alguna ocasión a cosas que quería tener o hacer. Cualquiera puede pensar que con dinero, vaya tontería estoy diciendo pero no es ninguna tontería, simplemente podría haber pasado del tema, mirar sólo lo mío y no esforzarme, pero no ha sido así y me siento muy orgullosa de ello.

−También he conseguido, bueno, hemos conseguido, hacer crecer nuestro patrimonio, hemos comprado empresas, las hemos sacado adelante y hemos creado otras nuevas dando trabajo a muchísima gente. En este momento tenemos más de mil trabajadores y esperamos que este número siga creciendo. Además, no sólo les damos trabajo sino que intentamos que estén a gusto en él y creo que en la mayoría de los casos lo estamos consiguiendo. En este momento estamos acabando de vender las últimas viviendas de un complejo residencial de lujo en Valencia capital que han salido por precios muy asequibles y que nos están quitando de las manos. Éste era uno de mis sueños también: poder hacer un buen trabajo, un trabajo del que todo el mundo hablara por la relación calidad-precio. Sólo había un truco: en vez de ganar millonadas a costa de la gente, reducir el margen de beneficio. No digo dejar de ganar, eso nunca, pero sí ganar menos que es algo que teniendo dinero te puedes permitir. Yo creo que cuando tienes

tanto, un millón más que uno menos da igual, lo importante es ver que eres capaz de hacer cosas verdaderamente importantes. De todo esto estoy muy orgullosa porque teníamos la opción de haber vivido muy bien con lo que nos tocó sin mover un dedo pero apostamos por conseguir nuestros sueños y ayudar a más gente a conseguir los suyos.

—Mantengo una buena relación con mis familiares y amigos y además tengo otros nuevos y eso lo he conseguido porque no he permitido que el dinero me cambie, a pesar de que ha mejorado muchísimo mi calidad de vida. Siempre he sido generosa, aun cuando no tenía nada, así que ahora que puedo, procuro que a ninguna de las personas que quiero les falte nada. He conseguido seguir siendo la misma Sara de siempre, buscando cada día una mejor versión de mí misma. Y estas cosas son al final las que te llevas en la vida porque todo el dinero que tengas, en el otro lado, no te sirve para nada.

Podría seguir escribiendo cosas de las que estoy orgullosa pero sólo os diré dos más. La primera es que me he dado cuenta de que tener dinero no es malo en absoluto. Mucha gente dice que el dinero corrompe, que si para tener dinero y éxito hay que hacer esto o lo otro, que si la gente que tiene dinero es mala y egoísta... Para nada. Me he dado cuenta de que no hay que tenerle miedo al dinero, sólo hay que dejarlo llegar a nuestras vidas y saber qué hacer con él, pero lo más importante: hacerlo de corazón, hacerlo con amor.

He aprendido que hay gente maravillosa con dinero que sólo quiere vivir tranquila y está siempre dispuesta a ayudar a otros y gente pobre con maldad, envidia y ganas de fastidiar. No es el dinero, es la persona. El dinero en sí es una bendición que según en las manos en las que caiga puede hacer mucho bien o mucho mal, pero hay que dejar de echarle la culpa de las cosas malas que pasan en el mundo: la culpa es de las personas y sólo de las personas.

Tengo la firme convicción de que las personas que somos agraciadas en la vida con grandes cantidades de dinero, tenemos tres misiones que cumplir:

- ser agradecidos, disfrutando la vida al máximo para poder estar en las condiciones físicas y psíquicas necesarias para llevar a cabo las otras dos misiones...
- custodiar bien ese regalo de la vida e intentar hacerlo crecer de forma limpia,
- y utilizarlo para hacer con él todo el bien que esté en nuestras manos, contribuyendo a crear un mundo mejor.

O O O

Siempre he tenido miedo a hacerme mayor. Sobre todo le tenía miedo a los cuarenta... Pero ahora que tengo cuarenta y cinco puedo decir, que es sin duda, la mejor edad de una mujer. Sabemos lo que tenemos que saber de la vida. Como tenemos miedo a envejecer nos cuidamos más y es cuando más bonitas nos vemos, la mayoría de nosotras nos sentimos realizadas en muchos aspectos, pero seguimos luchando por conseguir objetivos, somos capaces de reconocer nuestros aciertos y enmendar nuestros errores, somos capaces de relacionarnos con los demás desde otro punto de vista e incluso perdonar a los que nos han hecho daño, viviendo así más tranquilas.

Espero, que este momento sea la mitad de mi vida, o mejor, que esa mitad no haya llegado aún. Me siento fuerte, me siento capaz, me siento sabia y poderosa. No rica, no, poderosa que es mejor y soy consciente de que esto no ha hecho más que comenzar porque ahí fuera hay muchos nuevos proyectos esperándome. Hoy aquí, sentada en mi terraza pienso en todo lo que me queda por hacer y me hago una lista de cosas pendientes. ¿Tú tienes tu lista de cosas pendientes? Éstas son las mías, aunque seguro que aumentará:

–Seguir disfrutando de la maternidad con tanto entusiasmo.
–Seguir haciendo ejercicio a diario, no como una obligación, sino como un gran placer.
–Seguir disfrutando de mi pareja en todos los sentidos, del amor que crece cada día, de la complicidad que dan los años, de la confianza, de las sorpresas que aún nos quedan y del buen sexo que da conocer cada rincón de nuestro cuerpo.
–Seguir disfrutando de las reuniones con familia y amigos, intentando sacar lo mejor de cada una de ellas y dejando a un lado lo menos bueno.
–Seguir disfrutando de los paseos al sol y ¿por qué no? también a la sombra.
–Seguir viendo el lado positivo de la vida y cuando me cueste verlo, darle la vuelta a la tortilla. El fucsia, amarillo, naranja, azul pitufo y verde pistacho resaltan mucho sobre un fondo negro...
–Seguir educando a mis hijos en valores, dándole más importancia a éstos que al dinero.
–Seguir amando y admirando a los animales.
–Seguir ayudando a las personas que pueda, y seguir enseñando a mis hijos el valor de hacerlo.
–Seguir regalando sonrisas cada día por mi camino.
–Seguir respetándome a mí misma, sabiendo decir NO cuando no quiera hacer, decir o recibir algo.
–Seguir contando historias a través de mis novelas.
–Seguir conociendo otros lugares, otras culturas y a otras gentes.
–Seguir valorándome por mis virtudes, mis logros y mis esfuerzos... no por lo que tengo, sin que me de vergüenza quererme y admirarme cada día. Yo soy la vida, si yo me acabo, todo se acaba.
–Seguir reconociendo y enmendando mis errores a diario.
–No esperar a la jubilación para hacer esas cosas que me hacen feliz, porque la vida puede acabarse hoy.
–Diseñar, construir y disfrutar una casa en la playa.
–Aprender a pintar y tener mi propia colección de cuadros.
–Aprender a cantar, que es algo que siempre me ha entusiasmado. Aunque hay gente que canta bastante peor que yo, tengo que reconocer, que lo mío es mejorable.
–Retomar las clases de baile que dejé hace años, convencer a Lucas para que baile conmigo y disfrutar mucho de cada canción. Quiero bailar salsa, bachata, merengue, tango, pasodoble, cha cha cha, kizomba, samba, rumba, hip hop...

- Tener mi propia marca de ropa, de bolsos, perfumes, joyas, relojes y sobre todo... ¡zapatos cómodos!
- Desarrollar más proyectos arquitectónicos como el complejo residencial que acabamos de vender en Valencia y darle a la gente la oportunidad de vivir bien a un precio más asequible. Siempre con mi toque personal.
- Fundar una clínica con todas las especialidades, puntera en tecnología y con la asistencia de los mejores médicos y que ese proyecto acabe en la construcción del mejor hospital de España y tal vez de Europa.
- También tengo pendiente y realmente no sé por qué no lo he hecho aún, abrir un refugio para animales.
- Quiero abrir una casa para personas maltratadas donde puedan esconderse de sus agresores, se sientan protegidas y puedan criar a sus hijos en un ambiente familiar, lejos del miedo.

No sé a cuántas de estas cosas voy a llegar. Ojalá sean todas y tenga que pensar otras nuevas. Pero dime una cosa, ¿Y tú? ¿qué cosas tienes pendientes? ¿cuáles son tus sueños? Sí, tus sueños, que no te de vergüenza. Los míos son muy ambiciosos y no me da vergüenza decirlo. Tal vez la gente crea que estoy loca, pero soy la loca más cuerda que conozco, así que no me importa.

No tengas miedo a soñar y a hacerlo a lo grande porque los sueños se cumplen. ¡Ya lo creo que si se cumplen! No hay que tener miedo a que se cumplan y hay que estar bien atento para levantarte de el sofá a tiempo y disfrutarlos al máximo, porque no sirve de nada que se te cumpla un sueño si no eres capaz de disfrutarlo.

Entonces dime, ¿vas a levantarte del sofá como yo lo hice? ¿vas a empezar a luchar por tus objetivos? ¿que no tienes claros tus objetivos? Empieza haciendo una lista, como yo. Luego ordénalos según tus prioridades... Esto puede llevarte un tiempo... Pero hazlo, no esperes a mañana. Mañana no existe, sólo existe hoy, sólo este momento.

Y ahora que ya lo tienes claro...¿vas a despertar ese poder dormido que está dentro de ti? ¿vas a empezar a quererte? ¿vas a empezar a respetarte? ¿vas a enfrentar tus miedos? ¿vas a recordarte cada mañana frente al espejo cuánto vales y todas las cosas buenas que tienes?

Vamos, no lo pienses más, para eso no hace falta dinero. Créeme. Si algo he aprendido en estos ocho años es que las cosas más importantes de la vida no las da el dinero y curiosamente he tenido que tenerlo para darme cuenta... ¡Qué gran lección! Lo más importante está en ti, en tu interior. Si das el paso, serás feliz con dinero o sin dinero. ¿De qué te sirve tener la casa de tus sueños si te pasas los días tumbada en un sofá y no eres capaz de disfrutarla, de sentirla, de hacerla tuya, de vivirla? ¿de qué te sirve tener buen cuerpo si no eres capaz de valorarlo y cuidarlo? ¿Cómo esperas encontrar al amor de tu vida si lo tienes delante y no lo ves? Sí, ahí, porque EL AMOR DE TU VIDA ERES TÚ.

Si tú no estás bien, no vas a sentirte bien ni en tu piel ni en la piel de otro. Si no eres capaz de hacerlo por ti mismo, pide ayuda, no esperes a mañana, porque habrás perdido un día, y tal vez no haya más. Te repito, sólo tú, con ayuda o sin ayuda, sólo tú puedes conseguirlo. Visualiza lo que quieres en tu vida, siéntelo, vibra con ello, agradece que tienes la posibilidad de vivirlo y no te rindas porque los sueños se hacen realidad, somos nosotros los que a veces no estamos preparados para que suceda.

Si con este libro consigo que una sola persona sea capaz de "levantarse del sofá" como yo lo he hecho y cambiar su vida, habrá valido la pena todo el esfuerzo.

Si consigo que tú que me estás leyendo, cambies tu actitud y enfrentes la vida con ilusión, aunque sea poco a poco, aunque cueste, aunque a veces llegue a doler, entonces habrá valido la pena.

Estoy segura que todas estas noches que he pasado frente al ordenador, contándote mis batallas, no serán en vano. Tú puedes, como yo pude, porque tú quieres, como yo quise. Para mí no ha sido fácil escribir este libro, he tenido que luchar mucho para ver cumplido mi sueño, como para ti no serán fáciles otras cosas pero aquí está, en tus manos, para ti, para que encuentres la fuerza que estás buscando y que está en ti, en EL AMOR DE TU VIDA: TÚ.

"Creo porque quiero creer
que estaremos más unidos,
en el negro de la noche,
en la vida y sus latidos.
[…]
Creo en esos recuerdos
que forjan mi destino,
en este presente incierto
y en un futuro más limpio.
[…]
Creo, a pesar de mis errores
tantas veces cometidos,
de haberme roto en mil pedazos
y pegarme con sigilo.
Creo en las pequeñas cosas
en el abrazo fiel de un amigo
y en todos esos momentos
que contigo he compartido."

Fita Fernández.
Afloran en la piel.